



TRES PIEZAS GÓTICAS

El Castillo de Otranto • (Horace Walpole)

El Espectro del Castillo • (Matthew

Zastrozzi • (Percy B. Shelley)

Lectulandia

En el presente volumen el aficionado encontrará tres obras pertenecientes al primer periodo gótico: «*El castillo de Otranto*», la novela fundacional del género, en la cual Walpole intentó restituir lo maravilloso y sobrenatural al reino de la ficción, ya que ambos habían sido desterrados del reino de lo real; «*El espectro del castillo*», debida a «*El Monje*» Lewis, fue la primera representación de un drama gótico -en el Drury Lane Theatre de Londres en 1797-, e intenta llevar a la escena los mismos presupuestos estéticos de grandeza y terror que impregnan sus novelas, lo cual explica que el teatro gótico se convirtiera en un verdadero fenómeno de masas. «*Zastrozzi*», obra de juventud del gran poeta romántico Percy Bysshe Shelley, aporta al género gótico la singular figura del malvado Zastrozzi, que a pesar de ser condenado por la justicia es descrito como un semidiós, como alguien que ha cumplido su destino de un modo consciente, no dando síntoma alguno de remordimiento o arrepentimiento, alcanzando en medio de sus crímenes una suprema inocencia.

Lectulandia

AA. VV.

Tres piezas góticas

El castillo de Otranto, El espectro del castillo, Zastrozzi

Valdemar - Gótica 10

ePub r1.0

Titivillus 17.04.16

AA. VV., 1993

Traducción: AA. VV.

Diseño/Retoque de cubierta: Don Juan y la Estatua del Comendador (Alexandre Evariste Fragonard)

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Este número de VALDEMAR GÓTICA contiene tres piezas pertenecientes a la primera época del género: la novela que instauro algunas de sus convenciones —*El castillo de Otranto*—; una pieza dramática debida al autor de *El monje* —*El espectro del castillo*—, y una novela escrita ya al final del primer período gótico por el gran poeta Shelley —*Zastrozzi*. Sin duda, *El castillo de Otranto* es una de las novelas góticas que cuenta con un mayor número de ediciones en el mundo: más de ciento cincuenta, la primera de las cuales apareció el 24 de diciembre de 1764. Antes de la muerte de su autor ya se había publicado en varios países europeos, como Francia, Holanda, Alemania, Italia. Una de las razones de semejante difusión se debe a su carácter fundacional y al hecho de que la novela cumplió con generosidad las exigencias de un gusto y una estética que venía desarrollándose a lo largo del siglo XVIII, una época de refinamiento tanto en las artes como en la crítica, cuyo término se ve marcado por la fascinación por el terror. En este siglo de las luces se había ido sometiendo a la crítica toda una concepción del mundo nacida de la filosofía de los griegos y de la religión de los cristianos, que acabaría provocando su hundimiento y perdiéndose la apariencia del *miraculous*, así como la creencia en el prodigio: «Milagros, visiones, necromancia, sueños y otros hechos sobrenaturales son ahora desacreditados incluso en las novelas», dice Walpole, cuya intención es restituir lo maravilloso y sobrenatural en la ficción, una vez desterrados del reino de lo real, con el fin de estimular la sensibilidad del lector. Cumple así en la práctica de la literatura, mediante la introducción de lo sobrenatural, los requisitos exigidos a una obra de arte por una estética —iniciada por el Abbé Du Bos— para la que el objetivo del arte son las emociones cada vez más fuertes, único modo de remediar el aburrimiento —los románticos lo llamarían *le mal du siècle*— al que habían sucumbido los ilustrados después de haber ejercitado con tanto ardor crítica tan exhaustiva, donde acababa por revelarse la vacuidad del mundo: «Je suis tombée dans le néant je retombe dans le néant», dice Mme du Deffand, una corresponsal de Walpole.

La novela fue publicada como una traducción del italiano a causa del temor al ridículo de su autor, quien justifica la composición de semejante obra en dos prefacios, basándose en una estética de lo sublime bastante difundida entre los hombres cultos de la época y que se prolongaría en el siglo siguiente. Encontraban los ilustrados la mayor fuente de lo sublime en la representación artística del terror. Así, junto a su demoledora crítica de la realidad, los hombres de las luces formaron al mismo tiempo una teoría sobre la ficción o representación, donde ésta aparece como el complemento, creado por el hombre, de la realidad con la capacidad de devolver una estimulación perdida. Desde el fondo de una imaginación desbordante se levanta

la composición de Walpole contra un mundo prosaico carente de pasión, dominado por la fría razón, y contra «esta época que no soporta otra cosa que no sea el frío sentido común (...) He dado rienda suelta a mi imaginación —continúa Walpole en una carta dirigida a Mme du Deffand— hasta que me inflamé con las visiones y los sentimientos que despierta. La he compuesto en desafío a las reglas, los críticos y filósofos, y por esa mismísima razón me parece aún mejor». La obra nació también como una expresión de lo inconsciente, del sueño y no de la razón, casi de una forma automática, tal como escribe, en esta ocasión, a William Cole: «Me levanté una mañana, a primeros del junio pasado, de un sueño, del que todo lo que pude recordar era que me imaginaba a mí mismo en un antiguo castillo (un sueño muy natural para una cabeza llena como la mía de historias góticas) y que en la barandilla superior de una gran escalera vi una gigantesca mano en una armadura. Por la tarde me senté y empecé a escribir, sin saber lo más mínimo lo que quería decir o contar. La obra creció en mis manos y la tomé cariño —añada que estaba muy contento de pensar en otra cosa que no fuera la política. En poco tiempo estaba tan absorto en mi cuento gótico, el cual concluí en menos de dos meses, que una tarde escribí desde la hora en que tomé el té, sobre las seis, hasta la una y media de la mañana, cuando mi mano y mis dedos estaban tan exhaustos que no podía mantener la pluma para terminar la frase».

En efecto, como surgidos de un sueño, aparecen los personajes del drama al comienzo de la narración, destinados a desarrollar de un modo implacable la consumación de su papel asignado en la visión del autor: Manfred, severo, tiránico y cruel; Hipólita, mujer bonachona; Conrad, muchacho enfermizo, poco prometedor, y la hermosa y dulce Matilda. Todos tienen su parte en una historia que se precipita hacia el desastre anunciado por múltiples sucesos sobrenaturales, como un yelmo gigantesco que cae, un cuadro que habla, una figura enorme, gotas de sangre derramada por una estatua. En ocasiones, la percepción de estos sucesos por parte los personajes es ambigua, pues se duda sobre su naturaleza y origen, es decir, si ha nacido de la impresión de un objeto exterior o es un mero producto de la fantasía, pero todos están ordenados —como símbolos de una voluntad oculta e inexorable— para consumir la gran catástrofe que se abate sobre el príncipe tiránico. Esta situación contribuye a que todos los caracteres estén sumidos en la inseguridad y se vean en constante amenaza, siendo su conducta desposeída de la razón y dejada en manos de los más oscuros e intensos sentimientos. El portento con que se abre la novela impregna, desde el comienzo, todo su ambiente con la violencia, que alcanza su clímax al final de la obra. Este prodigio despierta en los personajes que lo contemplan la emoción de lo sublime; es decir, el terror y la sorpresa ante un espectáculo, cuya presencia excede la capacidad de comprensión, por su carácter maravilloso y absurdo, invadiendo toda su atención, estado mental que les hace ocupar los primeros lugares de la galería de los caracteres góticos.

Pero *El castillo de Otranto* abre también el camino de la ficción que da forma

artística a los conceptos del mal en la mente humana, escenificando las ideas sobre la psicología del hombre, resultado de un siglo de meditación sobre la estructura de la mente. Así, Manfred, príncipe de Otranto, es el primer retrato del mal, concebido como una perversión del espíritu del hombre. Intentando salvaguardar su Estado, Manfred emprende una esforzada lucha contra el destino o providencia —manifiesta en varios prodigios—, desafiando toda ley humana y divina. El resultado de su acción heroica no puede ser otro que la catástrofe, en una obra hacia la cual todo se desliza. Manfred, como Hamlet, debe sufrir los rigores de la existencia, pero al contrario que éste, el príncipe de Otranto es el usurpador y no duda ni un instante, poseído por la pasión, en perseguir su objetivo, tras el que se esconde la catástrofe. La mezcla de novela antigua y moderna, que para Walpole constituye la novedad y lo peculiar de su composición, se revela en la conjunción de la descripción de los prodigios y del análisis de la interioridad de los caracteres. El retrato de Manfred muestra a un tirano que «los avatares de su destino habían cubierto de asperezas su carácter», normalmente constituido por naturaleza. A pesar de que Sade veía en la novela gótica un equilibrio prácticamente inalcanzable entre el sortilegio y la verosimilitud, ésta halla su inspiración en el único motivo legítimo de la novela para el marqués: «el estudio profundo del corazón del hombre, verdadero laberinto de la naturaleza», en la descripción del hombre «no como es, o como se muestra, que éste es deber del historiador, sino tal como puede ser, tal como deben convertirle las modificaciones del vicio y todos los impulsos de las pasiones». Todo esto con el fin de despertar un mayor interés y emoción en el lector, pues la representación del mal es más apropiada para tal objetivo. Walpole añade a esa descripción los prodigios de la novela antigua, al creer que éstos constituyen un elemento que contribuye a intensificar la emoción de la lectura. *El Castillo de Otranto* ofrece también la primera persecución sufrida por una doncella, en cuya representación se suceden descripciones del lugar: «claustros intrincados», «un silencio desagradable reinaba en estas regiones subterráneas, salvo, de cuando en cuando, el silbido del viento que estremecía las puertas a su paso y que rechinando en los goznes herrumbrosos acumulaba ecos en ese largo laberinto de oscuridades»; junto con las reacciones de pavor de la perseguida: «su corazón parecía estar a punto de estallar», formando un crescendo que llega hasta lo insoportable, para resolverse de un modo súbito. Convirtiéndose así en paradigma de toda persecución en la obra literaria o cinematográfica. Aunque, para Mario Praz, la idea de lo terrible sea en *El castillo de Otranto* más bien de carácter melodramático y teatral, la composición nacida del sueño de Walpole crea un vehículo literario para exponer las ideas sobre el mal del hombre, una tradición que prolonga su sombra a lo largo de más de dos siglos en la literatura.

La ficción gótica no sólo produjo un abundante número de novelas, sino también una cantidad considerable de obras de teatro. De hecho, algunas de las obras maestras del género, como *El castillo de Otranto* o *Frankenstein* fueron llevadas a la escena, pero también se compusieron muchos dramas con argumento original. El drama

gótico dominó la escena inglesa durante la última parte del siglo XVIII y principios del XIX y constituyó un auténtico entretenimiento de masas. La primera representación de un drama gótico fue la de *El espectro del castillo* en el Drury Lane Theatre, Londres, en 1797; la segunda pieza gótica que se ofrece en el presente volumen. Es la primera obra dramática de Lewis, que escribió hasta dieciséis piezas para el teatro. La inspiración de *El espectro del castillo* proviene de Alemania, donde se produjo la pieza fundacional del género en *Los Bandidos* de Schiller. En esta obra teatral Lewis persigue el mismo efecto estético que en sus novelas: la grandeza y el terror. El argumento posee gran interés, debido a la situación misteriosa que plantea. Los personajes están también a merced de grandes pasiones, responsables en último término del devenir del drama. Entre ellos destacan el villano Osmond, un tirano enamorado, y la heroína Angela, llena de simplicidad y de buenos sentimientos. *El espectro del castillo* contiene una buena dosis de imaginación y de buen gusto gótico, y nos brinda una buena ocasión para apreciar la ficción gótica en una versión dramática.

Zastrozzi, junto con *St Irving*, representa una muestra temprana del talento literario de Shelley, quien desde su juventud había ya mostrado un supremo interés por la escritura. La obra fue escrita en 1810, antes incluso del comienzo de su corta permanencia en la universidad de Oxford, de donde fue expulsado en 1811, al año siguiente de su ingreso, debido a la publicación de un panfleto escrito junto a Thomas Jefferson Hogg titulado *The Necessity of Atheism*, algunas de cuyas ideas conforman su primera novela. Cuando *Zastrozzi* aparece, la ficción gótica lleva ya recorrido un largo camino jalonado por las obras emblemáticas del género, con muchas de sus convenciones bien establecidas. *Zastrozzi* revela ante todo un universo mental, regido por la intensidad de las pasiones, que encuentra su origen y sus leyes en el amor y el odio, en la inclinación y en la aversión. Así, la conducta de Matilda está regida por el amor, mientras que la del villano *Zastrozzi* encuentra su principio supremo en el odio y la venganza. La clave de este universo se halla expresa en el discurso de *Zastrozzi*, donde el hombre aparece como un ser cuyo elemento primigenio son unas pasiones de origen desconocido y que sólo tienden a su satisfacción como movimientos de una voluntad ciega que se manifiesta como amor y odio. Toda idea de transcendencia queda excluida y toda justificación de la vida ubicada en la persecución y alcance del objetivo hacia el que tienden las dos manifestaciones fundamentales de la voluntad. En este cuento gótico, la perspectiva del mundo en el que se mueven los caracteres viene definida por el pensamiento del villano, único personaje consciente de su propia constitución, con lo que a fin de cuentas su conducta es la única que muestra una coherencia en relación a los presupuestos de la imagen del hombre construida en la novela. De acuerdo con sus principios, la vida es un deseo que ha de ser cumplido, y él termina por alcanzarlo. Por eso, a pesar de que *Zastrozzi* pueda ser condenado por la justicia, es descrito como un semidiós, como alguien que ha cumplido su destino de un modo consciente, no dando síntoma alguno de remordimiento o

arrepentimiento, alcanzando, en medio de sus crímenes, una suprema inocencia en el sentido de Leopardi; es decir, no como la incapacidad de pecar, sino el pecado al que no sigue el remordimiento. Los otros dos caracteres centrales de la obra, Matilda y Verezzi, poseídos como Zastrozzi por las más violentas de las pasiones, no analizan los extremos estados mentales de los que son presa a lo largo de prácticamente toda la novela, y, lejos de ocultarlos para conseguir sus propósitos, los exteriorizan sin cesar, yendo desde el éxtasis del horror o del placer a la más profunda depresión o melancolía —el vacío más indiferente—, provocados por la propia violencia de las pasiones. En *Zastrozzi*, como en *El Castillo de Otranto*, todo se desliza hacia la catástrofe; pero al contrario que en la invención de Walpole, no hay ningún portento sobrenatural que la anuncie, sino que está contenida en el propio desarrollo interno del movimiento tumultuoso de la pasión, desembocando en una orgía de sangre. El desastre trágico no es más que la resolución final de todos los conflictos insolubles que se suceden tanto entre los diversos personajes como en su propio interior, una escena llena de horror y de anarquía. Así, sus vidas, sometidas a una insoportable violencia, sólo pueden alcanzar el sosiego y el final de sus contradicciones en su propia aniquilación: «¡Oh, nunca, nunca hallaré la paz salvo en la tumba —exclamó Verezzi frenéticamente». Por último, aunque la escena de este ejercicio literario sobre el horror y lo sublime no está delimitada por los confines de un castillo, las pasiones tumultuosas y contrarias son escenificadas en lugares y paisajes cuya contemplación hace nacer lo sublime en el espectador, como terribles precipicios, gigantescas montañas, páramos sumidos en la oscuridad, celdas subterráneas, contribuyendo a afirmar el universo expuesto en la novela, donde sólo parece posible la intensidad o la aniquilación.

Agustín Izquierdo

EL CASTILLO DE OTRANTO

Horace Walpole

The Castle of Otranto
Traducción: Marcelo Covián

HORACE WALPOLE (Londres, 1717 - Twickenham, 1797). Hijo menor de Sir Robert Walpole, fue educado en Eton y en la universidad de Cambridge, donde pasó tres años sin llegar a obtener título académico alguno. Entre 1739 y 1741 viajó por Italia y Francia, acompañado de uno de sus íntimos amigos, el poeta Thomas Gray, a quien conoció durante su estancia en la universidad. A pesar de que su familia le había destinado a la carrera política y legal —llegó a ser miembro del Parlamento a su regreso del *Grand Tour*—, prefirió la carrera de las letras y del arte, e hizo construir en Twickenham una especie de *villa* a la que bautizó con el nombre de Strawberry Hill. La construcción fue ampliada y embellecida con elementos góticos a lo largo de dos décadas, llegando a constituir una verdadera atracción turística. Allí instaló una imprenta, de donde salieron sus obras principales, como *Anecdotes of Painting in England*, (1762 - 1771), *El Castillo de Otranto*, *Historic Doubts on Richard III* (1768). Además, Walpole dejó una amplia colección de cartas, un documento excepcional para conocer el gusto de la época.

Prefacio a la primera edición

Este libro fue encontrado en la biblioteca de una antigua familia católica en el norte de Inglaterra. Se imprimió en Nápoles, en negrilla, en el año 1529. No se sabe cuándo se escribió. Los incidentes principales son como los que se creían en las edades más oscuras de la cristiandad, pero el lenguaje y la conducta no tienen nada que se asemeje al barbarismo. El estilo está en el italiano más puro. Si la historia se escribió cerca del año que se supone que sucedió, debe haber sido entre 1095, el año de la primera cruzada, y 1243, el año de la última, o no mucho después. El libro no presenta ninguna otra información que nos pueda indicar el período en que se desarrolla la escena. Los nombres de los personajes son obviamente ficticios, y muy probablemente disimulados a propósito; sin embargo, los nombres españoles de los sirvientes parecen indicar que esta obra no se compuso hasta que el establecimiento de los reyes aragoneses en Nápoles produjo que estas apelaciones fueran comunes en ese país. La belleza de la dicción, y el fanatismo del autor (templado, sin embargo, por una singular medida), me hacen pensar que la fecha de la composición fue muy aproximada a la de la impresión. En ese entonces, las letras florecían en Italia, y contribuyeron a disipar el imperio de la superstición, tan atacado por los reformadores. No es nada improbable que algún hábil sacerdote se haya esforzado por dar la vuelta a los argumentos de los innovadores, haciendo que sus propias armas se volvieran contra éstos; y se haya aprovechado de su capacidad como autor para confirmar las antiguas y erróneas creencias y supersticiones del populacho. Si éste era su objetivo, actuó por cierto con suma destreza. Una obra como ésta puede llegar a esclavizar cientos de mentes vulgares, más allá del poder convincente de la mitad de los libros de controversia que se han escrito desde los días de Lutero hasta el presente.

Esta interpretación de las motivaciones del autor son, no obstante, una mera conjetura. Fueran las que fueran sus opiniones o los efectos que deseaba conseguir, su obra en este momento sólo puede ser presentada al público como una ocasión de entretenimiento. Aun como tal, se hace necesaria una apología. Los milagros, las visiones, la necromancia, los sueños y otros acontecimientos sobrenaturales ahora son excluidos de la narrativa. Ése no era el caso cuando nuestro autor escribió; mucho menos en el momento en que se supone que sucedió la historia. Las Creencias en toda clase de prodigios estaban tan establecidas en esos tiempos oscuros que un autor no sería leal a los usos de la época si omitiera mencionarlos. No está obligado a creerlos, pero se debe representar personajes que son partícipes de esa creencia.

Si esta atmósfera de lo milagroso se excusa, el lector no hallará ninguna otra cosa que no sea digna de su lectura. Si permitís la posibilidad de los hechos, todos los personajes se comportarán como cualquier persona normal haría en su lugar. No hay

ampulosidad, ni símiles, ni florituras, ni digresiones ni descripciones innecesarias. Todo tiende de forma directa a la catástrofe. La atención del lector nunca se relaja. Las reglas del drama se observan a lo largo del desarrollo de la pieza. Los personajes están bien delineados y, aún mejor, maniobrados. El terror, el motor principal del autor, previene que la historia languidezca; y es tan a menudo confrontando con la piedad, que la mente permanece en una constante vicisitud de pasiones interesantes.

Es natural que el traductor sea parcial a favor de la obra adoptada. Puede ser que las bellezas de la historia no sorprendan tanto a lectores más imparciales. Sin embargo, no soy ciego ante los defectos del autor. Ojalá él hubiera basado su plan en una moral más útil que ésta: «los pecados de los padres visitan a los hijos en la tercera o en la cuarta generación». Tengo mis dudas de si, en esa época como en la presente, la ambición reduciría sus apetitos de dominio ante el peligro de un castigo tan lejano. Y sin embargo esa moral está debilitada por una insinuación menos directa, que hasta ese anatema puede ser superado, por medio de la devoción a San Nicolás. En este caso, los intereses del monje se superponen claramente a los del autor. Empero y a pesar de todos sus fallos, no tengo dudas de que el lector inglés estará satisfecho con una vista de esta actuación. La piedad que reina en todo el texto, las lecciones de virtud que se inculcan y la rígida pureza de los sentimientos exceptúan a esta obra de la censura de la que son merecedores los libros de caballerías. De obtener el éxito que espero, eso me alentaría para reimprimir el original italiano, aun cuando hiciera disminuir el valor de mi propia tarea. Nuestro idioma está lejos de los encantos del italiano, ya sea por la variación o por la armonía. Ese idioma es excelente para la narrativa simple. En inglés es difícil relatar sin el peligro de caer demasiado bajo o de elevarse demasiado alto; un fallo obviamente ocasionado por el poco cuidado que se presta al hablar con un lenguaje puro en la conversación común. Todo italiano o francés, de cualquier rango, trata de hablar su propio idioma de manera correcta y con selección. No puedo enorgullecerme de haber hecho justicia a mi autor a este respecto: su estilo es elegante así como es magistral su control de las pasiones. Es una lástima que no haya usado su talento para lo que evidentemente más servía, el teatro.

No detendré más al lector, aunque haré un último comentario. Aun cuando la trama es ficción y los nombres de los personajes son imaginarios, no puedo dejar de creer que el fundamento de la obra es verídico. La escena sin duda se desarrolla en un castillo verdadero. Con frecuencia, el autor parece describir sin intención partes reales. «La cámara», dice, «a la derecha; la puerta, a la izquierda; la distancia de la capilla al apartamento de Conrad». Éstos, y otros pasajes, son fuertes presunciones de que el autor tenía en vista algún edificio que no era imaginario. Las personas curiosas, que obtienen satisfacción en dedicarse a tales investigaciones, tal vez puedan descubrir en los escritores italianos los fundamentos en los que se ha basado nuestro autor. Si se cree que una catástrofe, de alguna manera parecida a la descrita, fue la causa inspiracional de esta obra, ello puede contribuir a interesar al lector, y

hará aún más emocionante la historia de *El castillo de Otranto*.

Prefacio a la segunda edición

La manera favorable en que el público ha recibido esta pequeña obra obliga a su autor a explicar los fundamentos de su composición. Pero, antes de señalar esas motivaciones, corresponde que pida perdón a sus lectores por haberles ofrecido su trabajo bajo el prestado manto de un traductor. Como las únicas circunstancias que lo indujeron a asumir ese disfraz fueron su natural apocamiento y el temor ante lo novedoso de su intento, espera que lo sabrán disculpar. Resignó su actuación al juicio imparcial del público, determinado a dejarla morir en la oscuridad, si era desaprobada: sin intención de confesar semejante nadería, a menos que los mejores jueces decidieran que la podía exhibir sin temor a ruborizarse.

Fue un intento de unir dos tipos de narrativa, la antigua y la moderna. En la primera, todo era imaginación e improbabilidad; en la segunda, siempre se intenta copiar, y a veces con éxito, la naturaleza. No ha faltado invención, pero los grandes recursos de la fantasía han sido condenados por una fidelidad estricta a la vida común. Si en esos relatos la naturaleza ha lesionado la imaginación, ésta ha sido justamente su venganza ya que en las antiguas historias había sido totalmente excluida. Las acciones, los sentimientos, los héroes y heroínas de los viejos tiempos eran tan poco naturales como las maquinarias que los ponían en movimiento.

El autor de estas páginas pensó que era posible reconciliar los dos tipos de narración. Deseoso de dejar en libertad a los poderes de la fantasía por los infinitos reinos de la invención, y así crear situaciones más interesantes, quiso conducir a los agentes mortales de su drama según las reglas de la probabilidad; en suma, hacerlos pensar, hablar y actuar como lo harían hombres y mujeres terrenos en circunstancias extraordinarias. Había observado que en todos los escritos inspirados, los personajes bajo el poder de los milagros y testigos de los fenómenos más clamorosos, nunca perdían de vista su carácter humano, mientras que en las producciones románticas, un evento improbable nunca deja de estar acompañado por un diálogo absurdo. Los actores parecen perder el sentido común en el momento en que las leyes de la naturaleza pierden su tono. Así como el público ha aplaudido su instinto, el autor no debe decir que fue íntegramente deficiente en la tarea que emprendió; sin embargo, si la nueva ruta que ha encontrado abre un camino a hombres de mayor talento, reconocerá, con placer y modestia, que el plan era capaz de recibir bellezas superiores a las que su imaginación o su control de las pasiones pudieron conferirle.

Con respecto al comportamiento de los sirvientes, que ya he mencionado en el prefacio anterior, desearía agregar unas pocas palabras. La simplicidad de su conducta, que casi tiende a provocar sonrisas, a primera vista no parece adecuarse al serio elenco de la obra (y me parece que no es improcedente), sino que fue marcada a propósito de esa manera. Mi regla era la naturaleza. Por más graves, importantes y

hasta melancólicos que puedan llegar a ser los sentimientos de príncipes y héroes, sus domésticos no los comparten: por lo menos, estos últimos no expresan, o no se debe hacerlos expresar, sus pasiones con el mismo tono de dignidad. En mi humilde opinión, el contraste entre la sublimidad de unos y la ingenuidad de otros, pone bajo una luz más fuerte el patetismo de los primeros. La misma impaciencia que siente un lector, cuando es demorado por las chanzas groseras de actores vulgares, por alcanzar el conocimiento de la catástrofe importante en ciernes, tal vez acrecienta el suspenso, y por cierto prueba que se ha podido despertar artísticamente su interés en el acontecimiento final. Pero dispongo de una autoridad más alta que la propia para discutir esta conducta. El modelo que yo copié fue Shakespeare, el gran maestro de la naturaleza. Dejarme preguntar si las tragedias de *Hamlet* y *Julio César* no perderían mucho de su espíritu y de su belleza maravillosa, si se omitieran o se invistieran de lenguaje rimbombante el sentido de humor de los sepultureros, las chanzas de Polonio y los torpes chistes de los ciudadanos romanos. ¿No son exaltadas acaso la elocuencia de Apolonio y la oración más noble y sin afectación de Bruto por los rudos exabruptos naturales que salen de las bocas de sus interlocutores? Estos golpes justos hacen acordarme del escultor griego que para expresar la idea de un Coloso dentro de las dimensiones de una foca insertó en el espacio apropiado a un niño pequeño y lo midió con el dedo.

«No», dijo Voltaire en su edición de Corneille, «esta mezcolanza de bufonería y solemnidad es intolerable». Voltaire es un genio^[1], pero no de la magnitud de Shakespeare. Sin recurrir a una autoridad disputable, apelo al mismo Voltaire. No me valdré de sus encomios anteriores a nuestro gran poeta; aun cuando el crítico francés ha traducido dos veces el mismo monólogo de *Hamlet*, hace algunos años con admiración, recientemente con sorna; y me apena constatar que su juicio se ha debilitado cuando tendría que haber madurado más. Pero utilizaré sus propias palabras, pronunciadas en el tema general del teatro, cuando no estaba en su pensamiento recomendar ni vituperar la práctica de Shakespeare. Por lo tanto, en un momento en que Voltaire era imparcial. En el prefacio a su *Enfant Prodigue*, esa obra exquisita por la que declaro mi admiración, que, de vivir yo veinte años más, confío en que nunca podré intentar ridiculizar, él tiene estas palabras al hablar sobre la comedia (pero que también se pueden aplicar a la tragedia, si la tragedia es, como debiera ser, un cuadro de la vida humana; y al respecto, yo no puedo concebir por qué se debe desterrar una gracia ocasional de la escena trágica con más vehemencia que una seriedad patética debe serlo de la cómica): «*On y voit un mélange de sérieux et de plaisanterie, de comique et de touchant; souvent même une seule aventure produit tous ces contrastes. Rien n'est si commun qu'une maison dans laquelle un père gronde, une fille occupée de sa passion pleure; les fils se moquent des deux, et quelques parents prennent différemment part à la scène. Nous rînférons pas de là que toute comédie doive avoir des scènes de bouffonnerie et des scènes attendrissantes: il y a beaucoup de très bonnes pièces ou il ne règne que de la gaieté;*

d'autres toutes sérieuses; d'autres mélangées: d'autres ou l'attendrissage va jusque aux larmes: il ne faut donner l'exclusion à aucun genre: et si on me demandait quel genre est le meilleur, je répondrais celui qui est le mieux traité^[2]». Por cierto que si una comedia puede llegar a ser *toute serieuse*, en la tragedia bien puede haber de vez en cuando y con sobriedad la indulgencia de una sonrisa. ¿Quién lo prohibirá? ¿Puede ofrecer reglas a Shakespeare un crítico que, en defensa propia, declara que no se puede excluir de la comedia *ningún estilo*? Sé que el prefacio del que he extraído esta cita no lleva el nombre de *monsieur* de Voltaire, sino el de su editor; sin embargo, ¿quién duda que el editor y el autor eran la misma persona? ¿O dónde está ese editor que se ha apropiado con tanta felicidad del estilo de su autor y de la brillante soltura de argumento? Este pasaje es sin duda reflejo de los sentimientos genuinos de ese gran escritor. En su epístola a Maffei, introductoria de *Mérope*, expresa casi la misma opinión, empero, según creo, con una pequeña ironía. Repetiré sus palabras y luego daré mi razón para citarlas. Después de traducir un pasaje de *Mérope* de Maffei, *monsieur* de Voltaire agrega: «*Tous ces traits sont naïfs; tout y est convenable à ceux que vous introduisez sur la scène, et aux moeurs que vous leur donnez. Ces familiarités naturelles eussent été, à ce que je crois, bien reçues dans Athènes; mais Paris et notre parterre veulent une autre espèce de simplicité*^[3]». Dudo, yo diría, si no hay una pizca de mofa en éste y otros pasajes de la epístola; empero la fuerza de la verdad no se daña al ser teñida de ridículo. Maffei iba a presentar una historia griega; ciertamente los atenienses eran jueces tan competentes de las costumbres griegas y de la justeza de su presentación como la *parterre* de París. «Al contrario», dice Voltaire (y yo no puedo dejar de admirar su razonamiento), «había apenas diez mil habitantes en Atenas y París tenía una población de casi ochocientos mil ciudadanos, entre los cuales yo calculo que habría treinta mil jueces del arte dramático». ¡Por supuesto! Pero admitiendo un tribunal tan numeroso, creo que ésta debe ser la única instancia en que se haya pretendido que treinta mil personas, viviendo casi dos mil años después de la época en cuestión, fueran declaradas, sobre la mera base de una estadística, mejores jueces que los mismos griegos de lo que debieron ser las costumbres de una tragedia escrita acerca de una historia griega.

No entraré a discutir la *espèce de simplicité* que demanda la *parterre* de París, ni de los grillos con que *los treinta mil jueces* encadenaron su propia poesía, cuyo máximo mérito como puedo observar en los *Nuevos Comentarios* sobre Corneille, consiste en saltar a pesar de esos hierros; mérito que, de ser verdad, reduciría la poesía a una tarea pueril y despreciable y la arrancarían del sitio de elevado esfuerzo de la imaginación que siempre ha ocupado —¡*difficiles nigae* con un testigo! Sin embargo, no puedo evitar la mención de un *couplet* que, a mis oídos ingleses, siempre ha sonado como la instancia más chata y barata de corrección circunstancial, pero que Voltaire, quien ha tratado de manera tan exhaustiva el noventa por ciento de la obra de Corneille, ha puesto de manifiesto para la defensa de Corneille:

*De son appartement cette porte est prochaine,
El cette autre Conduit dans celui de la Reine.*

¡Ah, Shakespeare desgraciado! Si le hubieras hecho informar a Rosencratz de la iconografía del palacio de Copenhague a su camarada, Guildenstern, en vez de presentarnos un diálogo moral entre el príncipe de Dinamarca y su sepulturero, la *élite* iluminada de París tal vez nos habría aconsejado adorar su talento por *segunda vez*.

El resultado de todo lo que he dicho es proteger mi propio ímpetu creador bajo los cánones del genio más brillante que, por lo menos, este país ha producido. Podría haber demandado, después de crear una especie nueva de narrativa, que estaba en libertad de fijar las reglas que yo creía más apropiadas para la conducción de la novedad, pero me sentiré mucho más orgulloso de haber imitado, aunque sólo sea de manera débil, floja y a distancia, un modelo tan magistral, que gozar de todo el mérito de la invención a menos que hubiese podido marcar mi obra con genio así como con originalidad. Tal como es, el público ya la ha honrado suficientemente, sea cual sea el rango que otorgan sus sufragios.

Capítulo I

Manfred, príncipe de Otranto, tenía un hijo y una hija; ésta, una virgen muy hermosa de dieciocho años, se llamaba Matilda. Conrad, el hijo, tenía tres años menos, un muchachito feo, enfermizo y con una disposición no muy prometedor; sin embargo, era el favorito de su padre, que nunca demostró una señal de afecto por Matilda. Manfred había arreglado el matrimonio de su hijo con Isabella, la hija del marqués de Vicenza; y ella ya había sido entregada a Manfred por sus guardianes para que éste hiciera celebrar la boda en cuanto lo permitiese el estado de salud de Conrad. La familia y los vecinos de Manfred se habían percatado de la impaciencia del príncipe por llevar a cabo la ceremonia. Estos últimos, sabedores de la severidad natural del príncipe, no se animaban, por cierto, a expresar sus conjeturas ante tamaña precipitación. Hipólita, su mujer, una dama bonachona, se aventuró a veces a soslayar el peligro que representaba casar a su único hijo tan temprano, considerando que era demasiado joven y demasiado enfermo; pero ella jamás consiguió otra respuesta que reflexiones acerca de su propia esterilidad: le había podido dar un solo heredero. Sus arrendatarios y siervos eran menos prudentes en los comentarios: ellos atribuían esta boda apresurada al temor del príncipe de verla realización de una antigua profecía de la que se decía que había dispuesto que *el castillo de Otranto debía dejar de pertenecer a esa familia cuando su verdadero propietario se volviera demasiado grande para habitarlo*.

Era difícil encontrar algún sentido a la profecía y era aún menos fácil concebir algo que la ligara con la boda en cuestión. Sin embargo, estos misterios, o contradicciones, no lograron que el populacho dejara de sostener opinión tan peregrina.

Se fijó la fecha del cumpleaños de Conrad para los esponsales. Los invitados estaban reunidos en la capilla del castillo y todo estaba preparado para el oficio divino, pero Conrad no aparecía. El príncipe, impaciente ante el más mínimo retraso, no había observado la retirada de su hijo y despachó a uno de sus sirvientes en busca del joven príncipe. El sirviente, que no había tardado lo suficiente como para cruzar el patio hasta los aposentos de Conrad, regresó sin aliento, de manera frenética, los ojos fuera de las órbitas y espuma en la boca. No dijo nada, pero señaló el patio. El terror y la sorpresa invadieron a los invitados. La princesa Hipólita, sin saber de qué se trataba, aunque temerosa por su hijo, se desmayó. Manfred, más enfurecido que receloso por la demora de las nupcias y la estupidez del siervo, preguntó imperiosamente:

—¿Qué es lo que pasa?

El muchacho no respondió, sino que continuó señalando el patio; y finalmente,

después que le repitieron varias veces la pregunta, gritó:

—¡Oh, el casco! ¡El casco!

Mientras tanto, algunos de los invitados habían corrido hacia el patio de donde llegó un ruido confuso de chillidos, terror y sorpresa. Manfred, que comenzaba a alarmarse ante la ausencia de su hijo, fue a informarse acerca del motivo de este extraño griterío. Matilda permaneció en el lugar, tratando de asistir a su madre, e Isabella se quedó con el mismo propósito y para evitar cualquier muestra de impaciencia por su novio, por quien, en realidad, sentía muy poco afecto.

Lo primero que llamó la atención de Manfred fue un grupo de sus sirvientes esforzándose por levantar algo que le pareció ser una montaña de plumas negras. Miró sin poder dar crédito a sus ojos.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Manfred, furioso—. ¿Dónde está mi hijo?

Una andanada de voces le contestó:

—¡Oh, señor! ¡El príncipe! ¡El príncipe! ¡El casco! ¡El casco!

Sobresaltado por estos gritos lamentables, y temeroso de algo que desconocía, avanzó de prisa y lo que vio no era apto para un padre; contempló a su hijo hecho trizas y casi sepultado bajo un casco enorme, cien veces más grande que cualquier casco hecho para uso humano, y sombreado por una cantidad correspondiente de plumas negras.

El horror del espectáculo, la ignorancia de todos los presentes acerca de cómo había acaecido la desgracia y, sobre todo, lo tremendo del fenómeno que tenía ante los ojos, quitaron el habla al príncipe. Su silencio duró más de lo que hasta el dolor podía ocasionar. Fijó los ojos en lo que él en vano deseaba creer que era una visión; y parecía menos atento a la pérdida que sumido en la meditación acerca del objeto enorme que la había ocasionado. Lo tocó, examinó el casco fatídico; ni siquiera los restos sanguinolentos y destrozados del joven príncipe podían desviar los ojos de Manfred del portento que lo enfrentaba. Todos los presentes, conocedores del favoritismo emocional que había dispensado al joven Conrad, estaban tan sorprendidos de la insensibilidad del príncipe como atónitos ante el milagro del casco. Llevaron el cadáver desfigurado hasta el salón sin haber recibido la menor orden de Manfred. Éste tampoco prestó la más mínima atención a las damas que habían permanecido en la capilla, y sin mencionar alas desgraciadas princesas, su mujer y su hija, los primeros sonidos que emitieron los labios de Manfred fueron:

—Cuidad a Isabella.

Los domésticos, sin observar lo excepcional de esta orden y guiados por el afecto a su ama, consideraron que se refería a ella y corrieron en su ayuda. La llevaron a su cámara, más muerta que viva, indiferente a todas las extrañas circunstancias que oía mencionar, excepto la muerte de su hijo. Matilda, que idolatraba a su madre, escondió su propio dolor y consternación, y sólo pensó en asistir y reconfortar a su madre. Isabella, a quien Hipólita había tratado como a una hija, prestaba su ayuda a la dama con las mismas energías y disposición que Matilda; y al mismo tiempo, intentaba

compartir y rebajar el dolor que la joven princesa, a quien la unían una profunda simpatía y amistad, se esforzaba por suprimir. Sin embargo, no podía dejar que su propia situación personal interfiriera en sus pensamientos. No sentía ninguna aflicción por la muerte del joven Conrad, salvo conmiseración; y no le apenaba haberse librado del matrimonio que le había prometido, así como del severo temperamento de Manfred; quien, aunque la había distinguido con una gran indulgencia, había llenado su mente de terror debido al rigor injustificado con que trataba a dos señoras tan amables como Hipólita y Matilda.

Mientras las damas ponían en cama a la princesa transida de dolor, Manfred se quedó en el patio, observando el casco ominoso, ajeno a la multitud que lo estrambótico del incidente había reunido ahora a su alrededor. Las pocas palabras que articuló tuvieron el solo propósito de inquirir si algún hombre sabía de dónde había salido. Nadie le pudo dar la más mínima información. Empero, como pareció que el único objeto de su curiosidad era el artefacto, muy pronto el resto de los espectadores se concentraron en él y sus conjeturas eran tan absurdas como improbables, ya que la catástrofe no tenía precedentes. En medio de estas suposiciones sin sentido, un campesino de un pueblo cercano, observó que el casco milagroso era exactamente igual al de la figura de mármol negro de Alfonso el Bueno, uno de los príncipes anteriores, en la iglesia de San Nicolás.

—¡Villano! ¿Qué dices? —gritó Manfred, saliendo de su trance con un ataque de furia y cogiendo al joven por el cuello—. ¿Cómo te atreves a mencionar semejante traición? Lo pagarás con tu vida.

Los espectadores, que comprendían tan poco la causa de la furia del príncipe como la de otros arrebatos que habían presenciado, se encontraban en completa ignorancia de lo que había motivado esta nueva circunstancia. Más atónito aún estaba el joven campesino, sin poder precisar de qué manera había ofendido al príncipe; sin embargo, recuperándose con una mezcla de gracia y humildad, se desembarazó del puño de Manfred y entonces, con una obediencia que descubría más inocencia que temor, preguntó con respeto:

—¿De qué soy culpable?

Manfred, más enfurecido por el vigor, aunque decentemente ejecutado, con que el joven se había desligado de su asimiento, que apaciguado por su sometimiento, ordenó a sus sirvientes que lo apresaran, y de no haber sido por los amigos que había invitado a las nupcias, habría ahogado al campesino con sus brazos.

Durante el altercado, algunos de los espectadores habían corrido hasta la gran iglesia próxima al castillo, y volvieron con la boca abierta y declararon que a la estatua de Alfonso le faltaba el caso. Manfred, ante estas noticias, se puso totalmente frenético; y como si buscara un blanco en el que descargar la tormenta interior que lo sacudía, se abalanzó nuevamente sobre el muchacho, gritando:

—¡Villano! ¡Monstruo! ¡Brujo! ¡Tú lo has hecho! ¡Tú has asesinado a mi hijo!

El gentío airado, que también necesitaba una víctima que resolviese y aliviase la

sinrazón de sus pensamientos, cogió las palabras de la boca de su amo, e hizo eco:

—¡Ay, ay, es él! ¡Es él! ¡Ha robado el casco de la tumba de Alfonso el Bueno y le ha roto la crisma a nuestro príncipe! —sin que se les pudiera ocurrir la enorme desproporción que existía entre el casco de mármol que había estado en la iglesia y ése de hierro que tenían ante los ojos, ni tampoco lo imposible que era para un muchacho, que no llegaba a tener veinte años, arrojar o levantar una pieza de armadura de peso tan prodigioso.

La locura de estas exclamaciones hizo que Manfred recuperara el control de sí mismo. Pero, excitado porque el campesino había observado la similitud entre los dos cascos y por el descubrimiento de la ausencia del que estaba en la iglesia, o porque deseaba disipar la posibilidad de un nuevo rumor implícito en una suposición tan impertinente, pronunció con gravedad que el muchacho era con seguridad un brujo y que, hasta que la iglesia pudiera tomar cartas en el asunto, haría que el mago, a quien todos habían detectado como tal, quedara prisionero bajo el mismo casco, y ordenó a sus sirvientes que lo levantaran y que introdujeran al joven en su interior y sentenció que debían dejarlo allí sin comida; de cualquier manera su propio arte infernal se ocuparía de procurársela.

En vano se defendió el muchacho contra esta estrafalaria condena; en vano se esforzaron los amigos de Manfred por hacerle cambiar de resolución, tan salvaje y tan mal fundamentada. La mayoría estaba encantada con la decisión de su amo que, según decían, tenía gran apariencia de justicia: el mago iba a ser castigado con el mismo instrumento que había utilizado para su delito. Además, no sintieron ninguna compasión ante la posibilidad de que el muchacho se muriese de hambre porque creían firmemente que sus dotes diabólicas le iban a proveer los alimentos necesarios sin el menor problema.

Por lo tanto, Manfred vio que sus disposiciones eran obedecidas hasta con alegría y nombró a un guardia bajo orden estricta de prevenir cualquier intento de acercar comida al prisionero. Luego se despidió de sus amigos y sirvientes y se retiró a sus aposentos, después de cerrar las puertas del castillo, en el que no toleraba que permaneciese nadie, salvo sus domésticos.

Mientras tanto, el cuidado y las atenciones de las jóvenes damas habían logrado que la princesa Hipólita volviera en sí. Esta, en medio de los arrebatos de su dolor, preguntaba a menudo por su marido. Rogaba a sus asistentes que lo cuidasen. Finalmente, le pidió a Matilda que la dejara y que fuera a reconfortar a su padre. La joven, aunque temblara ante su austeridad y no deseara saber nada de obligaciones afectivas para con Manfred, obedeció las órdenes de Hipólita. Recomendó con ternura el cuidado de su madre a Isabella y preguntó a las domésticas acerca de su padre. La informaron de que se había retirado a sus habitaciones y que había dispuesto que nadie tuviera acceso a ellas. Supuso que la muerte de su hermano había sumido a Manfred en gran dolor y temió que la vista de su única hija viva renovara

sus lágrimas. Tuvo dudas de interferir en su aflicción; sin embargo, ansiosa por verlo y deseosa de obedecer las órdenes de su madre, se animó a desobedecer las de su padre, una falta de la que jamás había sido culpable. La gentil timidez de su naturaleza la hizo detenerse ante la puerta por unos instantes. Lo oyó atravesar su cuarto, de un lado para otro, con pasos irregulares, en una atmósfera que aumentó los temores de Matilda. Empero, estaba a punto de golpear la puerta cuando Manfred la abrió de improviso; y como el lugar estaba a media luz, lo que se sumó a su desorden mental, no distinguió a la persona y preguntó ferozmente:

—¿Quién está ahí?

Matilda respondió temblando:

—Padre querido, soy yo, tu hija.

Manfred, retrocediendo de prisa, gritó:

—Vete, yo no quiero a una hija. —Y volviéndose abruptamente, dio un portazo contra la aterrorizada princesa.

Conocía demasiado bien la impetuosidad de su padre como para aventurar una segunda intrusión. Cuando se hubo recuperado un poco del golpe que produjo una recepción tan amarga, se secó las lágrimas para prevenir la herida adicional que lo sucedido produciría en Hipólita, quien le preguntó de manera muy angustiada acerca del estado de Manfred y cómo había tomado la pérdida. Matilda le aseguró que él se encontraba bien y que enfrentaba su dolor con mucha fortaleza.

—Pero ¿no me permitirá verlo? —preguntó Hipólita con pena—, ¿no permitirá que una mis lágrimas alas tuyas y deposite el dolor de una madre sobre el pecho de su marido? ¿O es que me engañas, Matilda? Sé cuánto idolatraba Manfred a su hijo. ¿No ha sido un golpe demasiado fuerte para él? ¿No lo ha aplastado? ¡No me contestas, Dios! ¡Me temo lo peor! Niñas, levantadme; yo lo veré, veré a mi marido. Llevadme a él al instante: ¡él, para mí, es más importante que mis propios hijos!

Matilda le hizo gestos a Isabella para prevenir que su madre se levantase. Y cuando las dos hermosas jóvenes estaban haciendo uso de su firmeza gentil para detener y calmar a la princesa, hizo su aparición un sirviente de parte de Manfred, y le dijo a Isabella que el amo quería hablar con ella.

—¡Conmigo! —exclamó Isabella.

—Ve —dijo Hipólita, aliviada por el mensaje de su marido—. Manfred no puede soportar la presencia de su propia familia. Piensa que eres más calma que nosotras. Teme la fuerza de mi dolor. Consuélalo, querida Isabella, y dile que prefiero sofocar mi propia angustia antes que agregarla a la suya.

Como ya anohecía, el sirviente que conducía a Isabella llevaba una antorcha. Cuando llegaron donde estaba Manfred, que caminaba, impaciente, por la galería, éste dijo de prisa:

—¡Llévate esa luz y vete!

Luego, cerrando impetuosamente la puerta, se dejó caer en un banco contra la pared y le hizo gestos a Isabella para que se sentara junto a él. Ella obedeció,

temblando.

—He envidiado por ti —dijo él, y luego dejó de hablar presa de cierta confusión.

—¡Mi señor!

—Sí, envié por ti por un asunto de principal importancia —continuó él—, seca tus lágrimas, jovencita. Has perdido a tu prometido, sí, ¡sino cruel! ¡Y yo he perdido las esperanzas en mi raza! Aunque Conrad no era merecedor de tu belleza.

—¡Pero, mi señor! —dijo Isabella—. Estoy segura de que sospechas que no siento el dolor que debiera. Mi deber y afecto siempre habrían...

—No pienses más en él —la interrumpió Manfred—, era un chico enfermizo, insignificante, y tal vez el cielo se lo ha llevado para que yo no confiase los honores de mi casa a un ser tan endeble. El linaje de Manfred requiere una base mejor. El tonto afecto que le tenía a ese muchacho cegó los ojos de mi prudencia; pero es mejor que así sea. En unos pocos años, espero tener buenas razones para alegrarme de la muerte de Conrad.

Las palabras no podrían pintar el estupor de Isabella. Al principio, creyó que el dolor había perturbado la mente de Manfred. El siguiente pensamiento que tuvo fue que el extraño discurso del príncipe tenía el propósito de hacerla caer en una trampa: temió que este hubiera percibido su indiferencia para con Conrad; y como consecuencia de esa idea, replicó:

—¡Mi buen señor, no dudes de mi ternura! Mi corazón habría acompañado mi mano. Conrad habría tenido todo mi cuidado, y sea cual fuere la suerte que corra mi vida, siempre respetaré su memoria, y te consideraré a ti y a la virtuosa Hipólita como mis padres.

—¡Que le parta un rayo a Hipólita! —gritó Manfred—. Olvídate de ella a partir de este momento, como yo lo hago. En suma, señora, has perdido a un marido que no era merecedor de tus encantos; ahora ellos serán puestos a mejor uso. En vez de un muchachito enfermizo, obtendrás un esposo en la flor de la edad que sabrá cómo valorar tu belleza y de quien se puede esperar una prole numerosa.

—¡Señor mío —dijo Isabella—, mi cabeza está demasiado entristecida por la cercana catástrofe que asoló tu familia como para pensar en la posibilidad de otra boda! Si alguna vez regresa mi padre, y es su decisión, le obedeceré, como lo hice cuando consentí dar mi mano a tu hijo; pero hasta su regreso, permíteme guarecerme bajo tu techo hospitalario y emplear las horas de melancolía en aliviar tu pena, la de Hipólita y la de la buena Matilda.

—Ya te dije una vez —dijo Manfred con disgusto— que no me nombraras a esa mujer: a partir de este momento, ella debe ser una total desconocida para ti y para mí; en resumen, Isabella, ya que no puedo entregarte a mi hijo, me ofrezco a mí mismo como tu futuro esposo.

—¡Dios Santo! —exclamó Isabella, despenándose de su engaño—. ¡Qué es lo que escuchan mis oídos! ¡Tú, mi señor! ¡Tú! ¡Mi suegro! ¡El padre de Conrad! ¡El marido de la virtuosa y tierna Hipólita!

—Ya te lo he dicho —dijo Manfred con energía—, Hipólita no es mi mujer, en este momento me divorcio de ella. Hace ya demasiado tiempo que debo soportar la maldición de su esterilidad. Mi destino depende de mis hijos y espero que esta noche podré dar un nuevo aliento a mis esperanzas.

Con estas palabras, cogió la fría mano de Isabella, que estaba medio muerta de consternación y horror. Ella chilló y se apartó de él. Manfred se puso de pie para perseguirla, y en ese momento, la luna que ahora estaba alta en el cielo y brillaba en el marco de la ventana, presentó ante sus ojos las plumas del casco fatídico, que se elevó hasta la altura de las ventanas, moviéndose de un lado para otro de manera tempestuosa, acompañado de un sonido herrumbrado y vacío. Isabella sacó fuerzas de su situación y como lo que más temía era la concreción de la declaración de Manfred, gritó:

—¡Mira! ¡Mi señor! ¡Mira! ¡El mismo cielo se rebela contra tus impías intenciones!

—¡Ni el cielo ni el infierno podrán impedir mis designios! —dijo Manfred y avanzó nuevamente para coger a la princesa. En ese instante, el retrato de su abuelo, que colgaba sobre el banco donde habían estado sentados, emitió un profundo suspiro y su pecho palpitó. Isabella, de espaldas al cuadro, no vio el movimiento ni supo de dónde provenía el sonido, sino que comenzó a decir:

—¡Oye, señor mío! ¿Qué fue eso? —y al mismo tiempo, se precipitó hacia la puerta.

Manfred, distraído por la huida de Isabella que ahora había alcanzado las escaleras y, sin embargo, incapaz de apartar la vista del retrato que había empezado a moverse, trató de dar unos pasos en persecución de la muchacha. Todavía estaba mirando el cuadro por encima del hombro, cuando lo vio salir de su marco y descender hasta el piso, con un aspecto grave y melancólico.

—¿Estoy soñando? —exclamó Manfred, volviéndose—. ¿O se han aliado todos los demonios en mi contra? Habla, espectro infernal, y si tú eres mi abuelo, ¿por qué entonces conspiras contra tus infelices descendientes, quienes pagan muy caro...?

Antes de que pudiera terminar la oración, la visión nuevamente suspiró y le hizo un gesto a Manfred para que lo siguiese.

—¡Tú, adelante! —gritó Manfred—. ¡Te seguiré hasta el pozo de la perdición!

El espectro se encaminó, tranquilo aunque desanimado, hacia el fondo de la galería, y luego entró en una cámara, a la derecha. Manfred iba detrás de él, a una corta distancia, presa de ansiedad y de horror pero con el ánimo resuelto. Cuando estaba a punto de traspasar el umbral, una mano invisible cerró la puerta con suma violencia. El príncipe tomó coraje ante esta demora y habría violado la puerta a puntapiés, pero se dio cuenta de que ésta resistía a sus esfuerzos más grandes.

—Ya que el infierno no está dispuesto a satisfacer mi curiosidad —dijo Manfred—, haré uso de todos los medios humanos a mi disposición para preservar la vida de mi raza; Isabella no escapará de mí.

La muchacha, cuya resolución había dado paso al terror en el momento de alejarse de Manfred, continuó su huida hasta el fondo de la escalera principal. Allí se detuvo, sin saber adónde dirigir los pasos ni cómo escapar de la impetuosidad del príncipe. Sabía que las puertas del castillo estaban cerradas y que había guardias emplazados en el patio. ¿Debería ir, como su corazón le aconsejaba, y preparar a Hipólita para la suerte aciaga que el destino le deparaba? No tuvo dudas de que Manfred la buscaría allí y de que la violencia de la situación lo excitaría a redoblar la injuria que había programado sin permitir que ellas pudieran evitar el resultado de la fogsidad de su pasión. Tal vez la demora le daría tiempo para reflexionar acerca de las medidas espantosas que había concebido, o produciría alguna circunstancia favorable al mantenimiento de su virginidad. Esa noche por lo menos, ella debía malograr el odioso propósito del príncipe. Pero ¿dónde esconderse?, ¿cómo esquivar la persecución que sin duda llevaría a cabo por todo el castillo? Mientras estos pensamientos pasaban, rápidos, por su cabeza, de pronto recordó un pasaje subterráneo que llevaba de las bóvedas del castillo a la iglesia de San Nicolás. Si podía llegar hasta el altar antes de ser apresada, sabía que la violencia de Manfred no se animaría a profanar el lugar sagrado; y decidió, de no ser posible otro medio de liberación, enclaustrarse para siempre entre las vírgenes religiosas cuyo convento era contiguo a la catedral. Así resuelta, asió la lámpara que ardía al pie de las escalinatas y se dirigió hacia el pasaje secreto.

Varios claustros intrincados se extendían por la parte inferior del castillo; y por cierto, para una persona presa de tamaña angustia, no era nada fácil encontrar la puerta que conducía a la caverna. Un silencio desagradable reinaba en estas regiones subterráneas, salvo, de cuando en cuando, el silbido de un golpe de viento que estremecía las puertas a su paso, y que, rechinando en los goznes herrumbrados, acumulaba ecos en ese largo laberinto de oscuridades. Todo murmullo le producía un nuevo terror; sin embargo, más le asustaba oír la voz airada de Manfred instando a sus sirvientes a que la detuvieran. Prosiguió, tratando de no hacer ruido a pesar de su impaciencia, y paraba continuamente para escuchar si la seguían. En una de esas paradas, pensó que había oído un suspiro. Se estremeció y reuló unos pocos pasos. Luego, pensó que había oído los pasos de una persona. Su corazón pareció estar a punto de estallar; pensó que tenía que ser Manfred. Todas las sugerencias que puede inspirar el miedo se agolparon en su cabeza. Se arrepintió de la rápida huida que había efectuado y que ahora la exponía a la ira del príncipe en un lugar donde sus gritos no acercarían a nadie en su ayuda. Empero, el sonido no parecía venir de atrás; si Manfred sabía dónde estaba, la seguiría. Ella todavía estaba en uno de los claustros y los pasos que oía eran demasiado nítidos como para provenir del camino que ella había recorrido. Animada por esta reflexión, y a la espera de encontrar un amigo en cualquiera que no fuera el príncipe, estaba por avanzar cuando una puerta entornada a cierta distancia a la izquierda, se abrió suavemente, pero antes de que la lámpara — que ella mantenía en lo alto — pudiera averiguar la identidad del intruso, alguien,

sorprendido por el impacto de la luz, se retiró precipitadamente.

Isabella, al borde del colapso después de cada incidente, dudó de si debía proseguir adelante. El horror que le producía Manfred pronto invalidó sus otros miedos. El mismo hecho de que alguien la evitara terminó por darle más ánimo. Pensó que sólo podía ser algún sirviente que perteneciera al castillo. Su bondad nunca le había procurado un enemigo y una consciente inocencia le dio esperanzas de que, a menos que el príncipe les ordenase su captura, los sirvientes la ayudarían en la huida en vez de prevenir ese objetivo. Estas reflexiones la fortalecieron y creyó, por lo que podía observar, que estaba cerca de la boca de la caverna subterránea. Se acercó a la puerta que había sido entreabierta y un súbito soplo de aire, que la inundó cuando llegó a la abertura, extinguió la lámpara y la sumió en la oscuridad más total.

Las palabras no podrían describir la angustiada situación de la muchacha. Sola, en lugar tan sombrío, bajo las fuertes impresiones que habían producido en su alma los acontecimientos atroces del día, sin esperanzas de poder escaparse, a la espera de la llegada inminente de Manfred, y bien lejos de estar tranquila sabiendo que estaba al alcance de un desconocido, alguien que por alguna causa escondía sus movimientos, la muchacha estaba lista a sucumbir ante el peso de su pavor; y pensamientos dispares giraban locamente en su cabeza. Se encomendó a todos los santos del cielo e íntimamente imploró su ayuda. Permaneció en una agonía desesperada por un lapso considerable de tiempo. Finalmente, con la máxima precaución que le fue posible, tanteó por la puerta con las manos. Cuando la encontró, entró temblando en la bóveda donde había oído el suspiro y los pasos. Le produjo un momentáneo optimismo percibir un rayo imperfecto de nublada luz de luna que brillaba en el techo de la bóveda. Ésta parecía estar hendida; y de esas alturas colgaba un fragmento de tierra o edificio, no pudo distinguir cuál, que daba la impresión de haber sido aplastado hacia el interior. Avanzó, anhelante, en dirección de la grieta, y al hacerlo vio una forma humana, de pie y próxima a la pared.

Pegó un grito, creyendo que se trataba del fantasma de su prometido, Conrad. La figura, en movimiento, dijo con voz sumisa:

—No te alarmes, niña. Tranquilízate. No te haré daño.

A Isabella, apenas repuesta por las palabras y el tono de voz del desconocido y acordándose de que éste debía ser la persona que había abierto la puerta, le volvió el alma al cuerpo y contestó:

—Señor, seas quien seas, ¡apiádate de esta princesa desgraciada que está al borde de la perdición! ¡Ayúdame a escapar de este maldito castillo, o en poco tiempo me habrán deshonrado para siempre!

—¡Pero, cielos! —dijo el desconocido—. ¿Qué puedo hacer en tu ayuda? Moriré en tu defensa, pero no conozco muy bien este castillo y quiero...

—¡Por todos los santos! —le interrumpió Isabella—. Ayúdame a encontrar una puerta secreta que debe estar cerca de aquí. Es el favor más grande que me puedes hacer, ya que no tengo un solo minuto que perder.

Después de decir estas palabras, comenzó a palpar el piso y le pidió al desconocido que hiciera lo mismo y que buscara una pieza de bronce pulido sujeta a una de las piedras.

—Eso —dijo ella— es el candado que se abre con un resorte. Sé cómo funciona. Si podemos encontrarlo, tal vez escape. De no ser así, me temo que te habré comprometido en mi desgracia. Manfred sospechará que eres el cómplice de mi escapada, y caerás víctima de su resentimiento.

—No doy gran valor a mi vida —dijo el desconocido— y será un consuelo perderla tratando de librarte de su tiranía.

—Eres muy generoso —dijo Isabella—, ¡cómo podré recompensarte...!

En ese momento, un rayo de luz de luna, abriéndose paso por una hendidura de las ruinas en lo alto, relumbró directamente sobre el candado que buscaban.

—¡Qué suerte, Dios mío! —dijo Isabella—. ¡Aquí está la puerta secreta! —y sacó una llave, tocó el resorte que, corrido a un costado, descubrió un anillo de hierro—. Levanta la puerta —dijo ella.

El desconocido obedeció y en el piso aparecieron unos escalones de piedra que descendían a una bóveda sumida en la oscuridad.

—Debemos bajar —dijo Isabella—, tú me sigues, a pesar de la oscuridad y el pavor no podemos perdemos. Conduce directamente a la iglesia de San Nicolás. Pero tal vez —agregó la muchacha con modestia— no tengas ninguna razón para abandonar el castillo, ni tampoco necesito ya tus servicios; en unos pocos minutos estaré a salvo de la ferocidad de Manfred. Sólo quiero que me permitas saber con quién estoy en deuda.

—Nunca me apartaré de ti —dijo el desconocido con ímpetu—, hasta que te haya puesto a salvo; no pienses que soy más generoso de lo que en realidad soy; a pesar de que eres mi primera preocupación.

El desconocido fue interrumpido por un súbito alboroto de voces que pareció acercarse, y pronto distinguieron estas palabras:

—¡No me habléis de brujos! Os digo que debe estar en el castillo; la encontraré a pesar de los encantamientos.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Isabella—, ¡es la voz de Manfred! ¡Apúrate o estamos perdidos! Y cierra la puerta tras de ti.

Con estas palabras, descendió los escalones con precipitación y, cuando el desconocido se aprestaba a seguirle los pasos, la puerta resbaló de sus manos, cayó y el resorte se cerró. Trató en vano de abrirlo ya que no había observado el método que Isabella había empleado. Tampoco tenía tiempo para realizar otro intento. El estrépito de la puerta al caerse había llegado a oídos de Manfred. Guiado por la dirección del sonido, se apresuró aún más seguido por los sirvientes con antorchas.

—Debe ser Isabella —gritó Manfred después de entrar en la bóveda—, se está escapando por el pasaje subterráneo, pero no puede alejarse mucho.

La sorpresa del príncipe fue mayúscula cuando, en vez de Isabella, la luz de las

antorchas alumbraron al joven campesino que había confinado en el interior del casco mortal.

—¡Traidor! —gritó Manfred—, ¿qué haces tú aquí? Creía que estabas en cautiverio, allá en el patio.

—No soy ningún traidor —replicó con dignidad el joven— ni puedo responder de vuestros falsos pensamientos.

—¡Villano presuntuoso! —exclamó Manfred—. ¿Quieres provocar mi ira? Dime, ¿cómo te has escapado de arriba? ¿Has corrompido a mis guardias, que pagarán con sus vidas...?

—Mi pobreza —dijo el campesino con calma— los disculpará, a pesar de ser los agentes de la ferocidad de un tirano; con vos son leales y demasiado dispuestos a ejecutar las órdenes que les impone injustamente.

—¿Te crees tan duro como para desafiar mi venganza —dijo el príncipe—; ya las torturas te arrancarán la verdad. ¡Habla! Sabré quiénes han sido tus cómplices.

—¡Allí está mi cómplice! —dijo el joven y se sonrió, señalando el techo. Manfred ordenó que levantasen las antorchas y notó que uno de los lados del casco encantado había abierto un boquete en el pavimento del patio cuando los sirvientes lo habían dejado caer sobre el campesino, y había traspasado la bóveda, produciendo una grieta por donde el campesino se había deslizado unos minutos antes de que lo encontrara Isabella.

—¿Por ahí has descendido? —preguntó Manfred.

—Así fue —dijo el joven.

—Pero ¿cuál ha sido el ruido —insistió Manfred— que oí cuando entré en el claustro?

—Se cerró una puerta —dijo el mozo—. Yo también la oí.

—¿Qué puerta? —preguntó Manfred de prisa.

—No conozco vuestro castillo —replicó el campesino—. Ésta es la primera vez que estoy aquí dentro; y esta bóveda es el único lugar en que he estado.

—Te diré —dijo Manfred, esperando averiguar si el joven había descubierto la puerta secreta— que el ruido sonó en esa dirección; mis sirvientes también lo oyeron.

—Amo —interrumpió uno de ellos con adulación—, seguro que fue la puerta secreta y que éste pretendía escaparse por ahí.

—¡Silencio, estúpido! —dijo, enojado, el príncipe—, si se iba a escapar, ¿cómo está a este lado de la puerta? Sabré de su propia boca qué ruido fue el que oímos. ¡Dime la verdad! Tu vida depende de ello.

—Amo la verdad más que a mi propia vida —dijo el campesino— y no compraría la una si para hacerlo debiera falsificar la otra.

—¡Muy bien, joven filósofo! —dijo Manfred con desprecio—, dime, entonces, ¿qué fue el ruido que escuché?

—Preguntadme lo que os pueda contestar —dijo él— y dadme muerte instantánea si os digo una mentira.

Manfred, cada vez más impaciente con el valor sereno y la indiferencia del joven, gritó:

—¡Pues bien, entonces, hombre de verdades, contesta! ¿Lo que oí fue la caída de la puerta secreta?

—Eso fue —dijo el joven.

—¡Eso fue! —dijo Manfred—. ¿Y cómo te diste cuenta de que allí había una puerta secreta?

—Vi la chapa de bronce cuando la iluminó un rayo de luz.

—¿Y qué te hizo creer que era un candado? —preguntó Manfred—. ¿Cómo pudiste descubrir el mecanismo secreto que lo abría?

—La providencia, la misma que me libró del casco, dirigió mi mano hasta el resorte del candado.

—La providencia podría haber ido un poco más lejos y haberte puesto fuera del alcance de mi resentimiento —dijo el príncipe—. Una vez que te enseñó a abrir el candado, te abandonó como a un idiota que no supo hacer uso de su favor. ¿Por qué no continuaste por el camino señalado para tu huida?, ¿por qué cerraste la trampa antes de descender por los escalones?

—Yo os preguntaría, señor, lo siguiente: ¿cómo iba yo —que ignoro totalmente las idas y vueltas de vuestro castillo— a saber que esos escalones me conducirían a un santuario? Pero no deseo evitar vuestras preguntas. Fuera el que fuera el lugar al que conducían esos escalones, tal vez yo tendría que haberlos explorado de cualquier manera; mi situación no puede ser peor. Pero la verdad es que se me cayó esa trampa de las manos segundos antes de vuestra aparición. Había dado la alarma, ¿qué me importaba a mí si me apresaban un minuto antes o un minuto después?

—Eres un perfecto villano para tu edad —dijo Manfred—, empero, si reflexiono, sospecho que te estás burlando de mí. Todavía no me has dicho cómo abriste el candado.

—Os lo mostraré, señor —dijo el campesino, y cogiendo una piedra que había caído del techo, se agachó sobre la trampa y comenzó a golpear la pieza de cobre que la cubría con la intención de ganar tiempo para la huida de la princesa. Su presencia de ánimo, sumada a la franqueza del muchacho, sorprendieron a Manfred. Hasta llegó a sentir una cierta inclinación a perdonar a alguien que no era culpable de ningún crimen. Manfred no era uno de esos tiranos salvajes que se regocijan con su propia crueldad gratuita. Los avatares de su destino habían cubierto de asperezas su carácter, que era normalmente humano, y sus virtudes estaban prontas a operar siempre que las pasiones no nublasen su razón.

Mientras el príncipe estaba en suspenso, un confuso murmullo de voces se fue despareciendo por las bóvedas distantes. A medida que el sonido se acercaba, él distinguió los clamores de algunos de los sirvientes que había dispersado a la búsqueda de Isabella.

—¿Dónde está el amo? ¿Dónde está el príncipe? —gritaban.

—Aquí estoy —dijo Manfred cuando se aproximaron—. ¿Habéis encontrado a la princesa?

El primero en llegar, respondió:

—¡Oh, señor, qué suerte haberos encontrado!

—¿A mí? —dijo Manfred—. ¿Habéis encontrado a la princesa?

—Pensábamos que sí, señor —dijo el mozo, que parecía estar aterrorizado—, pero...

—¿Pero qué? ¿Se ha escapado?

—Sí, Jaquez y yo, señor...

—Sí, Diego y yo —interrumpió el segundo, que se acercó aún más consternado.

—Hablad uno por vez —dijo Manfred—. ¿Dónde está la princesa?

—No lo sabemos —respondieron ambos al unísono—, ¡pero estamos más que aterrorizados!

—Eso pienso, imbéciles —dijo Manfred—; ¿qué os ha asustado de esa manera?

—¡Oh, señor! —dijo Jaquez—. ¡Diego ha visto algo tan espantoso! Su excelencia no lo podría creer...

—¿De qué nuevo absurdo se trata? —gritó Manfred—, dadme una respuesta directa, o por todos los cielos...

—Si su excelencia desea escucharme —musitó el pobre desgraciado—, Diego y yo...

—Sí, Jaquez y yo —exclamó su compañero.

—¿No os he prohibido que hablarais al mismo tiempo? —dijo el príncipe—. A ver, tú, Jaquez, contéstame, porque este otro tonto parece más perturbado que tú. ¿Qué es lo que pasa?

—Señor mío —contestó Jaquez—. Si os place escucharme, Diego y yo, siguiendo las órdenes de vuestra excelencia, salimos en busca de la joven dama; pero, debido a que teníamos miedo de topamos con el fantasma de nuestro joven señor, el hijo de vuestra excelencia, que Dios lo tenga en su santa gloria, como aún no ha recibido cristiana sepultura...

—¡Ebrios! —exclamó Manfred, presa de furor—, ¿es sólo un fantasma lo que habéis visto?

—¡Mucho peor, mucho peor! —gritó Diego—. ¡Ojalá hubiera visto diez fantasmas de cuerpo entero!

—¡Que Dios me dé paciencia! —dijo Manfred—, estos estúpidos me están haciendo perder el tiempo. ¡Fuera de mi presencia, Diego! Y tú, Jaquez, responde con una sola palabra. ¿Estás sobrio? ¿Estás delirando? ¿Quieres explicarte con algún sentido, o es que el otro borracho se ha asustado y te ha asustado a ti también? Habla, ¿qué es lo que se imagina que ha visto?

—Amo de mi corazón —contestó Jaquez, temblando—, yo iba a decir a vuestra excelencia que desde que ocurrió la desgracia del amo niño, ¡que Dios cobije su alma!, ni uno solo de nosotros, aun cuando seamos pobres, digo, ni uno solo se ha

animado a dar un paso por el castillo, sino que vamos en parejas; por tanto, Diego y yo, pensando que la señora podría encontrarse en la galería grande, nos dirigimos en su búsqueda, y a avisarle de que vuestra señoría tenía que decirle algo.

—¡Oh, idiotas completos! —gritó Manfred—, y mientras tanto, ¡ella se escapaba porque vosotros tenéis miedo de los duendes! ¡Tú, bribón! Si ella me dejó en la galería, si yo mismo vengo de allí.

—Por lo que sé, ella puede muy bien estar todavía allí, por lo que sé —dijo Jaquez—, pero que me coma el diablo si vuelvo a buscarla en ese lugar, ¡pobre Diego! No creo que pueda recuperarse nunca más.

—¿Recuperar qué? ¿Es que nunca podré saber lo que ha aterrorizado a estos miserables? Y pierdo mi tiempo. Sígueme, esclavo. Veré si ella está en la galería.

—¡Por todos los santos, amo de mi alma, no vayáis a la galería! —exclamó Jaquez—. Creo que el mismísimo Satanás está en la cámara próxima a la galería.

Manfred, que hasta este momento había considerado el terror de sus sirvientes como un pánico sin motivo, prestó atención a esta nueva circunstancia. Recordó la aparición del retrato y la puerta que se cerró de improviso al fondo de la galería; tembló su voz y preguntó a toda prisa:

—¿Qué sucede en la cámara grande?

—Señor —replicó Jaquez—, cuando Diego y yo entramos en la galería, él entró primero porque dijo que era más valiente que yo. Entonces, cuando entramos en la galería, no encontramos a nadie todavía.

—¿Estaban todos los cuadros en su sitio? —preguntó Manfred.

—Sí, señor —respondió Jaquez—, pero no pensamos en mirar detrás de ellos.

—Bien, bien —dijo Manfred—, prosigue.

—Cuando llegamos a la puerta que da a la cámara grande —continuó Jaquez—, la encontramos cerrada.

—¿Y no pudisteis abrirla? —preguntó Manfred.

—Oh, sí, señor. Ojalá el cielo nos hubiera impedido hacerlo —replicó él—. Tampoco lo hice yo; fue Diego, estaba muy gallito y quería continuar la búsqueda, a pesar de que yo mismo le dije que no. ¡Que me parta un rayo si llego a abrir una puerta que esté cerrada alguna otra vez!

—No disparates —dijo Manfred, y sintió un estremecimiento—, pero dime lo que viste en la cámara grande cuando abriste la puerta.

—Yo, señor —dijo Jaquez—, no vi nada; estaba detrás de Diego; pero oí el ruido.

—Jaquez —dijo Manfred con un solemne tono de voz—, te lo ordeno por las almas de mis antepasados, ¿qué viste?, ¿qué oíste?

—Fue Diego quien lo vio, amo, yo no fui —replicó Jaquez—. Yo sólo oí el ruido. Apenas Diego abrió la puerta, lanzó un grito y salió corriendo. Yo también salí corriendo y le pregunté, «¿es el fantasma?». «¡El fantasma!, no, no», dijo Diego, y se le erizó el pelo. «Es un gigante, creo; está todo vestido de armadura, porque vi el pie y parte de la pierna, y son tan grandes como el casco, allí en el patio». Mientras decía

estas palabras, señor, oímos un horrendo movimiento y el estrépito de la armadura, como si el gigante se pusiera de pie; porque luego me dijo Diego que creía que el gigante estaba echado, ya que el pie y la pierna estaban estirados a lo largo del piso. Antes de que pudiéramos llegar al fondo de la galería, oímos que se cerraba la puerta de la cámara grande a nuestras espaldas, pero no nos animamos a mirar hacia atrás para ver si nos seguía el gigante; sin embargo, ahora pienso que si nos hubiera seguido, lo habríamos escuchado. ¡Por lo que más queráis, señor mío, llamad al capellán y que exorcice este castillo! Porque no hay otra posibilidad, está encantado.

—¡Ay, señor, por Dios, hacedlo! —gritaron todos los sirvientes al unísono—, o tendremos que abandonar el servicio de nuestro príncipe.

—¡Callaos, insensatos! —dijo Manfred— y seguidme; yo averiguaré lo que esto significa.

—¡Nosotros, señor! —exclamaron todos con una sola voz—, ¡nosotros no nos acercáramos a esa galería por nada del mundo!

El joven campesino, que había permanecido en silencio, ahora tomó la palabra:

—Si su excelencia así lo dispone, intentaré la aventura. Mi vida no tiene importancia para nadie; no temo a ningún ángel malo y no he ofendido a ninguno bueno.

—Tu conducta está por encima de tu condición —dijo Manfred observándolo con sorpresa y admiración—, y a partir de ahora recompensaré tu valentía, pero en este momento —continuó con un suspiro— y en estas circunstancias inauditas, sólo me animo a confiar en mis propios ojos; sin embargo, te otorgaré permiso para que me acompañes.

Manfred, al salir de la galería en persecución de Isabella, había ido directamente a los aposentos de su mujer, pensando que la muchacha se había retirado en esa dirección. Hipólita conocía sus pasos y se levantó de la cama para recibir a su marido, a quien no veía desde la muerte de su hijo, con un ansioso cariño. Se habría arrojado, con una mezcla de dolor y alegría, contra su pecho; pero él la rechazó con rudeza y preguntó:

—¿Dónde está Isabella?

—¡Isabella, señor mío! —exclamó, atónita, Hipólita.

—¡Sí, I-sa-be-lla! —gritó Manfred imperiosamente—. Quiero ver a Isabella.

—Padre —contestó Matilda, que había percibido hasta qué punto la conducta de Manfred había herido a su madre—, ella se fue de nuestra compañía cuando ordenaste que fuese a tus habitaciones.

—Decidme dónde está —dijo el príncipe—. No quiero saber dónde estuvo.

—¡Santo cielo! —dijo Hipólita—, tu hija te ha dicho la verdad: Isabella se fue cuando recibió tus órdenes y desde entonces no ha regresado; pero no te indispongas; retírate a descansar: este día aciago te ha disturbado. Isabella esperará tus órdenes por la mañana.

—¡Pues entonces, sabéis dónde está! —exclamó Manfred—. Decídmelo ya

porque no perderé un instante, y tú, mujer —dirigiéndose a su esposa— ordena a tu capellán que se presente ante mí sin dilaciones.

—Isabella —dijo Hipólita con calma— supongo que se ha retirado a sus habitaciones; no está acostumbrada a trasnochar. Y ahora, mi querido señor —continuó—, déjame saber lo que te ha molestado. ¿Te ha ofendido Isabella?

—No me molestes con preguntas —dijo Manfred—, pero dime dónde está.

—Matilda irá a buscarla —dijo la princesa—. Siéntate, señor, y recupera tu habitual fortaleza.

—¡Qué! ¿Tan celosa estás de Isabella —replicó él— que deseas estar presente en nuestra entrevista?

—¡Virgen santa! Señor —dijo Hipólita—, ¿qué quieres decir?

—Lo sabrás dentro de muy poco —dijo él—. Envíame a tu capellán y espera aquí mis noticias.

Con estas palabras, salió apurado de la habitación en búsqueda de Isabella y dejó a las damas atónitas con su conducta y su frenética partida, perdidas en vanas conjeturas acerca de lo que estaba maquinando.

Manfred ahora regresaba de la bóveda, seguido por el campesino y por unos pocos sirvientes a quienes había obligado a hacerlo. Subió las escaleras de un tirón, hasta que llegó a la galería y en la puerta se encontró con Hipólita y su capellán. Cuando Manfred ordenó a Diego que se apartase de su presencia, éste había ido directamente a los aposentos de la princesa para avisar acerca de lo que había visto. La excelente dama estaba tan segura como Manfred de la realidad de la visión, pero simuló, a pesar de ello, considerarla el delirio de un sirviente. Dispuesta, a pesar de todo, a ahorrar a su marido un disgusto adicional, y preparada por una serie de pesares a no consentir ningún desfallecimiento, decidió hacer ella misma el primer sacrificio, si el destino había marcado que ésa fuera la hora de su destrucción. Obligó a que se fuese a descansar a Matilda, quien en vano pidió permiso para acompañar a su madre, y asistida tan sólo de su capellán, visitó la galería y la cámara grande; ahora, con más serenidad en el alma de la que había sentido en mucho tiempo, se encontró con su marido y le aseguró que la visión del pie y la pierna gigantes no era más que una fábula y, sin duda, sólo una impresión causada por el miedo y por la hora tétrica y oscura de la noche en la imaginación de sus sirvientes. Ella y el capellán habían examinado el lugar y hallado que todo estaba en su sitio correspondiente.

Manfred, aunque estaba tan persuadido como su mujer de que la visión no había sido obra de la fantasía, se recuperó un tanto de la tempestad a la que lo habían arrojado tantos acontecimientos extraños. Avergonzado, también, del trato inhumano a que había sometido a su esposa, que le devolvía cada injuria con nuevas demostraciones de ternura y lealtad, sintió que volvía a él un amor que se hacía evidente a sus ojos. Pero aún más avergonzado por el hecho de sentirse culpable ante

una persona contra la que ya estaba maquinando una afrenta todavía mayor, silenció las llamadas de su corazón y ni siquiera se animó a inclinarse a la misericordia. El próximo paso que intentaba dar era de una maldad exquisita. Tomó en cuenta la infinita sumisión de Hipólita y se felicitó de que ella no sólo aceptaría con paciencia el divorcio, sino que le obedecería y le ayudaría en su esfuerzo por conseguir la mano de Isabella. Pero reflexionó que, antes de poder lograr la indulgencia de esta horrible esperanza, había que encontrar a la joven. Recuperó el control de sí mismo y dio orden de que se vigilara estrictamente todo el castillo y encargó a sus domésticos, bajo pena de muerte, que no dejaran pasar a nadie. Al joven campesino, a quien había hablado en términos tan favorables, le ordenó permanecer en una pequeña habitación en la que había un jergón, cerca de la escalera, y se llevó la llave de la misma. Le dijo al mozo que hablaría con él por la mañana. Entonces, despidió a los sirvientes, hizo una pequeña y taciturna inclinación de cabeza a Hipólita y se retiró a sus aposentos.

Capítulo II

Matilda había ido a descansar obedeciendo la orden de Hipólita, pero no podía conciliar el sueño. La suerte cruel de su hermano le había afectado profundamente. Se sorprendió de no encontrar a Isabella, pero las extrañas palabras que había pronunciado su padre y la oscura amenaza que había dirigido a la princesa, amén de su comportamiento arrebatado, habían llenado su alma de inquietud y temor. Aguardó el regreso de Bianca, una joven damisela que la atendía, con angustia. La había enviado a averiguar lo que le había sucedido a Isabella. Bianca pronto apareció e informó a su ama de los comentarios que había escuchado a los sirvientes: Isabella no aparecía por ninguna parte. Asimismo le contó la aventura del joven campesino que había sido descubierto en la bóveda y todos los simples comentarios de la incoherente narración de los domésticos; y principalmente, la aparición del pie y la pierna gigantes que habían sido vistos en la galería grande. Esta última circunstancia aterrorizó tanto a Bianca que se alegró cuando Matilda le pidió que no se fuera a dormir, sino que se quedara vigilando hasta que se levantase la princesa.

La joven se deshizo en conjeturas acerca de la huida de Isabella y de las amenazas de Manfred contra su madre.

—Pero ¿qué asunto tan urgente puede tener con el capellán? —preguntó Matilda—. ¿Querrá enterrar el cuerpo de mi hermano en la capilla de forma privada?

—Oh, señora —dijo Bianca—, creo que ahora lo sé. Como ahora seréis su única heredera, debe estar impaciente por casaros; siempre ha deseado tanto tener más hijos; apuesto a que ahora está impaciente por tener nietos. Estoy completamente segura, señora, de que muy pronto os veré hecha una novia. Pero, señora, ¡espero que ahora no vayáis a deshaceros de mí, vuestra leal Bianca! ¡No le daréis mi puesto a Donna Rosara ahora que sois una gran princesa!

—¡Mi pobre Bianca —dijo Matilda—, qué pronto vuelan tus pensamientos! ¡Yo, una gran princesa! ¿Qué has visto en la conducta de mi padre, desde la muerte de mi hermano, que te haga creer que siente ternura por mí? Pero es mi padre y no debo quejarme. Aunque el cielo cerrara el corazón de Manfred en mi contra, ya estaré demasiado bien con la ternura de mi madre. ¡Oh, esa madre querida! Sí, Bianca, siento que ese humor atroz de Manfred está relacionado con ella. Puedo aguantar con paciencia su crueldad conmigo, pero se me parte el corazón cuando debo presenciar cómo la maltrata con su indiferencia injustificada.

—Señora —dijo Bianca—, todos los hombres tratan así a sus mujeres cuando están cansados de ellas.

—Y a pesar de lo que dices, ¡me has felicitado —dijo Matilda—, cuando imaginaste que mi padre estaba por disponer mi casamiento!

—Prefiero que seáis una gran dama —replicó Bianca— pase lo que pase. No

deseo veros encerrada en un convento, como lo estaríais si pudierais hacer vuestra voluntad, y si mi ama, vuestra madre, no os lo permitiera, porque ella sabe que un mal marido es mejor que ninguno. ¡Dios me proteja! ¿Qué es ese ruido? ¡Que San Nicolás se apiade de mí! Sólo estaba bromeando.

—Es el viento —dijo Matilda— que silba en los almenajes altos de la torre. Lo has oído miles de veces.

—No —dijo Bianca—, no había mala intención en lo que dije, no es pecado hablar de matrimonio; entonces, señora, como os iba diciendo, si el señor Manfred os fuera a ofrecer un joven y apuesto príncipe por novio, ¿le responderíais con cortesía y le diríais que preferís tomar los hábitos?

—¡Por Dios! No estoy en tal peligro; ya sabes cuántas propuestas para conseguir mi mano ha rechazado.

—Y se lo agradeceréis como una hija obediente y leal, ¿no es así, señora? Pero suponed que mañana a la mañana, él os convocara al gran salón del consejo, y allí encontrarais que a su lado hay un joven príncipe amoroso, de grandes ojos negros, frente suave y blanca, y rizos encrespados y varoniles; en suma, señora, un héroe joven que se pareciese al retrato del buen Alfonso en la galería, el que os sentáis a contemplar durante horas y horas.

—No hables con torpeza de ese cuadro —interrumpió Matilda con un suspiro—. Sé muy bien que la adoración con que contemplo ese retrato no es común, pero no estoy enamorada de un lienzo pintado. El carácter de ese príncipe virtuoso, la veneración por su memoria que me ha inspirado mi madre, las oraciones que hemos rezado juntas —no sé por qué— ante su tumba, todas estas cosas me han convencido de que, de una manera u otra, mi destino está ligado a algo relacionado con él.

—¡Dios mío, señora! ¿Cómo puede ser eso posible? —dijo Bianca—. Siempre he escuchado que vuestra familia no tenía ninguna relación con la de él. No puedo concebir por qué mi ama, la princesa, os envía en mañanas frías o en tardes húmedas a rezar ante su tumba; no es ningún santo del calendario. Si tenéis obligación de orar, ¿por qué no os pide que dirijáis vuestras oraciones a nuestro gran San Nicolás? Estoy bien segura de que ése sí es un santo al que rezaría pidiéndole marido.

—Tal vez estuviera menos intranquila —dijo Matilda— si mi madre me explicara las razones; pero es ese misterio, que ella tanto respeta, el que me inspira este algo que no sé cómo llamar. Como ella nunca actúa por capricho, no dudo de que algún secreto fatal se esconde tras el enigma, pero creo que ahora sé de qué se trata. En su agonía y dolor por la muerte de mi hermano, ella dejó escapar ciertas palabras que abrieron su intimidad...

—¡Oh, ama querida! —gritó Bianca—. ¿Qué decían esas palabras?

—No —dijo Matilda—, si un padre deja caer algunas palabras y luego no las quiere recordar, no es para que sus hijos las repitan sin su consentimiento.

—¡Pero, Virgen santa! ¿Se arrepintió de lo que había dicho? —preguntó Bianca—. Señora, podéis confiar en mí, ¿no es cierto?

—Mis propios secretos, cuando existen, sí —dijo Matilda—, pero jamás los de mi madre; una hija no debe tener ojos ni oídos, sino cumplir lo que le dicen sus padres.

—Bueno, señora, no hay duda de que habéis nacido para ser una santa —dijo Bianca—, y no hay forma de resistirse a una vocación, al final terminaréis en un convento. Pero mi señora Isabella no sería tan reservada conmigo; me permite hablarle de muchachos y una vez, cuando vino un caballero alto y muy apuesto, me confió que ojalá vuestro hermano Conrad se pareciese a él.

—Bianca —dijo la princesa—, no permitiré que faltes el respeto a mi amiga. Isabella es de naturaleza alegre, pero tiene un alma tan pura como la misma virtud. Ella conoce tus inclinaciones a la charla inútil, y tal vez las ha alentado de tanto en tanto para escapar a la tristeza y olvidarse de la soledad con que nos rodea mi padre.

—¡Virgen santa! —exclamó Bianca—. ¡De nuevo! Señora, ¿no escucháis nada? ¡Seguro que este castillo está encantado!

—¡Calla! —dijo Matilda—. ¡Y escucha! Sí, creo que oí una voz, pero debe ser la fantasía; tus miedos, tal vez, me han contagiado.

—¡Es verdad! ¡Es verdad! Señora, ¡es verdad! —exclamó Bianca, sollozando—. ¡Estoy segura de que oí una voz!

—¿Hay alguien durmiendo en la habitación de abajo? —preguntó la princesa.

—Nadie se ha animado a dormir allí —contestó Bianca— desde que el gran astrólogo, el tutor de vuestro hermano, se ahorcó. Todo el mundo sabe que se han encontrado los fantasmas de vuestro hermano y el suyo en la habitación de abajo, ¡por todos los santos, corramos a los aposentos de vuestra madre!

—Te ordeno que no alborotes —dijo Matilda—, si se trata de almas en pena, tal vez aliviemos sus pesares con nuestras preguntas. No es posible que tengan malas intenciones con nosotras porque no las hemos ofendido; y si no fuera así, ¿estaríamos más a salvo en una habitación que en otra? Alcánzame mi rosario, diremos una oración y luego hablaremos con ellos.

—¡Oh, mi señora —protestó Bianca—, yo no hablaré con un fantasma por nada del mundo!

Al instante de decir Bianca estas palabras, las dos oyeron el ruido que hizo la ventana de abajo, como si alguien la abriera. Escucharon con atención, y a los pocos segundos, creyeron oír una persona que cantaba, pero no pudieron distinguir las palabras.

—Eso no puede ser un espíritu funesto —dijo la princesa en voz baja—, no hay duda de que se trata de alguien de la familia; abre la ventana y reconoceremos la voz.

—No me animo, señora —dijo Bianca.

—Eres una tonta —dijo Matilda y abrió la ventana suavemente. Sin embargo, el ruido que hizo la princesa fue oído por la persona que se encontraba en el piso inferior, que dejó de cantar, y ellas pensaron que se había dado cuenta de su presencia.

—¿Hay alguien abajo? —preguntó la princesa—. Si es así, hablad.

—Sí —dijo una voz desconocida.

—¿Quién sois?

—Un forastero —replicó la voz.

—¿Qué forastero y cómo os habéis atrevido a venir aquí a esta hora inusual, cuando todas las puertas del castillo tienen los candados puestos?

—No estoy aquí por mi voluntad —contestó la voz—, pero perdonadme, señora, si he perturbado vuestro descanso. No tenía idea de que alguien pudiera oírme. No podía dormir y abandone esa cama inquieta y me dispuse a pasar estas horas irritantes a la espera de la buena luz de la mañana, impaciente por abandonar este castillo.

—Vuestro acento y vuestra voz son melancólicos —dijo Matilda—, si estáis triste, entonces me apiado de vuestra alma. Si la miseria os aflige, hacédmelo saber. Os mencionaré a la princesa, cuya alma generosa jamás deja de sentir piedad por los menesterosos; ella os ayudará.

—Estoy triste, es cierto —dijo el desconocido—, y no conozco la riqueza, pero no me quejo de la suerte que me ha deparado el destino. Soy joven y fuerte y no me avergüenza ganarme la vida con mi trabajo. Sin embargo, no penséis que soy orgulloso o que desdeño vuestra oferta generosa. Os recordaré en mis oraciones y pediré que caigan sobre vuestra persona y sobre vuestra madre las mayores bendiciones. Si suspiro, señora, es por otros y no por mí.

—Ahora lo sé, señora —dijo Bianca con un murmullo—, éste tiene que ser el joven campesino, y sin duda, ¡está enamorado! ¡Ésta es una aventura de padre y señor mío! Señora, haced que caiga en nuestra trampa. Él no os conoce, cree que sois una de las mujeres al servicio de la señora Hipólita.

—¡No te avergüenzas de nada, Bianca! —dijo Matilda—. ¿Con qué derecho podemos espiar los secretos del corazón de este joven? Da la impresión de ser honesto y virtuoso y nos dice que es desgraciado. ¿Nos autorizan esas circunstancias a apropiarnos de él? ¿Qué derecho tenemos a irrumpir en su confianza?

—¡Por Dios, señora! ¡Qué poco sabéis del amor! —replicó Bianca—. ¿Por qué los amantes no encuentran placer a hablar con su pareja?

—¿Y tú permitirías que yo me convirtiese en la confidente de un campesino? —preguntó sorprendida la princesa.

—Pues bien, entonces, dejadme hablar con él —dijo Bianca—, a pesar de tener el privilegio de ser dama de honor de vuestra señoría, anteriormente no dispuse de cargo semejante; además, si el amor nivela los rangos, también los eleva: yo respeto a un joven que está enamorado.

—Calla, simplona —dijo la princesa—, si bien ha dicho que era desgraciado, no se puede sacar en conclusión que esté enamorado. Piensa en todo lo que ha sucedido en este día y dime si sólo el amor produce desgracias. Forastero —continuó la princesa—, si vuestras desgracias no las han ocasionado vuestros propios errores, y si está en poder de la princesa Hipólita solucionarlos, yo haré todo lo posible para que ella sea vuestra protectora. Cuando os dejen salir de este castillo, dirigíos al buen

padre Jerónimo, en el convento próximo al castillo, y hacedle saber vuestra historia hasta el punto que juzguéis razonable: él no dejará de informar a la princesa, que es la madre de todos aquellos que necesitan de su ayuda. Adiós. Porque no es apropiado que yo esté hablando con un hombre a estas horas de la noche.

—¡Que Dios os guarde, querida señora! —replicó el campesino—. Pero si un pobre desconocido miserable pudiera pedirnos un solo minuto más de atención. ¿Podría ser? La ventana no está cerrada, ¿podría haceros una pregunta?

—Hablad y rápido —dijo Matilda—, se acerca el alba, los trabajadores llegarán a los campos y nos verán. ¿Qué queréis preguntarme?

—No sé, no sé si podré animarme —dijo el mozo—, empero, habéis hablado con tal humanidad que me habéis convencido. Señora, ¿puedo confiar en vos?

—¡Cielos! —dijo Matilda—. ¿Qué queréis decir? Hablad con franqueza si queréis que el secreto llegue a destino seguro.

—Yo preguntaría —dijo el campesino y tomó fuerzas—, ¿si es verdad lo que he oído decir a los servidores, que falta una princesa del castillo?

—¿Qué os importa saber eso? —replicó Matilda—. Vuestras primeras palabras traían un tono de prudencia y gravedad. ¿Habéis llegado hasta aquí para descubrir los secretos de Manfred? *Adieu*. Vuestra conversación me ha confundido.

Con estas palabras, cerró de prisa la ventana, sin dar tiempo al joven a que pudiese contestar.

—Me habría comportado con más sabiduría —dijo la princesa a Bianca con cierta irritación— si te hubiese dejado hablar a ti con el campesino; su curiosidad está a la altura de la tuya.

—No es correcto que yo discuta con mi señora —replicó Bianca—, pero tal vez las preguntas que yo le habría hecho, habrían sido más a propósito que las vuestras.

—¡Oh, sin duda alguna! —dijo Matilda—. ¡Eres una persona tan discreta! ¿Podría saber qué le habrías preguntado?

—Un espectador ve mejor el juego que aquéllos que lo juegan —contestó Bianca—. ¿Pensáis, señora, que su pregunta acerca de la princesa Isabella fue resultado de mera curiosidad? No, no, señora, hay más en una pregunta tan simple como ésa de lo que vosotros, personas de rango, podríais concebir. López me dijo que todos los sirvientes creían que ese joven ayudó a Isabella en su huida. Ahora bien, nosotros dos sabíamos que vuestro hermano, el príncipe, nunca le gustó mucho a Lady Isabella; es asesinado en momento tan crítico y oportuno; yo no acuso a nadie. Un casco que se cae de la luna; eso dice vuestro padre, el amo; pero López y todos los sirvientes dicen que este joven es un brujo y que muy probablemente lo robó de la estatua del príncipe Alfonso.

—¿Has terminado tu rapsodia de impertinencias? —preguntó Matilda.

—Así es, señora —dijo Bianca—, si os place, sin embargo es muy extraño que la princesa Isabella desaparezca ese mismo día y que encuentre a este joven mago al lado de la puerta-trampa; yo no acuso a nadie; pero si el señorito se levantase de su

tumba...

—No te atrevas, por tu honor —dijo Matilda—, a pronunciar una sola sospecha acerca de la pureza de mi querida Isabella.

—Pureza o no pureza, se ha ido —dijo Bianca—. Se encuentra a un desconocido al que todo el mundo ignora; le preguntáis vos misma; él os dice que está enamorado, o desgraciado, es lo mismo (por cierto, que bien puede sentirse desgraciado por los demás); ¡y no hay nadie que se sienta desgraciado por los demás, a menos que esté enamorado! Y luego, sus primeras palabras, ¡pobre inocente!, son para preguntar si ha desaparecido la princesa Isabella.

—Por cierto que tus observaciones tienen algo de fundamento —dijo Matilda—. La huida de Isabella me sorprende y la curiosidad de ese forastero es muy extraña; sin embargo, Isabella nunca me ocultó nada.

—Eso es lo que ella os dijo —interrumpió Bianca— para conocer vuestros secretos; pero ¿quién sabe? Tal vez este desconocido sea un príncipe de incógnito. Permitidme, señora, abrir la ventana y hacerle algunas preguntas...

—No, yo misma lo haré —dijo Matilda—: si él sabe algo de Isabella, entonces no merece que yo hable con él.

Estaba por abrir la ventana, cuando oyeron sonar la campana de la poterna del castillo, hacia la derecha de la torre. Esto previno la continuación de la conversación entre la princesa y el forastero.

Después de guardar silencio por un tiempo, le dijo a Bianca:

—Estoy convencida de que, sea cual sea la causa de la desaparición de Isabella, ésta tuvo una razón poderosa para hacerlo. Si este desconocido la ayudó, Isabella bien puede estar satisfecha de su lealtad y valor. Observe que sus palabras expresaban un sentimiento de piedad poco común. No eran las palabras de un rufián; su habla estaba a la altura de un hombre de noble cuna.

—Os dije, señora, que estaba segura de que se trataba de un príncipe disfrazado —dijo Bianca.

—Empero, si él participó en la huida de Isabella, ¿por qué no la acompañó? ¿Por qué exponerse sin necesidad al enojo de mi padre? —preguntó Matilda.

—En cuanto a eso, señora, si pudo evadirse del interior del casco, ya encontrará maneras de eludir la furia de vuestro padre —respondió Bianca—. No dudo que posee un talismán o algo así.

—Tú todo lo resuelves con la magia, pero un hombre que tiene conexiones con los espíritus infernales, ¿no tendría acaso miedo de pronunciar las palabras tremendas y sagradas que él utilizó? ¿No observaste con qué fervor prometió recordarme al cielo en sus oraciones? Sí, no puede haber ninguna duda: Isabella estaba convencida de su piedad.

—¡Válgame Dios! ¡Confiar en la piedad de un joven y de una damisela que se ponen de acuerdo para fugarse! —dijo Bianca—. No, no, señora, la dama Isabella no es como os imagináis. Seguro que ella suspiraba y levantaba los ojos al cielo en

vuestra compañía porque sabía que érais un ángel; pero cuando le dabais la espalda...

—Tú la estás difamando —dijo Matilda—. Isabella no es ninguna hipócrita: tiene un fuerte sentido de la devoción y nunca simuló algo que no sintiera. Al contrario, siempre combatió mi propósito de entrar en los claustros; y aun cuando me confunde el secreto que me ha ocultado acerca de su evasión, ya que parece ser inconsistente con la amistad que teníamos, no puedo olvidar el fervor desinteresado que ponía en su oposición a que tomase los hábitos; me quería ver casada pese a que mi dote habría sido una pérdida para ella y para los hijos de mi hermano. Por ella, pensaré bien de ese joven campesino.

—Entonces, ¿pensáis que hay alguna relación entre ellos? —preguntó Bianca. En ese momento, un sirviente entró, apresurado, en las habitaciones y anunció que Isabella había sido encontrada.

—¿Dónde? —preguntó Matilda.

—Se ha refugiado en la iglesia de San Nicolás —replicó el sirviente—. El padre Jerónimo ha traído la noticia; ahora está abajo con su señoría.

—¿Dónde está mi madre?

—Está en sus aposentos, señora, y ha preguntado por vos.

Manfred se había levantado a la primera hora de la mañana y había ido a ver a Hipólita para preguntarle si sabía algo del paradero de Isabella. Cuando estaba con ella, le dijeron que el padre Jerónimo quería hablar con él. Manfred, lejos de sospechar la causa de la visita del fraile y sabiendo que estaba empleado para las caridades de Hipólita, ordenó que fuera admitido con el propósito de dejarlos solos y proseguir la búsqueda de Isabella.

—¿Tenéis que hablar conmigo o con ella? —preguntó Manfred.

—Con ambos —dijo el religioso—. La dama Isabella...

—¿Qué pasa con ella? —preguntó, ansioso, Manfred.

—Está en el altar de San Nicolás —replicó Jerónimo.

—¡Éste no es asunto de la incumbencia de Hipólita! —dijo Manfred—. Padre, retirémonos a mis habitaciones e informadme allí de cómo llegó a la iglesia.

—No, señor —contestó el buen hombre con un aire de firmeza y de autoridad que acobardaron al propio Manfred, que no pudo dejar de admirar las santas virtudes del fraile—, mi comisión es para ambos; y con la aprobación de vuestra excelencia, la expresaré ante los dos. Pero primero, señor, debo preguntar a la princesa si está al tanto de la causa que motivó el retiro de Isabella de este castillo.

—No, por mi alma, ¿me acusa Isabella de haber sido su cómplice? —preguntó Hipólita.

—Padre —dijo Manfred, interrumpiendo el diálogo—, tengo el debido respeto por vuestra santa profesión, pero yo soy el soberano de este lugar, y no permitiré que ningún cura entrometido interfiera en mis asuntos domésticos. Si tenéis algo que decir, seguidme a mi cámara. No acostumbro permitir que mi mujer esté al tanto de

los asuntos secretos de mi estado; están fuera del dominio de una mujer.

—Mi señor —replicó el religioso—, no pretendo inmiscuirme en los asuntos familiares. Mi obligación es promover la concordia, reparar las divisiones, predicar el arrepentimiento y enseñar a la humanidad a que apacigüe sus fuertes pasiones terrenales. Perdono el apóstrofe tan poco caritativo de su excelencia. Conozco mis obligaciones y soy el ministro de un príncipe mucho más poderoso que Manfred. Escuchadlo, que habla por mi boca.

Manfred tembló de rabia y de vergüenza. El rostro de Hipólita mostró signos de sorpresa e impaciencia por saber adónde conduciría todo esto. Su silencio expresaba con fuerza la obediencia que le debía a Manfred.

—La dama Isabella —continuó Jerónimo— se encomienda a vuestras señorías; os agradece a ambos la bondad con que la habéis tratado en vuestro castillo; se lamenta de la pérdida de vuestro hijo y de su propia desgracia por no haber podido llegar a ser la hija de príncipes tan sabios y nobles, a quienes siempre respetará como padres; reza por vuestra continua unión y felicidad (Manfred en este punto cambió de color); pero, como ya no le es posible permanecer con vosotros, ruega vuestro consentimiento para quedarse en el convento hasta tener noticias de su padre, O en caso de que muriese su progenitor, estar en libertad, con la aprobación de sus guardianes, de disponer sus bodas.

—No daré tal consentimiento —dijo el príncipe—, e insisto en que regrese sin más dilaciones al castillo; soy responsable de su persona ante sus padres y no la confiaré a ninguna otra mano que no sea la mía.

—Su excelencia debería meditar y averiguar si ello es todavía posible —replicó el fraile.

—No necesito un instructor —dijo Manfred y se ruborizó—; la conducta de Isabella da pie a extrañas sospechas; y ese joven villano, que por lo menos fue el cómplice de su escapada, si no la causa detrás de todo esto...

—¡La causa! —le interrumpió Jerónimo—. ¿Un hombre joven fue la causa?

—¡Esto es intolerable! —exclamó Manfred—. ¿Un cura insolente me va a desafiar en mi propia casa? Ya sospecho que estáis metido en esos amoríos...

—Rezaría para que el cielo aclarara vuestras conjeturas impías —dijo Jerónimo—, si la conciencia de vuestra excelencia no estuviese segura de la injusticia tremenda de vuestra acusación. Pido a Dios que perdone semejante impenitencia. E imploro que vuestra excelencia deje en paz a la princesa en ese lugar sagrado, donde no la van a perturbar fantasías tan vanas y terrenales como los discursos pasionales de un hombre.

—No utilicéis la jerga de vuestra profesión conmigo, pero devolved a la princesa y traedla para que cumpla sus obligaciones en esta casa —dijo Manfred.

—Mi deber consiste en evitar que ella regrese a este lugar —dijo Jerónimo—. Ella está donde las vírgenes y los huérfanos encuentran más protección contra los peligros y las acechanzas de este mundo; y sólo la autoridad paternal podrá arrancarla

de allí.

—Yo soy su padre y ordeno que vuelva aquí —exclamó Manfred.

—Ella deseó que fuerais su padre, pero la voluntad de Dios prohibió la realización de ese vínculo y ha cortado para siempre los lazos de esa unión —dijo el religioso—, y además quiero anunciar a vuestra excelencia...

—¡Callad! ¡Desfachatado! Y temblad ante mi enojo —dijo Manfred.

—Padre —dijo Hipólita—, sé que vuestras obligaciones están más allá del respeto que se merecen los príncipes de esta tierra: debéis hablar como os lo ordena vuestro deber; pero no es mi deber escuchar nada que mi marido no quiera que yo oiga. Seguid al príncipe a sus habitaciones. Yo me retiraré al oratorio y rezaré para que la Virgen santa os inspire con su consejo divino y para que restaure la paz tan buscada en el corazón de mi marido.

—Sois una mujer excelente —dijo el fraile—. Señor, os seguiré con placer.

Manfred, acompañado por el religioso, pasó a sus aposentos, cerró la puerta y dijo:

—Me doy cuenta, padre, de que Isabella os ha informado de mis propósitos. Ahora bien, escuchad mi resolución y obedeced. Razones de estado y razones sumamente urgentes, han determinado que yo deba tener un hijo, mi propia vida y la de mis gentes lo exigen. Ya es inútil que espere un heredero de Hipólita. Me he decidido por Isabella. Debéis traerla de vuelta; y debéis hacer algo más. Conozco muy bien la influencia que ejercéis sobre Hipólita: su conciencia está en vuestras manos. Yo admito que ella es una mujer incorruptible. Ha dedicado su alma a Dios y tiene en poca consideración la vana grandeza de este mundo. La podéis apartar de él totalmente. Debéis persuadirla de la disolución de nuestro matrimonio y que se retire a un monasterio; ella puede ayudar a quien sea y dispondrá de los medios para ser muy generosa con vuestra orden, como ella o vos lo ordenéis. De esa manera, habréis sido capaz de alejar las calamidades que se ciernen sobre nuestras cabezas en este momento, y tendréis el mérito de haber salvado al principado de Otranto de la destrucción. Sois un hombre prudente, y aun cuando la fogosidad de mi temperamento haya podido alegar algunas expresiones poco decorosas, respeto vuestra virtud y deseo estar en deuda con vos por haber proporcionado reposo a mi vida y salvaguardia a mi familia.

—¡Que se cumpla la voluntad del Señor! —dijo el fraile—. Yo tan sólo soy un desvalido instrumento. Y ésta hace uso de mi lengua para deciros que vuestros planes no serán permitidos. Los agravios que sufre Hipólita claman al cielo. Yo soy el agente que os debe recriminar por la intención adúltera con que deseáis repudiarla. Y os debo advertir que será mejor que dejéis de lado el plan incestuoso que habéis concebido contra esa hija que os han encomendado. La providencia, que se alejó de vuestra furia cuando los designios divinos cayeron sobre vuestra casa y os debieron inspirar con otros pensamientos, continuará protegiéndola. Yo mismo, un fraile pobre y despreciable, puedo protegerla contra vuestra violencia. Yo mismo, un pecador

común y corriente, cruelmente calumniado por vuestra excelencia, como cómplice de no sé qué amoríos, puedo repudiar las tentaciones económicas con que habéis tratado de comprar mi honestidad. Amo mi orden; amo las almas devotas; respeto la piedad de vuestra mujer; pero no traicionaré la confianza que ella ha puesto en mí, ni siquiera serviré la causa de la religión por medio de alianzas espúreas y pecadoras. Pero también es cierto que la continuidad de vuestro estado depende de la procreación de hijos. El cielo se ríe de las cortas visiones de los hombres. Ayer por la mañana, ¿qué casa era tan importante, tan resplandeciente como la de Manfred? ¿Dónde está ahora el señorito Conrad? Señor mío, yo respeto vuestras lágrimas, pero no tengo intención de verificarlas. Dejadlas correr, príncipe: tendrán entonces más peso en el cielo y ayudarán más al bienestar de vuestros súbditos que un matrimonio fundado en la lujuria o en la política de una dinastía. Eso nunca podrá prosperar. El espectro que pasó de la raza de Alfonso a la vuestra no puede ser preservado por una unión que la iglesia jamás permitirá. Si es la voluntad del Señor, es que la raza de Manfred debe perecer, resignaos, príncipe, a sus decretos. Y entonces seréis merecedor de una corona que nunca muere. Vamos, señor, retomemos a la princesa. Ella no está al tanto de vuestras crueles intenciones y lo que dije fue sólo para alarmaros. Habéis visto con qué paciencia, con qué esfuerzos de amor, ella escuchó y rehusó ser testigo de la extensión de vuestra culpa. Yo sé muy bien que ella desea estrecharos entre sus brazos y confirmaros su afecto inalterable sin perturbaros con preguntas.

—Padre —dijo el príncipe—, creo que confundís mis tribulaciones. Es verdad, admiro las virtudes de Hipólita, la considero una santa; y ojalá pudiera apretar aún más ese nudo que nos ha unido, pero, padre, vos no conocéis mi dolor más agudo. Hace tiempo que tengo escrúpulos acerca de la legalidad de nuestra unión. Hipólita es parienta mía en cuarto grado. Es verdad que tuvimos una dispensación, pero se me ha informado que había sido prometida a otro. Eso me llega a lo más profundo: ¡yo culpo a este estado de unión ilegal la suerte cruel que nos ha castigado con la muerte de Conrad! Sacadme este peso de la conciencia: disolved nuestro matrimonio y cumplid el trabajo divino que vuestras exhortaciones han comenzado a labrar en mi alma.

El pobre hombre sintió que una gran angustia lo invadía cuando se dio cuenta del giro que había forzado el artero príncipe. Se estremeció al pensar en Hipólita, cuya ruina vio que estaba decidida por la mala intención del príncipe. Y temió que, si Manfred perdía la esperanza de recobrar a Isabella, dirigiría su impaciencia contra alguna otra víctima que no tendría suficientes defensas contra el rango de Manfred. El religioso quedó sumido en la meditación por un tiempo. Finalmente, llegando a la conclusión de que lo mejor sería provocar un retraso de la situación, decidió que la conducta más sabia a seguir era prevenir que el príncipe cayese en la desesperación al pensar que ya no podría recuperar a Isabella. El fraile sabía, debido al amor que Isabella profesaba por Hipólita y a la aversión manifiesta que sentía por las

propuestas de Manfred, que la muchacha secundaría sus opiniones hasta que la iglesia fulminase las posibilidades de un divorcio. Con esta intención, y como si los escrúpulos del príncipe lo hubiesen impresionado, finalmente dijo:

—Señor, he meditado acerca de las declaraciones de vuestra señoría, y en verdad, si es una delicadeza de vuestra conciencia considerar que el motivo real y verdadero de vuestra repugnancia por una dama tan virtuosa como Hipólita es lo que habéis dicho, entonces, está muy lejos de mi corazón querer apenar aún más vuestros sentimientos. La Iglesia es una madre indulgente; abridle vuestras penas. Sólo ella puede administrar algún alivio a vuestra alma, ya sea satisfaciendo los dictados de vuestra conciencia, ya sea concediéndoo los medios legales para continuar vuestro linaje, después de un examen metódico de vuestras buenas intenciones. En este último caso, si la Iglesia lo considera procedente y si podemos llegar a convencer a la dama Isabella...

Manfred pensó que había convencido por la fuerza al buen hombre o que su primera resistencia había sido un tributo necesario para mantener las apariencias, y este giro de los acontecimientos lo llenó de alegría e hizo repetir las magníficas promesas de ayuda. El cura, bien intencionado, dejó que se engañara a sí mismo, totalmente decidido a destruir sus planes y no a secundarios.

—Ya que ahora nos comprendemos —continuó el príncipe—, espero que me digáis, padre, quién es el joven que encontré en la bóveda. Tiene que haber sido su cómplice en la huida. Decidme la verdad, ¿es su amante? Muchas veces sospeché de la indiferencia con que Isabella trataba a mi hijo. Ahora, miles de detalles se agolpan en mi mente y parecen confirmar esa sospecha. Ella misma era tan consciente de ello que cuando le hablé en la galería, se adelantó a mis suposiciones y se esforzó por justificar su frialdad para con Conrad.

El sacerdote, que sólo sabía lo poco que la princesa le había contado, ignoraba lo que le había sucedido al joven, y sin reflexionar lo suficiente acerca de la impetuosidad del carácter de Manfred, pensó que no sería perjudicial mantener la semilla de los celos en la mente del príncipe. Luego podrían servir para algo, ya fuera para que el príncipe tuviera prejuicios contra la princesa, si persistía en conseguir esa unión, ya sea para desviar su atención en rumbo equivocado, y así entretener sus pensamientos en una intriga imaginaria que podría prevenir un nuevo intento de adulterio. Con esta intención, contestó de una manera que pareció confirmar la sospecha de Manfred de alguna posible conexión entre Isabella y el joven.

El príncipe, cuyas pasiones necesitaban muy pocos motivos para inflamarse, se enfureció ante la posibilidad de lo que había sugerido el fraile.

—Llegaré al fondo de esta intriga —exclamó y abandonó la habitación después de ordenar a Jerónimo que lo esperase. Se dirigió al recibidor principal del castillo y dispuso que trajeran al joven campesino a su presencia.

—¡Tú, impostor descarado! —gritó el príncipe tan pronto como llegó el muchacho—. Y ahora, ¿qué me dices de tu tan mentada veracidad? Fue la

providencia, ¿no es así? Y, ¿la luz de la luna que cayó directamente sobre el candado? Dime, muchachito audaz, quién eres y hace cuánto que conoces a la dama Isabella. Ten cuidado y contéstame con menos equivocaciones que anoche, o las torturas te harán decir toda la verdad.

El joven se dio cuenta de que habían descubierto su parte en la huida de la princesa y llegó a la conclusión de que dijera lo que dijera su declaración ya no ayudaría ni perjudicaría a la princesa. Entonces, contestó:

—No soy ningún impostor, señor, ni merezco ser tratado con un lenguaje tan insultante. Contesté todas las preguntas que anoche me hizo su excelencia, con la misma veracidad que usaré ahora; y no lo haré por miedo a las torturas, sino porque mi alma aborrece la mentira. Por favor, repetid vuestras preguntas, señor. Estoy preparado para satisfacerlas en todo lo que pueda.

—Ya conoces mis preguntas —replicó el príncipe—, y sólo quieres ganar tiempo para luego poder preparar tu evasión. Habla con franqueza: ¿quién eres? ¿Hace cuánto tiempo que conoces a Isabella?

—Soy un campesino de un pueblo próximo —dijo el joven—. Me llamo Teodoro. La princesa me encontró en la bóveda. Yo nunca la había visto antes.

—De lo que dices, puedo creer lo que se me antoje —dijo Manfred—; pero prestaré atención a tu historia antes de verificar tu franqueza. Dime las razones que te dio la princesa para que la ayudases en su escapada. Tu vida depende de esta respuesta.

—Ella me dijo que estaba al borde de la destrucción —dijo Teodoro—, y que si no podía escapar del castillo, estaba en peligro inmediato de ser deshonrada para siempre.

—Y sobre esa base tan débil, sobre la declaración de una niña tonta —dijo Manfred—, ¿te animaste a provocar mi ira?

—No temo a la ira de nadie cuando una mujer en peligro se pone bajo mi protección.

Durante este interrogatorio, Matilda estaba en camino hacia las habitaciones de Hipólita. Al fondo del recibidor en el que estaba Manfred, había una galería superior con ventanas de celosías enrejadas por la que debían pasar Matilda y Bianca. Al oír la voz de su padre y ver a los sirvientes a su alrededor, se detuvo para enterarse de lo que sucedía. El prisionero muy pronto le llamó la atención; la manera segura y compuesta con que contestaba las preguntas y la elegancia de sus últimas palabras, que fueron las primeras que ella pudo escuchar con claridad, le interesaron a su favor. El muchacho parecía noble, apuesto y dominante hasta en esa situación; pero su aspecto físico fue lo que más la impresionó.

—¡Virgen santa! ¡Bianca! ¿Estoy soñando? —musitó Matilda—. ¿No es ese joven la copia exacta del retrato de Alfonso que está en la galería?

No pudo decir nada más porque la voz de su padre subía de volumen con cada palabra.

—¡Esta bravata supera toda tu insolencia anterior! —gritó Manfred—. Experimentarás en carne propia la furia que te has animado a desafiar. ¡Cogedlo! —continuó Manfred— y atadlo: la primera noticia que ha de tener esa muchacha de su héroe habrá de ser que éste ha perdido la cabeza por su culpa.

—La injusticia de la que sois culpable contra mí —dijo Teodoro—, me convence de que he hecho algo bueno al librar a la princesa de vuestra tiranía. Que sea feliz, aunque yo muera.

—¡Éste es su amante! —aulló furioso Manfred—. Un campesino al borde del sepulcro no puede tener tales sentimientos. Dime, dime, muchachito, quién eres, o el tormento descubriré todos tus secretos.

—Ya me habéis amenazado con la muerte —respondió el joven— para obtener la verdad que os he confiado. Si ése es todo el pago que recibiré por mi sinceridad, no siento ninguna tentación de satisfacer más vuestra vana curiosidad.

—Entonces, ¿no hablarás? —preguntó Manfred.

—No lo haré.

—Llevadlo al patio —dijo Manfred—. Quiero que le cortéis la cabeza.

Al oír estas palabras Matilda cayó desmayada, ante lo cual Bianca gritó:

—¡La princesa se ha muerto! ¡Socorro! ¡Socorro!

Manfred oyó este griterío y preguntó:

—¿Qué es lo que pasa?

El mozo también había oído el alboroto y temió lo peor. Él también hizo la misma pregunta, pero Manfred ordenó que lo condujesen al patio y que lo tuviesen allí preparado para la ejecución hasta que él se informase del último incidente. Cuando se enteró de lo que había sucedido, consideró que se trataba de un pánico de mujeres y dio orden de que llevasen a Matilda a sus habitaciones. Luego se dirigió al patio y con un guardia a su costado, hizo que Teodoro se arrodillase y se preparara a recibir el golpe mortal.

El impávido joven había recibido la dura sentencia con una resignación que emocionó a todos los presentes, con la excepción de Manfred. Teodoro quiso saber con ansiedad lo que le había sucedido a la princesa, pero, temeroso de exasperar al tirano aún más contra ella, desistió de formular pregunta alguna. La única gracia que se dignó solicitar fue que se le permitiera tener un confesor para hacer las paces con el cielo. Manfred, que esperaba por medio del confesor llegar a informarse íntegramente de la historia del joven, satisfizo el pedido sin dilaciones. Ahora estaba convencido de que el padre Jerónimo estaba de su parte y ordenó que le avisasen de personarse en el patio para confesar al prisionero. El religioso no había previsto la catástrofe que podía ocasionar su imprudencia y cuando llegó, se arrodilló ante el príncipe y le rogó del modo más solemne que no derramase sangre inocente. Se acusó a sí mismo, en los términos más duros, por su indiscreción y utilizó todos los métodos de persuasión imaginables para aplacar la determinación del tirano.

La intercesión de Jerónimo obtuvo el efecto contrario, porque Manfred ahora

sospechó que la retractación del cura era prueba suficiente de que ambos se habían burlado de él. Ordenó al sacerdote que cumpliera con su deber y le dijo que no permitiría que la confesión del prisionero fuera prolongada.

—No hay necesidad de mucho tiempo, señor —dijo el infeliz mozo—. Mis pecados, ¡gracias a Dios!, no han sido muy numerosos, ni han excedido los que se podrían esperar a mi edad. Seca tus lágrimas, buen padre, y terminemos con esto: es un mundo malo y no tengo motivo alguno para dejarlo con pena.

—¡Oh, joven desgraciado! —dijo Jerónimo—. ¿Cómo puedes soportar mi presencia con resignación? ¡Yo soy tu asesino! ¡Soy la causa de tu muerte injusta!

—Te perdono de todo corazón —dijo el joven—, como espero que el cielo me perdonará a mí. Escucha mi confesión, padre, y dame tu bendición.

—¿Cómo puedo prepararte para tu viaje como debiera? —preguntó Jerónimo—. Tu salvación no será posible si no perdonas a tus enemigos, ¿y puedes perdonar a ese hombre impío que está allí?

—Sí, puedo hacerlo y lo hago —respondió Teodoro.

—¿Y esto no os conmueve, príncipe cruel? —dijo el fraile.

—Os he ordenado confesarlo —respondió Manfred, impertérrito—, y no que imploraseis por él. Primero me enfurecisteis en su contra; su sangre caerá sobre la vuestra.

—¡Así será! ¡Así será! ¡Pero ninguno de nosotros dos podrá ya tener alguna esperanza de ir donde está por dirigirse este joven bienaventurado! —respondió el pobre cura, sintiendo una agonía de penas.

—¡Terminad ya! —dijo Manfred—. Los gimoteos de los curas no me conmueven más que los lloriqueos de las mujeres.

—¡Qué! —dijo Teodoro—. ¿Es posible que mi sino haya podido ocasionar lo que he escuchado? ¿Está de nuevo la princesa en vuestro poder?

—Me estás haciendo acordar de mi furia. Prepárate, porque éste es tu último momento —dijo Manfred.

El joven sintió que la indignación subía a su garganta. Le conmovió el dolor que, al parecer, había producido en los demás espectadores y en el sacerdote, pero sofocó sus emociones, se abrió el cuello de la camisa y se hincó a decir sus oraciones. Cuando se agachó, el cuello de su camisa se abrió casi hasta el hombro y dejó al descubierto la marca de un arco sangriento.

—¡Santo Dios! —gritó el religioso—. ¡Qué es lo que veo! ¡Éste es mi hijo! ¡Teodoro!

La impresión que causaron estas palabras en los presentes fue indescriptible. La emoción de los sirvientes fue paralizada más por la sorpresa que por la alegría. Todos parecieron pendientes de los ojos del amo para ver cuál sería su reacción. En el rostro del joven se sucedieron la sorpresa, la duda, la ternura y el respeto. Recibió con modesto sometimiento la efusividad de los abrazos y las lágrimas del anciano; sin embargo, temeroso de que lo invadiera la esperanza y seguro, por lo que le había

pasado, de la inflexibilidad temperamental de Manfred, echó una mirada en dirección al príncipe como preguntándole si no lo conmovía una escena como ésta.

El corazón de Manfred era capaz de conmoverse. Olvidó su enojo con la sorpresa recibida, pero su orgullo le prohibía mostrarse afectado. Hasta llegó a dudar en ese momento si el descubrimiento de la identidad del muchacho no sería una treta del fraile para salvarle la vida. Y preguntó:

—¿Cuál es el significado de todo esto? ¿Cómo puede tratarse de vuestro hijo? ¿Es coherente con vuestra profesión, o reputada santidad, reclamar a un niño campesino como fruto de vuestros amores delictivos?

—¡Por Dios! —exclamó el religioso—. ¿Dudáis que sea mío? ¿Podría acaso sentir la angustia que siento si no fuera yo su padre? ¡Perdonadle la vida, buen príncipe! ¡Perdonadle la vida! Y castigadme a mí como os plazca.

—¡Perdonadlo! ¡Perdonadlo! ¡Por la santa vida de este buen hombre, perdonadlo! —gritaron los domésticos.

—¡Silencio! —gritó Manfred, inflexible—. Debo saber algo más antes de disponer este perdón. El bastardo de un santo, tal vez no sea un santo...

—No agreguéis insultos a vuestra crueldad —dijo Teodoro—. Si soy el hijo de este hombre venerable, aun cuando no sea un príncipe de vuestro rango, sabed que la sangre que corre por mis venas...

—Sí —dijo el fraile interrumpiéndolo—, su sangre es noble, y tampoco se trata de algo tan abyecto como insinuasteis. Es mi hijo legítimo, y Sicilia puede nombrar muy pocas casas más antiguas que la de Falconara, pero, señor, ¿qué es la sangre? ¿Qué es la nobleza? Todos somos reptiles, criaturas miserables y pecadoras. Sólo la piedad puede distinguimos del polvo de donde salimos y al que habremos irremisiblemente de retornar.

—Parad vuestro sermón —dijo Manfred—. Os olvidáis de que ya no sois más el fraile Jerónimo, sino el conde de Falconara. Hacedme saber vuestra historia; ya tendréis tiempo suficiente después para moralizar, si es que podéis obtener gracia para este criminal.

—¡Madre de Dios! —exclamó el fraile—. ¿Es posible que mi amo pueda rehusar a un padre la vida de su hijo hace tanto tiempo perdido? ¡Castigadme a mí, señor, golpeadme, aceptad mi vida, pero perdonad la de mi hijo!

—Entonces, ¿os es posible sentir lo que representa la pérdida de un hijo! Hace apenas una hora, predicasteis mi resignación, y si la providencia decretaba la extinción de mi casa, ésta era la voluntad divina, pero el conde de Falconara...

—Por cierto, señor —dijo el fraile—, confieso que he ofendido, pero no agravéis los suplicios de un anciano. No me enorgullezco de mi casta, ni pienso en tales vanidades: la naturaleza ruega por la vida de este muchacho; es la memoria de la santa mujer que lo parió. ¿Está ella muerta, Teodoro?

—Hace mucho tiempo que su alma está en el cielo —respondió Teodoro.

—¡Oh, Dios! ¿Cómo fue? —exclamó Jerónimo—. Pero no, no me digas nada.

Ella es feliz. ¡Ahora tú eres todo cuanto tengo! Príncipe de Otranto, ¿me otorgaréis la vida de mi pobre hijo?

—Regresad a vuestro convento —contestó Manfred—, conducid a la princesa al castillo; obedecedme en lo que sabéis, y os prometo perdonar la vida de vuestro hijo.

—¡Pero, por Dios! ¿Debo pagar con mi honestidad el precio de la vida de este buen muchacho? —preguntó Jerónimo.

—¡No lo hagáis! —exclamó Teodoro—. Prefiero morir mil muertes antes que manchar tu conciencia. ¿Qué es lo que pretende arrancar de ti este tirano? ¿Aún está la princesa a salvo de su poder? Protégela, anciano venerable, y deja que caiga sobre mí todo el peso de su crueldad.

Jerónimo trató de templar la impetuosidad del joven pero, antes de que Manfred pudiese replicar, de improviso se oyó resonar los cascos de unos caballos, y sonó el ronco clamor de una trompeta en la puerta del castillo. Al mismo tiempo, las negras plumas del casco encantado se agitaron tempestuosamente, e hicieron tres movimientos, como si las inclinase un usuario invisible.

Capítulo III

El corazón casi traicionó a Manfred cuando vio que el plumaje del casco milagroso se sacudía en concierto con el sonido de la trompeta.

—¡Padre! —le dijo a Jerónimo, a quien dejó de tratar como conde de Falconara—. ¿Qué significan estos portentos? Si he cometido ofensa...

Las plumas se sacudieron ahora con mayor violencia.

—¡Oh, soy un príncipe tan desgraciado! —exclamó Manfred—. ¡Padre bueno! ¿No me asistiréis en mis oraciones?

—Señor —replicó Jerónimo—, sin duda los cielos no están satisfechos con el tratamiento que infligís a vuestros siervos. Cobijaos en la iglesia y cesad de perseguir a sus ministros. Perdonad a este joven inocente, y aprended a respetar los hábitos sagrados que llevo; al cielo no se le puede engañar: veis...

La trompeta sonó de nuevo.

—Admito que he actuado con demasiado apresuramiento —dijo Manfred—. Padre, ¿iréis hasta el portillo y preguntaréis quién está en la puerta?

—¿Me otorgáis la vida de mi hijo? —replicó el fraile.

—Sí, lo hago —dijo Manfred—, pero preguntad de quién se trata.

Jerónimo se aferró al cuello de su hijo y dejó caer unas lágrimas que revelaron la integridad de su alma.

—¡Prometisteis ir hasta la puerta! —dijo Manfred.

—Pensé que vuestra excelencia excusaría que yo antes le diese las gracias como tributo de mi corazón —dijo el fraile.

—Id, querido señor —dijo Teodoro—; obedeced al príncipe, no merezco que por mi culpa posterguéis su satisfacción.

Cuando Jerónimo preguntó quién era, le contestaron que se trataba de un heraldo.

—¿De parte de quién?

—De parte del Caballero del Sable Gigantesco —dijo el heraldo—, y debo hablar con el usurpador de Otranto.

Jerónimo regresó hasta el príncipe, y le repitió el mensaje con las mismas palabras que le habían sido confiadas. Los primeros sonidos aterrorizaron a Manfred, pero cuando oyó que lo tildaban de usurpador, volvió a encenderse su furia y se reanimó todo su coraje.

—¡Usurpador! ¡Villano insolente! —exclamó—. ¿Quién se anima a cuestionar mi título? Retiraos, padre, éste no es asunto de monje. Yo mismo iré al encuentro de este hombre presuntuoso. Volved a vuestro convento y preparad el retorno de la princesa: vuestro hijo será el rehén de vuestra fidelidad: su vida depende de vuestra obediencia.

—¡Por Dios santo, mi señor! —gritó Jerónimo—. Hace apenas un instante habéis perdonado a mi hijo. ¿Tan pronto habéis olvidado la interposición del cielo?

—El cielo no envía heraldos a cuestionar el título de un príncipe legal; hasta dudo de que notifique su voluntad por medio de frailes, pero ése es vuestro problema, no el mío. En este momento conocéis mi voluntad; y no va a ser un heraldo descarado quien salve la vida de vuestro hijo si no volvéis aquí con la princesa.

En vano trató el religioso de contestar. Manfred ordenó que lo condujesen por la puerta de atrás y que lo despidiesen del castillo. Teodoro fue llevado por algunos de los sirvientes al tope de la torre negra; y allí quedó bajo severa guardia. Apenas permitió que el padre y el hijo intercambiaran un rápido abrazo al partir. Luego se retiró a la sala y, sentándose en su trono principesco, dispuso que trajeran al heraldo ante su presencia.

—¡Pues bien! ¡Tú, insolente! —dijo el príncipe—. ¿Qué quieres conmigo?

—Vengo a ti, Manfred, usurpador del principado de Otranto —replicó el heraldo—, de parte del famoso e invencible Caballero del Sable Gigantesco: en nombre de su señor, Federico, marqués de Vicenza, reclama a Lady Isabella, hija de ese príncipe, de quien tú te has apoderado de manera baja y traidora, sobornando a los falsos guardianes durante la ausencia de su padre; y te induce a renunciar al principado de Otranto, que usurpaste al mencionado Federico, el pariente más cercano por sangre al último señor legal, Alfonso el Bueno. De no satisfacer de inmediato estas justas reclamaciones, te desafía a un combate hasta la última gota de sangre.

Con estas palabras, el heraldo dejó caer su visera.

—¿Y dónde está ese fanfarrón que te envía? —preguntó Manfred.

—A una legua de distancia. Viene a hacer realidad la reclamación que ha hecho su señor contra ti, él como verdadero caballero, y tú como usurpador y raptor.

A pesar de lo injurioso del desafío, Manfred reflexionó que no le convenía provocar al marqués. Sabía que la reclamación de Federico estaba bien fundada, ni era la primera vez que la escuchaba. Los antepasados de Federico habían reclamado el título de príncipes de Otranto sin éxito desde la muerte de Alfonso el Bueno. El padre y el abuelo de Manfred habían sido demasiado poderosos para que la casa de Vicenza pudiera desposeerlos del título. Federico, un príncipe marcial, joven y bueno, se había casado con una hermosa dama de la que estaba enamorado y quien había muerto al dar a luz a Isabella. Su muerte lo había afectado tanto que cogió la cruz y se fue a tierra santa, donde fue herido en el transcurso de un combate contra los infieles. Lo hicieron prisionero y se creyó que había muerto. Cuando estas noticias llegaron a oídos de Manfred, éste sobornó a los guardianes de Lady Isabella para que se la entregasen como novia de su hijo Conrad. Con esta alianza, se propuso unir los derechos de ambas casas. Por este motivo, ante la muerte de Conrad, había tomado la súbita decisión de tomarla él mismo como esposa; y la misma reflexión lo determinó ahora a esforzarse por obtener el consentimiento de Federico para realizar estas bodas. Una táctica parecida le inspiró el pensamiento de invitar al caballero enviado por Federico al castillo, pero mantener en secreto la huida de Isabella. Prohibiría terminantemente a sus sirvientes que dijeran una sola palabra a los hombres del

caballero.

—Heraldo —dijo Manfred, tan pronto como pudo digerir estas reflexiones—, vuelve a tu señor, y dile que antes de liquidar nuestras diferencias con la espada, Manfred desea tener una conversación con él. Dile que será bienvenido a mi castillo, donde por mi fe de verdadero caballero, será recibido con cortesía y dispondrá de una seguridad total para él y sus acompañantes. Si no podemos arreglar nuestra disputa por medios amistosos, juro que partirá de aquí sin problemas y que obtendrá completa satisfacción, de acuerdo a la ley de las armas, ¡y que me ayude Dios y la Santísima Trinidad!

El heraldo hizo tres inclinaciones de saludo y se retiró.

Durante esta entrevista, la mente de Jerónimo estuvo agitada por miles de pasiones encontradas. Temía que su hijo perdiera la vida y su primer pensamiento fue el de persuadir a Isabella para que regresara al castillo. Sin embargo, la idea de su unión con Manfred también lo alarmaba en demasía. Temía la sumisión sin límites de Hipólita a la voluntad de su marido; y aun cuando sabía que podía convencerla, si es que podía llegar a su presencia, de que en nombre de la religión no diera el consentimiento al divorcio, estaba seguro de que si Manfred se enteraba de que él la había aconsejado en este sentido, representaría una amenaza mortal para la vida de Teodoro. Se impacientó por saber de dónde venía el heraldo, quien con tan poca protección había osado cuestionar el título de Manfred. Sin embargo, no se animó a abandonar el convento por miedo a que Isabella se escapase y le imputaran la fuga a él. Desconsolado, retomó al monasterio, sin saber qué actitud tomar. En el porche se encontró con un monje que le dijo al observar la tristeza que emanaba de su rostro:

—¡Santo cielo, hermano! ¿Es verdad entonces que hemos perdido a nuestra excelente princesa Hipólita?

El religioso se detuvo y exclamó:

—¿Qué quieres decir, hermano? Acabo de llegar del castillo y la dejé en perfecto estado de salud.

—Martelli pasó por el convento hace apenas un cuarto de hora —dijo el otro religioso—, cuando venía del castillo, e informó que su excelencia había muerto. Toda la congregación ha ido a la capilla a orar por el feliz tránsito de su alma a una vida mejor, y me pidieron que esperase tu llegada. Conocen los lazos sagrados que te unían a la buena señora, y nos preocupa la aflicción que te causará esta mala noticia. Es verdad que todos tenemos motivo para llorar; era una madre en nuestra casa, pero esta vida es sólo un peregrinaje; no debemos apenarnos, ¡todos debemos seguirla y que nuestro fin sea como el de ella!

—Buen hermano, has soñado —dijo Jerónimo—. Te digo que vengo del castillo y que la princesa estaba bien. ¿Dónde está Isabella?

—¡Pobre joven! —replicó el fraile—. Le di la mala noticia y le ofrecí mi apoyo espiritual; le recordé la condición transitoria de la mortalidad, y le aconsejé que

tomase los hábitos. Cité el ejemplo de la santa princesa Sancha de Aragón.

—Tu celo es elogiado —dijo Jerónimo con impaciencia—, pero en este momento, innecesario. Hipólita se encuentra bien; por lo menos, confío en Dios que así sea. No escuché nada que afirmara lo contrario; sin embargo, pienso que la diligencia del príncipe... Bueno, hermano, ¿dónde está Isabella?

—No lo sé; lloró mucho y dijo que se retiraría a sus habitaciones.

Jerónimo abandonó a su camarada abruptamente y se dirigió con rapidez al dormitorio de la muchacha, pero ella no estaba allí. Preguntó a los domésticos del convento sin que nadie le pudiese dar alguna información. Buscó en vano por todo el monasterio y la iglesia; despachó mensajeros por el vecindario para preguntar si alguien la había visto, pero no obtuvo ningún resultado. Nada podía igualar la perplejidad del buen hombre. Pensó que Isabella pudo haber sospechado que Manfred había precipitado la muerte de su esposa y que se había retirado a algún lugar más secreto para esconderse. Probablemente, esta nueva huida haría que la furia del príncipe llegase a sacarlo de quicio. La noticia del fallecimiento de Hipólita, que parecía casi increíble, aumentó su consternación. Aun cuando la huida de Isabella dejaba ver bien a las claras la aversión que ésta sentía por Manfred como marido, Jerónimo no podía encontrar consuelo en ello porque hacía peligrar la vida de su hijo. Decidió regresar al castillo y pidió que lo acompañasen varios miembros de la congregación para que testificasen su inocencia ante Manfred y, de ser necesario, se uniesen a él para pedir clemencia por la vida de Teodoro.

Mientras tanto, el príncipe había ido al patio y ordenado que se abriesen todas las puertas del castillo para recibir al extraño caballero y su compañía. A los pocos minutos llegó la caballería. Primero aparecieron dos heraldos con lanza. Luego otro heraldo seguido de dos pajes y de dos trompetas. Luego cien guardias a caballo. A continuación, cincuenta soldados de infantería, vestidos de color escarlata y negro, los colores del caballero. Después un caballero principal. Dos heraldos a cada lado de un caballero montado que portaba un estandarte con las armas de Vicenza y de Otranto, circunstancia ésta que ofendió mucho a Manfred, quien, no obstante, sofocó su rencor. Dos pajes más. El confesor del caballero, con el rosario en la mano. Cincuenta soldados de infantería, vestidos como los anteriores. Dos caballeros, con armadura completa, las viseras bajas, camaradas sin duda del caballero principal. Los escuderos de los dos caballeros, cargando los escudos y las armas. El escudero del caballero. Un centenar de señores que llevaban una espada enorme y que parecían estar a punto de desmayarse bajo el peso brutal. Luego el caballero en un corcel castaño, con la armadura completa, la lanza en ristre, el rostro enteramente oculto tras la visera, que estaba coronada por una larga pluma escarlata y negra. Cerraban la procesión otros cincuenta infantes con tambores y trompetas que se abrieron hacia la derecha y hacia la izquierda dejando espacio libre para el caballero principal.

Tan pronto como se acercó a la entrada, se detuvo. El heraldo avanzó y dio nueva

lectura al desafío. Los ojos de Manfred estaban fijos en la enorme espada y pareció no prestar casi atención alguna al anuncio; pero muy pronto una tempestad de viento a sus espaldas desvió su mirada. Se giró y contempló las plumas del casco encantado que se agitaban de la misma manera prodigiosa que hacía unos instantes. Se requería una valentía como la de Manfred para no aflojar ante una combinación tan increíble de circunstancias que parecían anunciar su fin. Sin embargo, desdeñoso en presencia de extraños de traicionar el coraje que siempre había manifestado, dijo con firmeza:

—Caballero, seas quien seas, te doy la bienvenida. Si estás hecho en molde humano, tu valor encontrará a su par; y si eres un verdadero caballero, rechazarás el empleo de métodos mágicos para llevar a cabo tu misión. Ya provengan estos presagios del cielo O del infierno, Manfred confía en la justicia de su causa, y en la ayuda de San Nicolás que siempre ha protegido su casa. Apéate, caballero, y reposa: ¡mañana tendrás un campo de batalla honorable, y que los cielos se inclinen hacia el lado de la justicia!

El caballero no respondió, pero cuando desmontó, Manfred lo condujo hasta el gran recibidor del castillo. Al atravesar el patio, el caballero se detuvo a observar el casco milagroso. Se arrodilló ante él y pareció orar por unos momentos. Una vez de pie, le hizo un gesto al príncipe de continuar la marcha. Tan pronto como entraron en el recibidor, Manfred propuso al desconocido que se desarmara, pero el caballero movió la cabeza en señal negativa. Manfred dijo:

—Caballero, eso no es cortés; por mi buena fe, que no te traicionaré, ni tendrás ningún otro motivo para quejarte del príncipe de Otranto. No intento ninguna traición y espero lo mismo de ti; aquí tienes mi gaje de desafío (dándole su anillo); tú y tus amigos gozaréis de todas las leyes de la hospitalidad. Descansa aquí hasta que te traigan los refrescos; daré las órdenes pertinentes para el alojamiento de tu gente y luego volveré a ti.

Los tres caballeros hicieron una pequeña reverencia, como si aceptasen su cortesía. Manfred dispuso que el séquito del caballero fuera instalado en un hospital adyacente, fundado por la princesa Hipólita para la recepción de peregrinos. Cuando estaban pasando por el patio en camino hacia la entrada, la espada gigantesca saltó de su funda, cayó al suelo, frente al casco, y quedó inmóvil; Manfred, ya casi endurecido ante las apariciones sobrenaturales, se sobrepuso a la sorpresa que le causó este nuevo prodigio y regresó al recibidor, donde para entonces la fiesta estaba lista e invitó a sus silenciosos invitados a tomar asiento. A pesar de todo, Manfred estaba tranquilo y se esforzó por inspirar alegría en los huéspedes. Les hizo varias preguntas, pero sólo le respondieron con señas. Se levantaron las viseras lo suficiente como para comer y nada más. El príncipe dijo:

—Señores, vosotros sois los primeros invitados que honro entre estas paredes y que no se dignan a hablar conmigo; ni tampoco ha sucedido a menudo, creo, que un príncipe ponga en peligro su estado y su dignidad contra desconocidos y contra mudos. Decís que habéis venido en nombre de Federico de Vicenza; yo sé que él fue

un caballero galante y cortés y me atrevo a decir que no consideraría por debajo de su rango mantener una conversación social con un príncipe que es su igual, y que no es un desconocido en hechos de armas. No obstante, vosotros estáis en silencio, pues bien, ¡que sea como Dios disponga!, ya que de acuerdo a las leyes de la hospitalidad y de la caballería sois dueños de hacer lo que os plazca bajo este techo; haced vuestra voluntad, pero, vaya, dadme una copa de vino; ¿no rehusaréis plegaros a mi brindis por la salud de vuestras señoras?

El caballero principal suspiró, hizo la señal de la cruz y se puso de pie. Manfred dijo:

—Caballero, lo que acabo de decir fue en señal de cortesía: no te obligaré a nada, haz lo que te guste. Ya que no estás de ánimo alegre, estemos tristes. Los negocios tal vez se acomoden mejor a tu fantasía: retirémonos; y ya veremos si lo que tengo que desenvainar va a ser mejor recibido que los vanos esfuerzos que he hecho para entretenerme.

Entonces Manfred condujo a los tres caballeros a una cámara privada, cerró la puerta, los invitó a que se sentasen y comenzó a hablar al personaje principal:

—Entiendo, caballero, que vienes en nombre del marqués de Vicenza con el objeto de reclamar a Lady Isabella, su hija, que ha sido prometida ante la santa iglesia a mi hijo, con el consentimiento de sus tutores legales; y a pedir que yo deponga mis dominios ante tu señor, que dice ser el pariente consanguíneo más cercano al príncipe Alfonso, ¡que en paz descanse! Primero me referiré a la última parte de tus demandas. Como debes saber y tu señor sabe, yo recibí el principado de Otranto de manos de mi padre, Don Manuel, como él lo recibió de su padre, Don Ricardo. Alfonso, su antepasado, murió sin haber tenido hijos en tierra santa y legó sus dominios a mi abuelo, Don Ricardo, en consideración a sus leales servicios.

El desconocido movió la cabeza. Y Manfred dijo con vehemencia:

—Sí, caballero. Ricardo fue un hombre valiente y honesto; fue un hombre piadoso. Considera tan sólo su generosa fundación de la iglesia contigua y de los dos conventos. Estaba parcialmente protegido por San Nicolás, mi abuelo era incapaz, quiero decir, señor, Don Ricardo era incapaz, perdóname, tu interrupción ha desordenado mi habla. Yo venero la memoria de mi abuelo. ¡Vaya! Señores, él mantuvo este dominio, lo mantuvo por la fuerza de su buena espada y con la ayuda de San Nicolás; lo mismo hizo mi padre, y de la misma manera lo haré yo, señores, pase lo que pase... Pero Federico, vuestro señor, señores, es más cercano por la sangre a Alfonso; he consentido poner en juego mi título con la espada, ¿implica ello que mi título es ilegal? Podría haber preguntado, ¿dónde está Federico? Las noticias dicen que murió en prisión. Vosotros decís, vuestras acciones dicen que vive, no lo pongo en duda, pero podría hacerlo, señores, podría hacerlo, pero no lo hago. Otros príncipes retarían a Federico a intentar coger su herencia por la fuerza, e intentarían ver si es capaz de conquistarla; no jugarían su dignidad en un combate individual; no se someterían a la decisión de mudos desconocidos. Perdonadme, caballeros, estoy

demasiado exaltado; pero imaginaos a vosotros mismos en mi lugar; ¿no os encolerizaría, como valientes caballeros que sois, si pusieran en duda el propio honor y el de vuestros antepasados? Pero hasta cierto punto, señores, requerís que os entregue a Lady Isabella. Y yo siento que primero debo preguntaros si estáis autorizados para recibirla.

El caballero asintió con la cabeza. Y Manfred continuó:

—Recibirla, ¡pues bien!, estáis autorizados para recibirla, pero te pregunto ahora a ti, caballero ¿tienes poderes totales?

El caballero volvió a asentir.

—Está bien —dijo Manfred—, entonces escucha lo que tengo que decir: vosotros, caballeros, tenéis delante vuestro al hombre más desgraciado del mundo (comenzó a sollozar); tened compasión; tengo derecho a ello, sí, lo tengo. Sabéis que he perdido mi última esperanza, mi alegría, los fundamentos de mi casa. Conrad murió ayer por la mañana.

Los caballeros se mostraron sorprendidos.

—Sí, señores, el destino se ha llevado a mi hijo; Isabella está en libertad.

—Entonces, ¿la devuelves? —exclamó el caballero principal, rompiendo su silencio.

—Concédeme tu paciencia —dijo Manfred—; me alegra encontrar un testimonio de tu buena voluntad y creer ahora que este asunto puede resolverse sin derramamiento de sangre. Lo que aún tengo que decir no está dictado por mis intereses personales. Vosotros estáis ante la presencia de un hombre disgustado con el mundo: la pérdida de mi hijo me ha apartado de las satisfacciones personales. El poder y la grandeza ya no tienen encantos para mí. Quise pasar a mi hijo el cetro que había recibido con honor de mis antepasados, pero eso ha terminado. La vida me es tan indiferente que acepté vuestro desafío con alegría; un buen caballero no puede ir a la tumba de mejor manera: cayendo ante los dictados de su vocación; cualquiera que sea la voluntad del cielo, a ella me someto, porque yo, señores, soy un hombre de muchas tristezas. Manfred no es objeto de envidia, pero sin duda vosotros no conocéis mi historia.

El caballero hizo gestos de ignorancia, y pareció curioso por lo que Manfred iba a decir.

—¿Es posible —continuó el príncipe— que mi historia sea un secreto para vosotros? ¿No habéis oído nada respecto a mí y a la princesa Hipólita?

Movieron la cabeza en signo negativo.

—¡No! Entonces, señores, permitidme proseguir. Me pensáis ambicioso; la ambición, ¡por Dios!, está compuesta de materiales más rudos. Si yo fuera ambicioso, no habría sido la víctima por tantos y largos años del infierno de una conciencia escrupulosa, pero no quiero aprovecharme de vuestra paciencia. Seré breve. Sabed entonces que hace mucho tiempo que mi unión con la princesa Hipólita me ha estado preocupando. Señores, ojalá pudierais conocer a esta mujer excelente, si supierais que

la adoro como un amante y la respeto y cuido como un amigo, pero el hombre no ha nacido para conseguir una felicidad perfecta. Ella comparte mis escrúpulos y, con su consentimiento, he puesto este problema ante la Iglesia, porque somos parientes en grado prohibido para una unión. Espero en cualquier momento una sentencia definitiva que nos separará para siempre; estoy seguro de que comprendéis mi aflicción. Veo que es así, y ¡perdonad estas lágrimas!

Los caballeros se miraron preguntándose adónde conduciría todo esto. Manfred continuó:

—La muerte de mi hijo, ocurrida cuando yo estaba con el alma presa de esta ansiedad, determinó que no pensara en nada más que en retirarme para siempre de la humanidad y en renunciar a mis dominios. La única dificultad que tenía era solucionar el problema de un sucesor que fuera digno de mi gente y arreglar la situación de Isabella, a quien quiero tanto como si fuera de mi misma sangre. Estaba dispuesto a restaurar la línea de Alfonso, aun por la línea de parentesco más distante; y aun cuando, perdonadme, me satisface que así fuera su voluntad, que el linaje de Ricardo tomara el lugar de los parientes de Alfonso. Pero ¿dónde podía yo buscar esos parientes? No conocía a ningún otro salvo a Federico, vuestro señor. Él estaba cautivo de los infieles, o muerto; y si estuviera vivo y en su casa, ¿renunciaría al floreciente estado de Vicenza por el insignificante principado de Otranto? Y si él no estuviera dispuesto a semejante renuncia, ¿podría yo soportar la posibilidad de ver a un virrey cruel y sin sentimientos gobernando a mi pobre y leal gente? Porque, señores, yo amo a mi gente y, gracias a Dios, ellos me aman. Pero vosotros os preguntaréis adónde conduce este discurso. En resumen, señores: Creo que el cielo ha dispuesto con vuestra llegada un posible remedio a todas estas dificultades y a todas mis desgracias. Isabella está en libertad; yo pronto lo estaré. Me someteré a cualquier cosa por el bien de mi gente y creo que el mejor camino a seguir para terminar con este antagonismo entre nuestras familias, y posiblemente sea la única manera de lograr este propósito, es que yo tome a Isabella como esposa. Os sorprendéis, pero, aun cuando las virtudes de Hipólita siempre serán objeto de mi veneración, creo que un príncipe no puede pensar en sí mismo: él nace para servir a su gente.

En ese instante entró un sirviente en la cámara y le comunicó a Manfred que Jerónimo, acompañado de algunos miembros de su congregación, quería tener una entrevista urgente con él.

El príncipe, enojado por la interrupción y temiendo que el fraile pudiera alertar a los visitantes acerca de la huida de Isabella, estaba por prohibir la entrada de Jerónimo. Pero recordó que era casi seguro que llegaba para notificarle el retorno de la princesa y Manfred comenzó a pedir disculpas a los caballeros por dejarlos unos minutos; sin embargo, no alcanzó a hacerlo porque los frailes entraron. Furioso, Manfred los recriminó por su intrusión en el recinto y los habría forzado a retirarse de no haber estado Jerónimo demasiado agitado para que pudieran expulsarlo. Proclamó a viva voz la huida de Isabella y se declaró inocente de este acontecimiento. Manfred

se perturbó ante las novedades y mucho más porque los forasteros eran testigos de la escena y no atinó sino a decir frases incoherentes. Por momentos recriminaba al fraile, por otros se disculpaba ante los caballeros, ansioso por saber lo que había sucedido con Isabella, aunque temeroso de que éstos se dieran cuenta de la situación. Estaba impaciente por salir en su búsqueda y al mismo tiempo temía que sus visitantes lo acompañasen. Propuso enviar mensajeros que indagasen, pero el caballero principal abandonó su silencio y reprochó a Manfred con términos duros sus órdenes ambiguas y oscuras. Además, exigió saber en primer lugar la causa de la ausencia de Isabella del castillo. Manfred, echando una mirada severa a Jerónimo, que implicaba una orden de guardar silencio, dijo que, a raíz de la muerte de Conrad, había decidido poner a Isabella en lugar seguro hasta poder determinar su suerte. Jerónimo, que temblaba por la vida de su hijo, no se atrevió a contradecir esta falsedad, pero uno de los hermanos, que no sufría la misma presión, declaró con franqueza que ella había huido a la iglesia la noche anterior. En vano el príncipe trató de ocultar este descubrimiento que lo llenó de vergüenza y de confusión. El forastero principal, atónito por las contradicciones que había oído y más que convencido de que Manfred había secuestrado a la princesa a pesar de la preocupación que había expresado al enterarse de la escapada de Isabella, se puso violentamente de pie y exclamó:

—¡Tú, príncipe traidor! ¡Encontraremos a Isabella!

Manfred trató de detenerlo, pero los otros caballeros salieron en ayuda de su camarada, se apartaron del príncipe y fueron al patio reclamando la presencia de sus criados. Manfred no pudo disuadirlos de su propósito de buscar a Isabella y se ofreció a acompañarlos. Con algunos de sus servidores y con los frailes como guías, salieron del castillo. Manfred dio órdenes secretas de que no dieran aviso a la comitiva visitante y engañó al caballero diciéndole que despachaba a un mensajero para requerir más ayuda.

Tan pronto como hubieron partido, Matilda, que estaba profundamente interesada por la suerte del joven campesino, ya que había presenciado su sentencia de muerte en el recibidor, había planeado algunas medidas para salvarlo. Una de sus criadas le informó que Manfred había enviado varios hombres en distintas direcciones con el propósito de encontrar a Isabella. En su apresuramiento había dado esta orden en términos generales, no con la intención de extenderla a los guardianes de Teodoro, pero olvidándose de precisar ese aspecto. Los domésticos, solícitos por obedecer las órdenes de un príncipe tan terminante y tentados por la propia curiosidad y el gusto por lo novedoso, habían partido todos para participar en aquella batida tan precipitada. Matilda se desembarazó de las mujeres, se dirigió subrepticamente a la torre negra, abrió el cerrojo de la puerta y se presentó ante el atónito Teodoro. Le dijo:

—Joven, a pesar de que el deber filial y la modestia femenina condenan el paso que estoy dando, la caridad sagrada que sobrepasa a todas las otras ataduras, justifica

este acto. Huye, las puertas de tu prisión están abiertas: mi padre y sus servidores están ausentes, pero es posible que pronto retomen; ponte a salvo, ¡y ojalá los ángeles del cielo iluminen tus pasos!

—¡Tú debes ser uno de esos ángeles! —dijo el encantando Teodoro—. Sólo una santa bendita podría hablar, actuar y ser como tú. ¿Podría conocer el nombre de mi encantadora protectora? Pero pienso que has nombrado a tu padre: ¿es posible?, ¿la sangre de Manfred puede sentir misericordia? Encantadora señora, no tienes obligación de contestarme, pero ¿cómo estás tú misma en este lugar? ¿Por qué pones en peligro tu propia seguridad y te preocupas por un individuo como Teodoro? Huyamos juntos. La vida que has salvado estará dedicada a tu defensa.

Matilda, con un suspiro, le contestó:

—Te has equivocado. Soy la hija de Manfred, pero no me espera ningún peligro.

—¡Sorpresa! —dijo Teodoro—, pero anoche me felicité por haberte hecho el servicio que hoy me devuelves con tanta compasión.

—Todavía estás equivocado —dijo Matilda—, pero éste no es el momento indicado para explicarse. Escapa, joven, mientras está en mi poder la ocasión de salvar tu vida. Si mi padre regresase ahora, tú y yo tendríamos causa más que suficiente para comenzar a temblar.

—¿Cómo podrías pensar —dijo Teodoro— que voy a aceptar la posibilidad de salvar mi cabeza a riesgo de que algo calamitoso pudiera ocurrirte a ti? Prefiero sufrir mil muertes antes que hacer algo así.

—No corro ningún riesgo —dijo Matilda— salvo si te demoras. Vete ahora, cuando es imposible que alguien se entere de que te he ayudado a escapar.

—Júralo por todos los santos del cielo, que nadie va a sospechar que tú lo has hecho; de otra manera, prometo quedarme y afrontar la suerte que me depare el destino.

—¡Oh, eres demasiado generoso! —dijo Matilda—. Pero queda tranquilo, pues ninguna sospecha recaerá sobre mi persona.

—Dame tu mano como prueba de que no me engañas —dijo Teodoro— y déjame que derrame en ella las señales de mi gratitud.

—No lo hagas, no puede ser —dijo Matilda, a lo que contestó Teodoro:

—Nunca he conocido en mi vida peor calamidad que en este momento; tal vez nunca más vea el rostro de la fortuna y sufriré las duras tormentas de la gratitud sagrada. Es mi alma la que quiere depositar en tu mano sus anhelos.

—No lo hagas y vete —dijo Matilda—, ¿qué diría Isabella si te viera a mis pies?

—¿Quién es Isabella? —preguntó el joven, sorprendido.

—Me temo —dijo Matilda—, que estoy ayudando a un burlador. ¿Ya has olvidado tu curiosidad de esta mañana?

—Tu semblante, tus acciones, toda tu adorable persona parece una emanación divina, pero tus palabras son oscuras y misteriosas; habla, habla para que te comprenda tu servidor —dijo Teodoro.

—¡Tú entiendes demasiado bien! —exclamó Matilda—. Una vez más, te ordeno que te retires; tu sangre, que yo quiero resguardar, estará sobre mi cabeza si perdemos el tiempo con discusiones inútiles.

—Me iré, me iré —dijo Teodoro— porque es tu voluntad y porque no quiero llenar la blanca cabeza de mi padre con penas que puedan llevarlo a la tumba. Di tan sólo que cuento con tu piedad...

—Espera —dijo Matilda—, te conduciré al subterráneo por el que escapó Isabella; te llevará a la iglesia de San Nicolás, donde podrás refugiarte...

—¿Qué? —exclamó Teodoro—, ¿era otra persona, no eras tú, tan adorable, a quien yo ayudé a encontrar ese pasaje subterráneo?

—Así es —dijo Matilda—, pero no hagas más preguntas; tiemblo de verte todavía en este lugar. ¡Escapa a ese refugio!

—A un refugio, no —contestó Teodoro—, los refugios son para damiselas en peligro o para criminales. El alma de Teodoro está libre de culpas y tampoco quiere tener apariencia de poseerlas. Dame una espada, y tu padre aprenderá que Teodoro desprecia una fuga ignominiosa.

—Jovenzuelo impertinente —dijo Matilda—, ¡no te habrás de animar a levantar tu brazo presuntuoso contra el príncipe de Otranto!

—Está bien. No lo haré contra tu padre —dijo Teodoro—; perdóname, me había olvidado. ¿Cómo puedo mirarte y pensar que has salido de la sangre del tirano Manfred? Pero se trata de tu padre, y a partir de este momento, mis ofensas quedan sepultadas en el olvido.

Los sorprendió un gemido profundo y ronco que dio la impresión de venir de lo alto. Dijo Matilda:

—¡Por Dios, nos están escuchando!

Trataron de oír nuevos ruidos, pero llegaron a la conclusión de que había sido efecto de corrientes de aire. La princesa, precedida por Teodoro, se dirigió a la armería de su padre, donde proveyó al joven con una armadura completa, y luego lo condujo hasta la puerta de atrás del castillo. Dijo la muchacha:

—Evita el pueblo y todo el lado oeste del castillo. Allí deben de estar Manfred y sus visitantes llevando a cabo la búsqueda. Vete a la parte contraria. Más allá de aquel bosque, hacia el este, hay una cordillera que tiene muchos laberintos y cavernas y que llega hasta la costa. Allí puedes quedarte escondido y hacer señales a algún navío que pase y te recoja. Vete y que el cielo guíe tus pasos, y a veces recuerda a Matilda en tus oraciones...

Teodoro se puso ante sus pies, cogió una de sus manos, que luchó para librarse del beso y él, en ese momento, prometió que a la menor oportunidad se haría caballero y con fervor le pidió permiso para hacer juramento de ser su caballero para siempre. Antes de que la muchacha pudiera contestarle, se oyeron violentos truenos que hicieron temblar el suelo. A pesar de la tormenta, Teodoro habría continuado su petición, pero la princesa, asustada, se apresuró a entrar en el castillo y ordenó al

joven que se fuera de una manera que no dio lugar a la desobediencia. Suspiró y se retiró con los ojos fijos en la puerta hasta que Matilda la cerró poniendo fin a la entrevista que había dado oportunidad a que en ambos creciera una pasión que probaban por primera vez.

Pensativo, Teodoro fue hacia el convento para notificar a su padre su liberación. Allí se enteró de la ausencia de Jerónimo y de la búsqueda que se estaba haciendo tras Isabella, amén de algunos detalles sobre las peripecias sufridas por esa muchacha de las que él se enteraba por primera vez. La generosa galantería de su naturaleza le hizo desear acudir en su ayuda, pero los monjes no pudieron darle ninguna pista acerca del lugar adonde ésta se había dirigido. No lo tentó la idea de salir en su búsqueda porque la imagen de Matilda se había grabado tan profundamente en su interior que no podía soportar alejarse mucho de ella. La ternura que le había expresado Jerónimo concurrió para confirmar este sentimiento, y hasta se persuadió de que el afecto filial era la causa principal para su caminata entre el castillo y el monasterio. Finalmente, Teodoro decidió que hasta la vuelta de Jerónimo a la noche, debía retirarse al bosque que le había indicado Matilda. Cuando llegó al lugar, buscó los rincones más oscuros que armonizaban mejor con la suave melancolía que reinaba en su mente. De esta manera, casi insensible, se acercó a las cuevas que anteriormente habían sido refugio de ermitaños y que ahora se rumoreaba que estaban habitadas por malos espíritus. Se acordó de haber escuchado esta tradición y, debido a su disposición valiente y aventurera, se dispuso a satisfacer su curiosidad y explorar los recodos más secretos de los laberintos. No había recorrido mucha distancia cuando oyó los pasos de una persona que daba la impresión de escapar de su presencia. Teodoro, aun cuando tenía una sólida fe basada en los preceptos sagrados, no sentía que los buenos pudieran ser abandonados a su suerte y sin causa justificada en el territorio malicioso de los poderes de la oscuridad. Pensó que el lugar estaría más bien lleno de ladrones denunciados por molestar y sorprender a los viajeros que de agentes infernales. Hacía mucho tiempo que sentía gran impaciencia por probar su valentía. Desenvainó su espada y avanzó con tranquilidad, dirigiendo los pasos hacia el sonido vago que oía frente a él. La armadura que llevaba era una indicación semejante para el fugitivo. Teodoro se convenció de que no estaba equivocado y redobló sus pasos; le ganó terreno a la persona que huía, cuya velocidad también aumentó. Finalmente, Teodoro se encontró con una mujer que estaba caída y sin aliento frente a él. Se apresuró a levantarla, pero ella tenía tal miedo que Teodoro temió que se desmayara en sus brazos. Utilizó todo tipo de palabras reconfortantes para borrar la alarma causada y le aseguró que, lejos de castigarla, la defendería con la propia vida. La mujer recuperó un tanto su espíritu ante este comportamiento cortés y, mirando a su protector, dijo:

—¡Estoy segura de que he escuchado tu voz anteriormente!

—No, que yo sepa —contestó Teodoro—, a menos que, como creo, tú seas Lady Isabella.

—¡Dios santo! —exclamó ella—, no te han enviado en mi busca, ¿no es así? —y con estas palabras se tiró a sus pies y le rogó que no la entregara a Manfred. Teodoro exclamó:

—¡A Manfred! No, ya una vez he podido liberarte de su tiranía y ahora de nuevo te pondré lejos de su alcance.

—Pero ¿será posible que seas el generoso desconocido que conocí anoche en la bóveda del castillo? Estoy segura de que no eres mortal, sino mi ángel guardián. Déjame, de rodillas, agradecerte...

—Calma, calma —dijo Teodoro—, no te rebajes delante de un joven pobre y falto de amistades. Si de casualidad me he convertido en tu ayudante, la suerte me ayudará a completar mi trabajo y fortalecerá mi brazo en tu defensa, pero ahora ven, estamos demasiado cerca de la boca de la caverna, busquemos los sitios más alejados. No estaré tranquilo hasta no haberte dejado en un lugar a salvo de las presentes acechanzas.

—¿Qué quieres decir, señor? —preguntó la muchacha—. Aunque todas tus acciones son nobles, aunque tus sentimientos reflejan la pureza de tu espíritu, ¿no estaría mal que me acompañases hasta los sitios más recónditos de esta cueva?; si nos encontraran juntos, ¿qué diría ese mundo censor de mi conducta...?

—Respeto tu delicadeza y tu virtud —dijo Teodoro—, pero no levantes sospecha alguna que pueda herir mi honor. Quiero conducirte al lugar más seguro de estas rocas, y luego, aunque para ello deba arriesgar mi vida, no dejaré que nadie entre a esta caverna. Además —continuó, después de un profundo suspiro—, por más perfectas y bellas que sean tus formas, y aunque mis deseos no son inocentes con respecto a mis aspiraciones, he dedicado mi alma a otra mujer; y a pesar...

Un súbito ruido hizo que Teodoro dejase de hablar. Pronto distinguieron los sonidos:

—¡Isabella! ¡Aquí! ¡Isabella! —y la muchacha volvió a ser presa del terror. Teodoro intentó darle nuevos ánimos, pero sus esfuerzos fueron vanos. Le aseguró que prefería morir antes que ella volviera a caer en poder de Manfred. Le pidió que se quedara escondida y salió a impedir que se acercara la persona que la buscaba.

En la boca de la caverna encontró a un caballero armado que hablaba con un campesino. Éste le aseguraba que había visto a una dama entrar en la cueva. El caballero se estaba preparando para entrar a buscarla en el momento en que Teodoro, interponiéndose en su camino, con la espada desenvainada, le prohibió resueltamente dar un solo paso más.

—¿Y quién eres tú, que te atreves a cerrarme el camino? —exclamó el caballero, con arrogancia.

—Alguien que no se atreve a hacer más de lo que es capaz —respondió Teodoro.

—Busco a Lady Isabella, y tengo entendido que ha encontrado refugio entre esas rocas. No me lo impidas o te arrepentirás de haber provocado mi furia.

—Tu propósito es tan odioso como despreciable es tu furia —dijo Teodoro—.

Regresa a tu lugar de origen o veremos de quién es más temible la furia.

El desconocido, que era el caballero principal venido en representación del marqués de Vicenza, se había alejado al galope del lado de Manfred mientras éste estaba ocupado en obtener información acerca de la princesa y en dar órdenes para prevenir que los tres caballeros la encontraran. Había sospechado que Manfred estaba al tanto de la misteriosa desaparición de la princesa, y cuando recibió el insulto de quien estaba seguro que formaba parte del grupo de Manfred y que estaba allí para guardar la prisión de Isabella, no respondió una sola palabra sino que descargó tal golpe de espada que podría haber destruido cualquier obstáculo. Pero Teodoro, creyendo que el caballero era uno de los capitales de Manfred y dispuesto, después de haber hecho la provocación, a mantenerla a pie firme, recibió el golpe con su escudo. El valor que durante tanto tiempo había crecido en su pecho se hizo notar de inmediato; saltó con ímpetu sobre el caballero en tres sitios distintos y finalmente lo desarmó cuando éste se desmayó por la pérdida de sangre. El campesino había huido al primer intercambio de golpes para dar la alarma a algunos de los domésticos de Manfred que, cumpliendo las órdenes de su amo, se encontraban dispersos por el bosque en busca de Isabella. Llegaron al lugar cuando caía el caballero, a quien pronto reconocieron como el noble desconocido. A pesar de su odio hacia Manfred, Teodoro no pudo contemplar con orgullo la victoria obtenida sin tener sentimientos de piedad y de generosidad. Estaba más que emocionado cuando supo el rango de su adversario y que no era un partidario de Manfred, sino todo lo contrario. Ayudó a los servidores del caballero a sacarle la armadura y se esforzó por parar la hemorragia que le producían las heridas. El caballero recobró finalmente el habla y dijo con voz trémula y débil:

—Enemigo generoso, los dos hemos cometido un error. Yo te tomé por un instrumento del tirano; me doy cuenta de que tú erraste de igual manera. Ahora es demasiado tarde para excusas, me desmayo, si Isabella está cerca, llámala, tengo secretos importantes para...

—¡Se está muriendo! —exclamó uno de los sirvientes—. ¿Nadie tiene un crucifijo? Andrea, reza tú delante de él.

—Buscad agua y dádsela —gritó Teodoro— mientras yo busco a la princesa.

Diciendo esto, partió a la carrera en busca de Isabella y en pocas palabras le informó con modestia que había sido tan infortunado como para herir, por error, a un caballero de la corte de su padre, quien antes de morir quería decirle algo de suma importancia para ella.

La princesa se había sentido transportada de alegría cuando escuchó la voz de Teodoro llamándola para que se adelantara. Ahora estaba atónita ante lo que oía. Se dejó conducir por Teodoro, con el espíritu más sereno debido a la nueva prueba de valor que le había dado el joven, y llegó adonde yacía el caballero ensangrentado y sin habla, pero volvieron sus miedos cuando avistó a los servidores de Manfred. Habría escapado nuevamente si Teodoro no le hubiese hecho notar que estaban

desarmados. El joven los amenazó de muerte si se acercaban a la princesa. El desconocido abrió los ojos y al ver a una mujer, dijo:

—¿Eres tú, dime la verdad, eres tú Isabella de Vicenza?

—Lo soy —contestó ella—. ¡Que Dios te haga recobrar pronto!

—Entonces tú... entonces... —dijo el caballero, luchando para poder hablar— estás viendo a tu padre... Dame un...

—¡Dios santo! ¡Qué es lo que veo! ¡Dios santo! ¡Mi padre! —gritó Isabella—. ¡Id a buscar ayuda o morirá!

—Es verdad —dijo el caballero herido, con un gran esfuerzo—, soy Federico, tu padre. He venido... a librarte de... Y no sucederá... dame un último beso y...

—Señor —dijo Teodoro—, quédate tranquilo, no te canses. Permite que te llevemos hasta el castillo...

—¡Al castillo! —exclamó Isabella—. ¿No hay un sitio más cercano que el castillo donde podamos obtener ayuda? ¿Expondremos a mi padre a la ira del tirano? Si lo lleváis allí, no me animo a acompañarlo, pero ¡no puedo dejarlo!

—Hija mía —dijo Federico—, no me importa adónde me conduzcan; unos pocos minutos más y estaré por encima de cualquier peligro, pero mientras tenga ojos para mirarte, no me abandones, querida Isabella. Este bravo caballero, que no sé quién es, protegerá tu inocencia. Señor, no abandonarás a mi niña, ¿no es así?

Teodoro, emocionado por las palabras de su víctima, prometió defender a la princesa con la propia vida y persuadió a Federico a que lo transportaran al castillo. Lo pusieron sobre un caballo que pertenecía a uno de los sirvientes, después de cubrir sus heridas lo mejor que pudieron. Teodoro marchó a su lado, y la afligida Isabella, que no quería apartarse ni un momento, lo seguía llena de pesar.

Capítulo IV

Apenas llegó al castillo el lastimero grupo, Hipólita y Matilda salieron a su encuentro, puesto que Isabella había enviado un doméstico a avisarles de su llegada. Las damas ordenaron que Federico fuera llevado a la habitación más próxima y se retiraron de allí cuando los médicos examinaron las heridas. Matilda se sonrojó al ver juntos a Isabella y a Teodoro, pero se esforzó por disimular su estado abrazando a su amiga y expresándole su pesar por lo que le había ocurrido a su padre. Pronto llegaron los cirujanos a informar a Hipólita que ninguna de las heridas del marqués revestía gravedad y que éste les había expresado su deseo de ver a su hija y a las princesas. Teodoro no pudo resistir la tentación de ir detrás de Matilda, y lo hizo con la excusa de expresar su alegría debido al carácter benigno de las heridas que había infligido al marqués durante el combate. Matilda bajaba los ojos cuando encontraba los del joven. Isabella vigilaba tanto a Teodoro como a Matilda, y pronto adivinó a quién se había referido el muchacho en la conversación que habían mantenido en la cueva y supo quién era el objeto de su afecto. Mientras se llevaba a cabo esta escena muda, Hipólita le pidió a Federico que le explicara las causas que habían motivado su misteriosa manera de reclamar a su hija e hizo varias apologías para excusar la conducta de su marido con respecto a la fracasada boda entre sus hijos. Por más que Federico estuviese furioso con Manfred, no era insensible a la cortesía y benevolencia de Hipólita; pero estaba aún más sorprendido por la belleza de Matilda. Quiso retenerlas a su lado y, para conseguirlo, narró a Hipólita su historia. Le dijo que, cuando era prisionero de los infieles, había soñado que su hija —de quien no había tenido noticia alguna desde que comenzara su cautiverio— estaba detenida en un castillo donde se cernían sobre ella las desgracias más terribles y que, si obtenía la libertad y visitaba un bosque cerca de Joppa, allí le darían más información. El sueño le produjo gran alarma, pero no estaba en situación de poder seguir las instrucciones que había recibido y las cadenas se volvieron más pesadas que nunca. Pero en el momento en que sólo pensamientos de fuga ocupaban su mente, le llegó la agradable noticia de que los príncipes confederados, que estaban combatiendo en Palestina, habían pagado su rescate. De inmediato se puso en marcha hacia el bosque marcado por el sueño. Por tres días, él y su comitiva habían caminado sin encontrar a un solo ser humano, pero en el atardecer del tercer día llegaron a una cueva en la que hallaron a un ermitaño venerable en agonía mortal. Le dieron licor tónico y el santón recuperó el habla. Les dijo:

—Hijos míos, dependo de vuestra caridad, pero es en vano, voy a retirarme al descanso eterno, aunque lo haré con la satisfacción de haber cumplido los designios divinos. Cuando vine a vivir a estas soledades, después de ver que mi país caía presa de los infieles —hace ya cincuenta años que fui testigo de escenas tan horribles—, se

me apareció San Nicolás y me reveló un secreto que me pidió que jamás confiara a ningún ser humano, salvo en mi lecho de muerte. Ésta es esa hora tremenda y vosotros sois, no cabe duda, los guerreros elegidos a quienes se me ordenó contar el secreto. Tan pronto como teminéis de disponer los últimos oficios a este cadáver miserable, cavad bajo el séptimo árbol a la izquierda de esta pobre cueva, y vuestros dolores...

Con estas palabras, el religioso exhaló su último suspiro. Continuó Federico:

—A la madrugada siguiente, cuando terminamos de enterrar al santo varón, cavamos según las instrucciones recibidas, pero cuál sería nuestra sorpresa al encontrar a una profundidad de unos tres metros un sable enorme, el mismo sable que ahora está depositado en el patio. Sobre la hoja que en parte estaba fuera de la vaina, aunque ahora está dentro debido a nuestros esfuerzos para mover el arma, estaba escrito lo siguiente. Mas, perdóname, señora —dijo dirigiéndose a Hipólita—, si vacilo en repetir esas palabras: respeto tu sexo y tu rango, y no quisiera ser culpable de ofender tus oídos con sonidos injuriosos para con alguien a quien tú quieres bien.

Hizo una pausa. Hipólita sintió un estremecimiento. No dudó que Federico estaba destinado por el cielo para cumplir con el presagio que parecía cernirse sobre su casa. Miró con profundo amor a Matilda, una lágrima sorda se deslizó por su mejilla, pero se recuperó y dijo:

—Prosigue, señor, el cielo no hace nada en vano; los mortales debemos recibir sus mandatos con humildad y sumisión. Es nuestra misión aplacar su furia o inclinarnos ante sus decretos. Repite las palabras, señor, te escuchamos resignadas. Federico estaba arrepentido de haber llegado tan lejos. La dignidad y la paciente firmeza de Hipólita lo llenaban de respeto, y el afecto silencioso y tierno con que se trataban madre e hija le produjo una gran emoción. Sin embargo, temeroso de que su excitación, de continuar, fuera aún más alarmante, dijo con voz débil y baja las siguientes palabras:

*Donde se encuentre un casco que vaya con la espada,
De peligros allí estará rodeada tu hija;
Sólo la sangre de Alfonso puede salvar a la niña,
Y aquietar la larga sombra agitada de un príncipe.*

—¿Qué hay en esas líneas —preguntó, impaciente, Teodoro— que pueda afectar a estas princesas? ¿Por qué se las debe alarmar con una declaración tan misteriosa y tan falta de fundamento?

—Tus palabras son rudas —dijo el marqués—, y aunque la fortuna ya te ha favorecido una vez...

—Señor —dijo Isabella, resentida porque creyó que la osadía de Teodoro estaba dictada por sus sentimientos para con Matilda—, no tomes en cuenta lo que puede llegar a decir el hijo de un campesino: él sólo se olvida de la reverencia que te debe,

pero no acostumbra...

Hipólita se preocupó un tanto por el cariz que tomaban las cosas; contuvo el fervor de Teodoro, pero con un mohín de reconocimiento por su lealtad; y cambiando de conversación, le preguntó a Federico dónde había dejado a su marido. Cuando el marqués estaba a punto de contestarle, oyeron un ruido y se pusieron de pie para conocer la causa. Entonces, Manfred, Jerónimo y parte de la comitiva que habían escuchado rumores imperfectos de lo que había sucedido, entraron en la habitación. Manfred avanzó con rapidez hacia la cama de Federico para condolerse de lo que le había pasado y para enterarse de las circunstancias del combate. De pronto, se detuvo, y con terror agónico, exclamó:

—¿Quién eres tú? ¡Tú, espectro maldito! ¿Ha llegado ya mi hora?

—¡Señor mío, por Dios! —gritó Hipólita, tomándolo en sus brazos—. ¿Qué es lo que ves? ¿Por qué fijas de esa manera tus ojos?

—¡Qué! —exclamó Manfred, sin aliento—. ¿No ves nada, Hipólita? ¿Me han enviado a mí solo este fantasma espectral...?

—Por lo que más quieras, recupera tus sentidos. Los únicos que nos rodean son amigos —dijo Hipólita.

—¡Cómo! ¿Acaso ése no es Alfonso? —gritó Manfred—. ¿No lo ves? ¿Puede ser que esté delirando?

—¡Éste! Por Dios —dijo Hipólita—, éste es Teodoro, el joven que ha tenido tan poca suerte como...

—¡Teodoro! —dijo Manfred, apesadumbrado y moviendo la cabeza—. Sea Teodoro o un fantasma, él ha trastornado el alma de Manfred, pero ¿de dónde viene?, ¿y cómo lleva armadura?

—Creo que salió en busca de Isabella —dijo Hipólita.

—¡De Isabella! Sí, sí, de eso no cabe duda —dijo Manfred, montando en cólera—, pero ¿cómo pudo escapar de la prisión que yo había ordenado? ¿Fue Isabella, o este fraile hipócrita, quienes le facilitaron la fuga?

—¿Y sería criminal un padre —interrumpió Teodoro— si mediara la libertad de su hijo?

Jerónimo, sorprendido de verse, en cierto sentido, acusado por su hijo sin ningún fundamento, no supo qué pensar. No podía comprender cómo se las había arreglado Teodoro para escapar; cómo había llegado a disponer de esas ropas y a tener ese encuentro con Federico. Sin embargo, no se animó a hacer ninguna pregunta que fuera a inflamar aún más la furia de Manfred contra su hijo. El silencio de Jerónimo terminó de convencer a Manfred de que éste había sido cómplice en la fuga de Teodoro. Dijo el príncipe:

—¿Y así es, tú, viejo desagradecido, como pagas los favores míos y de Hipólita? Y no contento con atravesarme el corazón y oponerte a mis más caros deseos, ¡armaste al bastardo y lo trajiste a mi propio castillo para insultarme!

—Señor —dijo Teodoro—, te equivocas con mi padre: ni él ni yo somos capaces

de tener un solo pensamiento que pueda molestar tu paz. ¿Es acaso insolencia el que yo rinda mis armas a tus pies? —agregó, y puso su espada a los pies de Manfred con respeto; prosiguió—: Me tienes en tus manos; párteme la cabeza, señor, si crees que se me ha cruzado un solo mal pensamiento. No hay ningún sentimiento en mi interior que quiera negar respeto a ti y a los tuyos.

El fervor y la gracia con que Teodoro pronunció estas palabras interesaron a todos los presentes y los dispusieron a su favor. Hasta Manfred lo sintió, pero su admiración fue pronto borrada por el horror que le produjo el parecido del joven con Alfonso. Dijo:

—Levántate, tu vida me tiene sin cuidado en este momento. Pero cuéntame tu historia y dime cómo llegaste a relacionarte con este viejo traidor...

—Señor, señor —exclamó Jerónimo.

—Paciencia, impostor —dijo Manfred—, no quiero que hables.

—Pues no quiero ninguna ayuda —dijo Teodoro—. Mi historia es corta. Cuando tenía cinco años de edad, me llevaron a Argelia con mi madre, que había sido hecha prisionera por unos corsarios en las costas de Sicilia. En menos de doce meses ella murió de dolor...

Las lágrimas llenaron los ojos de Jerónimo, en cuyo rostro se veían agitarse mil distintas pasiones. Continuó Teodoro:

—Antes de morir puso un escrito bajo mi brazo, en las ropas, que decía que yo era el hijo del conde de Falconara.

—Ésa es la verdad —interrumpió Jerónimo—, yo soy ese padre desgraciado.

—Te pido nuevamente que guardes silencio —dijo Manfred—. Prosigue.

—Permanecí en esclavitud hasta hace dos años. Me puso en libertad un navío cristiano que tomó por asalto el buque de mi amo, el pirata. Cuando me di a conocer al capitán, éste, con toda generosidad, me dejó en las costas de Sicilia, pero en vez de encontrar a mi padre, descubrí que sus dominios, que estaban situados en la costa, habían sido destruidos por el mismo delincuente que nos había llevado a mi madre y a mí en cautiverio, que habían quemado todo el castillo y que mi padre, al regresar, había vendido lo poco que quedaba y se había retirado a una vida religiosa en el reino de Nápoles, pero no pude encontrar a nadie que me informase de su paradero. Sin familia, ni bienes, ni amigos, casi sin esperanza de poder algún día abrazar a mi padre, a la primera oportunidad partí rumbo a Nápoles. Desde allí vine a esta provincia, donde me he ganado la vida con el trabajo de mis manos. Hasta ayer no creí que el destino me fuera a dar otra cosa sino paz de espíritu y pobreza.

Dejó de hablar. Un murmullo de aprobación se levantó de todos los presentes. Dijo Federico:

—Eso no es todo, tengo la obligación de agregar lo que él no dice. A pesar de que es modesto, yo debo ser generoso: es uno de los jóvenes más valientes que pisan suelo cristiano. Es un hombre de buena voluntad también, y por lo poco que le conozco, me animo a testificar de su veracidad; si lo que cuenta no fuera verdad,

estoy seguro de que no lo diría. Y en cuanto a mí, joven, rindo honores a una franqueza que te viene por nacimiento. Pero ahora, aunque me hayas ofendido, siento que la sangre noble que tienes en las venas debe tener la libertad de avivarse y hervir cuando ha sido trazada hasta sus fuentes hace tan poco tiempo. —Y dirigiéndose a Manfred, dijo—: Vamos ahora, si yo lo he perdonado, bien puedes hacerlo tú. No es culpa del joven si lo has tomado por un espectro.

Este comentario irritó bastante a Manfred, que replicó con altanería:

—Si los seres ultraterrenos tienen el poder de impresionar mi mente, eso no lo puede llegar a lograr un ser humano, mucho menos el brazo de un jovenzuelo...

—Manfred —interrumpió Hipólita—, tu huésped debe descansar. ¿Por qué no lo dejamos en paz?

Con estas palabras, cogió a Manfred de la mano, se despidió de Federico y todos los presentes se retiraron. El príncipe no sintió ganas de continuar una conversación que había puesto de manifiesto sus sentimientos más profundos, y se dejó llevar a sus habitaciones después de permitir a Teodoro marcharse con su padre al convento, previo compromiso de retomar al castillo al día siguiente, condición que Teodoro aceptó encantado. Matilda e Isabella estaban demasiado preocupadas con sus propias reflexiones y no se sentían muy amistosas como para desear prolongar sus comentarios esa noche. Se separaron y cada cual se dirigió a su dormitorio con más expresiones de formalidad que de afecto verdadero; algo que no había ocurrido desde su infancia.

Si se separaron con poca cordialidad, y tan pronto como salió el sol a la mañana siguiente se reunieron con impaciencia. Tenían la cabeza en un estado que excluía el sueño, y cada una de ellas había inventado mil preguntas que quería hacerle a la otra. Matilda pensó que Isabella había sido liberada por Teodoro dos veces en situaciones tan sumamente críticas que no podía creer que fueran accidentales. Era verdad que los ojos del joven habían estado fijos en ella mientras estuvieron en la habitación de Federico, pero tal vez eso fue para ocultar a los dos padres su pasión por Isabella. Era necesario aclarar este asunto. Deseaba conocer la verdad para no ofender a su amiga albergando una pasión por el amante de Isabella. De esta manera, hicieron su aparición los celos que, al mismo tiempo, tomaban a la amistad como excusa para satisfacer en realidad su curiosidad.

Isabella, no menos intranquila, tenía fundamentos más sólidos para sus sospechas. Tanto los labios como los ojos de Teodoro le habían dicho que estaba enamorado, eso era verdad, sin embargo, tal vez Matilda no correspondiese a sus requerimientos; siempre se había mostrado totalmente insensible al amor: la religión consumía todos sus pensamientos. «¿Por qué le llevé la contraria? —pensaba Isabella—, esto es un castigo por mi exceso de generosidad, pero ¿cuándo se conocieron? ¿Dónde? No puede ser, debo de haberme equivocado. Anoche tal vez fue la primera vez que se vieron. Otra persona debe de ser la prometida; si así es, no estoy en tan mala situación como pensé primero. ¿Y si no se trata de mi amiga Matilda? Pero ¡cómo

puedo desear el afecto de un hombre que sin necesidad alguna me hizo saber su indiferencia! Y lo hizo justo en el momento en que debió mostrarse más cortés y civilizado. Iré a hablar con mi querida Matilda, que me confirmará ese falso orgullo —los hombres son tan falsos—, y le aconsejaré que tome los hábitos. Ella sin duda se alegrará cuando sepa lo que deseo para ella y le haré saber que no me opongo más a que entre en el convento».

Con esto en mente y decidida a abrir su corazón a Matilda, se dirigió al dormitorio de su amiga. La encontró ya vestida y en actitud pensativa. Este detalle, que tanto correspondía a lo que ella misma sentía, reanimó las sospechas de Isabella y destruyó de un solo golpe la confianza que había pensado depositar en su amiga. Al verse, ambas se sonrojaron. Eran demasiado novatas para ocultar sus sentimientos. Después de algunas preguntas y respuestas sin sentido, Matilda le preguntó a Isabella la causa de su fuga. Ésta casi había olvidado la pasión de Manfred debido a que estaba demasiado ocupada con la suya propia y creyó que Matilda se refería a su última escapada del convento, la que había provocado todos los acontecimientos del día anterior, y contestó:

—Martelli fue al convento y dijo que tu madre había muerto.

—Oh, sí —dijo Matilda—. Bianca me ha explicado el error. Cuando yo me desmayé, ella gritó: «¡La princesa ha muerto!», y Martelli, que había venido al castillo como de costumbre a recolectar la limosna...

—¿Por qué te desmayaste? —preguntó Isabella.

Matilda se puso colorada y tartamudeó:

—Mi padre... estaba sentenciando a un criminal.

—¿Qué criminal?

—Un joven, creo que era el mismo joven que...

—¿Quién, Teodoro?

—Sí, nunca lo había visto antes —replicó Matilda—. No sé qué le había hecho a mi padre; pero como te ha hecho un gran favor a ti, me alegro de que haya sido perdonado.

—¡Gran favor a mí! —exclamó Isabella—; ¿pretendes decir que herir a mi padre y casi ocasionarle la muerte es una gran ayuda? A pesar de que sólo ayer tuve la bendición de conocer a mi padre, espero que no pienses que soy tan ajena al amor filial como para no detestar la audacia impertinente de ese sujeto, y que yo pueda sentir el más mínimo afecto por quien se animó a levantar el brazo contra el creador de mi vida. No, Matilda, en lo más profundo de mi corazón siento odio por él, y si tú todavía sientes algo por esa amistad que hemos tenido desde la infancia, tendrás que aborrecer a un hombre que intentó hacerme infeliz para siempre.

Matilda mantuvo baja la cabeza y contestó:

—Espero, querida Isabella, que no vayas a dudar de mi amistad. Hasta ayer nunca había visto a ese joven. Es casi un desconocido para mí. Pero como los médicos han dicho que tu padre está fuera de todo peligro, tú no debes ni puedes guardar tal

resentimiento para con quien, como tengo entendido, ni siquiera sabía que el marqués era pariente tuyo.

—Defiendes su causa con muchísimo patetismo —dijo Isabella—, si consideramos que apenas lo conoces. O estoy equivocada, o él retribuye tu caridad...

—¿Qué quieres decir?

—Nada —dijo Isabella, y se arrepintió de haber dado a Matilda un indicio del interés de Teodoro por ella. Entonces, cambió de tema y le preguntó a Matilda qué había llevado a Manfred a tomar a Teodoro por un espectro. Matilda contestó:

—Pero, por todos los santos, ¿acaso no has notado el parecido extraordinario que tiene con el retrato de Alfonso que está en la galería? Yo se lo hice notar a Bianca aun antes de verlo con armadura, pero cuando tiene puesto el casco, es la misma imagen del cuadro.

—No observo mucho los cuadros —dijo Isabella—, mucho menos me he fijado en ese muchacho, por lo menos con la atención con que tú lo has hecho. Ah, Matilda, tu corazón está en peligro, deja que te lo advierta como amiga: él me ha confiado que estaba enamorado; no puede ser que lo esté de ti, ya que ayer fue la primera vez que os habéis visto, ¿no es así?

—Por supuesto —respondió Matilda—, pero ¿qué te hace pensar, de todo lo que he dicho, que... él te vio primero? Estoy muy lejos de tener la vanidad de pensar que mis pocos encantos puedan haber atraído a alguien que sólo tiene ojos para ti... Podrás ser feliz, Isabella, no importa lo que el destino me depare a mí.

—Querida Matilda —dijo Isabella, que no pudo resistir sentirse conmovida por la generosidad de su amiga—, Teodoro te quiere a ti, lo vi, estoy convencida de ello, y ahora te digo que ningún pensamiento de mi felicidad personal va a interferir con la tuya.

Esta súbita franqueza emocionó a Matilda, y los celos, que por unos momentos habían levantado una cortina de frialdad entre las dos muchachas, pronto se disiparon y fueron reemplazados por el candor y la sinceridad de sus naturalezas. Ambas confesaron la impresión que les había causado Teodoro, y esta confianza fue precedida por una batalla generosa en la que cada una renunciaba a su pasión y cedía el lugar a la amiga. Finalmente, la dignidad de Isabella la hizo recordar que Teodoro casi se había declarado a su rival, y entonces decidió controlar sus sentimientos y renunciar a cualesquiera posibilidades.

Durante esta competición amistosa, la princesa Hipólita entró en la habitación de su hija y dijo a Isabella:

—Quieres tanto a Matilda y te interesas tanto por lo que sucede a esta casa desgraciada que no puedo tener secretos con mi hija que tú no puedas escuchar.

Las dos jóvenes la miraron con un interés y una curiosidad inusitados.

—Por tanto, es hora que sepas, y tú también, Matilda, que estoy convencida, a raíz de los acontecimientos que han tenido lugar durante estos dos últimos días terribles, que el cielo quiere que el cetro de Otranto pase de las manos de Manfred a

las del marqués Federico. Tal vez me inspira el pensamiento de que la unión de nuestras casas rivales puede evitar nuestra destrucción total. En vista de lo cual, he propuesto a Manfred que ofrezcamos la mano de nuestra hija a Federico, tu padre...

—¡A mí, el marqués Federico! —exclamó Matilda—. ¡Dios santo, Madre! Y, ¿ya se lo has dicho a mi padre?

—Ya lo he hecho —respondió Hipólita—; escuchó mi propuesta con benevolencia y se la confiará al marqués.

—Ah, madre, madre. ¿Qué has hecho? —dijo Isabella—. ¡Qué has hecho! ¡La ruina que traerá como consecuencia tu inadvertida bondad, ruina para ti, para mí y para Matilda!

—¡Ruina para mí, para ti y mi hija! —dijo Hipólita—. ¿Qué quieres decir?

—Por Dios —dijo Isabella—, la pureza de tu corazón no te permite ver la depravación de los demás. Manfred, tu marido, ese hombre impío...

—No sigas —dijo Hipólita—, no debes mencionar a Manfred sin respeto en mi presencia, jovencita; es el amo de esta casa y mi marido, y...

—No lo será por mucho tiempo —dijo Isabella—, si puede llevar a cabo sus planes miserables.

—¡Me sorprende tu lenguaje! —exclamó Hipólita—. Se que eres temperamental, pero nunca te había visto cometer un desliz semejante...

—¡Tú eres buena y demasiado crédula! —replicó Isabella—. Manfred no quiere arrebatarle la vida, su objetivo es separarse de ti. ¡Divorciarse!, para...

—¡Divorciarse de mí! —dijo Hipólita.

—¡Divorciarse de mi madre! —exclamó Matilda.

—Sí, y para completar su crimen, piensa... ¡no puedo decirlo!

—¿Qué puede ser peor que lo que acabas de decir? —dijo Matilda.

Hipólita quedó en silencio. El dolor no la dejó hablar, y cuando recordó las últimas ambigüedades que le había dicho Manfred, se convenció de la veracidad de lo que había oído.

—¡Tú eres una persona excelente, eres mi madre! —dijo Isabella, dejándose caer al lado de Hipólita, transportada por la emoción—. Confía en mí, créeme, moriría mil veces antes que intentar herirte, antes que dar el consentimiento a algo tan odioso...

—¡Esto es demasiado! —exclamó Hipólita—. ¿Qué otro crimen sugiere el anterior? Levántate, querida Isabella; no tengo dudas de tu honestidad. Ay, Matilda, este golpe es demasiado para ti. No llores, hija, ni una palabra, te lo ruego. Recuerda que todavía es tu padre.

—Pero tú eres mi madre —dijo Matilda, con determinación—; ¡tú eres buena e inocente! ¿O, no debo, no debo lamentarme?

—No, no lo debes hacer —dijo Hipólita—. Puede ser que todo resulte bien. Manfred sufrió terriblemente con la pérdida de su hijo y no sabía lo que decía. Tal vez Isabella no lo comprendió bien: tiene buen corazón, y tú, hija, no sabes todo. El destino está sobre todos nosotros; la mano de la providencia nos cobija. ¡Ojalá yo

podría salvarte de este desastre! Sí —continuó con un tono más firme—, tal vez mi sacrificio pueda ser un remedio para estos males. Iré y ofreceré yo misma el divorcio, no me importa lo que me pueda pasar. ¡Me retiraré al convento vecino y gastaré los años que me quedan en oraciones y lágrimas para ayudar a mi hija y a mi marido!

—Eres demasiado buena para este mundo —dijo Isabella—. Manfred es abominable, pero no pienses, señora, que tu debilidad va a decidir por mí. Lo juro ahora, ¡y que me escuchen todos los ángeles como testigos!

—¡Cállate, en nombre de Dios! —gritó Hipólita—, recuerda que no dependes de tu propia voluntad; tienes un padre.

—Mi padre es demasiado piadoso, demasiado noble —la interrumpió Isabella—, para aprobar algo semejante. Pero si lo ordenara, ¿acaso puede un padre ordenar un acto reprobable? Yo fui la prometida del hijo, ¿puedo casarme con el padre? Pues no, señora, no, de ninguna manera. No me arrastrarán por la fuerza hasta la maldita cama de Manfred. Lo detesto, lo aborrezco. Las leyes humanas y las divinas lo prohíben, y mi amiga Matilda, mi mejor amiga, ¿podría yo hierla hiriendo a su madre adorada? Mi propia madre, la única madre que he tenido en mi vida. ¡Nunca conocí a otra!

—¡Eres la madre de ambas! —exclamó Matilda—. Te mereces todo nuestro amor.

—Hijitas —dijo Hipólita, conmovida—, vuestro cariño me emociona, pero no puedo permitir que me ciegue. No podemos tomar las decisiones. La providencia, nuestros padres y nuestros maridos lo deben hacer por nosotras. Tened paciencia hasta que sepamos qué decisión toman Federico y Manfred. Si el marqués acepta la mano de Matilda, sé que ella estará pronta a obedecer. Y que interceda el cielo y prevenga lo demás. ¿Qué sucede, hija? —continuó al ver que Matilda se dejaba caer y lloraba sin decir palabra—. Pero, no, no me contestes; no puedo oír una sola palabra en contra de tu padre.

—No dudes de mi obediencia, de mi espantosa obediencia a ti y a él —dijo Matilda—. Pero ¿puedo sentir toda esta ternura, todo este amor por la mejor de las madres, y sin embargo, esconder un secreto?

—¿Qué vas a decir? —dijo Isabella, temblando—. No lo hagas, Matilda.

—Sí, Isabella, no sería merecedora de madre semejante si guardara en lo más profundo de mi alma un pensamiento que no goza de su permiso. La he ofendido; he dejado que penetre una pasión en mi interior sin su consentimiento, pero ahora la rechazo; ahora me encomiendo al cielo y a ella.

—¡Ay, hija mía, hija mía! —dijo Hipólita—. ¿Qué son esas palabras? ¿Qué nuevas calamidades nos depara el destino? ¡Tú, una pasión! ¡Tú, en esta hora de destrucción!

—Siento mi culpa —dijo Matilda—, me tengo desprecio, he disgustado a mi madre. Y es lo que yo más quiero en el mundo. ¡Nunca más, nunca más miraré a esa persona!

—¡Isabella! —demandó Hipólita—. Tú conoces este secreto desgraciado; sea lo que sea, ¡habla!

—¡Qué! —gritó Matilda—, ¿acaso he traicionado el amor de mi madre hasta el punto de que ni siquiera me permite que yo misma le cuente mi secreto? Es horrible, horrible...

—Eres demasiado cruel —le dijo Isabella a Hipólita—, ¿puedes seguir contemplando la angustia de tu hija y no sentir misericordia?

—¡No tener misericordia por mi propia hija! —dijo Hipólita, y cogió a Matilda entre sus brazos—. Sé muy bien que eres buena y obediente y llena de ternura. ¡Te perdono, eres mi única esperanza!

La muchacha, entonces, reveló a Hipólita la mutua inclinación que habían sentido ambas por Teodoro y la intención de Isabella de renunciar a él. Hipólita las retó por imprudentes y les hizo ver cuán improbable era que cualquiera de los dos padres fuera a consentir las bodas de su heredera con un hombre tan pobre, aun cuando tuviera sangre noble. La reconfortó saber que el enamoramiento era de fecha tan reciente y que Teodoro no tenía muchas razones para estar al tanto del impacto que había causado. Les ordenó que evitaran todo trato con él. Matilda prometió con fervor obedecerla, pero Isabella no dijo palabra, pues pensó hacer algo por la unión del joven con su amiga y no estaba dispuesta a evitar su presencia. Dijo Hipólita:

—Ahora iré al convento y ordenaré que se digan nuevas misas para librarnos de estas calamidades.

—Madre —dijo Matilda—, ¿tienes la intención de abandonarnos? ¿Irás a refugiarte en el convento y le darás la oportunidad a mi padre de realizar su plan? Por Dios, te lo suplico de rodillas, no lo hagas. ¿Me dejarás en manos de Federico? Quiero ir al convento contigo, te seguiré.

—Calma, hija, calma. Volveré de inmediato; nunca te abandonaré. Sólo si sé que es la voluntad divina y por tu beneficio.

—Ah, madre, no me traiciones —dijo Matilda—. No me casaré con Federico a menos que tú lo ordenes. ¡Qué será de mí!

—¿Por qué dices eso? —preguntó Hipólita—. Te he prometido que volvería.

—Madre, quédate y sálvame de mí misma. Un mínimo gesto tuyo puede más que toda la severidad de mi padre. He dado mi corazón y sólo tú puedes hacer que lo recupere.

—Basta ya —dijo Hipólita—. No puedes volverte atrás, Matilda.

—Sí, puedo renunciar a Teodoro, pero ¿debo casarme con otro? Déjame que vaya contigo hasta el altar y me quedaré allí, apartada del mundo, para siempre.

—Tu suerte depende de tu padre —replicó Hipólita—, mal he usado mi ternura si te ha enseñado a reverenciar algo sin su consentimiento. Adiós, hija. Voy a rezar por ti.

El verdadero propósito de Hipólita era preguntarle a Jerónimo si podía a conciencia rechazar la idea del divorcio. A menudo le había rogado a Manfred que renunciase al principado. Éste era un peso muy grande para su conciencia. Estos escrúpulos influían para que el divorcio no le pareciese algo tan temible.

Cuando se alejaron del castillo, Jerónimo le había preguntado con mucha severidad a Teodoro por qué lo había acusado ante Manfred de haber sido cómplice de su fuga. Teodoro le explicó que lo había hecho con la intención de disipar cualquier sospecha que Manfred podría haber tenido de Matilda, y agregó que, dada la santidad de la vida y del carácter de Jerónimo, era seguro que el tirano no podía descargar su furia contra él. A Jerónimo le disgustó profundamente descubrir la inclinación que sentía Teodoro por Matilda. Y antes de dejarlo ir a descansar, le prometió que a la mañana siguiente le daría razones poderosas para que desistiese de su empeño. Teodoro, como Isabella, hacía demasiado poco tiempo que conocía la autoridad paterna como para someterse a sus decisiones en contra de los propios sentimientos. Sintió muy poca curiosidad por conocer las razones del fraile y menos disposición aún para obedecerle. La encantadora Matilda había hecho en él más impresión que el afecto filial. Se contentó toda la noche con visiones amorosas. A la mañana siguiente, largo rato después del oficio matinal, se acordó de las indicaciones del fraile de encontrarlo en la tumba de Alfonso.

—Jovenzuelo —dijo Jerónimo, cuando lo vio—, este retraso no me gusta nada. ¿Las órdenes de un padre tienen tan poco peso?

Teodoro dio excusas torpes y atribuyó su demora a haberse quedado dormido.

—¿Y con quién soñaste? —preguntó el fraile con severidad. Teodoro se sonrojó.

—Vamos, vamos, jovencito desconsiderado —siguió Jerónimo—, esto no puede ser; arráncate esa pasión culpable del pecho.

—¡Pasión culpable! —gritó Teodoro—. ¿Puede haber algo culpable en una belleza inocente y en una modestia virtuosa?

—Es un pecado —replicó el fraile— desear aquéllos que la providencia ha condenado a la destrucción. La raza de un tirano debe ser barrida de la faz de la tierra hasta la tercera y cuarta generación.

—¿Castigaré el cielo a los inocentes por los crímenes de los culpables? Matilda tiene virtudes suficientes...

—Para arruinarte —interrumpió Jerónimo—. ¿Tan pronto has olvidado que el salvaje Manfred ya te ha condenado dos veces?

—Tampoco he olvidado, padre —dijo Teodoro—, que la caridad de su hija me libró de su condena. Puedo olvidar las injurias, pero no puedo olvidar los favores.

—Las injurias que has recibido de la raza de Manfred —dijo el fraile— están más allá de lo que tú puedas concebir. ¡No me contestes, pero mira esta imagen sagrada! Bajo este monumento de mármol descansan las cenizas del buen Alfonso, un príncipe que poseía todas las virtudes, el padre de su pueblo, una alegría para el mundo. Arrodíllate, joven testarudo, y escucha, mientras tu padre descubre una historia de horror que sacará de tu alma todos los sentimientos, salvo los de la venganza divina. Alfonso, el príncipe más traicionado, ojalá se mueva en el aire turbulento su sombra insatisfecha, mientras yo, con labios temblorosos... Pero ¿quién está allí?

—La más miserable de las mujeres —contestó Hipólita, y entró en el recinto—.

Buen padre, ¿estáis ocupado? ¿Por qué está este joven arrodillado? ¿Qué significa el horror que se refleja en vuestros rostros? ¿Por qué, en esta tumba venerable? Por Dios, ¿habéis visto algo?

—Estábamos elevando nuestras oraciones al cielo —replicó Jerónimo, algo confundido— para terminar con las desgracias que asolan esta triste región. Oremos juntos, señora, tu alma sin tacha tal vez obtenga salvación para los males que se ciernen sobre tu casa y que se han declarado con los portentos que hemos presenciado estos últimos días.

—Rezo con fervor para que el cielo los aleje —dijo Hipólita—. Sabéis que la ocupación de mi vida ha sido conseguir una bendición para mi marido y mis hijos inocentes. Uno de ellos ya me ha sido arrancado. ¡Ojalá el cielo me escuche cuando ruego por mi pobre Matilda! ¡Padre, interceded por ella!

—Ella recibirá todas las bendiciones —exclamó Teodoro, con fervor.

—¡Cállate la boca, joven imprudente! —gritó Jerónimo—. Y tú, querida princesa, no luches contra los designios del cielo. El Señor lo ha dado, y el Señor lo quitará, bendito sea su santo nombre, y debemos someternos a sus leyes...

—Lo hago con toda devoción —dijo Hipólita—, pero ¿no perdonará a mi único sostén? ¿Debe morir Matilda también? Ah, padre, vengo a... pero haced el favor de que se retire su hijo. Nadie debe escuchar lo que tengo que deciros.

—Que el cielo le conceda todos sus deseos, excelente señora —dijo Teodoro, y se retiró. Jerónimo frunció el ceño.

Entonces Hipólita le hizo saber al fraile la propuesta que había sugerido a Manfred, la aprobación que éste dio, y la dote que iba a ofrecer a Federico por Matilda. Jerónimo no pudo ocultar su disgusto por el plan. Disimuló su contrariedad diciendo que era altamente improbable que Federico, el pariente más cercano de Alfonso, y que había venido a reclamar la sucesión, fuera a aceptar una alianza con el usurpador de sus derechos. Pero nada pudo igualar la perplejidad del fraile cuando Hipólita confesó que estaba dispuesta a no oponerse a su separación matrimonial y le pidió su opinión acerca de la legalidad de su consentimiento. El fraile hizo pronto uso del pedido consejo y, sin explicar su aversión por el casamiento de Manfred e Isabella, pintó a Hipólita con los colores más alarmantes el terrible pecado que representaría su consentimiento, le prometió que el cielo la castigaría con extrema severidad si lo hacía y le ordenó, en los términos más duros, que reaccionase ante cualquier propuesta semejante, con indignación y rechazo.

Mientras tanto, Manfred había hablado con Federico y le había propuesto las dos bodas. El débil príncipe, que había prestado suma atención a los encantos de Matilda, escuchó la oferta con bastante satisfacción. Olvidó su enemistad con Manfred, a quien veía muy difícil arrebatarse el principado por la fuerza. Pensó que nada malo podía resultar de la unión de su hija con el tirano y que su casamiento con Matilda podía facilitarle la reconquista del principado. Apenas presentó alguna oposición a la

propuesta: para guardar las formas dijo que daría su consentimiento sólo cuando Hipólita aceptara el divorcio. Manfred se hizo cargo y, transportado por su éxito e impaciente por verse en situación de esperar hijos, se dirigió rápidamente a las habitaciones de su mujer, decidido a forzar su aprobación. Se indignó cuando le comunicaron que Hipólita se había ausentado y que estaba en el convento. Su sentimiento de culpa le dijo que probablemente Isabella le había informado de sus propósitos. No supo si esta retirada no implicaba tal vez la intención de Hipólita de permanecer en el convento hasta poder objetar oficialmente el divorcio. Las grandes sospechas que sentía de Jerónimo le hicieron temer que el fraile no sólo interferiría en sus planes, sino que tal vez pudiera haber aconsejado a Hipólita que se refugiase en el convento, y llegó justo cuando el fraile estaba exhortando con vehemencia a que la princesa jamás aceptase la posibilidad del divorcio.

—Señora —dijo Manfred—, ¿qué te ha traído aquí? ¿Por qué no esperaste que yo regresara de hablar con el marqués?

—Vine a implorar que tus planes fueran bendecidos —replicó Hipólita.

—Mis planes no necesitan de la intervención de un fraile —dijo Manfred—. Además, de todos los seres vivos, ¿es este viejo traidor el único con quien te complaces en conferenciar?

—¡Príncipe profano! —exclamó Jerónimo—. ¿Es en este altar donde eliges insultar a los servidores del altar? Pero, Manfred, ya se conocen tus planes impíos. Los conoce el cielo y esta piadosa mujer, no frunzas el ceño, príncipe. La iglesia desprecia tus amenazas. Se oirán sus truenos muy por encima de tu furia. Anímate a dar curso a tu propósito siniestro de divorcio antes de que la iglesia dé su veredicto, y yo te prometo lanzar su anatema sobre tu cabeza...

—¡Rebelde osado! —gritó Manfred, y se esforzó por ocultar el temor que le habían producido las palabras del fraile—. ¿Tienes la presunción de amenazar a tu príncipe legal?

—Tú no eres un príncipe legal —dijo Jerónimo—, tú no eres un príncipe; vete, discute esos derechos con Federico, y cuando hayas hecho eso...

—Ya está hecho —interrumpió Manfred—. Federico acepta la mano de Matilda y está de acuerdo en olvidar su reclamación, si yo no creo ningún problema.

Cuando hablaba, cayeron tres gotas de sangre de la nariz de la estatua de Alfonso. Manfred empalideció y la princesa se puso de rodillas.

—¡Prestad atención! —gritó el fraile—. Éstas son indicaciones milagrosas que señalan que la sangre de Alfonso jamás se mezclará con la de Manfred.

—Manfred, señor mío —imploró Hipólita—, sometámonos a los designios del cielo. No pienses que tu obediente mujer se rebela contra tu autoridad. Mi única voluntad es la de mi marido y la de la Iglesia. Apelemos a ese venerable tribunal. Nosotros no podemos disponer de la disolución de los lazos que nos unen. Si la Iglesia aprueba la separación de nuestro matrimonio, que así sea. Sólo me quedan unos pocos años, y de penas. ¿En qué otro lugar puedo utilizarlos mejor que al pie de

este altar, con oraciones por tu seguridad y la de Matilda?

—Pero no te quedarás aquí hasta ese momento —dijo Manfred—. Regresa conmigo al castillo y allí te pondré en conocimiento de las medidas apropiadas para un divorcio, pero este fraile entrometido no irá allí; mi techo hospitalario jamás volverá a hospedar a un traidor; y en cuanto al hijo de vuestra excelencia —continuó el príncipe—, desde este momento queda desterrado de mis dominios. Creo que no es personaje sagrado ni tampoco está bajo la protección de la Iglesia. Sea quien sea el que se case con Isabella, jamás el novio será el tardío hijo del padre Falconara.

—Son tardíos los que se encuentran de súbito en el asiento de los príncipes legales, pero desaparecen pronto como la hierba y sus lugares no los reconocen nunca más.

Manfred echó una mirada de desprecio al fraile y condujo a Hipólita hacia afuera, pero en la puerta de la iglesia ordenó con un murmullo a uno de sus servidores que se quedase escondido en la iglesia y que le informase de inmediato si alguien del castillo llegaba hasta allí.

Capítulo V

Todas las reflexiones que hacía Manfred acerca del comportamiento del fraile lo persuadían de que Jerónimo era cómplice de los amoríos entre Isabella y Teodoro. Pero la nueva actitud de Jerónimo, tan distinta a su anterior docilidad, sugería aprehensiones aún más profundas. El príncipe hasta sospechaba que el fraile dependiera de algún apoyo secreto de Federico, cuya llegada coincidía con la aparición imprevista de Teodoro; todo esto daba la impresión de estar relacionado entre sí. Le preocupaba aún más el parecido que tenía Teodoro con el retrato de Alfonso. Sabía que éste se había muerto a todas vistas sin dejar ningún sucesor. Federico había consentido darle la mano de Isabella. Estas contradicciones se agitaban en su mente como si fueran cientos de puntadas dolorosas. Sólo veía dos posibilidades para librarse de esta situación. Una era renunciar a sus dominios y dejárselos al marqués; el orgullo, la ambición y su fe en antiguas profecías que señalaban una eventualidad de que tal vez estuvieran reservadas a sus predecesores y no a él, combatían este pensamiento. La segunda era forzar su casamiento con Isabella. Después de haber meditado largamente sobre estas posibilidades, mientras marchaba con Hipólita en dirección al castillo, finalmente conversó con su mujer sobre el tema que le preocupaba, y utilizó todos los argumentos imaginables para convencer a Hipólita de que aceptara la situación y de que promoviera ella misma y de forma activa el divorcio. Hipólita no necesitaba mucha persuasión para acatar sus deseos. Ella se esforzó en convencerlo de que renunciase a sus dominios, pero cuando se dio cuenta de que sus exhortaciones no producían ningún fruto, le aseguró que, en tanto su conciencia se lo permitiese, no alzaría ninguna protesta contra el divorcio, pero que sin causas mejores que las que él había argumentado, no se comprometería a efectuar ninguna acción para conseguirlo.

Aunque este arreglo no era totalmente adecuado, fue suficiente para que Manfred pudiese alentar mayores esperanzas. Confiaba en que su poder y su riqueza pudieran lograr resultados positivos en el juicio que se tendría que hacer en un tribunal de Roma. Resolvió enviar a Federico con el propósito de acelerar los papeles. Había descubierto que éste sentía una gran pasión por Matilda, y Manfred esperaba obtener todo lo que deseaba utilizando los encantos de su hija como anzuelo para lograr la total cooperación del marqués en sus planes. Hasta la ausencia de Federico representaría algo favorable porque le daría tiempo para tomar otras medidas que garantizaran su posterior seguridad.

Cuando Hipólita lo dejó, él se encaminó a ver al marqués, pero al cruzar el gran recibidor por donde tenía que pasar, se encontró con Bianca. Sabía que la damisela gozaba de la confianza de Isabella y de Matilda. De inmediato se le ocurrió tratar de sonsacarle información al respecto. La llamó a un costado de la ventana del recibidor

y, tranquilizándola con palabras generosas y promesas, le preguntó si sabía algo del estado emocional de Isabella.

—¡Señor mío!, no, no, bueno, pues, sí, ¡pobrecita! Está enormemente alarmada por las heridas de su padre; pero yo le digo que pronto se sanará. ¿No piensa usted lo mismo?

—No te preguntó lo que ella piensa de su padre —dijo Manfred—; pero tú estás al tanto de sus secretos, vamos, sé una buena chica y cuéntame. Dime, ¿hay algún joven...? Tú me entiendes, eh...

—¡Dios sea loado! ¿Entender yo a usted?, pues no, yo no. Le dije que tomase algunas hierbas y que descansara.

—No me estoy refiriendo a su padre —dijo Manfred con impaciencia—, ya sé que sanará.

—Qué suerte, cuánto me alegra escuchar que usted dice eso, porque aun cuando pensé que no podía dejar que se apenase mi niña, me di cuenta de que él no tenía muy buen aspecto, y algo más que no sé. Y yo recuerdo cuando el veneciano hirió al joven Ferdinando...

—Debes contestar mis preguntas directamente —interrumpió Manfred—, mira, aquí tienes esta joya, tal vez te ayude a fijar la atención, y no empieces con las reverencias, mis favores no pararán aquí. Ahora, dime, ¿qué siente el corazón de Isabella?

—Bueno, bueno, ¡usted tiene una manera de decir las cosas! —dijo Bianca—. Es seguro que... pero ¿puede usted guardar un secreto? Si alguna vez llegase a salir de sus labios...

—Eso no sucederá, te lo prometo —exclamó Manfred.

—Bueno, pero júrelo, señor. ¡Mi Dios, si alguna vez se llega a saber que salió de mis labios! Pero, la verdad es la verdad, no pienso que mi Isabella tuvo alguna vez verdadero afecto por el señorito, su hijo, aun cuando era un joven muy bueno en mi opinión. Yo estoy segura de que, de haber sido princesa, pero se hace tarde, debo servir a Matilda, ya debe estar preguntando dónde me metí...

—Tú te quedas. Todavía no has contestado mi pregunta. ¿Alguna vez has llevado un mensaje o una carta?

—¿Yo? ¡Por todos los santos! —exclamó Bianca—. ¿Llevar una carta? No lo haría aunque una reina me lo pidiera. Espero que usted sepa que, aunque pobre, soy muy honesta. ¿Nunca se enteró de lo que me propuso el conde Marsigli cuando vino a cortejar a Matilda?

—No tengo tiempo para escuchar historias. No pongo en tela de juicio tu honestidad, pero es tu deber no esconderme nada. ¿Hace cuánto tiempo que Isabella conoce a Teodoro?

—Ay, ay, no se le escapa nada a usted —dijo Bianca—, y no es que yo sepa algo de ese asunto. Es verdad que Teodoro es un joven formal, y como dice la señora Matilda, la imagen viva del buen Alfonso. ¿No lo ha notado usted?

—Sí, sí, no, me estás impacientando —dijo Manfred—. ¿Dónde se conocieron? ¿Dónde?

—¿Quién? ¿La señora Matilda? —preguntó Bianca.

—No, no, Matilda no; me refiero a Isabella. ¿Cuándo fue la primera vez que Isabella conoció a este Teodoro?

—¡Virgen santa! ¿Cómo puedo saberlo yo? —replicó Bianca.

—Tú lo sabes —dijo Manfred—, y yo debo saberlo y lo sabré.

—¡Señor! ¿Usted no estará celoso de Teodoro?

—¡Celoso! No, no, ¿por qué habría de estarlo? Tal vez tenga la intención de casarlos. Si yo estuviera seguro de que Isabella no siente repugnancia...

—¡Repugnancia! No, de ninguna manera, eso sí se lo puedo asegurar. Él es uno de los jóvenes más apuestos que jamás pisaran suelo cristiano. Estamos todas enamoradas de él; no hay una sola persona en este castillo que no se alegraría de tenerlo como príncipe. Quiero decir, cuando el cielo ordene que usted parta.

—¡Vaya! —exclamó Manfred—. Esto ha ido demasiado lejos. ¡Ese fraile maldito! No puedo perder más tiempo. Vete, Bianca, y sirve a Matilda, pero te ordeno que no digas una sola palabra acerca de esta conversación. Averigua lo que ella siente por Teodoro, y si me traes buenas noticias, ese anillo tendrá compañía. Espera al pie de la escalera, voy a visitar al marqués, y cuando regrese, quiero volver a hablar contigo.

Después de sostener una conversación sobre temas generales, Manfred le pidió a Federico que alejara a los dos caballeros, sus compañeros de comitiva, para poder hablar con él sobre asuntos urgentes y privados. Tan pronto como se fueron, comenzó con mucha habilidad a sondear al marqués respecto a Matilda. Cuando descubrió que éste estaba dispuesto a acceder a sus deseos, dejó caer indicios de las dificultades que habría para la celebración de las bodas, a menos que... En ese instante, Bianca entró precipitadamente en la habitación con el rostro demacrado y con gesticulaciones que revelaban que era presa de un gran terror.

—¡Oh, señor, señor! —gritó—. ¡Estamos todos condenados! ¡Ha vuelto! ¡Ha vuelto!

—¿Qué es lo que ha vuelto? —exclamó Manfred, sorprendido.

—¡Oh, la mano! ¡El gigante! ¡La mano! ¡Ayúdeme! ¡Estoy aterrorizada! Esta noche no dormiré en este castillo. ¿Adónde iré? Que me traigan mis cosas por la mañana; ¡ah, si me hubiera contentado con la posibilidad de unas bodas con Francisco! Esto me pasa por ambiciosa...

—¿Qué es lo que te ha aterrorizado, jovencita? —preguntó el marqués—. Aquí estás a salvo, no te alarmes.

—Oh, usted es muy bueno —dijo Bianca—, pero no me animo, no, quiero irme, por favor. Prefiero abandonar todo que permanecer una sola hora más bajo este techo.

—¿Ir adónde? ¿Has perdido la razón? —preguntó Manfred—. No nos

interrumpas; estábamos hablando de asuntos importantes. Por Dios, esta chica es una histérica. Ven conmigo, Bianca...

—Oh, no, no. Es seguro que vino a hacerle una advertencia, señor. ¿Por qué habría de aparecer ante mí? Digo mis oraciones por las mañanas y las noches. ¡Oh, si usted hubiera creído a Diego! Es la misma mano de cuando él vio el pie en la cámara de la galería. El padre Jerónimo nos ha dicho a menudo que uno de estos días la profecía se iba a hacer realidad. «Bianca», me dijo, «presta atención a mis palabras».

—Tú deliras —dijo Manfred, furioso—, vete y guárdate estas tonterías para ti y no asustes a tus compañeros.

—¡Qué, señor! ¿Cree usted que no he visto nada? Vaya usted mismo al pie de la escalera, por mi vida, que la vi.

—¿Viste qué? Dinos, jovencita, lo que viste —dijo Federico.

—¿Puedes ponerte ahora a escuchar los delirios de una moza bruta que ha oído tantas historias de apariciones que ha llegado a creerlas? —preguntó Manfred.

—Aquí hay algo más que pura imaginación; su terror es demasiado natural y demasiado sustentado para ser sólo producto de su imaginación. Dinos, jovencita, lo que te ha puesto en este estado de nervios.

—Sí, señor, muchas gracias —contestó Bianca—; creo que estoy muy pálida, estaré mejor cuando me recupere. Me dirigía a las habitaciones de Matilda por orden del señor...

—No queremos saber las circunstancias, pero ya que tú quieres que hable, dejemos que prosiga —dijo Manfred—, pero sé breve.

—Señor, usted no me permite... tengo miedo hasta de mi pelo, nunca, nunca en mi vida, ¡bueno!, como estaba diciendo, me dirigía a las habitaciones de Matilda por orden del señor. Ella tiene la cámara azul, en el ala derecha, y para llegar hay que subir las escaleras. Pues bien, cuando llegué al pie de la escalera grande estaba mirando el regalo, éste, que me había hecho el señor...

—Dios me dé paciencia —exclamó Manfred—. ¿Es que nunca dirá lo que nos interesa esta bestia? ¿Qué le importa al marqués si te regalé una chuchería por tu servicio leal a mi hija? Queremos saberlo que viste.

—Estaba por decirlo, señor. Si usted me lo permite. Entonces, cuando estaba acariciando el anillo; estoy segura de no haber subido más de tres escalones cuando oí el ruido de una armadura, pero era un ruido tan tremendo como el que Diego dice que oyó cuando vio al gigante en la cámara de la galería.

—¿Qué quiere decir todo esto? Entonces, Manfred, ¿tu castillo está habitado por fantasmas y por duendes? —preguntó Federico.

—Pero, Dios santo, ¿no sabe usted nada de la historia del gigante en la cámara de la galería? Me sorprende que mi señor no le haya contado; tal vez usted no sepa que hay una profecía —dijo Bianca.

—Esta cháchara es insoportable —interrumpió Manfred—. Dejemos que se retire esta imbécil. Tenemos cosas más importantes entre manos.

—Por favor, éstas no son tonterías: el sable enorme que descubrí en aquel bosque, el casco de dimensiones similares, el aparecido, ¿acaso son todas visiones pergeñadas en la cabeza de esta pobre moza?

—Lo mismo piensa Jaquez —dijo Bianca—. Dice que esta noche no pasará sin que presenciemos alguna extraña revolución. Por mi parte, a mí no me sorprendería si sucediera mañana, porque, como estaba diciendo, cuando oí el estruendo de la armadura y me cubrió un sudor frío, levanté la vista, y si ustedes me lo pueden creer, vi sobre la barandilla más alta de la escalera grande una mano cubierta de armadura tan grande, pero tan grande que pensé que me iba a desmayar y no paré de correr hasta que llegué aquí. ¡Qué bien estaría lejos de este castillo! La señora Matilda me dijo ayer a la mañana que la princesa Hipólita sabía algo...

—¡Eres una insolente! —gritó Manfred—. Marqués, tengo toda la sospecha de que han inventado toda esta escena para ofenderme. ¿Será posible que mis propios criados hayan sido sobornados para difundir historias que atentan contra mi honor? Y ahora persigue tus propósitos por medio de tu hombría, o salvemos nuestras diferencias, como habíamos propuesto, con los matrimonios de nuestras hijas; pero préstame atención porque no condice con tu rango principal esta interferencia de chismes mercenarios.

—Rechazo tu imputación. Hasta este momento nunca había fijado los ojos en esta damisela —dijo Federico—: ¡yo nunca le he dado una joya! Pues bien, creo que es tu conciencia culpable la que te acusa y pretendes ahora echarme las sospechas encima; mas, guárdate a tu hija y no se hable más de Isabella: la condena que ya ha caído sobre tu casa me prohíbe participar en ningún arreglo.

Manfred se alarmó ante el tono resuelto con que Federico pronunció sus palabras y se esforzó por tranquilizarlo. Le dijo a Bianca que se marchase y prometió tales sometimientos al marqués, amén de pronunciar nuevos elogios y encomios de su hija, que el marqués volvió a dudar. Sin embargo, debido a que su pasión era tan reciente no tenía fuerzas suficientes para rechazar los escrúpulos que había concebido. La conversación de Bianca le había proporcionado los elementos necesarios para persuadirlo de que las fuerzas divinas se habían declarado en contra de Manfred. Asimismo, las bodas propuestas podían alejar sus reclamaciones por los dominios, y el principado de Otranto era una tentación más poderosa que una eventual restitución de las tierras con Matilda. Sin embargo, no quería abandonar el plan de manera tajante. Con el propósito de ganar tiempo, le preguntó a Manfred si era verdad que Hipólita daba su consentimiento al divorcio. El príncipe se alegró de encontrar sólo un obstáculo que dependía de la influencia que pudiera ejercer sobre su mujer; le aseguró que así era y que podía satisfacerlo plenamente cuando escuchase la verdad de labios de Hipólita.

Mientras hablaban, un criado anunció que el banquete estaba servido. Manfred condujo a Federico al gran recibidor donde los recibieron Hipólita y las dos jóvenes. Manfred sentó a Federico al lado de Matilda y él se sentó entre su mujer e Isabella.

Hipólita se comportaba con tranquila gravedad, pero las muchachas estaban silenciosas y melancólicas. Manfred estaba decidido a convencer definitivamente al marqués después de la comida y alargó la reunión hasta que se hizo tarde. Simulaba estar muy alegre y servía un vaso de vino tras otro a Federico. Éste, más en guardia de lo que hubiera preferido Manfred, declinaba las frecuentes invitaciones con la excusa de la pérdida de sangre que había sufrido. El príncipe, por el contrario y para poder levantar su espíritu preocupado, bebió más de la cuenta pero sin llegar a intoxicar sus sentidos.

Cuando ya la tarde estaba muy avanzada concluyó el banquete. Manfred habría preferido retirarse con Federico, pero éste dijo que se sentía débil y que necesitaba descanso, y se encaminó a su dormitorio. Pero antes le dijo a Manfred que estaba seguro de que su hija aceptaría con gusto que él la acompañara hasta sus aposentos. Manfred aceptó la invitación y para gran disgusto de Isabella se ofreció a acompañarla. Matilda fue con su madre a disfrutar del fresco del atardecer en las rampas del castillo.

Tan pronto como se hubo dispersado el grupo en diferentes direcciones, Federico salió de su habitación y preguntó si Hipólita estaba sola. Uno de los criados (que no había visto que las princesas habían ido afuera) le dijo que a esa hora Hipólita por lo general estaba en el oratorio donde era probable que la encontrara. Durante la comida el marqués había contemplado a Matilda con creciente admiración. Ahora quería encontrar a Hipólita y corroborar si estaba de acuerdo con lo que su marido había dicho. Los portentos que lo habían alarmado quedaron olvidados por sus deseos. Entró de forma subrepticia y silenciosa en los aposentos de Hipólita, decidido a conseguir el consentimiento de la dama con respecto al divorcio. Se había dado cuenta de que Manfred estaba resuelto a poner la posesión de Isabella como condición inalterable antes de dejar que Matilda fuera objeto de sus deseos.

El silencio que reinaba en el recinto no sorprendió al marqués. Pensó que Hipólita debía de encontrarse en el oratorio y se encaminó en esa dirección. La puerta estaba entornada; la tarde era mortecina y bochornosa. Cuando se acercó, le pareció ver no a una mujer, sino a alguien con una prenda larga de lana que le daba la espalda. La persona parecía absorta en la oración. El marqués estaba por volverse cuando la figura se puso de pie, y se quedó algunos instantes en meditación, sin mirarlo. El marqués esperaba que la persona avanzara, y con la intención de presentar sus excusas por la torpe interrupción que había hecho, dijo:

—Reverendo padre, buscaba a Lady Hipólita.

—¡Hipólita! —exclamó una voz sepulcral—. ¿Has venido tú a este castillo a buscar a Hipólita?

Y entonces la figura dio la vuelta lentamente y mostró las mandíbulas descarnadas y las cuencas vacías de un esqueleto, envuelto en la cogulla de un ermitaño.

—¡Ángeles del cielo, protegedme! —gritó Federico retrocediendo espantado.

—¡Merece su protección! —dijo el espectro. Federico cayó de rodillas y rogó que tuviera piedad de él.

La aparición le respondió.

—¿No te acuerdas de mí? ¡Recuerda el bosque de Joppa!

—¿Eres tú el santo ermitaño? ¿Puedo yo hacer algo por tu paz eterna? —preguntó Federico, temblando.

—¿Fuiste liberado de tus cadenas para salir en persecución de placeres carnales? ¿Te has olvidado del sable enterrado y de las palabras divinas que sobre él están escritas?

—No, no lo he olvidado, pero dime, espíritu bendito, ¿qué mensaje tienes para mí? ¿Qué queda por hacer?

—¡Olvídate de Matilda! —dijo el fantasma y desapareció.

A Federico se le heló la sangre en las venas. Por unos momentos permaneció inmóvil. Luego cayó postrado sobre su rostro frente al altar, e imploró la intercesión de todos los santos para lograr su perdón. Le dio un ataque de llanto; y la imagen de la bella Matilda pasó rápida a pesar de sí mismo por su pensamiento. Quedóse postrado y sufrió un conflicto de penitencia y de pasión. Antes de que hubiera podido recuperarse, la princesa Hipólita entró en el oratorio con una vela en la mano. Cuando vio a un hombre inmóvil por el suelo, pegó un grito creyendo que se trataba de un cadáver. El miedo de la mujer hizo que Federico volviera a recuperar el control de sí mismo. Se puso de pie con rapidez, con el rostro bañado de lágrimas, y habría escapado de la presencia de Hipólita si ésta no lo hubiese detenido e inquirido con los términos más duros sobre la causa de su presencia y de aquel desorden en el lugar y por qué lo había hallado en postura tan extraña.

—Ah, bueno, señora —comenzó a decir el marqués; conmovido por el dolor y dejó de hablar.

—¡Por el amor de Dios, señor! ¡Decidme ya la causa de vuestro estado! ¿Qué significan esos sonidos apesadumbrados, esa alarmante exclamación con que habéis pronunciado mi nombre? ¿Qué nuevas desgracias y calamidades prepara el destino contra esta miserable Hipólita? Y aún quedáis en silencio. Por todos los ángeles, os pido en nombre de vuestra nobleza que me hagáis saber el secreto que guarda vuestro corazón. Sé que me tenéis inclinación y que habéis sufrido en carne propia los golpes que habéis infligido. ¡Hablad, por piedad! ¿Es acaso algo que sabéis acerca de mi niña?

—No puedo hablar. ¡Ah, Matilda! —dijo Federico, y se alejó de su presencia.

Al dejar a la princesa de forma tan abrupta, se dirigió con apuro a sus habitaciones. Cuando llegó a la puerta, lo esperaba Manfred que, ebrio de vino y de pasión, había venido a verlo y a proponerle pasar un rato con música y alegría. Federico se sintió ofendido con una invitación tan ajena al estado de su espíritu y lo empujó con rudeza a un costado, entró en su cuarto, cerró la puerta de un portazo en

las narices de Manfred y tiró los cerrojos. El orgulloso príncipe, enfurecido por el comportamiento insospechado de su huésped, se alejó en un estado que lo hacía capaz de cometer los excesos más fatales. Cuando cruzaba el patio, encontró al criado que había dejado como espía en el convento. El hombre, casi sin aliento por la carrera que había hecho, le informó que Teodoro y una dama del castillo estaban en ese momento celebrando una conferencia privada en la tumba de Alfonso, en la iglesia de San Nicolás. Había seguido a Teodoro hasta allí, pero la oscuridad reinante en el lugar no le había permitido descubrir la identidad de la dama.

Manfred, que estaba sumamente irritado, había sentido que Isabella lo había alejado de sí cuando la había requerido pasionalmente con tan poca reserva. Ahora ya no tenía dudas de que la inquietud que ella le había demostrado se debía a su impaciencia por reunirse con Teodoro. Esta conjetura le provocó aún más ira que, sumada al disgusto que le había dado Federico, lo hizo encaminarse resueltamente hacia la gran iglesia. Cruzó la nave lateral sin hacer ruido y, guiado por un rayo imperfecto de luna que brillaba débilmente por las ventanas iluminadas, se acercó a la tumba de Alfonso, en donde oyó murmullos indistintos de las personas que buscaba. Los primeros sonidos que pudo distinguir fueron:

—Ay, ¿es que depende de mí? Manfred jamás permitirá que nos casemos.

—¡Por supuesto! ¡Lo evitaré! —gritó el tirano, y sacó una daga que hundió por encima del hombro en el pecho de la persona que había hablado.

—¡Ay, Dios santo, me han herido! ¡Dios mío, ten piedad de mi alma! —exclamó Matilda al tiempo que caía.

—¡Salvaje, monstruo perdido! ¿Qué es lo que has hecho? —gritó Teodoro y se abalanzó sobre él con la intención de arrebatarse la daga.

—¡Detente, detente! ¡Es mi padre! —dijo Matilda.

Manfred despertó como de un trance, se golpeó el pecho, se tiró de los pelos y se esforzó por recuperar la daga de Teodoro para poder darse muerte. Teodoro, casi tan enloquecido, sólo pudo contener su dolor para ayudar a Matilda, y sus gritos atrajeron a algunos monjes. Mientras unos ayudaban a Teodoro a contener la hemorragia de la muchacha moribunda, los otros agarraban a Manfred para que no volviese sus manos violentas contra su propia vida.

Matilda se resignó con paciencia a su suerte y agradeció con miradas de ternura el celo que le mostraba Teodoro. Sin embargo, en cuanto sus fuerzas le permitían hablar, rogaba a los presentes que ayudasen a su padre. Para ese entonces, Jerónimo ya había sido notificado de las terribles novedades y enseguida llegó a la iglesia. Su mirada parecía reprochar la conducta de Teodoro; pero se dirigió a Manfred y le dijo:

—¡Ahora, tirano! ¡Contempla el resultado del mal que llenó tu cabeza impía y fanática! ¡La sangre de Alfonso clamaba al cielo por venganza, y el cielo ha permitido que su altar fuera ensuciado con un asesinato para que tú derramaras tu propia sangre al pie del sepulcro de ese príncipe!

—¡Hombre cruel! —gritó Matilda—. ¡Eres capaz de agravar el dolor de un padre!

Que Dios bendiga a mi padre y lo perdone de la misma manera que yo lo hago. Padre, padre querido, ¿perdonas tú a tu hija? Por cierto que no vine aquí para encontrarme con Teodoro. Lo encontré rezando en esta tumba. Mi madre me ordenó venir a orar y pedir por ti, por ella... Padre querido, bendice a tu hija y di que me perdonas.

—¡Que yo te perdone! —bramó Manfred—. ¡Este monstruo asesino! ¿Acaso pueden perdonar los asesinos? ¡Te confundí con Isabella, pero el cielo dirigió mi mano sangrienta contra el corazón de mi propia hija! ¡Oh, Matilda, ni puedo decirlo, pero ¿puedes tú perdonar la ceguera de mi furia?

—Sí, puedo, y ¡que el cielo lo confirme! Pero mientras tenga vida para preguntarlo, ¿qué será de mi madre? ¿La consolarás, padre? ¿No la abandonarás? Ella te ama... ah, me desmayo. Llévame al castillo, ¿puedo vivir hasta que ella me cierre los ojos?

Teodoro y los monjes le rogaron que aceptara que la llevaran al convento, pero sus ruegos fueron tan vehementes para que la transportasen al castillo que la pusieron sobre una litera y hacia allí la condujeron. Teodoro le cogió la cabeza con las manos, y erguido sobre ella, sintiendo la agonía de su amor destruido, se esforzó por inspirarle esperanzas de vida. Jerónimo, del otro lado, la reconfortó con palabras misericordiosas y, colocándole un crucifijo que ella bañó de lágrimas inocentes, la preparó para el paso a la vida eterna. Manfred, sumido en la aflicción más profunda, seguía detrás de la litera.

Antes de que llegasen al castillo, Hipólita, que ya había sido informada de la terrible catástrofe, había salido en busca de su hija asesinada. Pero cuando vio la triste procesión, la fuerza de su dolor le quitó los sentidos, y cayó al suelo desmayada. Isabella y Federico, que la acompañaban, sentían casi la misma pena. Tan sólo Matilda parecía insensible a su situación y todos sus pensamientos se volcaban hacia su madre. Tan pronto como Hipólita se recuperó, Matilda ordenó que se detuvieran y pidió ver a su padre. Él se acercó, incapaz de decir palabra. Matilda cogió las manos de su padre y las de su madre y las entrelazó con las propias y luego las acercó a su pecho. Manfred no pudo soportar este acto de patética misericordia. Se dejó caer al suelo y maldijo el día en que había nacido. Isabella, temiendo que Matilda no pudiera aguantar estas expresiones de dolor, dio orden de que acompañasen a Manfred hasta sus aposentos. A Matilda la llevaron a la habitación más cercana. Hipólita, apenas con más vida que su hija, se mantuvo íntegra a pesar de todo, pero cuando Isabella trató de apartarla con todo cuidado del lado de su hija, mientras los médicos examinaron la herida, comenzó a lamentarse.

—¿Que me vaya de su lado? ¡Jamás lo haré! Mi vida es la suya y moriré con ella.

Matilda alzó la mirada, hacia la voz de su madre, pero volvió a cerrar los ojos sin decir nada. El pulso cada vez más débil y la fría humedad de sus manos pronto disiparon cualquier esperanza de recuperación. Teodoro siguió a los médicos hasta la otra cámara y los oyó pronunciar la sentencia fatal. Le dio un ataque casi de locura.

—¡Ya que no puede vivir como mujer mía, al menos será mía a la hora de la

muerte! ¡Padre! ¡Jerónimo! —gritó, llamando a su padre—. ¡Unirás nuestras manos!

El fraile, que en compañía del marqués había acompañado a los médicos, lo miró largamente y le dijo:

—¿Qué significa este apresuramiento enloquecido? ¿Es ésta la hora oportuna para un casamiento?

—Sí, sí lo es, ¡pues no hay otra! —replicó el joven.

—Muchacho, eres demasiado atolondrado —dijo Federico—. ¿Piensas que vamos a escuchar tus arrebatados sentimientos en este momento aciago? ¿Cómo puedes pretender a una princesa?

—Porque soy un príncipe —replicó Teodoro—, el príncipe soberano de Otranto. Este santo varón, mi padre, me ha dicho quién soy.

—Deliras, yo soy el único príncipe de Otranto. Manfred ahora ha perdido todas sus pretensiones debido al asesinato, al asesinato sacrílego.

—Señor —dijo Jerónimo con tono imperativo—, mi hijo te dice la verdad. No era mi propósito que el secreto se divulgara tan pronto, pero el destino así lo ha querido. Lo que su pasión arrebatada ha revelado, ahora lo confirman mis labios. Es mejor que sepas que cuando Alfonso se embarcó rumbo a la tierra prometida...

—¿Es éste el momento de dar explicaciones? —interrumpió Teodoro—. Padre, ven conmigo y úneme en matrimonio a la princesa; ella será mía. Luego te obedeceré en todo lo demás. —Y entró con prisa en la habitación de la moribunda—. ¡Matilda, Matilda adorada! —continuó Teodoro—. ¿Serás mía? ¿No bendecirás nuestro...?

Isabella le hizo señas de que guardara silencio. La vida de Matilda estaba llegando a su fin. Teodoro exclamó:

—¿Qué? ¿Es posible? ¿Ha muerto?

La violencia de su exclamación hizo que Matilda volviese en sí. Abrió un poco los ojos y buscó a su madre con la mirada. Hipólita dijo:

—¡Alma mía! ¡Aquí estoy! ¡Jamás te abandonaré!

—Oh, eres demasiado buena, pero no llores por mí. Me voy adonde no existen las penas. Y tú, Isabella, me has querido bien, ¿ofrecerás tú mi amor a esta madre tan querida cuando yo me haya ido? Estoy muy débil...

—¡Ay, hija mía, hija mía, ¿no puedo retenerte un poco más? —dijo Hipólita, desconsolada.

—No puede ser, encomiéndame al cielo —respondió Matilda, y preguntó—: ¿Dónde está mi padre? Perdónalo, madre, perdónalo, mi muerte fue una equivocación. Oh, me había olvidado, madre, mi promesa de no ver nunca más a Teodoro. Tal vez eso sea la causa de esta calamidad. Pero no fue intencionadamente, ¿me perdonas?

—¡No castigues a mi alma en agonía! Tú no puedes ofenderme jamás. Ay, Dios mío, se desmaya, se desmaya, ¡ayudadme! —dijo Hipólita.

—Quiero decir algo más —dijo Matilda con dificultad—, pero no puedo. Isabella-Teodoro, por mí, ¡oh! —y expiró.

Isabella y las mujeres alejaron a Hipólita del cadáver, pero Teodoro amenazó con destruir a quien intentase apartarlo. Dio mil besos a esas manos heladas y pronunció todas las expresiones que le dictaba su amor desesperado.

Mientras tanto, Isabella acompañó a la desconsolada Hipólita a su cuarto, pero en medio del patio se encontraron con Manfred que, afligido por sus propios pensamientos y ansioso por contemplar a su hija una vez más, se dirigía a la cámara funeraria. Como la luna había alcanzado su mayor altura, leyó en los rostros de las dos mujeres la confirmación de lo que más temía. En gran confusión preguntó:

—¡Qué! ¿Está muerta?

En ese instante el estampido de un trueno hizo temblar a todo el castillo, se movió la tierra y se oyó en la parte de atrás el estruendo prodigioso de una armadura sobrehumana. Federico y Jerónimo pensaron que había llegado el último día. El fraile hizo que Teodoro los siguiera y los tres corrieron al patio. En el momento en que apareció Teodoro, las paredes del castillo, a espaldas de Manfred, se derrumbaron bajo el impulso de una fuerza terrible; y la figura de Alfonso, de inmensas proporciones, apareció en medio de las ruinas.

—¡Contemplad en Teodoro al verdadero heredero de Alfonso! —dijo la visión; y después de pronunciar estas palabras, acompañado por el estampido de los truenos, ascendió solemnemente hacia el cielo donde, al apartarse las nubes, se vio la forma de San Nicolás. Cuando recibió a Alfonso, ambos fueron ocultados de los ojos humanos por una llamarada gloriosa.

Los testigos del milagro cayeron sobre sus rostros y reconocieron la voluntad divina. Hipólita fue la primera en romper el silencio; se dirigió a Manfred y le dijo:

—Marido mío, ¡contempla la vanidad de la grandeza humana! ¡Primero, Conrad! ¡Luego, Matilda! Vemos al príncipe de Otranto en la figura de Teodoro. Por medio de qué milagro, no lo sé, pero nos es suficiente saber que hemos sido condenados. ¿Tenemos alguna otra posibilidad salvo dedicar las pocas horas deplorables que nos quedan por vivir a aplacar la rabia del cielo? El cielo nos rechaza, ¿adónde podemos escapar, sino a las celdas piadosas que aún nos ofrece como refugio?

—¡Tú, mujer inocente e infeliz! ¡Infeliz debido a mis crímenes! —replicó Manfred—, finalmente abro mi corazón a tus justas admoniciones. ¡Ah, pero no puede ser, todos vosotros estáis confundidos con estos portentos, dejadme al menos que se haga justicia con mi persona! ¡Acumular vergüenza sobre mi cabeza es la única satisfacción que aún puedo ofrecer para no ofender al cielo! Mi vida ha traído como consecuencia estos acontecimientos. Que mi confesión sirva como reparación, pero ¡Dios santo!, ¿qué puede servir de reparación por una usurpación y por una niña asesinada? ¡Una niña asesinada en un lugar consagrado! Escuchad, señores, y que esta historia de sangre sirva como advertencia a los futuros tiranos.

»Alfonso, como todos sabéis, murió en tierra santa. Sé que me interrumpiríais; sé que diríais que la muerte no se lo llevó de buena manera: es la verdad. ¿Por qué otro motivo tendría Manfred que beber esta amarga copa? Ricardo, mi abuelo, fue su

ayuda de cámara, yo querría correr un velo sobre los crímenes de mi antepasado, ¡pero no puedo! Alfonso murió envenenado. Un testamento falso declaró a Ricardo heredero de los dominios. Sus crímenes lo persiguieron, pero él no perdió a Conrad ni a Matilda. ¡Yo pago por todos el precio de la usurpación! Una vez lo cogió una tormenta. Acorralado por su sentido de culpa, prometió a San Nicolás levantar una iglesia y dos conventos, si llegaba vivo a Otranto. El sacrificio fue aceptado: se le apareció el santo en sus sueños y le prometió que los sucesores de Ricardo gobernarían Otranto hasta que el verdadero propietario fuera demasiado grande como para habitar el castillo, y mientras la línea de Ricardo tuviera herederos masculinos. Y ahora, salvo yo, ya no quedan ni mujeres ni varones de esta raza desgraciada. He hablado. Las desgracias acaecidas estos últimos tres días, dicen el resto. No sé cómo este joven puede ser el heredero de Alfonso, pero no tengo dudas al respecto. Estos son sus dominios; renuncio a ellos. Empero no sabía que Alfonso tuviera un heredero. No cuestiono la voluntad del cielo. Hasta que Manfred sea llamado a comparecer ante Ricardo, la pobreza y las oraciones deberán llenar este tiempo afligido.

—Lo que resta, me toca a mí declararlo —dijo Jerónimo—. Cuando Alfonso embarcó rumbo a tierra santa, una tormenta desvió su navío hasta las costas de Sicilia. El otro navío, que transportaba a Ricardo y al resto de sus acompañantes, como el príncipe sabrá, se separó.

—Ésa es la verdad —comentó Manfred—, y el título que me das es algo a lo que no puede aspirar un delincuente. Pero, prosigue, por favor.

Jerónimo se sonrojó y continuó:

—Por tres meses Alfonso no pudo partir de Sicilia debido al viento. Allí se enamoró de una hermosa muchacha llamada Victoria. Era demasiado piadoso para tentarla con placeres prohibidos. Se casaron. Sin embargo, como este amorío era contrario al sagrado voto de armas al que estaba sujeto, decidió mantener en secreto su casamiento hasta que retomase de la cruzada y pudiese reconocerla públicamente como su legítima esposa. La dejó embarazada. Durante su ausencia Victoria tuvo una hija, pero cuando aún experimentaba los primeros sentimientos maternales, llegó a sus oídos el fatal rumor de la muerte de su marido y de la sucesión de Ricardo. ¿Qué podía hacer una mujer indefensa y sin amigos? ¿Tendría algún valor su mero testimonio? Sin embargo, señor, yo dispongo de un documento auténtico...

—No es necesario —interrumpió Manfred—. Los horrores de estos días, la visión que acabamos de presenciar, todo corrobora tu evidencia más allá del poder de mil pergaminos. La muerte de Matilda y mi expulsión.

—No te intranquilies, marido —dijo Hipólita—, este santo varón no quiso recordarte tu dolor.

Jerónimo prosiguió:

—No ofreceré ningún testimonio innecesario. La hija que tuvo Victoria, cuando fue mayor, se casó conmigo. Victoria murió, y el secreto quedó guardado en mi pecho. Lo que nos ha contado Teodoro aclara el resto de la historia.

El fraile dejó de hablar. El grupo se retiró a lo que quedaba en pie del castillo. A la mañana siguiente, Manfred firmó la abdicación al principado con la aprobación de Hipólita y ambos tomaron los hábitos en los conventos vecinos. Federico ofreció la mano de su hija al nuevo príncipe; la generosidad de Hipólita hizo que intentara lograr esta unión, pero el pesar de Teodoro era aún demasiado fresco como para soportar la idea de un nuevo amor. Y no fue sino después de numerosas conversaciones con Isabella acerca de Matilda que se convenció de que sólo podía conocer la felicidad en compañía de alguien con quien podía abandonarse para siempre a la melancolía que había tomado posesión de su alma.

EL ESPECTRO DEL CASTILLO

Matthew G. Lewis

The Castle Spectre

Traducción: Francisco Torres Oliver

Drama en cinco actos

Acompañado de: una descripción del vestuario, lista de personajes, entradas y salidas, posiciones relativas de los personajes en el escenario, y todo lo pertinente al decorado.

MATTHEW GREGORY LEWIS (Londres, 1775 - En el mar, 1818). Fue educado en la Westminster School de Londres y en el Christchurch College de Oxford. Lewis viajó a Alemania y conoció a Goethe en Weimar. Desde su infancia los cuentos sobrenaturales ejercieron una poderosa fascinación sobre su imaginación. En Alemania tuvo la ocasión de proseguir su afición literaria con la lectura de obras escritas en alemán. El resultado fue *El Monje*, escrita a los 19 años, cuando era agregado en la embajada británica de la Haya; en la novela se puede percibir tanto la influencia de Radcliffe como de los cuentos populares alemanes, de donde toma prestados algunos de los episodios, como el de «La monja sangrienta». Fue miembro del parlamento hasta 1802, bajo el patronazgo de William Beckford. También mantuvo relaciones amistosas con otros escritores, como Scott y Byron. Además de *El Monje*, Lewis escribió otras novelas (*The Bravo of Venice*, 1804; *Feudal Tyrants*, 1806), obras de teatro (*El Espectro del Castillo*, 1796; *Alphonso, King of Castile*, 1801) y algunos volúmenes de versos. Tras la muerte de su padre, heredó una gran fortuna consistente en plantaciones en Jamaica. Dejó de escribir para dedicarse a la explotación de la caña de azúcar y a la mejora de las condiciones de los esclavos, lo que provocó la animadversión de sus vecinos en Jamaica. Como consecuencia de esta experiencia escribió su *Journal of a West Indian Proprietor*, publicado póstumamente en 1834. Murió, de vuelta a Inglaterra, en el golfo de Méjico, a causa de la fiebre amarilla. Lewis era de pequeña estatura, pero bien formado; expresivo, de maneras elegantes y de conversación agradable.

Vestuario

CONDE OSMOND. Túnica amarilla adornada con lentejuelas y botones plateados, cinturón de terciopelo púrpura, calzones blancos con lentejuelas, gabán corto de terciopelo azul con adorno de piel y mangas abiertas. Segundo vestido: elegante bata de raso.

PERCY. Camisa de color pizarra, adornada con galón negro; calzones carne. Segundo vestido: antiguo traje inglés abullonado, de color verde; peto de acero, larga vaina de raso escarlata, cinturones de cuero; gorro de terciopelo negro con plumas blancas, guanteletes, botas rojizas, gorguera.

KENRIC. Traje de terciopelo marrón abullonado en azul, capa de lo mismo, calzas marrones.

HASSÁN. Jubón blanco con mangas recogidas, calzones de lo mismo, calzas y brazos negros, galones de terciopelo negro, botones de plata, sandalias.

SAÍB. Idem.

MULEY. Idem

ALARIC. No tan bien.

MOTLEY. Vestido de Touchstone.

PADRE PHILIP. Hábito gris de fraile, con vientre de Falstaff; cordón alrededor de la cintura, sandalias y calzas carne.

ALLAN. Ropa inglesa antigua con adornos negros.

HAROLD. Túnica azul con lazos amarillos, calzas azules, calzones cortos.

EDRIC. Gabán azul, calzones azules, camisa Guernsey listada, gorro azul, calzas de pescar y botas.

REGINALD. Túnica y calzones marrones, con amplia capa o ropón desgarrado, piernas y brazos carne, sandalias viejas. Toda la ropa muy destrozada.

SOLDADOS. Túnica verde con cintas rojas, calzas, botas y peto.

ANGELA. Hermoso vestido de raso blanco bordado.

ALICE. Vestido negro abierto, con adornos en punto de cruz, corpiño de paño rojo, gorro negro, zapatos de tacón alto con hebillas.

ESPECTRO. Sencillo vestido de muselina blanco, con tocado blanco, o venda bajo la barbilla, amplio drapeado de gasa.

Personajes

OSMOND

REGINALD

PERCY

PADRE PHILIP

MOTLEY

KENRIC

SAÍB

HASSAN

MULEY

ALARIC

ALLAN

EDRIC

ANGELA

ALICE

EVELINA

Entradas y salidas

D. significa derecha; I. izquierda; P.D. puerta derecha, P.I. puerta Izquierda, S.S. segunda salida; S.F. salida del foro; P.C. puerta del centro.

Posiciones relativas

D. significa derecha; I. izquierda; C. centro; D.C. derecha del centro, I. C. Izquierda del centro.

Prólogo

Lejos de los hombres, del vicio enemigo,
Hija insensata del genio y la aflicción,
Versada en sortilegios, solicitada de la fama,
Vive una hechicera llamada Poesía.
Detesta el sol, la llama brillante de la vela.
Sólo la noche de luna o tempestuosa ama;
Y a menudo, con luz vacilante,
Por tumbas abiertas, húmedas mazmorras,
Bosques oscuros, minas de iglesias y torres
encantadas,

Vaga triste, ¡y pasa delirando las horas!
Luego, cuando la tormenta agita las aguas,
Sube desesperada al alto acantilado marino;
Pulsa allí, salvaje, las cuerdas de su lira,
Cuenta a la luna cómo la hiere el pesar.
Y, celebrando su canto extraño un mal fingido,
Vierte bálsamo de olvido en heridos corazones.
Un joven que ya sabe que la vida
Tiene espinas, que ha probado el dolor,
Se ha acercado a las torres de Conway,
Ha invocado la ayuda de esta maga entusiasta.
Su súplica es oída: con brazos y pecho
desnudos,

Los ojos llameantes, suelta la ropa, el cabello
revuelto,

El corazón angustiado y el alma inflamada,
Veloz cual pensamiento, ¡acude la loca
adorable!

Y agitados sus pechos de pasiones en lucha,
Presta a descubrir un terrible misterio,
Con la mirada ansiosa y el rostro alterado,
temblando de miedo, revela su paz.
¡Y alto! ¡Escuchad! Con paso presuroso,
Otra vez corre, y mira atrás
Cual si huyese de demonios o armas
homicidas.

Y al llegar a los muros de Conway,
Manda al joven devolverles su antiguo
esplendor.

Corre él a levantar las caídas torres:
Y he aquí a la Fantasía sosteniendo la fábrica.
Y escogiendo de Shakespeare la cómica
escuela:

La vieja chismosa, el fraile seboso, el bufón
descarado,

Una hermosa doncella, un amante esforzado,
La maga los pone en manos del joven autor;
Y le encarga, antes de bendecir al valiente y su
bella,

Descubrir el pecho exultante del malvado,
Y mostrar, con los tormentos de su conciencia,
Que el vicio próspero no es sino triunfo del
dolor.

La donosa empresa, grata a su alma,
A menudo sacó de su tristeza al autor:
Bendita su labor si, con idéntico éxito,
Alivia las penas de los aquí reunidos.
Si, bajo este techo, algún pecho afligido
Llora un menosprecio, un oprimido desamparo,
Una falsa amistad, una fe traicionada,
Por pagados dará nuestro autor sus esfuerzos
Si, ejerciendo su Musa su vena más viva,
O contando una pena fingida con nota doliente,
Hacen sus vuelos y fantasías asomar la sonrisa
En la blanca mejilla donde brilla una lágrima;
O si su fabulado dolor recibe el gemido
Que su oyente habría destinado al suyo.

ACTO I

ESCENA I:

Una arboleda

Entran el PADRE PHILIP y MOTLEY por una verja, [S.F.]

PADRE PHILIP:

¡No me contéis nada! ¡Repito: sois un individuo de vida vergonzosa por demás! Pero lo que me escandaliza sobre todo es que pervertís los espíritus de las doncellas, y que andáis besuqueando y sobando a toda muchacha bonita que se os pone delante. ¡Una vergüenza! [*Cruza a la D.*]

MOTLEY:

¿Que las beso y las sobo? ¡No lo permita san Francisco! Por el amor de Dios, padre: si son ellas las que me besan y soban. Declaro solemnemente que hago lo que puedo por preservar mi pudor; ¡y me habría gustado que el arzobispo Dunstan hubiera oído el sermón que le leí anoche a la lechera, a oscuras, sobre la castidad! Se habría sentido totalmente edificado. Aunque ¿de qué sirve hablar? La elocuencia de mis labios la anula el lustre de mis ojos; y la verdad, son tan tiernos estos diablillos, y tan turbadores, que casi me siento enojado con la naturaleza por haberme hecho tan cautivador.

PADRE PHILIP:

¡Tonterías! ¡Tonterías!

MOTLEY:

Poneos en mi lugar: imaginad que una dulce y sonriente picaruela de dieciséis años, de mejillas sonrosadas y ojos chispeantes...

PADRE PHILIP:

¡Oh! ¡Una vergüenza! ¡Una vergüenza! El oír tan licencioso discurso me llena los ojos de lágrimas.

MOTLEY:

Os creo, padre; porque veo que el agua rebosa de vuestra boca; lo cual me recuerda, mi buen padre, que hay cosillas que podrían cambiarse mejor en vos que en mí: como son la incontinencia, la glotonería...

PADRE PHILIP:

¿La glotonería? ¡Ah, ésa es una mentira abominable!

MOTLEY:

¡Es la pura realidad! Vamos, ¿alguien se atreve a afirmar que habéis logrado honradamente esa enorme barriga, esa tumba tremenda de carnes, pescados y aves? En cuanto a incontinencia, reconoceréis que no tenéis parangón.

PADRE PHILIP:

¿Yo? ¿Yo?

MOTLEY:

¡Vos! ¡Vos! ¿Puedo preguntaros a qué os dedicabais la otra noche en el hayedo, cuando os sorprendí con la frescachona de Margery, la preciosa mujer del molinero? ¿Era necesario juntar tanto las cabezas?

PADRE PHILIP:

Totalmente necesario: le susurraba al oído sanos consejos.

MOTLEY:

¿De veras? A fe que los tomaba entonces con el mismo ardor que se los dabais, y de la misma manera también: pues lo hacíais con los labios, y ella los recibía con los suyos. ¡Bien hecho, padre Philip!

PADRE PHILIP:

Hijo, hijo; dais demasiada licencia a vuestra lengua.

MOTLEY:

No, padre; no montéis en cólera: los bufones somos seres privilegiados.

PADRE PHILIP:

Lo que sois es una inutilidad. Y resumiendo, maese Motley, para ser sincero con vos: de todos los bufones que me vienen al pensamiento, vos sois el peor; y os confieso que siento una aversión insuperable hacia los bufones de todas las especies.

MOTLEY:

¿De veras? Entonces tenéis al menos una cualidad buena: ¡no puedo sino admirar esa falta total de autoestima! [*Suena una campana a la I.*]. ¡Pero atención!, llaman a comer. Corramos a la mesa, padre. A buen seguro que los criados se tragarán parte de su cena sin bendecir, antes de que llegue vuestra barriga y, cual ballena de Jonás, arramble con todo.

PADRE PHILIP:

Está bien, está bien, bufón; vamos. Pero antes dejad que os explique: mi gordura no proviene de mi entrega a un apetito voraz. No, hijo mío, no: poco sustento es el que tomo; pero he recibido la bendición de san Cutberto, y ese poco prospera en mí de la manera más maravillosa. En verdad, el santo me ha concedido aumentar demasiado, y mis piernas apenas son capaces de soportar el peso de sus

abundancias. [*Sale por la verja, S.F.I.*]

MOTLEY:

¡Parece una tortuga gigante caminando sobre sus aletas traseras! Pero en el fondo es buen tipo: afectuoso, benévolo, amable y sincero. Aunque tan destinado por la naturaleza al monacato como yo a ser dama de honor de la reina de Saba. [*Sale, S.F.I.*]

Entra PERCY, [D.]

PERCY:

No puedo estar equivocado. A pesar de su ropa, ¡su rostro me es bien conocido! ¡Chist! ¡Gilbert! ¡Gilbert!

MOTLEY:

[I.] ¿Gilbert? ¡Ah, Señor, ése soy yo! ¿Quién me llama?

PERCY:

¿Ya no me conocéis?

MOTLEY:

En realidad, señor, no es cosa difícil: no puedo haber olvidado al que jamás he conocido.

PERCY:

[D.] ¿Tanto me han cambiado diez años que no...?

MOTLEY:

¡Eh! ¿Es posible...? Perdonadme, mi querido señor Percy. En verdad, podéis perdonar que olvidara vuestro nombre, pues que al principio no recordaba muy bien el mío. Sin embargo, para evitar más confusiones, debo informaros de que quien era el criado Gilbert al servicio de vuestro padre, es el bufón Motley al servicio del conde Osmond.

PERCY:

¿Del conde Osmond? Pues es una suerte, Gilbert; porque podréis serme de utilidad; y si todavía perdura el afecto que de joven me profesabais...

MOTLEY:

Todavía perdura con fervor inalterable; pues no soy tan injusto como para atribuirlos mi expulsión del castillo de Alnwick. Y ahora, señor, ¿puedo preguntaros que os trae por Gales?

PERCY:

Una mujer a la que adoro.

MOTLEY:

Sí; ya imaginaba yo que el asunto era de faldas. ¿Y esa mujer es...?

PERCY:

[D.] Una huérfana pupila de un lugareño, sin amigos, sin familia, ¡y sin fortuna!

MOTLEY:

[I.] Importantes puntos a su favor, debo confesar. Y ¿cuál de esas excelentes cualidades ha conquistado vuestro corazón?

PERCY:

Espero haber tenido mejores razones para concedérselo. No, Gilbert; estoy enamorado de ella porque posee una belleza sin artificio y una gracia sin afectación, porque su corazón es tierno pero sin debilidad, noble pero sin orgullo. La he visto a un tiempo amada y respetada por sus compañeros de la aldea. Ellos la consideraban un ser de orden superior, y comprendí que lo que confería esa dignidad a la joven aldeana necesariamente debía añadir nuevo lustre al escudo de los Percy.

MOTLEY:

¿De lo cual debo entender que pensáis casaros con esa rústica?

PERCY:

Si pensase otra cosa, me sonrojaría.

MOTLEY:

Sin embargo, lo bajo de su origen...

PERCY:

No puede ser ningún obstáculo: al darle mi mano la elevo a mi condición, no me rebajo yo a la de ella; como no se me ocurre pensar, contemplando la belleza de una rosa, que es menos bella por haberla plantado un campesino.

MOTLEY:

¡Bravo! ¿Y qué dice a eso el cascarrabias de vuestro padre?

PERCY:

¡Ah! Hace tiempo que descansa en la tumba.

MOTLEY:

¡Entonces está tranquilo por fin! Bien: el cielo le conceda arriba la paz que él no dejó que gozase nadie aquí abajo. Pero habiéndoos dejado su muerte dueño de vuestras acciones, ¿qué obstáculo impide ahora vuestro matrimonio?

PERCY:

Os lo voy a decir: Temiendo yo que mi posición influyera en el afecto de esta muchacha adorable, y la indujera a conceder su mano al noble, mientras su corazón rechazaba al hombre, adopté la indumentaria de un campesino y me presenté como Edwy, pobre y de baja cuna. Con esa identidad conquisté su corazón, ¡y decidí aclamarla como condesa de Northumberland, prometida de un Edwy pobre y de humilde cuna! Juzgad, pues, lo grande que debió de ser mi desencanto cuando, al entrar en la cabaña de su tutor con tal propósito, éste me informa que el desconocido que dieciséis años antes la había puesto a su cuidado la había reclamado esa misma mañana, y se la había llevado... nadie sabía adónde.

MOTLEY:

Eso sí que es mala suerte.

PERCY:

Sin embargo, a pesar de sus precauciones, he averiguado el camino que ha seguido el desconocido, y he descubierto que se trata de Kenric, un subordinado del conde Osmond.

MOTLEY:

¡Claro! ¿No será lady Angela, que...?

PERCY:

¡La misma! ¡Decidme, mi buen camarada! ¿La conocéis?

MOTLEY:

No por vuestra descripción; pues aquí se dice que es la hija de sir Malcolm Mowbray, difunto amigo de mi señor. ¿Y cuál es ahora vuestro propósito?

PERCY:

Pedírsela al conde en matrimonio.

MOTLEY:

¡Ah!, Eso no servirá de nada; porque, en primer lugar, no podréis echarle la vista encima. Yo llevo viviendo con él cinco años largos y, hasta la llegada de Angela, jamás había visto un solo huésped en el castillo. ¡Es la mansión más melancólica de cuantas existen! Y en cuanto al conde, es el mismísimo antídoto de la alegría. Siempre va con los brazos cruzados y las cejas arqueadas, y te mira con ceño lúgubre. Jamás sonríe, y reír en su presencia podría juzgarlo traición. No mira a nadie, ni habla con nadie. Nadie se atreve a acercarse a él, salvo Kenric y sus cuatro negros; todos los demás tienen orden de evitarle. Y cada vez que abandona su aposento, ¡din! ¡don!, suena una gran campana, y los criados echan a correr como conejos despavoridos.

PERCY:

¡Extraño comportamiento! ¿Y qué motivos tiene para...?

MOTLEY:

¡Ah, motivos tiene de sobra! Debéis saber que existe una fea historia sobre los últimos dueños del castillo. El hermano de Osmond, su esposa y una hija pequeña de ambos murieron a manos de unos bandidos, según se dijo. Desgraciadamente, el único criado que escapó de la matanza, dijo haber reconocido entre los asesinos a un negro que aún estaba al servicio del conde Osmond. Nunca se comprobó la verdad de tal afirmación, porque a la mañana siguiente hallaron muerto en su cama al criado.

PERCY:

¡Dios mío!

MOTLEY:

Desde entonces no se ha oído una sola expresión de alegría en el castillo de Conway. Osmond se volvió taciturno y feroz: jamás sale de su boca otra cosa que un suspiro, ha roto todo lazo con la sociedad, y sus puertas están permanentemente cerradas para los desconocidos.

PERCY:

Sin embargo, Angela ha sido admitida. Aunque sin duda, el afecto a su padre...

MOTLEY:

¡Ah!; Yo diría más bien que el afecto a la hija de su padre...

PERCY:

¿Cómo?

MOTLEY:

Si sé algo tocante al amor, eso es lo que el conde siente por su hermosa pupila. Pero la dama os podrá decir más al respecto, si puedo procuraros una entrevista.

PERCY:

Eso es precisamente lo que...

MOTLEY:

No será cosa fácil, os lo aseguro; pero haré lo que pueda. Entre tanto, esperadme en aquella cabaña. Su dueño se llama Edric, y es pescador; decidle que os envíe yo, y os dará asilo.

PERCY:

Adiós, entonces; y recordad que cualquier recompensa...

MOTLEY:

¡Señor!, la mención de una recompensa me ofende. Ya me habéis dado muestras de benevolencia: y si puedo seros útil, necesitar de un segundo incentivo me haría parecer un bribón que no merece el primero. [*Sale, S. F. I.*]

PERCY:

¡Qué cálida es la devoción de este compañero! ¡Y nuestros barones se quejan de que los grandes no pueden tener amigos! Si no los tienen, es culpa de su propio orgullo. En vez de tratar con desdén a los que pueden ganarse con una sonrisa, y con un favor tenerlos para siempre deudores, ¡cuántos amigos incondicionales podrían granjearse nuestros nobles si se dieran cuenta de que nuestros vasallos son hombres como ellos, y poseen un corazón que puede ser tan agradecido como el suyo propio! [*Sale, D.*]

ESCENA II:

La gran sala del castillo

Entran SAÍB [I.] y HASSÁN [D.]

SAÍB:

Y bien, Hassán, ¿cómo ha ido?

HASSÁN:

[D.] Mi inspección ha sido infructuosa. He pateado en vano las orillas del río, y he penetrado los más apartados rincones del bosque. No he dejado por explorar ni cañada ni espesura; pero no he visto ningún desconocido al que cuadre la descripción de Kenric.

SAÍB:

[I.] ¿No has visto a nadie?

HASSÁN:

Un tropel de jinetes ha pasado junto a mí al salir del bosque.

SAÍB:

¿De jinetes, dices? Entonces puede que Kenric tenga razón. El conde Percy ha descubierto la morada de Angela, y acecha el castillo de cerca, con la esperanza de llevársela.

HASSÁN:

Pues es vana esa esperanza. No será fácil burlar la vigilancia de Osmond... estrechada por tan poderosos motivos como son el amor y el recelo.

SAÍB:

Sé de su amor; pero aun si perdiese a Angela, ¿qué tiene que temer?

HASSÁN:

Si Percy la hace suya... ¡todo! Apoyada por tal riqueza y poder, su reclamación de estos dominios se volvería peligrosa, si se descubriese su origen. Nuestro señor lo sabe; y en cuanto se ha enterado de que Northumberland la ama, se ha apresurado a retirarla del cuidado de Allan.

SAÍB:

¿Crees que la dama se ha dado cuenta de que nuestro señor la ama?

HASSÁN:

Sé que no. Embebida en su propia pasión por Percy, a Osmond no le dedica un solo pensamiento, y mientras vaga por estas salas y cámaras pomposas, suspira por los montes Cheviot y la humilde cabaña de Allan.

SAÍB:

Pero como ella aún cree que Percy es un galán de baja cuna, cuando Osmond

ponga sus títulos a sus pies, ¿rechazará ella su rango y esplendor?

HASSÁN:

Si lo ama de veras, lo rechazará. Saíb, ¡yo también he amado! Sé lo doloroso que fue dejar a la que era dueña de mi corazón; ¡cuán incapaz de sustituir su pérdida ha sido todo lo demás! He cambiado la escasez por la abundancia, las fatigas por el descanso, una choza miserable por un espléndido palacio. Pero ¿soy más feliz? ¡Ah, no! Aún echo de menos mi tierra natal, y a los compañeros de mi pobreza. ¡Entonces me eran gratas las fatigas, porque trabajaba para Samba! ¡Entonces el descanso bendecía mi lecho de hojas, porque Samba dormía junto a mí!

SAÍB:

¿Es propio eso de ti, Hassán? ¿Ha encontrado el amor, alguna vez, un lugar en tu corazón insensible?

HASSÁN:

¿Que si lo encontré? ¡Ah, Saíb! ¡Antes, mi corazón era amable, era bueno! ¡Pero los sufrimientos lo han machacado, y las ofensas lo han endurecido! ¡He sido arrancado de mi tierra natal, de una esposa que lo era todo para mí, y para la que yo lo era todo! Han pasado veinte años desde que estos cristianos me trajeron aquí: pisotearon mi corazón, escarnecieron mi desesperación, y cuando en mis delirios llamaba frenéticamente a Samba, se rieron, asombrados de que el alma de un negro pudiera abrigar sentimientos. [*Cruza a la I.*]. En el momento en que perdí de vista la última punta de África, estando en la cubierta del buque, sentí que había perdido para siempre todo cuanto amaba. En ese amargo momento desterré la humanidad de mi pecho. Me quité del brazo el brazalete que Samba había llevado en el pelo, arrojé al mar la prenda preciosa, y mientras las olas se lo llevaban veloces de mi lado juré en voz alta odio eterno a la humanidad. He mantenido mi juramento, y *lo mantendré*. [*Cruza a la D.*]

SAÍB:

[I.] ¡Desventurado Hassán! Muy grandes son, en verdad, tus agravios.

HASSÁN:

[D.] Recordarlos me hunde en el abatimiento. ¡Adiós! Debo volver a Kenric. ¡Alto! ¡Mira por dónde viene de la cámara de Osmond!

SAÍB:

Y furioso, al parecer.

HASSÁN:

Últimamente, sus entrevistas con el conde no acaban de otro modo. El periodo de su favor ha llegado a su fin.

SAÍB:

No sólo de su favor, Hassán.

HASSÁN:

¡Cómo! ¿Quieres decir que...?

SAÍB:

¡Silencio! ¡Ahí llega!

Entra KENRIC, [D.]

KENRIC:

[D.] Osmond, no aguantaré más tu ingratitud. Y bien, Hassán, ¿has encontrado al hombre que te he descrito?

HASSÁN:

[C.] Ni a nadie que se le parezca.

KENRIC:

Sin embargo, estoy seguro de que he visto a Percy. Al cruzarme con él en el bosque, me ha mirado a los ojos. Se ha sobresaltado como si acabara de ver un basilisco, y ha huido con rapidez. Pero no me someteré más a esta penosa dependencia. Mañana, por última vez, le diré que cumpla su promesa; si se niega, me despediré para siempre; con mi ausencia, le libraré de una traba igualmente enojosa para él y para mí.

SAÍB:

[I.] ¿De veras, Kenric? Entonces daos prisa; o será demasiado tarde.

KENRIC:

¿Demasiado tarde? ¿Por qué?

SAÍB:

No tardaréis en recibir la recompensa por vuestros servicios.

KENRIC:

¿Sabes tú qué recompensa será?

SAÍB:

Me la imagino; pero no puedo hablar.

KENRIC:

¿Es un secreto?

SAÍB:

¿Sabéis guardarlos?

KENRIC:

¡Fielmente!

SAÍB:

¡Lo mismo que yo! Vámonos, Hassán. [*Salen, I.*]

KENRIC:

¿Qué habrá querido decir el esclavo? Esas palabras ambiguas ¡Ah! Como el conde intente una falsedad contra mí ¡Kenric, Kenric! ¡Cuánto ha cambiado tu carácter! Hubo un tiempo en que el temor era un extraño para mi pecho; en que,

inocente, no recelaba artificio ninguno en los demás. Ahora, el peligro parece acechar a donde me vuelvo, y sospecho traición en todos los corazones porque la alberga el mío propio. [Sale, I.]

Entra el PADRE PHILIP seguido de ALICE, [D.]

PADRE PHILIP:

¡Tonterías! No seáis estúpida, lo que decís no es posible.

ALICE:

[D.] Yo no he dicho que sea posible; yo sólo he dicho que es verdad; y que si alguna vez he oído música, ésa fue la pasada noche.

PADRE PHILIP:

[I.] Quizá era el bufón que cantaba a los criados.

ALICE:

¡Ya, el bufón! ¡Vergüenza debiera daros! ¿Cómo os atrevéis a llamar bufón al fantasma de mi señora?

PADRE PHILIP:

¿El fantasma de vuestra señora? ¡Sois una vieja estúpida!

ALICE:

¡Sí, padre, sí! Os lo repito: oí cómo la guitarra que está sobre la mesa del oratorio tocaba la misma canción que lady Evelina solía cantar meciendo la cuna de su hijita. La cantaba con gran dulzura; y al final, decía: [*Cantando*]
¡Arroró! ¡Arroró! ¡Duérmete, vida mía!
Que tu padre está en camino y no tardará

PADRE PHILIP:

¡Tonterías! ¡Tonterías! ¡Por favor, Alice, ¿acaso creéis que el espíritu de vuestra señora va a salir de noche a cantar para divertirnos? Además, ¿cómo un fantasma, que no es más que aire, va a tocar un instrumento hecho de madera y alambre materiales?

ALICE:

¿Yo qué sé? Yo sé bien de que están hechos los hombres; aunque si me pedís que haga uno, digo y declaro solemnemente que no sé lo que hay que hacer. Lo que sí puedo deciros, es que anoche oí al fantasma de mi señora asesinada.

PADRE PHILIP:

¡Tocando el espíritu de una guitarra cascada! ¡Alice, Alice! ¡Esos miedos son ridículos! La existencia de fantasmas es un vulgar prejuicio. Sin embargo, la próxima vez que os asuste un fantasma, acordaos de la receta que os voy a dar ahora, y utilizadla: en vez de llamar a un sacerdote para que mande al espíritu de otra persona al Mar Rojo, pedís una botella de vino tinto y levantáis el vuestro. *Probatum est.* [Sale, I.]

ALICE:

¡Vino, pues sí! Se cree que me gusta empinar el codo tanto como a él. ¡No, no! Que ese fraile borrachín se tome su botella de vino, si quiere; yo me conformo con un simple licor de cerezas.

Entra ANGELA, [D.]

ANGELA:

Estoy cansada de vagar de aposento en aposento. En vano cambio de lugar: el descontento me espera en todas partes. ¡Hubo un tiempo en que la música podía deleitarme el oído, y la naturaleza embelesarme los ojos! ¡Cuando el amanecer desvelaba el paisaje, cada objeto que veía era grato, y cuando los últimos rayos del sol se demoraban en el cielo de poniente, elevaba una oración de gratitud, y agradecía a mis ángeles buenos un día exento de dolor! ¡Ahora, en cambio, todo ha muerto, todo se ha arruinado, todo se ha desvanecido!

[Aparte]

ALICE:

¡Señora!

ANGELA:

¡Quizá anda él por esas montañas! ¡Quizá en este instante piensa en mí! ¡Quizá luego suspira, y murmura para sus adentros: «Las flores, las fuentes, los pájaros, todos los objetos me recuerdan a mi amada; pero ¿y a ella?, ¿qué le recordará a Edwy?». ¡Oh! Mi corazón me lo recordará, Edwy; no necesito de otros recordatorios.

ALICE:

[I.] ¡Señora! ¡Señora! *[Aparte]* ¡Me hace el mismo caso que a un poste!

ANGELA:

[D.] ¡Oh! ¿Estáis ahí, mi buena Alice? ¿Qué deseáis de mí?

ALICE:

Sólo preguntaros cómo ha descansado vuestra señoría.

ANGELA:

¡Mal! ¡Muy mal!

ALICE:

¡Día aciago! ¡Sin embargo, dormís en el mejor lecho!

ANGELA:

¡Es verdad, mi buena Alice! Pero la angustia de mi corazón siembra espinas en la sábana de abajo.

ALICE:

Virgen María. Pero no me sorprende que descanséis mal en la cámara de cedro. Esos ruidos a vuestro alrededor...

ANGELA:

¿Qué ruidos? Yo no he oído ninguno.

ALICE:

¿Cómo! Cuando el reloj da la una, ¿no oís ninguna música?

ANGELA:

¿Música? No... Ninguna... ¡Espera! Ahora recuerdo que, estando sentada, sola en mi cámara...

ALICE:

¿Y bien, señora, y bien?

ANGELA:

Me pareció oír que cantaba alguien. Creo que la canción decía así [*Cantando*]:
¡Arrorró! ¡Arrorró! ¡Duérmete, vida mía!

ALICE:

[*Gritando*] ¡Las misma palabras! ¡Era el fantasma, señora, el fantasma!

ANGELA:

¿El fantasma, Alice? Confieso que pensé que erais vos.

ALICE:

¿Yo, señora? ¡Dios mío! ¿Cuándo oísteis esa canción?

ANGELA:

No hará ni cinco minutos; mientras hablabais con el padre Philip.

ALICE:

¡Gracias a Dios! Entonces no era el fantasma. ¡Era yo, señora! ¡Era yo! ¿Y no habéis oído ninguna otra canción desde que habéis llegado al castillo?

ANGELA:

No, ninguna. Pero ¿por qué esa pregunta?

ALICE:

Porque, señora ¿Pero quizá estáis asustada?

ANGELA:

¡No, no! Proseguid, os lo ruego.

ALICE:

Bueno, pues dicen que la cámara en la que dormís está embrujada. Quizá habéis notado dos puertas plegables que están siempre cerradas con llave: conducen al oratorio, en el que lady Evelina pasaba la mayor parte de su tiempo, mientras mi señor se hallaba en las guerras de Escocia. Permanecía sentada allí, la pobre, horas y horas, tocando el laúd y cantando canciones tan dulces, tan tristes, que muchas veces lloré al oírla. ¡Ah, poco sospechaba yo, cuando besé su mano a las puertas del castillo, que iba a tener un fin tan desdichado!

ANGELA:

¿Y cuál fue ese fin?

ALICE:

¡Muy triste, señora! Impaciente por abrazar a su señor tras un año de ausencia, cuando éste regresaba de Escocia, la condesa salió a su encuentro acompañada de unos pocos sirvientes y su hijita pequeña, que entonces apenas contaba doce meses. Pero cuando volvía con su marido, unos salteadores sorprendieron al grupo a una milla escasa del castillo; y desde ese momento no se volvió a saber más del conde, la condesa, los criados y la niña.

ANGELA:

¡Qué horrible! ¿Y no se encontraron sus cadáveres?

ALICE:

¡No! El único criado que escapó indicó el lugar de la acción; y dado que resultó ser una de las orillas del río, sin duda los asesinos arrojaron los cuerpos a la corriente.

ANGELA:

Qué extraño es todo. ¿Y entonces el conde Osmond se convirtió en el dueño de este castillo? ¡Alice! ¿No recayó nunca sobre él la sospecha de...?

ALICE:

¡Hablad más bajo, señora! Algo de eso se dijo, lo confieso; pero yo nunca lo he creído. Que yo sepa con seguridad, Osmond amaba a lady Evelina demasiado para hacerle daño; y cuando se enteró de su muerte, lloró y sollozó como si fuera a partirsele el corazón. Es más, él la había pedido en matrimonio antes de que se casara, y la habría hecho su esposa, sólo que ella prefirió a su hermano. Pero espero que no os hayan alarmado mis palabras sobre la cámara de cedro.

ANGELA:

Os aseguro que no, Alice; porque nada tengo que temer de los espíritus buenos, y el cielo y mi inocencia me protegerán de los malos.

ALICE:

Ése es mi mismo parecer; pero que el cielo me perdone: mientras estoy aquí departiendo, apuesto a que todo anda mal en la cocina! [*Cruza a la D.*] Perdonad, señora. ¡Debo irme! ¡Debo irme! [*Sale, D.*]

ANGELA:

[*Pensativa*] Osmond heredó a su hermano... ¡Su extraña conducta...! Sí: en esa frente sombría hay escrito todo un libro de villanía ¡Dios Todopoderoso! ¡Entonces, un asesino es el dueño de mi destino! Un asesino, además, que... ¡No me atrevo a dar a mis pensamientos esa dirección! ¡Ah! ¡Ojalá no hubiera traspuesto nunca los muros de este castillo, ni hubiera cambiado por esta pompa espantosa la seguridad de mis deleites... la tranquilidad de mi alma!
¡Vuelve, vuelve, dulce Paz! Sobre mi pecho

Extiende tus brillantes alas, destila tu balsámico descanso,
Y muéstrame tus reinos para recorrerlos;
Renuncio a las riquezas y al mundo, nada tengo sino amor.

[Sale, D.]

FIN DEL ACTO I

ACTO II

ESCENA I:

La sala de armas. Hay armaduras montadas a ambos lados sobre pedestales, con los nombres de sus dueños escritos debajo de cada una.

Entra MOTLEY atisbando. [I.]

MOTLEY:

¡El campo está despejado! ¡Chist! ¡Chist! Podéis entrar.

Entra PERCY [I.]

PERCY:

No nos entretengamos aquí. ¡Deprisa, mi buen camarada! ¡Llebadme a Angela!

MOTLEY:

[D.] ¡Despacio, despacio! Hay que tener un poco de precaución; os aseguro que ahora mismo no me llega la camisa al cuerpo.

PERCY:

[I.] Si tanto miedo tenéis, ¿por qué no me lleváis directamente a Angela? ¿No estamos más expuestos en esta sala abierta?

MOTLEY:

Sed paciente y dejadme a mí lo demás; yo arreglaré las cosas de forma que Osmond os tenga delante de los ojos sin que se entere [*Descuelga algunas piezas de armadura*]. Pero deberéis hacer la estatua durante una hora o dos.

PERCY:

¿Cómo?

MOTLEY:

[*Poniéndole la armadura*] Vamos, es absolutamente necesario... ¡Deprisa! Los criados del difunto conde están convencidos de que su fantasma vaga todas las noches por las galerías, y se pasea por las viejas torres y salas lúgubres que abundan en esta melancólica mansión. Se dice que viste armadura completa, y ésta que lleváis ahora fue suya en otro tiempo. Bien, escuchad mi plan: el conde se dispone a celebrar una entrevista con lady Angela; hace un momento he oído

anunciarle que debía reunirse con él en esta sala de armas. De pie, en este pedestal, podréis escuchar su discurso sin ser visto, y formaros así un juicio adecuado de vuestra amada y de su tutor. En cuanto anochezca os llevaré a los aposentos de Angela: la oscuridad os protegerá entonces de ser descubierto, y en caso de ser visto, podréis pasar por el espectro del conde Reginald.

PERCY:

No me desagrada vuestro plan; pero decidme, Gilbert, ¿creéis en esa historia de la aparición?

MOTLEY:

¡Ah, no quiera Dios! Ni una palabra. De haber hecho caso a todas las cosas extrañas que se dicen de este castillo, me habría muerto de susto en la primera media hora. Dicen que el conde Hubert cabalga todas las noches por los alrededores del castillo sobre un caballo blanco; que el fantasma de lady Bertha se aparece en el pináculo oeste de la torre de la capilla; y que a lord Hildebrand, ejecutado hace sesenta años por traición, puede vérselo normalmente en la gran sala, a media noche, jugando al balón con su propia cabeza. Y en especial, dicen que el espíritu de la difunta condesa permanece sentado por las noches en su oratorio, cantándole a su hijita una canción de cuna. Pero si fuera así [*Suena una campana tres veces*]. ¡Escuchad! Es el conde; ¡Rápido, a vuestro puesto! [*PERCY sube al pedestal*]. Adiós: debo desaparecer; en cuanto él abandone esta cámara, volveré a reunirme con vos. [*Sale, D.*]

[Se abren de golpe las puertas plegables del centro; entran SAÍB, HASSÁN, MULEY y ALARIC precediendo al conde OSMOND que camina con los brazos cruzados y la mirada baja. SAÍB avanza hasta un sofá, en el que se deja caer OSMOND tras dar unas vueltas por la estancia. Hace una sena a sus asistentes, y se retiran [P.C.]. OSMOND parece abismado en sus pensamientos; luego, de repente, se levanta y cruza otra vez la estancia con pasos desordenados.]

OSMOND:

¡No quiero renunciar a mi felicidad con ella! No, Angela; me pedís demasiado. Desde el momento en que le atravesé el corazón a aquel cuya ausencia me ha vuelto la vida odiosa, desde que mi alma se manchó con la sangre del que me amaba y la de aquella a la que amaba yo, ninguna mujer ha sido grata a mis ojos; ninguna voz ha placido a mi alma, salvo la de Angela... ¡sólo la de Angela! Mía es, y mía será, aunque el fantasma ensangrentado de Reginald pasee ante mí, y truene en mis oídos... ¡Pero silencio! ¡Calla, corazón tumultuoso! ¡Ahí llega!

Entra ANGELA [D.]

OSMOND:

[I.] [*Con voz suavizada*] Acercaos, Angela. ¿Por qué estáis triste? ¡Esos ojos bajos, ese aire decaído, no concuerdan ni con vuestra edad ni con vuestra fortuna.

Los tesoros de la India se han prodigado en adornar vuestra persona. Sin embargo, olvidando lo que sois, os veo mirar hacia atrás, echando de menos lo que erais!

ANGELA:

[D.] ¡Oh, mi buen señor, no me juzguéis desagradecida! Reconozco vuestras mercedes... pero no me han hecho feliz. Aún sigo, en el pensamiento, en los lugares donde pasé la época dichosa de mi infancia; aún añoro aquellos placeres sencillos que el hábito ha hecho tan caros. Los pájaros que mis manos cuidaban y las flores que mis manos plantaban; las orillas donde descansaba cuando me sentía fatigada, el bosque enmarañado que me proporcionaba fresas, y la iglesia del pueblo donde pedía ser virtuosa, aunque no conocía del vicio y la virtud más que sus nombres... todo ha adquirido derecho a un lugar en mi memoria y mi corazón.

OSMOND:

¡Ridículo!

ANGELA:

Cuando os veía, Montes Cheviot, era feliz, ¡oh, qué feliz! Por las mañanas, cuando me levantaba, sentía mi ánimo alegre y ligero como los céfiros del verano; y cuando por la noche mi cabeza descansaba de nuevo en la almohada, me decía a mí misma muy bajo: «Has sido feliz hoy, y mañana lo serás también.» Entonces era dulce mi descanso; y soñaba con aquellos a quienes más quería.

OSMOND:

¡Romántica entusiasta! Esos pensamientos estaban bien para una joven aldeana, pero son vergüenza en la hija del sir Malcolm Mowbray. Oídme Angela: un barón inglés os ama, un noble más poderoso que el cual nuestra isla puede jactarse de tener pocos. A él es a quien está destinada vuestra mano, a él a quien debéis conceder vuestro corazón.

ANGELA:

No puedo dar lo que pertenece a otro desde hace tiempo: Mi corazón es de Edwy.

OSMOND:

¿De Edwy? ¿De un campesino?

ANGELA:

La oscuridad de su cuna puede achacarse al azar; el mérito de sus virtudes le corresponde enteramente a él.

OSMOND:

Por el Cielo: ¡Parece que consideráis la pobreza virtud!

ANGELA:

Señor, creo que es una desgracia, no un crimen; y cuando, a pesar de la injusticia de la naturaleza y los reveses de un mundo mezquino y lleno de prejuicios, veo a

un espíritu de cuna oscura pero ilustre revelarse superior al lugar social que ocupa, lo saludo con agrado, con admiración... ¡con respeto! Tal es el espíritu que he encontrado en Edwy; ¡y al encontrarlo, lo he amado! A él he dado mi palabra; la recibió la última noche que pasé en Northumberland, cuando estábamos sentados en un banco de la cabaña del viejo Allan. Era una noche celestial, fresca y serena como el amor de los ángeles. Una suave brisa susurraba entre las madreselvas que florecían por encima de nosotros, y la luna llena teñía con su luz plateada las torres distantes de Alnwick. Fue entonces cuando le di mi mano, ¡y juré que jamás se la daría a nadie sino a él! ¡Fue entonces cuando, por vez primera, posó sus labios en los míos y juró que jamás serían besados mis labios por otro!

OSMOND:

¡Muchacha! ¡Muchacha! ¡Me hacéis perder la razón!

ANGELA:

¡Me alarmáis, mi señor! Permitidme que me retire. [*Hace ademán de irse; OSMOND la detiene violentamente por el brazo*]

OSMOND:

¡Detente! [*En tono más suave*] ¡Angela! Yo os amo.

ANGELA:

[*Estremeciéndose*] ¡Mi señor!

OSMOND:

[*Con pasión*] ¡Os amo hasta la locura! No pugnéis por escapar; ¡quedaos aquí y escuchadme! Os ofrezco mi mano; si la aceptáis, dueña de estos hermosos y ricos dominios, vuestros días discurrirán en medio de la felicidad y el honor; pero si rechazáis y despreciáis mi oferta, por la fuerza, al punto...

ANGELA:

¿Por la fuerza? ¡Oh, no! ¡No osaréis ser tan bajo!

OSMOND:

Pensad en vuestra situación, Angela; estáis en mi poder... recordadlo, y sed discreta.

ANGELA:

Si tenéis un alma generosa, ésa será mi más segura salvaguardia. Que ella sea mi defensa, Osmond, cuando así os imploro piedad y protección. ¡Miradme con compasión, Osmond! ¡Es la hija del hombre que amasteis, una criatura sin amigos, desgraciada y desamparada, que se arrodilla ante vos, que acude a vos en busca de refugio! Cierto: estoy en vuestro poder; entonces salvadme, respetadme, no me tratéis con crueldad, porque... ¡estoy en vuestro poder!

OSMOND:

No quiero seguir escuchando. ¿Aceptáis mi oferta?

ANGELA:

Osmond, yo os imploro...

OSMOND:

¡Contestad a mi pregunta!

ANGELA:

¡Piedad! ¡Piedad!

OSMOND:

¿Queréis ser mía? ¡Hablad! ¡Hablad!

ANGELA:

[*Tras un momento de silencio, se levanta y exclama con firmeza*] ¡Jamás, y que el Cielo me proteja!

OSMOND:

[*Agarrándola*] ¡Entonces, tu suerte está decidida!

[*ANGELA profiere un grito*]

PERCY:

[*Con voz cavernosa*] ¡Detente!

OSMOND:

[*Se sobresalta, pero sigue sin soltar el brazo de ANGELA*] ¡Ah! ¿qué ha sido eso?

ANGELA:

[*Tratando de escapar*] ¿No habéis oído una voz?

OSMOND:

[*Mirando a PERCY*] Ha venido de ahí... ¡de Reginald! ¿No ha sido una alucinación? ¿Ha sido efectivamente su espíritu? [*Volviendo a su anterior pasión*]. ¡Bien, que lo sea! ¡Aunque su fantasma viniese a interponerse entre nosotros, la abrazaría así! ¿Qué visión es ésta? [*En el momento en que agarra otra vez a ANGELA, PERCY extiende su maza con gesto amenazador, y desciende del pedestal. OSMOND suelta a ANGELA, que inmediatamente huye de la cámara [P. D.] mientras PERCY avanza unos pasos y se queda mirando al estupefacto conde*]. ¡Conozco ese escudo...! ¡Y ese yelmo! ¡Habla, visión espantosa! ¡Acúsame de mis crímenes! Dime a qué has venido... ¡Espera! ¡Habla! [*Siguiendo a PERCY que, al llegar a la puerta por la que ha escapado ANGELA, se vuelve y le señala con la mano. OSMOND retrocede aterrado*]. ¡Me prohíbe que le siga! ¡Me deja! Se cierra la puerta [*en un súbito acceso de pasión, y sacando la espada*]: ¡Por el infierno y todos los demonios! ¡Le seguiré, aunque me fulmine un rayo!

[*Sale furioso de la cámara, P.D.*]

ESCENA II:

La gran sala del castillo

Entra ALICE [D.]

ALICE:

¡Qué brutalidad! ¡Qué grosería! ¡Verdaderamente, esta casa está cada día peor!

Entra MOTLEY [I.]

MOTLEY:

[I.] ¿Qué habrá hecho? ¡Hola, doña Alice, que os ha pasado? Parecéis enojada.

ALICE:

[D.] Por mi fe, bufón, que tengo poco motivo para estar contenta. Que me hagan perder los nervios a sustos por la noche, y anden a golpes y empujones conmigo por el día, no es lo más indicado para poner a una del mejor humor.

MOTLEY:

¡Pobre mujer! ¿Y quién anda a golpes y empujones con vos?

ALICE:

¿Quién? Mejor deberíais preguntar quién no... Porque oíd: cuando iba hace un momento por el corredor estrecho que conduce a la sala de armas, cantando para mis adentros y sin pensar en nada, he topado con lady Angela que huía como si le fuese la vida en ello. Así que le he hecho una reverencia; aunque podía haberme ahorrado la molestia: sin hacerme más caso que si fuera un perro o un gato, me ha apartado de su camino. Y antes de que pudiera yo recobrar el equilibrio, alguien que venía directo hacia mí, me ha dado otro golpe, y me ha dejado tumbada en el suelo. Aunque he caído con toda la decencia posible.

MOTLEY:

¿Alguien? ¿Quién?

ALICE:

No lo sé... pero iba con armadura.

MOTLEY:

¿Con armadura? ¿Parecía un espectro?

ALICE:

Lo que parecía no lo sé; aunque sí estoy segura de que no tenía la consistencia de un espectro; pero no habéis oído lo peor. Mientras estaba tendida en el suelo, llega mi señor por el corredor como una exhalación; lo primero que hace es tropezar conmigo: se abalanza, me pisa, y en un abrir y cerrar de ojos, ¡allá que va al suelo su señoría! Y en cuanto se pone de pie, ¡misericordia!, ¡qué bramidos de cólera! ¡Me agarra, me llama vieja bruja, me corta el resuello, me tira al suelo

otra vez, y salta en pos de los otros dos!

MOTLEY:

¡Un presentimiento me asalta! Pero ¿qué puede significar, Alice?

ALICE:

Ni lo sé, ni me importa; lo que sí sé es que no voy a permanecer más tiempo en esta casa, donde se me trata con tanta desconsideración. «¡Mi señora!», le digo; «¡Aparta de mi camino!», y me empuja a un lado. «¡Mi señor!», le digo; «¡Vete al infierno!», contesta él, y me empuja al otro. ¡Declaro solemnemente que jamás había sido tan maltratada, ni siquiera cuando era joven! [*Sale, I.*]

MOTLEY:

Si el conde Percy llegase a ser descubierto... ¡La sola idea me produce tortícolis! De todos modos, será mejor que averigüe si... [*Se va, D.*]

Entra el PADRE PHILIP apresuradamente [D.]

PADRE PHILIP:

[D.] [*Deteniéndole*] ¡Salid de esta casa! ¡Por esa puerta!

MOTLEY:

Vaya, ¿qué significa...?

PADRE PHILIP:

¡No os quedéis ahí parloteando y haced lo que os ordeno!

MOTLEY:

Pero antes decidme...

PADRE PHILIP:

Yo sólo puedo deciros que os vayáis de esta casa; Kenric ha descubierto al conde Percy. Se sabe que le habéis introducido vos; los africanos os están buscando. Si os encuentran, os colgarán sin mediar palabra. ¡Huid a la cabaña de Edric, y ocultaos allí! ¡Atención! ¡Alguien viene! ¡Corred! ¡Corred! ¡Antes de que sea tarde! [*Empujándole afuera*]

MOTLEY:

[*Confundido*] Pero el conde Percy... pero Angela...

PADRE PHILIP:

¡Dejádmelos a mí! No tardaréis en tener noticias mías. Ocupaos sólo de vos mismo, ¡y huid con presteza! ¡Marchaos! [*Sale MOTLEY, I.*] Bien; ya se ha ido. Ahora tendré tiempo de recobrar el aliento. Hacía veinte años que no me movía con tanta rapidez, y la verdad es que estoy mal dotado para las prisas. Sin embargo, no han sido inútiles mis esfuerzos: he salvado a este pobre pícaro de la venganza de Osmond. Y ojalá tenga éxito mi plan para liberar a la dama, ¡pobre criatura! ¡Hay que ver cómo le ha afectado que arrancasen de su lado a Percy! Bien; la rescataremos de su tirano. Me conozco de sobra los paneles movibles...

los pasadizos subterráneos... los resortes secretos. ¡No puedo fracasar! Pero a fin de hacer más seguro el éxito, voy a la despensa, a poner definitivamente en orden mis ideas. Siempre que tengo entre manos un proyecto importante, pido consejo a una jarra de cerveza y maduro el plan ante una empanada de venado. [*Sale, D.*]

ESCENA III:

Una cámara amplia: a un lado hay un camastro; al otro, una mesa cerca de una ventana alta, arqueada. [D.]

Entra OSMOND [P. C.] seguido de SAÍB, HASSÁN, MULEY y ALARIC, que conducen a PERCY desarmado.

OSMOND:

Ésta es, señor, vuestra prisión: pero sin duda, no durará mucho vuestro encierro. En el mismo instante en que Angela me conceda su mano, os devolveré la libertad. Hasta que llegue ese momento, adiós.

PERCY:

¡Esperad, señor, y escuchadme! ¿Con qué autoridad osáis retenerme cautivo? ¿Habéis olvidado que habláis con el conde de Northumberland?

OSMOND:

Bien puedo olvidar a quien tanto se falsifica a sí mismo. ¿Es propio del conde de Northumberland entrar disfrazado y furtivo en mi castillo, y tramar con mi criado robarme mi tesoro más precioso?

PERCY:

Ese tesoro era de mi propiedad. Bajamente me habéis privado de él, y estoy justificado en tratar de recuperar lo que es mío.

OSMOND:

Conde, nada puede justificar unos medios indignos. Si os consideráis agraviado, ¿por qué no procuráis vuestro derecho con la punta de la espada? Entonces os tendría por un enemigo noble, y como tal os habría tratado. Pero os habéis rebajado a adoptar un miserable artificio, atacándome como un rufián nocturno, en privado y bajo disfraz. Así que estoy autorizado a olvidar vuestra posición, y a hacer vuestro castigo tan degradante como baja ha sido vuestra ofensa.

PERCY:

Si efectivamente son éstos vuestros sentimientos, entonces probadlos ahora mismo. Devolvedme mi espada, desenvainad la vuestra, ¡y sea Angela la recompensa del vencedor!

OSMOND:

¡No conde Percy! No soy jugador tan irreflexivo como para permitir que se anule una jugada por la cual la apuesta ya es mía. Angela está en mi poder.

PERCY:

¡Cobarde insolente!

OSMOND:

Sosegaos, conde Percy. Os olvidáis de vos mismo. Mi espada ha probado en los campos de Escocia que no soy un cobarde. ¡Y mi espada lo probará si, cuando os devuelva la libertad, seguís poniendo en duda el valor de mi corazón! Una vez que sea mía Angela, repetid vuestro desafío, y no dudéis de mi respuesta.

PERCY:

¿Angela tuya? No lo será jamás. Hay ángeles en lo alto que velan por la virtud, y ha de llegar el día de la retribución. [*Se deja caer en el camastro*]

OSMOND:

Pero mucho antes de que llegue esa hora, Angela habrá sido mi esposa. Y ahora adiós lord Percy. ¡Muley, Saíb!

AMBOS:

¿Mi señor?

OSMOND:

A vuestra custodia encomiendo el conde; no abandonéis este aposento, ni le perdáis un instante de vista.

SAÍB y MULEY:

Así lo haremos, mi señor.

[*Sale OSMOND asistido por HASSÁN y ALARIC. P.C.*]

SAÍB:

¡Mira, Muley, con qué amargura frunce el ceño!

MULEY:

Ahora salta del lecho. ¡A fe que le domina una furia monstruosa!

SAÍB:

Eso debe de ser. Cuando quieres custodiar a otro, lo único que consigues es ser custodiado tú mismo.

PERCY:

[*Tras dar unas vueltas con ademán agitado, se detiene de repente*] ¡Ha ido en busca de Angela! ¡Probablemente, a repetir ese ultraje cuya consumación sólo mi

presencia puede impedir!

MULEY:

Ahora medita profundamente. A fe que si planea salir de esta torre, es más ingenioso de lo que yo le suponía.

PERCY:

Si no estuviera aquí cautivo de Osmond, todo podría ir bien. Llamaría a mis vasallos, que ahora deben de estar cerca de aquí, forzaría el castillo, y arrancaría a Angela de los brazos de su tirano. ¡Ay! Esta cautividad hace mis planes irrealizables. ¿No hay, entonces, esperanza de libertad?

SAÍB:

Nos mira fijamente.

PERCY:

¿No podrían estos sujetos...? Al menos, puedo intentarlo. ¡Así que en pie, amigo mío, y llave maestra del corazón humano! ¡Ayúdame tú, oro, demonio poderoso! Oídme, esforzados amigos. ¡Acercaos...! Mis buenos compañeros: se os ha encomendado una ingrata misión, y no puede seros agradable obedecer los mandatos de un tirano. Hay algo en vuestro semblante que me predispone demasiado en vuestro favor como para creer que eso sea posible.

SAÍB:

Más aún: sin duda hay algo en nuestro aspecto que resulta sumamente atractivo.

MULEY:

¡Y yo sé que admiráis sin más remedio la delicadeza de nuestro color!

PERCY:

El matiz de tu piel, mi buen compañero, carece de importancia: muchos corazones esforzados palpitan bajo un pecho oscuro, y estoy convencido de que esa clase de corazón es el que habita en el vuestro; pues vuestra expresión me dice que sentís mis sufrimientos y estáis deseosos de aliviarlos. ¿Veis esta bolsa, amigos míos?

MULEY:

No está demasiado lejos, y no soy corto de vista. Si la pusierais algo más cerca...

PERCY:

Devolvedme la libertad... y no esta bolsa, sino diez veces su valor, será vuestro.

SAÍB:

¿La libertad?

MULEY:

¿Esa bolsa?

SAÍB:

¡Muley!

MULEY:

¡Saíb!

PERCY:

Sabéis muy bien, que mi riqueza y poder igualan, si no superan, a los del conde Osmond; libradme de mi encierro, ¡y participaréis de ese poder y esa riqueza!

MULEY:

En verdad, mi señor, que vuestra oferta es generosa, y muy tentadora esa bolsa... Saíb, ¿qué dices tú? [*Guiñándole un ojo*]

SAÍB:

El conde habla tan bien, y promete tanto, que confieso que me siento singularmente tentado.

MULEY:

Vamos, Saíb: ¿estás conmigo?

SAÍB:

[*Tras pensarlo un momento*] ¡De acuerdo!

MULEY:

Entonces, ahí va mi mano. ¡Mi señor, somos vuestros servidores!

PERCY:

Entonces, ¿accedéis a soltarme?

MULEY:

Es imposible no hacerlo: porque noto que la compasión, la generosidad, y todos los sentimientos morales me impulsan a aliviar a vuestra señoría de esa bolsa.

PERCY:

Ahí va. Y ahora, abrid la puerta.

MULEY:

[*Haciendo sonar la bolsa*] ¡Aquí está! Y ahora, os estoy muy agradecido. En cuanto a vuestras promesas, mi señor, os ruego que no os molestéis en recordarlas, como no me molestaré yo en recordar la mía.

PERCY:

[*Sobresaltado*] ¡Eh! ¿Qué quieres decir?

SAÍB:

[*Con firmeza*] ¡Conde, que somos leales!

PERCY:

¡Cómo! ¿No vais a guardar vuestra palabra?

MULEY:

La verdad, no queremos guardar nada... salvo la bolsa.

PERCY:

¡Ah, vergüenza! ¡Haber sido el hazmerreír de estos bribones!

SAÍB:

Conde Percy, no lo somos; aunque lo habríamos sido de haber logrado sobornarnos vuestro oro para traicionar a nuestro amo. No hemos hecho sino cumplir con nuestro deber... Y vos no habéis ganado sino vuestra justa recompensa: porque los que pretenden engañar a otros acaban siempre engañados.

PERCY:

¡Silencio! ¡Dejadme con mis pensamientos!
[*Se arroja apasionadamente al camastro*]

MULEY:

¡Ah!, de mil amores. No pedimos otra cosa.

SAÍB:

Muley, ¿nos repartimos la bolsa?

MULEY:

Evidentemente. Sentémonos, y veamos su contenido.

[*Se sientan en el suelo, en el proscenio*]

PERCY:

¡Qué lástima que el único mérito de estos malvados resulte ser la fidelidad!

[*Coro de voces, cantando detrás de la ventana:*]

«¡Canta Megen-oh ¡Oh! ¡Megen-Ee!»

MULEY:

¡Escucha! ¿Qué es eso?

SAÍB:

Voy a ver [*Subiéndose a la mesa*]. Esta ventana está demasiado alta...

MULEY:

¡Toma, toma! Coge esta silla.

[*SAÍB coloca la silla sobre la mesa, sube así a la altura de la ventana, y la abre*]

CANCIÓN Y CORO

MOTLEY:

[*Cantando fuera*] ¿Duermes o velas, señora esplendorosa?

CORO:

[*Fuera*] ¡Canta Megen-oh! ¡Oh! ¡Megen-Ee!

MOTLEY:

Tiempo es ya de volar.

CORO:

¡Canta Megen-oh! ¡Oh! ¡Megen-Ee!

MOTLEY:

Del poder tirano de tu padre,
Al pie de tu ventana
Una barca hay para librarte;
¡Canta Megen-oh! ¡Oh! ¡Megen-Ee!

CORO:

¡Canta Megen-oh! ¡Oh! ¡Megen-Ee!

PERCY:

[*Que se ha medio incorporado del camastro durante la última parte de la canción, y escucha atentamente*] ¡Por supuesto! ¡Yo conozco esa voz!

MULEY:

Bueno, ¿qué pasa?

SAÍB:

Hay una barca al pie de la torre, y los pescadores y sus mujeres cantan mientras sacan la red.

PERCY:

No puedo haberme equivocado: era Gilbert.

SEGUNDA ESTROFA

MOTLEY:

Aunque honda el agua y alto el muro,

CORO:

¡Canta Megen-oh! ¡Oh! ¡Megen-Ee!

MOTLEY:

Cree, amor, que hay poco peligro;

CORO:

¡Canta Megen-oh! ¡Oh! ¡Megen-Ee!

MOTLEY:

Salta y no temas, amor;
Mis brazos te acogerán;
Y lejos pronto estarás.
¡Canta Megen-oh! ¡Oh! ¡Megen-Ee!

CORO:

¡Canta Megen-oh! ¡Oh! ¡Megen-Ee!

PERCY:

Le he entendido.

MULEY:

Venga, Saíb, siéntate: estoy deseando que repartamos la bolsa.

SAÍB:

Espera un momento [*Cierra la ventana y baja*]. Aquí estoy. Y ahora, veamos la bolsa...

[*Vuelven a sentarse en el suelo; SAÍB abre la bolsa y empieza a contar el oro*]

PERCY:

Sí, debo desafiar el peligro. Fingiré dormir, y cuando mis carceleros estén desprevenidos... ¡ayúdame, Divina Providencia! [*Se tiende en el camastro*]

SAÍB:

¡Un momento, Muley! ¿Qué pasaría si, en vez de repartirnos la bolsa, nos jugamos su contenido? Aquí están los dados.

MULEY:

De mil amores; y escucha: para pasar mejor el rato, aquí tengo una botella del mejor vino que hay en la bodega del conde.

SAÍB:

¡Bien! ¡Y sea la apuesta este ángel! Pero antes veamos qué hace nuestro prisionero.

MULEY:

¡Oh! Duerme; no te preocupes. ¡Vamos, tira!

SAÍB:

Ahí va... ¡Nueve! Ahora tú.

MULEY:

¡Nueve también! ¿Doblamos la apuesta?

SAÍB:

¡De acuerdo! Y me toca a mí. ¡Escucha! ¿Qué es ese ruido?

Durante este diálogo, PERCY se ha acercado a la mesa en silencio; en el momento en que se dispone a subir a ella, SAÍB se vuelve, y PERCY se echa otra vez precipitadamente en el camastro]

MULEY:

¡Bah! ¡Nada, nada!

SAÍB:

Me había parecido oír al conde...

MULEY:

¡Pura imaginación! Mira, duerme como un tronco. ¡Vamos: tira!

SAÍB:

Ahí va... ¡once!

MULEY:

Mal asunto... ¡Hurra! ¡Seises!

SAÍB:

¡Al infierno tu suerte! Bueno, ¿a doble o nada?

MULEY:

Está bien; tiro yo... ¡Diablos: cinco sólo!

SAÍB:

Esta vez creo que la partida es mía: ¡Por todos los diablos, pitos!

MULEY:

¡Ja! ¡Ja...! ¡A tu salud, amigo!

PERCY:

[Que ha vuelto a la mesa, se ha subido a la silla, y tras abrir la ventana, está de pie en ella y hace una seña a los hombres de abajo] ¡Es una altura tremenda!

SAÍB:

¿Es que quieres vaciar la botella? Venga, vamos: dámela.

MULEY:

¡Tómala, alcorchoque! *[SAÍB bebe]*

PERCY:

¡Me animan a decidirme! ¡Pues ahora o nunca! *[En voz alta]*: ¡Ángeles del cielo, amparadme! *[Se arroja desde la ventana]*

MULEY y SAÍB:

[Sobresaltándose al oír el ruido] ¡Por todos los demonios y furias!

SAÍB:

[Tira la botella y sube precipitadamente a la ventana, mientras MULEY permanece en actitud de sorpresa] ¡Ha escapado! ¡Ha escapado!

PERCY, MOTLEY, etc:

[Fuera] ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!

FIN DEL ACTO II

ACTO III

ESCENA I:

Vista del río Conway, con una cabaña de pescador, [S. S. D.].

Puesta de sol.

ALLAN y EDRIC salen de la cabaña. [S. S. D.]

ALLAN:

[I.] ¡Aún no vienen! ¡Dios! ¡Dios!; ¡aún no vienen! ¡Ah! Estas agitaciones son demasiado para soportarlo mi viejo cuerpo.

EDRIC:

[D.] Entonces encerrad en casa vuestro viejo cuerpo. Es realmente admirable que un hombre de vuestra edad ande galopando por el campo detrás de una joven que, por lo que sé, ¡no es ni vuestra mujer ni vuestra hija!

ALLAN:

¡Ah! ¡Más que eso ha sido para mí! ¡Lo ha sido todo, Edric, todo! ¿Cómo voy a soportar mi casa cuando ya no es el hogar de Angela? ¿Cómo podré descansar en mi cabaña por las noches cuando sus dulces labios no me hayan dado un beso, y hayan murmurado «que descanses, padre»? ¡Es tan bondadosa, tan dulce...! Una vez estuve enfermo, casi en las puertas de la muerte. Angela fue entonces mi enfermera y mi consuelo; me velaba cuando dormía, me animaba cuando despertaba; se alegraba cuando me veía mejor; y si empeoraba, ¡ninguna medicina me aliviaba como las lágrimas de ternura que caían de los ojos de mi niña querida a mis mejillas ardientes!

EDRIC:

Conque lágrimas de compasión, ¿eh? Un poco de ruibarbo os habría sentado mejor, con mucho. Pero tarda bastante nuestra gente; quizá han descubierto a Motley y lo han cogido. Si es así, él perderá la vida, el conde la libertad, Angela a su amado y, lo peor de todo, ¡yo perderé mi barca! Ojalá no se la hubiera prestado; porque me da la impresión de que el plan de Motley ha salido mal.

ALLAN:

Espero que no... ¡Ah, espero que no! Si Percy siguiera cautivo, Angela quedaría sin amparo en poder de vuestro malvado señor. ¡Y eso, sin duda alguna, destrozaría el quebrantado corazón de mi pobre esposa!

EDRIC:

¡Y si eso ocurriese, sería una gran desgracia en verdad! ¡Diablos, maese Allan!: una esposa es siempre, en el mejor de los casos, un mal asunto; si uno es pobre, la cosa resulta peor; pero cuando encima es vieja, ¡Dios!, ¡es el mismísimo infierno!

ALLAN:

¡Escuchad! ¡Escuchad! ¿Oís? Ruido de remos... ¡son amigos! ¡Alabado sea Dios! El conde viene con ellos.

[Aparece un bote [E.S.I.] con PERCY, MOTLEY y soldados disfrazados de pescadores. Desembarcan]

PERCY:

[Saltando a la orilla] ¡Otra vez respiro el aire de la libertad! Valeroso Gilbert, ¿qué palabras podrían ser las adecuadas para daros las gracias?

MOTLEY:

[D.] Ninguna; por tanto, no gastéis aliento en eso. Estáis a salvo, gracias a san Pedro... ¡y a la manta! Y la liberación de vuestra dama requiere ahora todos vuestros pensamientos ¡Ah! ¿quién es el que está con Edric?

PERCY:

¡Allan, por mi vida! ¡Qué alegría! Qué alegría, mi buen anciano. Decidme, ¿han llegado aquí mis vasallos?

ALLAN:

Trescientos hombres escogidos están pendientes de la llamada de vuestro bugle. Pero ahora, mi señor, contadme de Angela: ¿Se encuentra bien? ¿Habéis hablado con ella? ¿Y habla ella a veces de mí?

PERCY:

Se encuentra bien, mi viejo amigo, y he hablado con ella... aunque sólo un momento. ¡Pero consolaos, buen Allan! Si fracasan otros medios, esta misma noche atacaré el castillo, y obligaré a Osmond a entregar su presa.

ALLAN:

¡Quiera el Cielo que tengáis éxito, y me permita ver a Angela convertida en vuestra esposa! Y que oiga una sola vez más decirme con su dulce voz, «¡Allan, soy feliz!» Entonces, mi vieja esposa y yo buscaremos nuestra sepultura, nos tenderemos en ella, y descansaremos gustosos.

MOTLEY:

¿Morir gustosos, viejo estúpido? No haréis semejante ridiculez. Viviréis un montón de años; y en vez de tumbáros en vuestra sepultura, os arroparemos con vuestra vieja esposa en la mejor cama de plumas de Alnwic. Pero hablemos ahora

de nuestro negocio que, si no me equivoco, va camino de ser un completo éxito.

PERCY:

¡Cómo! ¿Habéis tenido alguna noticia de vuestro aliado el fraile?

MOTLEY:

Habéis acertado. Al pasar por debajo de su ventana, a la piadosa marsopa se le ha ocurrido dejar caer esta carta en la barca. Su contenido debe de ser necesariamente de importancia; pues os aseguro que viene de uno de los hombres más grandes de Inglaterra. ¡Os ruego que la examinéis, mi señor! Yo no puedo leer cuando sopla viento del este [*MOTLEY da la carta a PERCY que la lee para sí*]. Bien, ¿qué dice?

PERCY:

Escuchad [*Lee*]: «Os he reconocido a pesar de vuestro disfraz, y aprovecho la ocasión para aconsejaros que os esforcéis únicamente en obtener la libertad de conde Percy. No os preocupéis de Angela: yo tengo medios seguros y fáciles para procurarle la huida, y antes de que de el reloj las dos podéis esperarme con ella en la cabaña del pescador. Adiós, y confiad en el padre Philip». Bien, Gilbert, ¿qué decís? ¿Podemos fiar sin temor en fidelidad del monje?

MOTLEY:

Su fidelidad es indudable; pero si su éxito igualará a sus buenas intenciones, es cosa que sólo el tiempo puede decidir. De no...

PERCY:

Entonces asaltaré mañana el castillo con mis fieles vasallos. Pero ¿dónde están mis seguidores?

ALLAN:

Temiendo que su número despertara sospechas, los he dejado ocultos en el bosque de allá.

PERCY:

Conducidme a ellos; Edric, por esta noche debo pedir el refugio de vuestra cabaña.

EDRIC:

De buen grado, mi señor. Pero mi cabaña es muy humilde, y os dispensará una acogida miserable...

PERCY:

¡Callad, mi buen camarada! La cabaña donde habita la buena voluntad es para mí más bienvenida que un palacio, y ningún alimento puede ser más dulce que el que se sazona con una sonrisa. Me dais lo mejor; un monarca no podría dar más, y no es frecuente que los hombres den tanto. Así que adiós, hasta dentro de una hora! ¡Allan, adelante! [*Salen PERCY, ALLAN, etc... I.*]

MOTLEY:

Y entretanto, amigo Edric, os echaré una mano en la preparación de la cena.

EDRIC:

Verdaderamente, no os va a suponer mucha molestia el trabajo, porque los tiempos me resultan difíciles últimamente. Nuestro actual señor no recibe visitas ni da recepciones; así que no vendo pescado. Las cosas fueron mejor mientras vivió el conde Reginald.

MOTLEY:

¡Cómo! ¿Os acordáis de él?

EDRIC:

Nunca le olvidaré, ni a su dulce señora. Bueno, verdaderamente, creo que poseían todas las virtudes cardinales. Eran devotos, generosos, y dulces por demás; eran amables con los pobres... ¡Y les gustaba el pescado!

MOTLEY:

¡Les gustaba el pescado! ¡He ahí una de las virtudes cardinales de la que jamás había oído hablar!

EDRIC:

Pero estos recuerdos me entristecen. Vamos, maese Motley; la cena de vuestro señor aún está nadando en el río: si vais a ayudarme a pescarla, andando, y gracias de corazón. ¿Sabéis pescar?

MOTLEY:

¿Que si sé? ¿Y quién no sabe en este mundo? Os aseguro, amigo Edric, que no hay profesión más universal que la vuestra; todos tendemos nuestras redes para pescar una cosa u otra. ¡Y dichosos los que, en este mundo de desengaños, sólo las echan para pescar peces!

[Se retira del escenario como si fuera a embarcar]

ESCENA II:

La gran sala del castillo

Entra KENRIC. [I.]

KENRIC:

¡Allá anda, y parece ensimismado! Buen momento, pues, para abordarle, mientras tiene mi último servicio fresco aún en la memoria. Si rechaza definitivamente mi petición, le daré buenos motivos para arrepentirse de su ingratitud. Percy anda cerca de aquí; y ese secreto conocido sólo por mí, sin duda ¡Pero silencio! ¡Ahí viene!

Entra OSMOND. [D.]

OSMOND:

¡No será así! ¡Fuera estos terrores presagiosos que me agobian el corazón! Quiero olvidar el pasado, quiero gozar el presente y hacer míos otra vez esos transportes que... ¡Ah, no, no! La conciencia, esa serpiente, enrosca sus anillos en torno a la copa de mi felicidad, y antes de que mis labios puedan rozarla, su veneno se ha mezclado con la poción. ¡Pero ahí viene el principal objeto de mis miedos. ¡Aquí llega!

Vuelve a entrar KENRIC. [I.]

KENRIC:

¿Estáis melancólico, mi señor?

OSMOND:

Sí, Kenric; y así ha de ser hasta que Angela sea mía. Sabed que ahora mismo me ha arrancado una promesa: la de dejarla tranquila hasta mañana.

KENRIC:

Sólo hasta mañana.

OSMOND:

¿Sólo hasta mañana? ¡Ah, en ese escaso espacio el ojo del amante ve miríadas de peligros! No penséis sin embargo, buen Kenric, que subestimo vuestros últimos servicios, ni que he olvidado aquellos por los que hace tanto tiempo que soy vuestro deudor, cuando, cegado por el odio de Reginald y el pesar por la pérdida de Evelina, mi daga se posó sobre la garganta de su hija, vuestra mano detuvo el golpe... ¡Juzgad cuán agradecido debo sentirme cada vez que contemplo en Angela el retrato vivo de su madre...! Noble, Kenric, ¿cómo puedo recompensar vuestros servicios?

KENRIC:

Fácilmente podéis hacerlo: permitidme pedir esa independencia que tanto prometida, y buscar la paz en algún otro clima, dado que los recuerdos me impiden probar su sabor en éste.

OSMOND:

Kenric, antes de mencionarlo, teníais ya concedido ese deseo. Hay ya dispuesto un retiro para vos en una región apartada: allí podréis acallar esos clamores de conciencia, que a mí me alcanzarán, me temo, incluso en los brazos de Angela.

¿Estáis contento?

KENRIC:

[*Conmovido*] ¡Mi señor! ¡Es gratitud! ¡Es asombro lo que...! ¡Y yo que dudaba...
recelaba...! ¡Oh, mi buen señor, qué injusto he sido con vuestra generosidad!

OSMOND:

Ea. ¡No debo seguir escuchándoos! [*Aparte*]: ¡Qué vergüenza, que mi alma tenga
que rebajarse a fingir con mi esclavo!

[*Cruza a la I.*]

[*Entra SAÍB, I., y avanza con temor*]

OSMOND:

¿Qué ocurre? ¿A qué viene esa confusión? ¿Por qué tiembles? ¡Habla!

SAÍB:

¡Mi señor! El prisionero

OSMOND:

¿El prisionero...? ¡Continúa! ¡Continúa!

SAÍB:

[*Arrodillándose*] ¡Perdón, mi señor, perdón! ¡Nuestro prisionero ha escapado!

OSMOND:

¡Bellaco! [*Loco de rabia, desenvaina la daga y se abalanza sobre SAÍB. KENRIC
le sujeta el brazo*].

KENRIC:

¡Deteneos! ¡Deteneos! ¿Qué vais a hacer?

OSMOND:

[*Forcejeando*] Suéltame, o por el cielo...

KENRIC:

¡Fuera! ¡Fuera! ¡Huye, compañero, y ponte a salvo! [*Sale SAÍB, I. KENRIC,
soltando a OSMOND*]. Reflexionad, mi señor... Tal vez no ha sido culpa de su
guardián el que...

OSMOND:

[*Furioso*] ¿Qué me importa de quién sea? ¿No ha huido mi rival? No tardarán los
hombres de Northumberland en cercar mis muros y arrancarme ¡Pero por el cielo
que no lo conseguirán! ¡No! Antes que renunciar a ella, mi propia mano prenderá
fuego a este castillo; luego, arrojándome con Angela al abismo de las llamas,
dejaré que estas ruinas cuenten a la posteridad cuán desesperado fue mi amor, ¡y
cuán espantosa mi venganza! [*Se va; se detiene, y se vuelve hacia KENRIC*] ¡Y
vos, vos que osáis interponeros entre mi resentimiento y yo; vos, y que tan bien
sabéis salvar a los demás... ¡cuidad en adelante de vos mismo! [*Sale, D.*]

KENRIC:

¿Que me cuide...? Eso suena a amenaza. ¡Sin embargo, parecía tan amable, tan agradecido! ¡Y sonreía, además! ¡Ah! Siempre anuncia peligro la sonrisa de un malvado.

[Entra SAÍB sigiloso, I., mirando cautamente a su alrededor]

SAÍB:

[En voz baja] ¡Chist! ¡Kenric!

KENRIC:

[D.] ¿Qué pasa? ¿Qué te trae...?

SAÍB:

[I.] ¡Callad, y escuchadme! Me habéis salvado la vida; y no quiero ser desagradecido. ¡Mirad esta redoma!

KENRIC:

¡Ah! ¿El conde te ha...?

SAÍB:

Así es: si unas gotas de este licor sazonasen esta noche vuestro vino... ¡no volveríais a beber nunca más! Ahora prestad atención: cuando os ofrezca una copa en la cena, derramadla por accidente. Pues esta noche os daré la vida: aprovechadla para abandonar el castillo; porque sólo hasta mañana osaré desobedecer las órdenes de nuestro señor. Adiós, y huid de Conway. Mi agradecimiento os acompañe.

KENRIC:

¿Es posible? ¿No será todo esto un sueño? ¡Malvado! ¡Malvado! ¡Sí, sí; debo marcharme! ¡Pero tiembla, traidor! ¡Un rayo, del que poco sospechas, se cierne sobre ti y te aplastará! Aún están las llaves en mi poder; Angela será mi compañera de fuga. Mi prisionera también ¡Pero un momento! ¿No podrá el resentimiento... no podrán los dieciséis años de cautiverio de Reginald...? ¡Ah, no! Angela será mi defensora; y agradecida por haber conservado la vida de su padre, podrá, querrá conseguir mi perdón. Y si no lo consigue, al menos arrastraré a Osmond en mi caída, y endulzaré con mi venganza la copa amarga de la muerte.
[Sale, I.]

ESCENA III:

La cámara de cedro, con puertas plegables en el centro, y una gran cama antigua; a un lado está el retrato de una dama; en el otro, el de un guerrero armado. Ambos son de tamaño natural. Tras una pausa, el retrato femenino gira hacia adentro, y el PADRE PHILIP, después de asomarse, avanza con cautela.

PADRE PHILIP:

[*Cierra el panel del decorado. D.*] Hasta aquí he llegado sin peligro, aunque no sin dificultad. No está calculado ese estrecho pasadizo para personas de la talla de mi cuerpo. ¡Pero por la Virgen que empiezo a sospechar que el bufón tiene razón! Verdaderamente, me estoy volviendo corpulento. Y ahora, ¿en qué me entretendré? Siendo pecador como soy, ¿por qué me he olvidado de la botella de vino? El tiempo se me va a hacer tedioso hasta que llegue Angela. Y para acabarlo de arreglar, tengo ahí el oratorio encantado. ¿Y si se me aparece el espectro? ¡Santa Brígida bendita! ¡Tendría que enfrentarme cara a cara con él! Pero es ridículo este temor: apenas son las ocho, y vuestros fantasmas salen siempre a altas horas. De todos modos, no me gusta la idea de estar tan cerca de su vecindad. Si Alice dice la verdad, la aparición habita al otro lado de esa puerta. ¡Pero no quiera Dios que lleguemos a conocernos!

OSMOND:

[*Fuera, P. I.*] ¡Eh, Alice! ¡Alice! ¡Venid aquí!

PADRE PHILIP:

¡Por san David, el conde! ¡Desapareceré lo más deprisa que pueda! [*Trata de abrir la puerta D.*]. No encuentro el resorte. El Señor me perdone mis pecados. ¿Dónde puedo esconderme? ¡Ah, en la cama! Es el sitio indicado [*Se arroja en la cama, F.I., y se esconde debajo de las sábanas*]. ¡Dios quiera que no se hunda con mi peso! ¡Porque, compañeros, no quiero pensar el estruendo que armaría! ¡Ahí vienen! [*Se abre la puerta I.*]

[*Entran OSMOND, ANGELA y ALICE*]

OSMOND:

[*Entrando*] Habéis oído mi decisión, señora. No abandonaréis esta cámara hasta que vuestra mano sea mía.

ANGELA:

¡Si ha de ser así, entonces bienvenida sea mi eterna prisión! Pero no será eterna. Mi héroe y ángel de la guarda está en libertad. Pronto su cuerno hará temblar estas torres odiosas, y vuestros grillos se cambiarán en los brazos de Percy.

OSMOND:

¡Tened cuidado, Angela! No oséis, ante mí...

ANGELA:

¿Ante vos? ¡Ante el mundo! ¿Es mi afecto una vergüenza? ¡No! Es mi orgullo;

porque su objeto es digno de él. Mucho antes de conocer a Percy me era querida su fama. Mientras aún le tenía por Edwy el campesino, a menudo me extendí ante él en alabanzas a Northumberland, ¡y le reprendí por hablar con frialdad de nuestro señor! ¡Así que juzgad, conde Osmond, cuán fuertemente he podido sentir el contraste, al llegar aquí! ¿Qué campesino os llama benefactor? ¿Qué mendigo ha tenido el consuelo de vuestra merced? ¿Qué enfermo ha sanado por vuestros cuidados? Vuestro pecho es insensible ante el dolor, vuestro oído es sordo a toda queja, vuestras puertas están cerradas para el pobre y el desdichado. No así las del castillo de Alnwick, que están abiertas como el corazón de su dueño.

OSMOND:

¡Muchacha insolente! ¿Así me hablas en la cara?

ANGELA:

No, no enarquéis las cejas: ¿Debo temblar porque arrugáis el ceño? ¿Debo bajar los ojos porque la ira inflama los vuestros? ¡No! Mal cumpliría eso con la prometida de Northumberland. [*Cruza a la I.*]

OSMOND:

¡Asombroso! ¿Puede ser ésta la dulce, la tímida Angela?

ANGELA:

¿Os admiráis de que el gusano se retuerza cuando lo pisoteáis con tanta crueldad? ¡Oh! No os asombréis: ¡antes de que le arrancasen de mi lado, he estrechado a Percy contra mi pecho, y mi corazón se ha prendido con la chispa de ese fuego que arde inextinguible en el suyo!

ALICE:

¿Os habéis prendido fuego, señora?

OSMOND:

¡Calla tú, vieja arpía! Os he escuchado con calma, Angela; ahora escuchadme vos a mí. Os concedo doce horas para que meditéis vuestra situación; durante ese tiempo, esta cámara será vuestra prisión; y Alice, en cuya lealtad puedo fiar, será vuestra única acompañante. Terminado ese plazo, si persistís en rechazar mi mano, obtendré por fuerza lo que el amor me niega. [*Cruza a I.*] No digáis nada: ¡no quiero oír más! ¡Juro que mañana seréis mía, o será vuestra ruina! ¡Y lluevan maldiciones sobre mí si no mantengo mi juramento! ¡Recordadlo, muchacha orgullosa! ¡Recordadlo, y temblad! [*Sale*]

ANGELA:

¿Que tiemble ha dicho? ¡Ay! ¡Qué rápido se va el valor de que he hecho alarde! Sin embargo, no desesperaré; hay un poder en el cielo, y está Percy en la tierra: en ellos confiaré para salvarme.

ALICE:

El primero puede, señora. En cuanto al segundo, de nada valdrá que fiéis en él. Si

queréis mi consejo, deberíais aceptar la oferta de mi señor: ¿Qué importa que el nombre del hombre sea Osmond o Percy? Un conde es un conde, al fin y al cabo; aunque puede que uno sea algo más rico que el otro...

ANGELA:

¡Oh! ¡Callad, Alice! No ayudéis a los designios de mi tirano, sino aconsejadme cómo contrarrestarlos: tenéis influencia en el castillo: ayudadme a escapar.

ALICE:

¿Que os ayude a escapar? ¡Ni por el mejor vestido del ropero de vuestra señoría! Tiemblo sólo de pensar en la furia de mi señor. Y además: aunque quisiera, no puedo. Las llaves las guarda Kenric. No hay posibilidad de abandonar el castillo sin su conocimiento; y si el conde amenaza con emplear la fuerza contra vos... ¡Ay, géminis! ¿qué empleará conmigo, señora?

ANGELA:

¿Que amenaza, Alice? ¡Pues yo desprecio sus amenazas! ¡Antes de que mi pecho sirva de almohada a la cabeza de Osmond, hundiré en él este puñal!

ALICE:

¡Santos padres! ¡Una daga!

ANGELA:

Hace un momento, mientras vagaba por la sala de armas, ha atraído mi atención su puño reluciente. ¡Mirad, Alice! Lleva el nombre de Osmond; y la punta...

ALICE:

¡Está manchada de sangre! ¡Apartadla, señora! ¡Apartadla! ¡No puedo ver sangre sin desmayarme!

ANGELA:

[*Alzando la daga*] Esta arma puede prestarme un buen servicio. Pero ¡ay!, ¿qué servicio habrá prestado ya a Osmond? ¡Quizá es el mismo puñal que bebió la sangre de su hermano o el que traspasó el hermoso pecho de Evelina! ¿No habéis dicho, Alice, que es ése su retrato?

ALICE:

Eso he dicho; y el parecido se considera excelente.

ANGELA:

¡Qué hermosa! ¡Qué divina!

ALICE:

[*Después de cerrar las puertas plegables*] ¡Ah, fue un día triste para mí, cuando supe de la muerte de mi querida señora! Mirad esa cama: era la suya. ¡Cuántas veces la contemplé mientras dormía en ella! ¡Y cómo parecía un ángel dormido! Recuerdo que, poco después que el conde Reginald... ¡Oh, Dios mío! ¿No ha movido alguien las cortinas?

ANGELA:

¡No seáis ridícula! Ha sido el viento.

ALICE:

¡Confieso que me ha hecho temblar! Bueno, pues como iba diciendo, recuerdo que, justo después que el conde Reginald saliera para las guerras de Escocia, al entrar en su aposento una mañana, la oí sollozar desconsoladamente. Conque me acerqué a la cama, más o menos así, y dije, con una breve reverencia: «Mi señora, ¿no os encontráis bien?» Y al oírme, se incorporó lentamente de la colcha y, dirigiéndome una lúgubre mirada... [*Aquí, sin que se percate ANGELA, que está mirando el retrato de REGINALD, el PADRE PHILIP levanta la cabeza y profiere un hondo quejido*].

ALICE:

¡El diablo! ¡El diablo! [*Sale. P.D.*]

ANGELA:

[*Volviéndose*] ¿Qué ocurre? [*El PADRE PHILIP se levanta; la cama se hunde bajo su peso, y él rueda a los pies de ANGELA*]. ¡Dios mío! ¡Un hombre escondido! [*Intenta cruzar por delante de él, pero éste la retiene por el vestido*].

PADRE PHILIP:

¡Deteneos, hija, deteneos! Si corréis, no podré daros alcance.

ANGELA:

¡Qué sorpresa! ¡El padre Philip!

PADRE PHILIP:

El mismo; y en este momento, el mejor amigo que podéis tener en el mundo. Hija, he venido a salvaros.

ANGELA:

¿A salvarme? ¡Hablad! ¡Proseguid!

PADRE PHILIP:

Observad este cuadro: oculta un resorte cuyo secreto desconoce todo el castillo menos yo. Presionándolo, gira el panel, y da acceso a un pasadizo que conduce a la sala de mármol. De allí tenemos que pasar al vestíbulo abovedado donde hay oculta una puerta parecida a ésta; y después de recorrer los pasadizos de un laberinto subterráneo, nos encontraremos fuera de las murallas, a salvo.

ANGELA:

¡Oh, dignísimo, dignísimo padre! ¡Rápido, démonos prisa! ¡No perdamos un momento!

PADRE PHILIP:

¡Alto! ¡Alto! No tan deprisa. Olvidáis que entre la gran sala y el vestíbulo debemos cruzar muchas cámaras concurridas a estas horas. Aguardad a que los habitantes del castillo se hayan retirado a dormir. Esperadme sin falta a la una.

ANGELA:

Esperad un momento. Decidme, ¿acaso Percy...?

PADRE PHILIP:

Le he avisado que esta noche os devolveré la libertad, y os espera en la cabaña del pescador. Así que hasta luego, hermosa hija.

[Sale el PADRE PHILIP por el panel móvil, y cierra tras él]

ANGELA:

¡Adiós, buen fraile, hasta la una! Esto es obra tuya, Padre Justo. Acepta mi gratitud. Sí, Percy: estaremos juntos otra vez, para no volver a separarnos más. Se harán realidad nuestros sueños esos sueños amables, dorados, que flotaban ante nosotros en la cabaña feliz de Allan. No debo esperaros, fraile, antes de la una. Hasta esa hora, permaneceré de rodillas a los pies de aquel santo; desgranaré mi rosario, y rezaré por que llegue la madrugada.

[Se arrodilla]

[Música suave, mientras baja lentamente el telón]

FIN DEL ACTO III

ACTO IV

ESCENA I:

La gran sala del castillo. Las lámparas están encendidas

Entra el PADRE PHILIP, [D.]

PADRE PHILIP:

Son cerca de las doce, y el conde se ha retirado ya a descansar. ¿Y si me diera una vuelta ahora por el aposento de la señora? ¡Atención! ¡Oigo ruido de pasos!

Entra ALICE, [I.]

PADRE PHILIP:

¿Cómo, Alice, sois vos?

ALICE:

¡Así es! ¡Al fin os encuentro, padre! ¡Hace cuatro horas que os estoy buscando!
¡Oh, me he llevado tal susto al veros que aún me maravilla que conserve mis cinco sentidos.

PADRE PHILIP:

Y yo los míos; y os aseguro que no lo merecen. Pero decidme, ¿qué os ha alarmado así? Apuesto a que habéis tomado por un espectro alguna vieja capa colgada en la pared, o habéis descubierto al diablo en forma de gato.

ALICE:

[*Mirando aterrada a su alrededor*] ¡Por el amor de Dios, padre, no me nombréis al diablo! Y si debéis hablar de él, mencionad a ese caballero con la debida deferencia. Por mi parte, os aseguro que siempre le he tenido gran respeto, y si me oye, espero que así lo reconozca; porque desde luego ronda por este castillo con la figura de mi señora.

PADRE PHILIP:

¡Con la figura de la sandez! No me habléis de vuestras...

ALICE:

¡Padre, os doy palabra de virgen que esta misma noche le he visto en la cama de lady Angela!

PADRE PHILIP:

¿En la cama de lady Angela? ¡Por mi vida que el diablo tiene un gusto excelente! ¡Pero, Alice! ¿Cómo osáis corretear por la casa a estas horas de la noche, propagando tan abominables falsedades? Un consuelo es que no os crea nadie. La virtud de lady Angela es bien conocida, y estoy seguro de que no consentiría que el demonio pusiese una sola zarpa en su lecho ni por todo el universo.

ALICE:

¡Demasiado aprisa vais, por Dios! ¡Ella no estaba en la cama!

PADRE PHILIP:

¡Ah!, ¿de veras?

ALICE:

Por supuesto: pero os contaré cómo ha sido. Nos hallábamos las dos en la cámara de cedro; y estábamos hablando de esto y lo otro, cuando de repente lady Angela profiere un gran grito. Me vuelvo, y ¿qué diréis que veo? ¡Una figura alta, toda de blanco, tendida sobre la cama! En ese mismo instante oigo una voz como de la condesa Evelina que dice en tono sepulcral: «¡Alice! ¡Alice! ¡Alice!»; tres veces. ¡Os aseguro que me he llevado un buen susto. He echado a correr al instante; y justo cuando salía por la puerta, he oído el estallido de un trueno.

PADRE PHILIP:

¡Bien hecho, Alice! Muy buena, esa historia; palabra. Sólo tiene un defecto: que no es cierta.

ALICE:

Por mi vida, padre. ¿Cómo podría convencerlos? Por supuesto, lo sé mejor que vos; porque yo estaba allí, y vos no. Lo repito: he oído la voz tan claramente como oigo la vuestra; ¿creéis acaso que no tengo oído?

PADRE PHILIP:

¡Ah!, lejos de eso: creo que lo tenéis extraordinariamente bueno; porque no sólo oís lo que se dice, sino también lo que no se dice. En cuanto a vuestra extraordinaria historia, Alice, no creo una sola palabra, y juro que esa voz no era la de vuestra señora sino la mía, y que no era el diablo el que estaba en la cama sino yo. Por tanto, seguid mi consejo: sosegad vuestro corazón, y recogeos tranquilamente a vuestro aposento, como yo me recojo al mío. Buenas noches. [Sale, I.]

ALICE:

¡Vaya! ¡Se ha ido! ¡Corazón! ¡Corazón! ¿Qué voy a hacer ahora? Son las doce pasadas, y no me atrevo a quedarme sola. Despertaré a la lavandera y haré que me haga compañía en mi aposento toda la noche. Milagro será si no pueden dos mujeres con el mejor diablo de la cristiandad. [Sale, D.]

Entran SAÍB y HASSÁN, [I.]

SAÍB:

¡Así que el conde me ha perdonado! Un momento más, y su perdón me habría llegado demasiado tarde. Si no llega Kenric a sujetarle la mano, a estas horas estaría yo cenando con san Pedro.

HASSÁN:

Tu insensatez merecía esa recompensa. Conociendo el carácter arrebatado del conde, debías haberle evitado hasta que se le hubiese pasado la primera explosión de furia, y las circunstancias hubiesen hecho otra vez necesarios tus servicios. Entonces la ira habría armado inútilmente su mano; porque el interés, que es el dios del hombre blanco, habría embotado la punta de su daga.

SAÍB:

Yo confiaba en que la gratitud por mis pasados servicios...

HASSÁN:

¿La gratitud europea? ¡Busca la constancia en los vientos, el fuego en el hielo, la oscuridad en un rayo de sol! ¡Pero no busques gratitud en el pecho de un europeo!

SAÍB:

Entonces, ¿por qué estás tan ligado a Osmond? ¿Por qué le consideras tanto?

HASSÁN:

No por sus virtudes, sino por sus vicios, Saíb; ¿puede haber para mí mayor motivo para quererle? ¿No estoy marcado por el desprecio? ¿No estoy estigmatizado por el deshonor? ¿No era yo libre, y soy ahora esclavo? ¿No amé una vez, y soy ahora menospreciado? ¿Qué hombre, si le ofreciese mi servicio, aceptaría la amistad de un negro? ¿Qué mujer, si le hablase de amor, no volvería la espalda con asco a un negro? Sin embargo, en mi tierra, era buscada mi amistad, y correspondido mi amor. Yo tenía padres, hijos, ¡esposa! ¡Amargo pensamiento en una hora en que todo se ha perdido para mí! ¿Puedo recordar eso, y no odiar a estos hombres blancos? ¿Puedo pensar en las crueles injusticias que me han infligido, y no alegrarme cuando los veo sufrir? ¿Ligado a Osmond, dices? ¡Saíb, lo odio! Sin embargo, viéndole como un demonio vengador enviado para torturar a sus semejantes, ¡me alegra ver que cumple su oficio tan bien! ¡Ah, es un pensamiento que no cambiaría por un imperio, saber que en este mundo hace sufrir a otros, y que por esas torturas sufrirá él en el siguiente!

SAÍB:

[I.] Hassán, no quiero volver a dormir en la guarida del león. Mi decisión está tomada: abandonaré este castillo, y buscaré en algún otro servicio, esa seguridad...

OSMOND:

[Dentro, P.C.] ¡Eh! ¡A mí! ¡Socorro! ¡Traed luces! ¡Luces!

HASSÁN:

¡Escucha! ¡Sin duda ha sido el conde!

Entra OSMOND violentamente. [P.C.]

OSMOND:

¡Salvadme! ¡Salvadme! ¡Están ahí! ¡Ah, no los dejéis entrar!

[Se arroja a los brazos de SAÍB]

SAÍB:

[I.] ¿Qué significará esto? ¡Cómo tiembla!

HASSÁN:

[D.] ¡Hablad, mi señor! ¿No nos conocéis?

OSMOND:

[Recobrándose] ¡Ah! ¿De quién es esa voz? ¿Es de Hassán? ¿Está aquí también Saíb? Entonces, ¿ha sido todo sólo un sueño? ¿No he oído esas espantosas palabras de condenación? Sin embargo, aún resuenan en mi oído. ¡Hassán! ¡Hassán! La muerte, en las llamas o en el potro, ¡ha de ser una bendición comparada con lo que he sufrido esta noche!

HASSÁN:

Sosegaos, mi señor. ¿Acaso puede un mero sueño acobardaros así?

OSMOND:

¿Un mero sueño dices? ¡Hassán, ha sido una espantosa pesadilla! Si tales sueños atormentasen a mi más encarnizado enemigo, no le desearía castigo más severo. ¿No notas acaso cómo los escalofríos del miedo hacen todavía que me tiemblen los brazos y las piernas? ¿No tengo dilatados los ojos como si aún contemplase un espectro? ¿No están convulsos mis labios como si los apretasen los labios de la corrupción? ¡Ha sido una visión capaz de hacer palidecer para siempre la sonrosada mejilla del gozo, y cubrir con la nieve de los años los rizos castaños de la juventud! ¡Atended, compañeros! ¡Instrumentos de mi culpa, oíd mi castigo! ¡Me parecía vagar por toscas cavernas donde descansaban los restos de mis antepasados! ¡De repente, una figura femenina avanzaba en silencio por la cripta; ¡era Angela! Me sonreía, y me hacía señas de que me acercase. Corrí a ella, con los brazos ya abiertos para estrecharla, cuando de repente su figura experimentó un cambio: ¡palideció su rostro, y de su pecho brotó un chorro de sangre! ¡Hassán, era Evelina!

SAÍB y HASSÁN:

¡Evelina!

OSMOND:

¡Tal como cuando se desplomó a mis pies agonizante, mientras mi mano sostenía aún la daga enrojecida con su sangre! «¡Volvemos a encontrarnos esta noche! — ha murmurado en voz baja—; ¡pero mira antes lo que mi hiciste! ¡Abrázame, esposo mío! ¡No volveremos a separarnos nunca más!» Y mientras hablaba, su

cuerpo se iba arrugando: la carne se le desprendía de los huesos; los ojos le saltaban de las cuencas; ¡un esqueleto flaco y horrendo me estrechaba con sus brazos descarnados!

SAÍB:

¡Qué espantoso!

OSMOND:

A continuación, unas llamas azules y lúgubres iluminaban los muros; se abrían las tumbas; a mi alrededor giraban huestes de espectros en frenética danza; rechinaban furiosamente los dientes, mirándome, y gritaban con voz estridente: «¡Bienvenido, fratricida! ¡Bienvenido, condenado para siempre!». El horror ha roto las ataduras del sueño; enloquecido, he echado a correr hacia aquí. Pero las palabras son demasiado débiles, demasiado impotentes, para expresar lo que siento. [*Cruza a la I.*]

SAÍB:

[C.] ¡Mi señor! ¡Mi señor! ¡No ha sido un sueño vano! Es un aviso del cielo; ha sido vuestro ángel de la guarda, que os ha susurrado: «¡Osmond, arrepentíos de vuestros antiguos crímenes! ¡No cometáis otros nuevos!». Recordad que esta noche Kenric debía...

OSMOND:

¿Kenric? ¡Ah, habla! ¿Se ha bebido el veneno?

SAÍB:

Obedeciendo vuestras órdenes, le he presentado la cena; pero antes de llegar la copa a sus labios, su perro favorito ha saltado a sus brazos, y se le ha caído el licor al suelo sin probarlo.

OSMOND:

¡Alabado sea el cielo! ¡Entonces pesa un crimen menos sobre mi alma! Kenric vivirá, buen Saíb. ¿Qué importa si me abandona y traiciona mis secretos? Pruebas no puede aportar ninguna contra mí, y no será creída su sola declaración. En el peor de los casos, si es que fuera creída su historia, mucho antes que Percy pueda arrebatármela, Angela será mía [*cruza al C.*]. Hassán, a tu cargo dejo la custodia de mi amada. Ven volando a mí si oyes acercarse pasos sospechosos a la puerta de esa cámara. Voy a acostarme otra vez. Sígueme, Saíb, y vela mi sueño. Y si vieses mis miembros convulsos, mis dientes apretados, mi pelo erizado y frías gotas de sudor temblándome en la frente, cógeme, levántame, ¡arráncame de la cama! No debo soñar otra vez, ¡Ah, cómo te odio, sueño! Amigo de la virtud, ¡cómo detesto tu llegada! [*Sale con SAÍB, P.C.*]

HASSÁN:

¡Sí: eres dulce, venganza! ¡Cómo disfruto cuando sufre el hombre blanco! ¡Sin embargo, sus angustias son pequeñas comparadas con las que yo sentí cuando me arrancaron de tus costas, mi África natal!, ¡de tu pecho, mi fiel Samba! ¡Pido al

cielo que me olvide de mí mismo, si llego a olvidar mis agravios! ¡Ojalá me odies tú a mí, Dios de mis mayores, si dejo de odiar a estos cristianos! ¡Ah! ¿De dónde viene esa luz? ¡Un hombre va allá con una lámpara! ¡Qué cauteloso camina! Hay que vigilarlo. Esta columna oportuna me ocultará de su vista. ¡Silencio! Ahí viene. [*Se retira, S.S.*]

Entra KENRIC sigilosamente con una lámpara D.

KENRIC:

¡Todo está en silencio! El castillo parece sumido en el sueño. ¡Vayamos, pues, en busca de Angela! [*Sale, D.*]

HASSÁN:

[*Sale*] ¡Era Kenric! Aún va por allá Ahora se detiene: ¡Está ante la puerta de Angela! ¡La abre! ¡Entra! Entonces hay que avisar al conde: ¡Cristiano, no tardaremos en volver a ver! [*Sale, P.C.*]

ESCENA II:

Aposento de ANGELA

ANGELA se halla de pie junto a la ventana, que está abierta. A través de ella se ve la luna.

ANGELA:

¿Acaso no acabará nunca esta hora lenta y tediosa? ¡Lo menos ha transcurrido un siglo desde que se marchó el fraile, y la campana aún no ha dado la una! ¡Atención! Estoy segura de haber oído ¡Alguien ha metido una llave en la cerradura! ¡Oh! ¡Si fuera el conde! ¡Si no se retirase antes de que llegue el monje! ¡Se abre la puerta! ¡Cómo! ¿Kenric aquí? Hablad, ¿Qué queréis?

Entra KENRIC [P.I.]

KENRIC:

¡Bajad la voz, señora! Si nos oyen, estoy perdido... y vuestro destino está unido al mío. [*Pone la lámpara sobre la mesa*]

ANGELA:

¿Qué significa este misterio? Esta visita a media noche...

KENRIC:

Es la visita de un amigo, ¡de un penitente! Señora, debo huir de este castillo. Las llaves están en mi poder; os haré mi compañera de fuga, y os pondré sana y salva en manos de Percy. Pero antes de partir, [arrodillándose] decidme, señora: ¿intercederéis en mi favor ante alguien que sólo por mi causa lleva dieciséis años sufriendo penoso cautiverio?

ANGELA:

Levantaos, Kenric; no os comprendo. ¿De qué cautivo me habláis?

KENRIC:

De uno a quien he infligido gran daño, y que es muy caro para vos. Escuchad mi extraña historia, señora. Yo me he criado con Osmond; fui el compañero de sus placeres, y el confidente de sus cuidados. Éstos últimos provenían únicamente de su hermano mayor, cuyos derechos de primogenitura codiciaba, y cuya superioridad envidiaba. Sin embargo, no se hizo evidente su aversión hasta que Evelina Neville, después de rechazarle, concedió su mano y su corazón a Reginald. Entonces la pasión de Osmond rebasó todos los límites. Resolvió asesinar a su hermano a su regreso de las guerras de Escocia, apoderarse de la dama y adueñarse de su persona por la fuerza. Me participó esta intriga: me halagó, me amenazó, me hizo promesas ¡y yo me rendí a su seducción!

ANGELA:

¡Desdichado!

KENRIC:

No me condenéis sin haberme oído. Es cierto que seguí a Osmond al lugar de la emboscada, pero ninguna sangre bañó mi mano ese día. Fue la mano del conde, cuya espada derribó al suelo a Reginald; fue la del conde, cuya daga se alzó para consumir su crimen, cuando Evelina se arrojó sobre el cuerpo de su esposo y recibió el arma en el suyo.

ANGELA:

¡Horror! ¡Horror!

KENRIC:

Frustradas sus esperanzas por este accidente, la idea de Osmond se convirtió en locura. Dio orden de matar, y los pocos sirvientes de Reginald fueron inmediatamente pasados a cuchillo. Mis súplicas y consideraciones sólo pudieron salvar de su ira a su pequeña sobrina, cuyo cuello había mordido ya su puñal. Angela, aún lleváis esa cicatriz.

ANGELA:

¿Yo? ¡Dios Todopoderoso!

KENRIC:

Señora, cuanto digo es verdad. Escondí en la cabaña de Allan a la heredera de

Conway: allí estabais destinada a consumiros en la oscuridad; hasta que, alarmado por la información de sus espías de que Percy os amaba, me obligó a reclamaros de Allan, y decidió, haciéndoos su esposa, arrogarse un derecho legal sobre estos dominios.

ANGELA:

¡El monstruo! ¡Oh, mi buen Kenric! ¿Y os arrodilláis para pedirme perdón? ¿Vos, a quien debo mi vida? ¿A quien...?

KENRIC:

¡Esperad! ¡Esperad...! Señora, ¡qué poco merezco vuestro agradecimiento! ¡Escuchad antes! ¡Escuchad! Yo fui el último en abandonar el escenario de la matanza. Me iba a retirar con tristeza, cuando me llegó al oído un gemido débil. Salté del caballo, y puse una mano sobre el corazón de Reginald; ¡aún latía!

[Aquí aparece OSMOND por la puerta, hace sena a SAÍB de que se retire, y avanza sin ser visto]

ANGELA:

¡Latía! ¡Latía! ¡Cruel, y vuestra daga...!

KENRIC:

¡Ah, ésa habría sido una acción misericordiosa! No, señora; se me ocurrió que mi influencia sobre Osmond sería grande si tenía a su hermano en mi poder; y esta reflexión me decidió a conservarle. Tras arrojar los demás cuerpos a las aguas del Conway, subí el del conde, sangrando, delante de mí, sobre mi caballo, y lo llevé inconsciente a un lugar retirado, escondido de todos salvo de mí. Allí atendí cuidadosamente sus heridas, y logré salvarle. Señora, Reginald está todavía con vida.

[Aquí OSMOND, con expresión furiosa, saca la daga y se dispone a matar a KENRIC. Tras un instante de reflexión, contiene su mano, y devuelve el arma a su vaina]

ANGELA:

¿Que está todavía con vida decís? ¿Que mi padre está todavía con vida?

KENRIC:

Así es; si puede llamarse vida a tan desdichada existencia. Mientras seguía desvanecido, lo encadené a la pared de su mazmorra; y tan pronto como sus heridas sanaron, no volví a entrar en su prisión. ¡Señora, han pasado casi dieciséis años desde la última vez que sonó en los oídos de Reginald una voz humana!

ANGELA:

¡Ay! ¡Ay!

KENRIC:

Pero se acerca la hora de su liberación: esta noche he descubierto que Osmond

pretende terminar con mi vida, y he resuelto ponerme bajo vuestro amparo. Así que decidme, señora: ¿intercederéis por mí ante vuestro padre? ¿Creéis que podrá perdonar al causante de sus sufrimientos?

ANGELA:

Kenric, habéis sido culpable... cruel; pero devolvedme a mi padre, ayudadnos a escapar, y todo se os perdonará y será olvidado.

KENRIC:

Entonces seguidme en silencio; yo os guiaré a la mazmorra de Reginald. Esta llave abre las puertas del castillo; y antes de que cante el gallo, estaréis a salvo y en brazos de Percy... [*Aquí sus ojos descubren a OSMOND, que se ha interpuesto entre él y ANGELA. ANGELA grita y se derrumba en una silla.*]
¡Horror! ¡El conde! ¡Estoy perdida para siempre!

OSMOND:

¡Miserable! ¡Aquí!

Entran SAÍB, HASSÁN y MULEY, [S.S.I.]

OSMOND:

¡Prended a este traidor! ¡Encerradlo en la torre oeste!

ANGELA:

[*Se levanta violentamente de la silla*] Pero una cosa más, Kenric: ¿dónde está mi padre? ¿En qué lugar está escondido?

OSMOND:

¡No dejéis que hable! ¡Lleváoslo!

[KENRIC es sacado a la fuerza por los africanos, P.I.]

OSMOND:

[*Se pasea por el escenario con aire furioso, mientras ANGELA le observa con terror; por último se detiene, y se dirige a ella*] ¡No reprimáis vuestras maldiciones! ¿Por qué permanecen callados vuestros labios mientras hablan vuestros ojos? ¿No está escrito en cada uno de vuestros rasgos «¡Venganza! ¡Justicia al asesinato de mi madre!»? Pero óyeme bien, Angela: comparados con los que no van a tardar en ser los tuyos, esos títulos resultan hermosos y dulces. ¿Conoces la palabra parricida, Angela? ¿Tienes idea de los remordimientos del que ha derramado la sangre de un padre? Pues éstos serán los tuyos mañana. Ese cautivo desde hace tanto tiempo, ese padre recién hallado...

ANGELA:

¿Vuestro hermano, Osmond? ¿Vuestro hermano? Sin duda no podéis, no querréis...

OSMOND:

¿Aún dudas que pueda, y quiera? ¡Recuerda lo que ha contado Kenric! Y sabe

que, aunque falló el primer golpe, ¡el segundo llegará más hondo! Pero ¿de quién va a recibir Reginald ese segundo? No de su hermano rival, no de su enemigo inveterado... ¡sino de su hija, de su hija insensible! ¡De ella que, negándome su mano, pondrá una daga en la mía; de ella que, diciéndome su voz que me odia, me ordena hundir esa daga en el corazón de su padre!

ANGELA:

¡Hombre! ¡Hombre! ¡No me arrojéis a la locura!

OSMOND:

Luego, imagínalo tendido en una mazmorra oscura y solitaria, retorciéndose en las angustias de la muerte, con los miembros dislocados, los ojos desencajados, el alma cargada de crímenes, y maldiciendo con su último aliento a su hija desnaturalizada, ¡que podía haberle salvado pero no ha querido!

ANGELA:

¡Horror! ¡Horror!

OSMOND:

¿Debe morir Reginald, o ser mía Angela?

ANGELA:

¿Tuya? ¡Antes morir!

OSMOND:

Entonces, has pronunciado su sentencia: ¡caiga su sangre sobre tu cabeza! ¡Adiós!

ANGELA:

[*Deteniéndole, y arrojándose a sus pies*] ¡Esperad! ¡Esperad! ¡Mirad con compasión a un ser al que vuestra crueldad ha puesto de rodillas en el suelo, cuyo corazón casi habéis desgarrado, cuyo cerebro habéis trastornado! ¡Piedad, Osmond! ¡Oh, piedad! ¡Piedad!

OSMOND:

¡Hermosa, hermosa suplicante! ¿Por qué debo consentir sin más lo que la fuerza puede darme en este instante? Y así lo voy a tomar, por tanto... [*Intenta estrecharla en sus brazos; ella se levanta súbitamente del suelo, y saca la daga con expresión alocada*]

ANGELA:

¡Atrás! ¡No os acerquéis! No os atreváis a tocarme, o este puñal...

OSMOND:

¡Pequeña loca! Bastará que diga una sola palabra, y al punto quedarás desarmada [*Al intentar cogerle la daga, sus ojos reparan en el puño, y retrocede con horror*]. Por todos los demonios, el puñal que...

ANGELA:

[*En tono triunfal*] ¡Ah! ¿Me has descubierto, malvado? ¿Sabes, entonces, qué arma es ésta? ¿Sabes de quién es la sangre que tiene incrustada en la punta?

¡Asesino, esa sangre manó del pecho de mi madre!

OSMOND:

¡Aquí! ¡Socorro! [*Entran HASSÁN y ALARIC*] ¡Ah, Dios mío! [*Cae desvanecido en brazos de ellos, y lo se lo llevan de la cámara. La puerta se cierra tras ellos*]

ANGELA:

¡Se desmaya! ¡Ojalá que ese malvado cargue mucho tiempo tus cadenas, olvido! ¡Ojalá pase mucho tiempo, antes de que despierte para cometer nuevos crímenes! [*Permanece unos momentos postrada en el suelo, sumida en mudo dolor. La campana del castillo da la «una». Se levanta*] ¡La campana! Es la hora concertada por el monje. Ya no tardará. ¿Qué ha sido eso? Me ha parecido oír una música. ¡Como si alguien hubiera pulsado unas cuerdas de guitarra! Debo de haberme equivocado. Sólo ha sido mi imaginación [*Suena dentro una voz quejumbrosa acompañada de una guitarra*].

«¡Arrorró! ¡Arrorró! ¡Duérmete, vida mía,
Que tu padre está en camino y no tardará!»

ANGELA:

¡Cielos! ¡Las mismas palabras que Alice... ¡La puerta, también! ¡Se mueve, se abre! ¡Protégeme, ángel de la guarda!

[Se abren las puertas plegables y se ve el oratorio iluminado. En su centro está una alta figura femenina con flotantes vestiduras blancas salpicadas de sangre. Lleva el velo echado hacia atrás, y revela un semblante pálido y melancólico: sus ojos miran hacia arriba, tiene los brazos extendidos hacia el cielo, y sobre su pecho se ve una gran herida. ANGELA cae de rodillas, con la mirada clavada en la figura, que por unos momentos permanece inmóvil. Finalmente, el espectro avanza lentamente mientras eleva una tonada suave y quejumbrosa: se detiene ante el retrato de REGINALD y lo mira en silencio. Luego se vuelve, se acerca a ANGELA, parece murmurar una bendición sobre ella, señala el retrato y se retira al oratorio. Cesa la música. ANGELA se levanta con expresión alterada, y sigue a la visión, tendiendo los brazos hacia ella. El ESPECTRO agita la mano como despidiéndose. En ese instante se oyen las notas del órgano; un coro de voces femeninas canta «Alegraos». Un resplandor ilumina el oratorio, y las puertas plegables se cierran con un golpe cavernoso. ANGELA cae desvanecida al suelo].

FIN DEL ACTO IV

ACTO V

ESCENA I:

Una vista del castillo de Conway, a la luz de la luna

[El escenario está casi a oscuras]

Entran ALLAN y MOTLEY [I.]

ALLAN:

[D.] Pero si hubiera fracasado el plan del fraile...

MOTLEY:

¿Fracasar? Y un cuerno. Un plan confeccionado con tan buenos ingredientes no podía por menos de salir bien. ¡Uf! Quisiera encontrarme otra vez sentado junto a la chimenea del pescador: el viento es despiadadamente frío y penetrante.

ALLAN:

Qué vergüenza, Gilbert; ¿no está mi señor expuesto igualmente a sus rigores?

MOTLEY:

Pero la llama de su pecho le da calor; y el amor, en una noche fría, cubre mejor que una manta; y dado que no es ése mi caso, el actual objeto de mis deseos es un animado fuego de leña, y Venus me parecería menos bella que un humeante ponche de vino. ¡Ah, cuando yo estaba enamorado hacía las cosas mucho mejor: siempre pelaba la pava junto al fuego, y me las arreglaba para que mis galanteos fueran siempre a la hora de cenar: ¡cómo llenaba entonces el oído de mi amada con palabras melosas, mientras ella llenaba mi escudilla de asada! ¡Qué figuras y tropos me salían entonces de la boca! ¡Y qué bocados y golosinas me entraban! Habríaís disfrutado, oyéndome hablar y viéndome comer; y no os habría sido fácil decidir qué tenía más, si ingenio o apetito.

ALLAN:

¿Y quién era el objeto de esa pasión voraz?

MOTLEY:

Una persona bien dotada para embelesarme el corazón y el estómago; una dama de grandes méritos que hizo al padre del conde Percy el honor de supervisar sus

intereses culinarios. Tenía yo quince años apenas, cuando encendió la llama de mi corazón, a la vez que encendía el fuego de la cocina. A partir de aquel momento no pensé más que en ella; me pasaba las mañanas componiendo poemas a su belleza, y las noches recitándoselos al oído; porque la naturaleza había negado a la hermosa criatura y a mí la facultad de leer y escribir.

ALLAN:

Tendríais éxito, supongo.

MOTLEY:

Claro; consintió al final en ser mía cuando, ¡ah, fortuna cruel!, al tomar una noche un vaso de más... pobre criatura, no se volvió a recuperar. Lloré su pérdida, y compuse una elegía a ese propósito que muchas personas de gran discernimiento juzgaron no exenta totalmente de gusto y sublimidad. Empezaba así:

«Cocido al carbón sea el pastel.

Arded, asado, arded.

Marmita, hervid; asador, no deis más vueltas,

Que Cenicienta muerta»...

ALLAN:

Ahí viene el conde.

MOTLEY:

En verdad, mi señor, que os arriesgáis a acercaros demasiado al castillo; si cayeseis en poder de Osmond por segunda vez, vuestro próximo salto podría ser a un mundo mejor.

PERCY:

No hay peligro, Gilbert; mis seguidores no están lejos, y se unirán a mí en cuanto yo dé la orden. No seré yo, entonces, el que deba temer.

MOTLEY:

No faltaba más. Pero permitidme que tema por mí: estamos a un tiro de flecha del castillo; los arqueros podrían juzgar oportuno divertirnos con una prueba de su habilidad, y si sintiera vibrar una flecha en mi molleja, probablemente me produciría más sorpresa que placer. Mi buen señor, volvamos a la cabaña del pescador.

PERCY:

Tal vez sea prudente vuestro consejo, Gilbert; pero no puedo seguirlo: ¿No veis nada junto a aquella torre?

MOTLEY:

Sí, por supuesto. Dos personas vienen en esta dirección; pero no pueden ser nuestros amigos, porque no observo ni las faldas de la dama ni la barriga del monje

PERCY:

Sin embargo, hacia aquí vienen, aunque despacio: uno de ellos se apoya en su compañero, y parece andar con dificultad. Retirémonos a observarles.

MOTLEY:

Andando, señor: os piso los talones. [*Se retiran, S.S.D.*]

Entra SAÍB conduciendo a KENRIC [I.]

SAÍB:

¡No, resistid un poco más! Estamos cerca ya de la cabaña del pescador.

KENRIC:

¡Buen Saíb, necesito detenerme! Debilitado por las torturas de Osmond, mis piernas se niegan a sostenerme más. Deja que descanse aquí; después, corre a Percy, guíale a la mazmorra, y dile que salve al padre de Angela antes de que sea demasiado tarde.

PERCY:

[*A MOTLEY*] ¿Eh, habéis oído?

SAÍB:

¡Pero dejaros, así solo...!

KENRIC:

¡No os preocupéis por mí! Pensad que de estos instantes dependen nuestra salvación, la libertad de Angela... ¡y la vida de Reginald! Corred, pues; ¡corred a buscar a Percy!

PERCY y MOTLEY se acercan a KENRIC y a SAÍB

PERCY:

¿Ha dicho Reginald? ¡Hablad otra vez, forastero! ¿Qué pasa con Reginald?

SAÍB:

¡Ah, mirad, Kenric: es el propio Percy!

PERCY y MOTLEY:

¡Cómo! ¿Kenric?

KENRIC:

[*Cayendo a los pies de PERCY*] ¡Sí, el culpable, el penitente Kenric! ¡Ah, sin duda es el Cielo quien os envía! Sabed, conde Percy, que Reginald vive, y que Angela es su hija.

PERCY:

¡Qué me decís! ¿Y lo sabe Osmond?

KENRIC:

Hace apenas dos horas que ha sorprendido el secreto. Las torturas me han forzado a confesar dónde está oculto Reginald, y ahora se halla en poder de su hermano. ¡Así que corred en su ayuda! ¡Ay! ¡Quizá en este instante se ha consumado su

destrucción! Quizá, ahora mismo, la daga de Osmond

PERCY:

¡A mí! ¡Allan! ¡Harold!

Entran ALLAN, EDRIC, HAROLD y soldados, [D.]

PERCY:

Amigos, ¿puedo confiar en vuestra ayuda?

HAROLD:

¡Mientras nos quede aliento, estaremos todos con vos!

SOLDADOS:

¡Todos! ¡Todos!

PERCY:

Seguidme, entonces. ¡Adelante!

KENRIC:

¡Esperad un momento! Percy, he confiado a este amigo agradecido una llave maestra que al punto os abrirá el castillo, ¡y le he revelado el lugar secreto donde está Reginald! Llévadle de guía, y apresuraos... ¡Oh, estos dolores!

[Se desmaya; le sostienen ALLAN y KENRIC]

PERCY:

¡Mirad, se desmaya! ¡Llévadle a vuestra cabaña, Edric, y atended sus heridas. [A SAÍB]: Ahora adelante, mi buen compañero, ¡y deprisa! ¡Tiembla, Osmond! ¡A tu encuentro voy! [Sale con SAÍB, MOTLEY, HAROLD y soldados, mientras ALLAN y EDRIC se llevan a KENRIC, todavía inconsciente]

ESCENA II:

Una cámara abovedada. El escenario todavía está a oscuras

Entra el PADRE PHILIP, con una cesta en el brazo y una antorcha, guiando a ANGELA

PADRE PHILIP:

[I.] ¡Gracias a san Francisco, hemos pasado sin que nos vean! Sin duda, de todos los compañeros de viaje, el miedo es el menos agradable: ¡Si hubiera tenido que

correr veinte millas sin parar, no me encontraría más cansado!

ANGELA:

[D.] ¿Por qué nos detenemos? Buen padre, sigamos.

PADRE PHILIP:

Antes, señora, necesito parar a tomar aliento, y refrescar mi ánimo con un sorbito de este cordial. [*Saca una botella de la cesta*]

ANGELA:

¡Ah, ahora no! Esperad a que estemos a salvo bajo la protección de Percy, y bebed entonces cuanto queráis. ¡Pero ahora no, padre, ¡Por favor, ahora no!

PADRE PHILIP:

Está bien, está bien. ¡Tranquilizaos, hija! ¡Ah, estas mujeres, estas mujeres! ¡No les importa otra conveniencia que la suya propia. Bien, ¿dónde está la puerta?

ANGELA:

Qué enojoso me parece cada momento que paso entre estos odiados muros! ¡Ah, allí viene una luz!

PADRE PHILIP:

Vaya; al fin la encuentro.

[*Toca un resorte, y se abre una puerta secreta*]

ANGELA:

¡Viene hacia aquí! [*Salen, P.I. en dec., cerrando tras ellos*]

Entran OSMOND y HASSÁN con una antorcha

OSMOND:

[*Tras una pausa de sombría meditación*] ¿Está todo tranquilo en el castillo?

HASSÁN:

Como una tumba.

OSMOND:

¿Dónde están tus compañeros?

HASSÁN:

Saíb custodia al traidor Kenric; Muley y Alaric están sumidos en el sueño.

OSMOND:

¿Tienen sus manos manchadas de sangre, y pueden dormir? Llámalos aquí. [*HASSÁN le ofrece la antorcha*] ¡Llévate la luz! ¡Su resplandor me resulta odioso! [*Sale HASSÁN*]. Sí, éste es el lugar. Si Kenric ha dicho la verdad, hace dieciséis años que los gemidos de mi hermano resuenan en estas criptas, debajo de mí. ¡Me da miedo abrir la puerta! ¿Cómo sostendré la llama de sus ojos cuando se posen en el asesino de Evelina? ¡Ah, mi odio se aviva al pronunciar ese nombre! ¡Reginald! ¡Reginald! ¡Por ti he sido sacrificado! ¡Pero mi puñal bajará

más seguro cuando te descargue el segundo golpe!

Entran HASSÁN, MULEY y ALARIC con antorchas

LOS AFRICANOS:

[*A la vez*] ¡Mi señor! ¡Mi señor!

OSMOND:

¿Eh, a qué viene esa precipitación?

HASSÁN:

Tiemblo al informaros, de que Saíb ha huido del castillo. Una llave maestra que ha descubierto en Kenric, y que éste poseía, le ha permitido escapar.

OSMOND:

¿También ha huido Saíb? ¡Ah, traidores! ¡Todos me abandonan!

HASSÁN:

Aún hay más, mi señor: ha hecho que su prisionero le acompañe en su huida.

OSMOND:

[*Sobresaltándose*] ¿Qué? ¿Que ha escapado Kenric?

ALARIC:

Es la pura verdad; sin duda ha ido a unirse a Percy.

OSMOND:

¿A Percy? ¡Ah! ¡Entonces debo darme prisa: ¡mi suerte pende de un hilo! Amigos, siempre os he hallado fieles. ¡Oídmme ahora! [*Abriendo la puerta secreta*] De estos dos pasadizos, el de la izquierda conduce a una larga serie de mazmorras; en una de ellas aún languidece mi hermano. En otro tiempo le visteis sangrando bajo mi espada; sin embargo, todavía vive. ¡Mi fortuna, mi amor, incluso mi vida, están en juego! ¿Necesito decir más? [*Todos desenvainan a medias la espada*]. Ese gesto me dice que me habéis entendido. Adelante, entonces; seguidme [*Los africanos trasponen la puerta secreta: OSMOND va a entrar, pero de repente retrocede*]. ¡Ah! ¿Por qué fluyen esos mares de sangre ante mí? ¿De quiénes son esos cadáveres que arrastran a mis pies? ¿Fratricida? ¡Ah, qué nombre espantoso! Pero ¿cómo salvarme sin sacrificar a Reginald? ¡No puede ser! No podemos respirar el mismo aire. ¡Destino: tu mano me empuja y tu voz me conmina! Tú has hablado y yo te obedezco. [*Sigue a los africanos; la puerta se cierra tras él*].

ESCENA III:

Una lóbrega mazmorra subterránea, amplia y de techo alto; en su parte superior hay varios trozos desmoronados, que han dejado anchos boquetes. A un lado hay varios pasadizos que conducen a otras cavernas; al otro, una puerta de hierro con un portillo en el centro, y una escalera que conduce a ella.

REGINALD, pálido y flaco, con tosca vestimenta, el pelo desgreñado alrededor de la cara, y una cadena alrededor del cuerpo, yace dormido en un jergón de paja. Junto a él hay una lámpara, una pequeña cesta, y una jarra. Al cabo de un momento, despierta, y extiende los brazos. El escenario está casi a oscuras.

REGINALD:

¡Evelina! ¡Hija mía! ¡No huyáis de mí, figuras adorables! Se han ido. Otra vez vuelvo a esta vida miserable. ¡Has sido bueno conmigo, sueño! Hace un instante, me parecía que estaba sentado en la sala de mi castillo; sobre las rodillas tenía una doncella, hermosa como la reina de las hadas, que me saludaba con el dulce nombre de «padre». ¡Sí, y era feliz! Así que no me mires con ceño, oscuridad! ¡Tuyo vuelvo a ser, tenebrosa compañera! No te irrites, desesperación, porque te haya dejado unos instantes; ¡contigo llevo dieciséis años! ¡Ah! ¿Cuántos más pasaré? Pero no abandones totalmente mi pecho, dulce esperanza! ¡Háblame de libertad y de luz! Susúrrame que veré otra vez nacer el día, que otra vez mis labios febriles beberán la brisa fresca del anochecer! ¡Dios, tú sabes que he soportado mis sufrimientos con mansedumbre! Que he llorado por mí, pero nunca he maldecido a mis enemigos. Que me ha afligido tu ira, pero jamás me he quejado de tu voluntad. He sido paciente; así que recompénsame: deja que tenga otra vez a mi hija entre mis brazos; permite que vuelva a estrechar contra mi corazón, por un instante, a un ser que me ama. ¡Vuela al cielo veloz, plegaria de cautivo! [*Se deja caer sobre una piedra con las manos juntas y los ojos fijos en la llama de la lámpara*]

Se ve pasar despacio [de D. a I.], a través de los boquetes de arriba, a ANGELA y al PADRE PHILIP

ANGELA:

¡Tened cuidado, padre! ¿No notáis cómo tiembla el suelo debajo de nuestro pies?

PADRE PHILIP:

Desde luego; y con gusto daría yo mi mejor breviario por hallarme otra vez en tierra firme. Pero no debe de estar lejos la salida; prosigamos.

ANGELA:

¡Dignaos miramos, ángeles del cielo! ¡Auxiliadnos! ¡Protegednos!

PADRE PHILIP:

¡Amén, hija mía! [*Desaparecen*]

REGINALD:

[*Tras una pausa*] ¡Cómo se consume esta lámpara! Hace tiempo que debe de haber pasado la hora de visita de Kenric, pero todavía no ha venido. ¿Y si de súbito se ha abatido sobre él la mano de la muerte? Mi existencia ignorada... ¡Aparta de mi mente, idea espantosa! [*Se levanta y coge la lámpara*]. El haber roto la cadena me permite vagar sin trabas por el amplio recinto de mi prisión. Tal vez la última tormenta, cuyo estruendo se oyó incluso en esta sima, haya abierto alguna hendidura misericordiosa; tal vez haya algún rincón inexplorado que... ¡Ah, no, no! Mis esperanzas son vanas, y mis búsquedas infructuosas. La desesperación reina despótica en estas mazmorras: se burla de mis lamentos, rechaza mis plegarias; y cuando suplico libertad, ¡me manda buscarla en la sepultura! ¡Muerte! ¡Oh, muerte! ¡Qué bienvenida serás para mí! [*Sale*]

Se oye caer una pesada barra; se abre la puerta

Entran el PADRE PHILIP y ANGELA, [S.F.I.]

PADRE PHILIP:

¿Qué es esto? ¿Una puerta?

ANGELA:

Estaba cerrada por fuera.

PADRE PHILIP:

Excusaremos eso, dado que no lo estaba por dentro. Pero no recuerdo... Seguro que yo no...

ANGELA:

¿Qué ocurre?

PADRE PHILIP:

A fe mía, hija: sospecho que me he equivocado de dirección.

ANGELA:

¡El cielo no lo permita!

PADRE PHILIP:

Bueno, si es así, no seré el primero que, entre dos caminos, escoge el equivocado.

ANGELA:

¡Qué contrariedad! Pero ¿no os he dicho que escogieseis el pasadizo de la derecha?

PADRE PHILIP:

Cierto, lo habéis dicho: y eso mismo es lo que me ha hecho preferir el de la izquierda. Cada vez que tengo una duda, pido consejo a una mujer por lo general. Si ella se inclina por una cosa, entonces siempre encuentro motivo para elegir la contraria. En este caso, quizá, me he equivocado; pero esperad aquí un momento,

voy a comprobarlo. [*Sale*]

ANGELA:

¡Qué inficionado y denso es el aire de esta caverna! Sin embargo, quizá mi pobre padre no respira otro más puro desde hace dieciséis años. ¿Qué es eso? ¡Parecen pasos rápidos, que vienen hacia aquí! Es el fraile; pero ¿por qué viene con esa confusión?

Vuelve a entrar el PADRE PHILIP, corriendo, [S.S.D.]

PADRE PHILIP:

¡Socorro! ¡Socorro! ¡Me persigue!

ANGELA:

[*Deteniéndole*] ¿Qué os alarma? ¡Hablad!

PADRE PHILIP:

¡Su espíritu! ¡Su espíritu! ¡Soltadme! ¡Soltadme! ¡Soltadme...! [*Pugnando por escapar de ANGELA se cae, y se le apaga la antorcha; a continuación se levanta deprisa, corre hacia la escalera, sube, sale y cierra tras él*]

ANGELA:

¡Padre! ¡Padre! ¡Esperad, por el amor del cielo...! ¡Se ha ido! ¡No encontraré la puerta! ¿Qué es eso? ¡Ruido de cadenas! ¡Una luz, también! ¡Y cada vez más cerca! ¡Salvadme, poderes del cielo! ¡Qué figura espantosa! Ahí viene ¡Siento que me desmayo de terror! [*Cae casi exánime contra la pared de la mazmorra*]

Vuelve a entrar REGINALD, con una lámpara.

REGINALD:

[*Coloca su lámpara sobre unas piedras*] ¿Por qué ha entrado Kenric en mi prisión? ¡Tal vez al no oír mis gemidos en la puerta, ha pensado que la muerte ha venido a librarme del sufrimiento! ¡Ah, cuándo se verá cumplido ese deseo!

ANGELA:

Cada palabra de esa voz doliente y cavernosa me traspasa el corazón. ¿Me atreveré a hablarle...? Aunque quizá sea un maníaco. No importa: sufre, ¡y unas palabras de compasión sonarán dulces a su oído!

REGINALD:

¡Sé que estás muerta y descansas, esposa! A salvo en el cielo, ningún pensamiento mío turba tu reposo. ¡Pero sin duda te causo pesar! A la hora de mi muerte, tu espíritu estará junto a mí, me cerrará los ojos con dulzura, y murmurará: «¡Duerme, Reginald, y descansa en paz!».

ANGELA:

[*I.*] ¡Qué! ¿No he oído...? Perdón, mi buen desconocido...

REGINALD:

[*Levantándose violentamente de su asiento*]. ¡Es ella! ¡Ella, que viene por mí!

¿Ha llegado la hora, hermosa visión? ¡Espíritu de Evelina, ve delante: yo te sigo!
[*Extiende los brazos hacia ella, da unos pasos tambaleantes, y cae al suelo exhausto*]

ANGELA:

¡Se desmaya! ¡Tal vez expira! ¡Calma! ¡Calma! ¡Ya revive!

REGINALD:

¡Se ha ido! Otra vez he sido víctima de mi cerebro ofuscado! [*Levantándose*]
¡Poderes del cielo! ¡Ahí está otra vez! ¡Ah, dime!, ¿quién eres? ¡Si eres Evelina, habla, por favor!

ANGELA:

¡Ah! ¿No ha nombrado a Evelina? ¡Esa mirada! ¡Y esta mazmorra! La emoción con que su voz... ¡Es, tiene que ser mi padre! ¡Padre! ¡Oh! ¡Padre! ¡Padre! [*Se abraza a su pecho*]

REGINALD:

¿Qué has dicho? ¿Qué has querido decir? ¿Eres mi hija, mi hijita, la que dejé...?
¡Ah, sí, sin duda es cierto! ¡Mi corazón, que salta hacia ti, te reconoce como mi hija! [*Abrazándola*] Pero ¿cómo has podido entrar? ¿Acaso Osmond ha...?

ANGELA:

¡Oh, ese nombre despierta mis terrores! ¡Ay! Ante vos tenéis una fugitiva de su violencia, guiada por un monje bondadoso a quien vuestra presencia ha ahuyentado de mi lado. Estábamos tratando de escapar; nos hemos extraviado, y el azar nos ha guiado hasta esta mazmorra. Pero no es momento de explicaciones. Decidme, ¿conocéis los pasadizos subterráneos de este castillo?

REGINALD:

¿Cuya salida se halla fuera de los muros? Sí.

ANGELA:

¡Entonces, puede que estemos salvados! Padre, tenemos que huir ahora mismo. Percy, orgullo de nuestros jóvenes ingleses, me espera a orillas del Conway.
¡Vamos, entonces! ¡No perdamos un momento!

[*Al acercarse a la puerta, aparecen luces arriba*]

REGINALD:

¡Mira! ¡Mira, hija mía! ¡Un resplandor de antorchas lejanas viene de la oscuridad!

OSMOND:

[*Arriba*] Hassán, vigila la puerta. Seguidme, amigos.

[*Desaparecen las luces*]

ANGELA:

¡La voz de Osmond! ¡Estamos perdidos! ¡Perdidos! ¡Padre! Ahí viene a buscarte; quizá a... ¡Oh, qué horrible palabra en labios de una hija!

REGINALD:

¡Atención! ¡Ya llegan! ¡Quizá pueda ocultarte unos momentos la oscuridad de esa caverna: huye a ella, escóndete... y no hagas ningún movimiento; te lo pido encarecidamente.

ANGELA:

¡Cómo! ¿Dejaros? ¡No! ¡No!

REGINALD:

Cariño, te lo ruego, te lo suplico: ¡huye! ¡No temas por mí!

ANGELA:

¡Padre! ¡Padre!

REGINALD:

¡Adiós! ¡Puede que para siempre! [*Obliga a ANGELA a adentrarse en la caverna; luego regresa apresuradamente, y se arroja en el lecho de paja*] Ahora, sepamos cuál es mi destino.

Entra OSMOND [P.I.] seguido de MULEY y ALARIC con antorchas.

OSMOND:

¿La puerta abierta? Calma: mis temores eran infundados. ¡Despierta, Reginald, y levanta!

REGINALD:

¡Tú aquí, Osmond? ¿Qué te trae a este lugar de sufrimiento? ¡Ay! ¡La esperanza huye al ver tu mirada de amenaza! ¿He leído correctamente su sentencia, Osmond?

OSMOND:

Correctamente, si has leído mi odio.

REGINALD:

¿Merezco yo ese odio? Mira a tus pies, hermano, el en otro tiempo orgulloso Reginald; ¡porque su orgullo ha sido humillado por el sufrimiento! ¡Óyele implorar, por las cenizas de aquélla en cuyo pecho hemos habitado, que no manches tus manos con la sangre de tu hermano!

OSMOND:

Sus palabras ablandan mi despecho.

REGINALD:

¡Kenric me ha dicho que mi hija vive! Devuélveme a sus brazos; permítenos pasar juntos nuestros días en la oscuridad. Entonces, mi último suspiro implorará para ti el perdón del cielo, y el de Evelina.

OSMOND:

Sea como quieras. ¡Levanta, Reginald, y escúchame! Acabas de mencionar a tu hija: sabe que está en mi poder; ¡Y sabe, también, que la quiero!

REGINALD:

¡Cómo!

OSMOND:

Ella rechaza mis ofertas. Tu autoridad puede obligarla a aceptarlas. Júrame utilizarla, y al instante te conduciré a sus brazos. Di, ¿harás el juramento que te exijo?

REGINALD:

No puedo fingir, Osmond: eso no lo haré nunca.

OSMOND:

¿Cómo? Piensa que tu vida...

REGINALD:

Carecería de valor si la comprase con las lágrimas de mi hija; sería odiosa, si la amargase el sufrimiento de mi hija. ¡Osmond, no haré ese juramento!

OSMOND:

[*Casi ahogado*] ¡Basta! [*A los africanos*] ¡Ya sabéis vuestra misión! ¡Llevadlo a esa caverna! ¡No quiero verle morir!

REGINALD:

[*Agarrándose a un fragmento del muro, del que los africanos tratan de soltarle*]
¡Hermano, piedad! ¡Por la salvación de tu alma!

OSMOND:

¡Obedecedme, esclavos! ¡Lleváoslo!

ANGELA sale precipitadamente de la caverna

ANGELA:

¡Deteneos! ¡No le hagáis daño! ¡Es mi padre!

OSMOND:

¿Angela aquí?

REGINALD:

Hija, ¿qué significa?

ANGELA:

[*Abrazándole*] ¡Viviréis, padre! Todo lo sacrificaré por salvaros. Aquí está mi mano, Osmond. Osmond, liberad a mi padre, y juro solemnemente...

REGINALD:

¡Detente, muchacha, y escúchame antes! [*Arrodillándose*] ¡Dios de la naturaleza, a ti apelo! Si alguna vez llega a descansar mi hija sobre el pecho de Osmond, si alguna vez llega a llamar marido al que atravesó el desventurado corazón de su madre, en ese instante una herida, infligida por mi propia mano...

ANGELA:

¡Callad! ¡Oh, callad! ¡No terminéis ese juramento!

REGINALD:

¡Júrame que no serás jamás de Osmond!

ANGELA:

¡Lo juro!

REGINALD:

Sé recompensada con este abrazo [*Se abrazan*]

OSMOND:

¡Será el último! ¡Separadles! ¿Ah, qué ese ruido?

Entra HASSÁN sin aliento

HASSÁN:

¡Mi señor, todo está perdido! ¡Percy ha tomado por sorpresa el castillo y viene hacia aquí!

OSMOND:

¡Maldición! Entonces hay que darse prisa. ¡Ayúdame, Hassán!

[HASSÁN y OSMOND separan a la fuerza a ANGELA de su padre, que se zafa súbitamente de MULEY y ALARIC. OSMOND saca la espada, se abalanza sobre REGINALD, que está desarmado y caído de rodillas; en el momento en que OSMOND levanta el brazo para asestarle el golpe, se adelanta el espectro de EVELINA y se interpone entre ellos; OSMOND retrocede y suelta la espada]

OSMOND:

¡Horror! ¡Qué figura es ésta?

ANGELA:

Muere [*Se suelta de HASSÁN, avanza rápidamente, y hunde su daga en el pecho de OSMOND, que cae con un sonoro gemido, y se desmaya. El espíritu se desvanece; ANGELA y REGINALD corren a abrazarse*].

Entran PERCY, SAÍB, HAROLD, etc. persiguiendo a los hombres de OSMOND. Todos se detienen al verle sangrando en el suelo.

PERCY:

¡Alto, mis valientes amigos! Ved dónde yace el que buscamos

ANGELA:

¡Percy! ¡Querido Percy!

PERCY:

[*Corre a su encuentro*] ¡Queridísima Angela!

ANGELA:

¡Amigo mío! ¡Mi ángel guardián! ¡Venid, Percy, venid! ¡Abrazad a mi padre!
¡Padre, abrazad al protector de vuestra hija!

PERCY:

¿Tengo ante mí, entonces, al conde Reginald?

REGINALD:

[*Abrazándolo*] ¡Al mismo, valeroso Percy! ¡Bienvenido a mi corazón! Vivid siempre junto a él.

ANGELA:

¡Ah, este momento compensa con creces mis sufrimientos! Sin embargo, Percy, ese desdichado... ¡ha perecido por mi mano!

MULEY:

¡Atención! ¡Suspira! Todavía hay vida en él.

ANGELA:

¡Vive! ¡Entonces salvadle! ¡Salvadle! ¡Llevadle a su cámara! ¡Lavadle la herida! Sanádsela si es posible. ¡Al menos, ganad tiempo para que se arrepienta de sus crímenes y errores!

[Se llevan a OSMOND; entran criados con antorchas, y el escenario se ilumina]

PERCY:

Aunque no se lo merece por sus culpas, es dulce vuestra generosidad con él. Pero decid, Angela: ¿qué puedo esperar yo? ¿Aprueba vuestro padre mi amor? Querrá...

REGINALD:

Percy, no hay tiempo para hablar de amor. ¡Llevadme junto a mi hermano moribundo, a fin de aliviar con el perdón los sufrimientos de la muerte!

PERCY:

¿Acaso podéis olvidar los vuestros?

REGINALD:

¡Ah, joven! ¿Acaso no ha tenido él ninguno? Mucho más grandes han debido de ser sus angustias en sus aposentos suntuosos, que las mías en esta lóbrega mazmorra. Porque lo que a mí me consolaba, a él le aterraba, lo que a mí me daba esperanzas, a él desesperación. Yo me sabía inocente y sabía que aunque sufría en este mundo, mi suerte iba a ser venturosa en el venidero.

FIN

DISPOSICIÓN DE LOS PERSONAJES AL CAER EL TELÓN;

SOLDADOS, ANGELA, REGINALD, PERCY, SOLDADOS

[Der.] [Izqda.]

ZASTROZZI

Percy Bysse Shelley

Zastrozzi

Traducción: Rafael Lasaleta

*Que su Dios
su enemigo sea, y con arrepentida mano
ponga fin a su propia obra: ello iría más lejos
de la venganza común*

EL PARAÍSO PERDIDO

PERCY BYSSHE SHELLEY (Field Place, 1792 - Golfo de la Spezzia 1822). Hijo de Timothy, baronet de una antigua y noble casa, fue educado en Eton y en la universidad de Oxford, de donde fue expulsado al año de haberse matriculado a causa de la publicación de un panfleto llamado *The Necessity of Atheism*. Su matrimonio con Harriet Westbrook, hija de un posadero retirado, ahondó la ruptura con su padre, que se había producido ya debido a su expulsión de la universidad. Los tres años siguientes a su matrimonio los dedicó a vagar por Irlanda y Gales; durante este tiempo compuso *Queen Mab* (1813). A causa de la violenta pasión que concibió por Mary Wollstonecraft Godwin —hija de William Godwin y autora de *Frankenstein*—, se separó de su mujer e inició un viaje por Europa junto a su nueva compañera, con quien se casaría en 1816. Durante este tiempo, Harriet se suicidó ahogándose en la Serpentina. En Suiza conoció a Byron, con quien desarrolló una gran amistad en Italia. En 1815 vuelve a Inglaterra y comienza a escribir sus primeros grandes poemas, *Alastor* (1816), al que siguieron el *Himno a la belleza intelectual*, *Revolt of Islam* (1817). Después de establecerse definitivamente en Italia, Shelley compone en Roma sus dos producciones más apreciadas, *Los Cenci* —donde muestra su gran talento dramático— y *Prometeo desencadenado*. En Venecia, donde llega en 1820 y permenece en compañía de Byron, da a la luz *Julian and Moddalo*, una especie de diálogo que refleja los puntos de vista sobre cuestiones poéticas de ambos escritores. Al año siguiente compuso *Epipsychidion* y *Adonais*, un lamento por la muerte de Keats. Tras una breve estancia en Pisa, se estableció en el lago de la Spezzia, donde una tarde de julio encontró la muerte, navegando en medio de una fatal tormenta. Su cuerpo fue recogido dos semanas después e incinerado en una pira en presencia de Byron. En el carácter del gran poeta Shelley se mezclaron de un modo natural la pureza y el afecto, junto con una rebeldía contra cualquier clase de autoridad.

Capítulo I

¡Apartado de la compañía de todos aquellos a quienes quería en la tierra, víctima de enemigos secretos y exilado de la felicidad se hallaba el desventurado Verezzi!

Todo estaba tranquilo; una oscuridad negra cubría la faz de las cosas cuando Zastrozzi, impulsado por la más cruel venganza, se plantó en la puerta de la posada en la que dormía, tranquilamente, Verezzi.

Llamó al posadero con voz potente. Y éste, para quien el solo nombre de Zastrozzi resultaba ya terrible, acudió tembloroso a la llamada.

—¿Conoces a Verezzi el italiano? Se aloja aquí.

—Cierto —respondió el posadero.

—Pues a su destrucción me he dedicado —exclamó Zastrozzi—. Que Ugo y Bernardo te sigan hasta su habitación; yo iré contigo para impedir cualquier jugarreta.

Ascendieron precavidamente y ejecutaron puntualmente su propósito vengativo, llevando al durmiente Verezzi hasta la plaza, donde aguardaba un carro para conducir ala víctima del vengativo Zastrozzi hasta su destino.

Ugo y Bernardo levantaron el cuerpo de Verezzi, que seguía durmiendo, hasta el carro. Viajaron con rapidez durante varias horas. Verezzi seguía envuelto en un sueño profundo, del que no habían podido despertarle todos los ajetresos que había sufrido.

Zastrozzi y Ugo iban enmascarados, lo mismo que Bernardo, que actuaba de postillón.

Todavía estaba oscuro cuando se detuvieron en una pequeña posada situada en una zona remota, desértica y desolada. Aguardaron el tiempo necesario para cambiar los caballos y partieron nuevamente. Por fin amaneció el día, sin que Verezzi hubiera salido de su sueño.

Temeroso, Ugo preguntó a Zastrozzi sobre la causa de un sueño tan extraordinario.

—No lo sé —respondió éste con tono lúgubre, a pesar de que conocía muy bien la causa.

Viajaron velozmente durante el resto del día, sobre el que la naturaleza parecía haber dejado caer su manto más triste. De vez en cuando se detenían en alguna posada para cambiar los caballos y tomar algún refrigerio.

Llegó la noche, y con ella se apartaron del camino y penetraron en un bosque inmenso, cubierto de matorrales leñosos que les obligaron a viajar lentamente.

Finalmente se detuvieron, sacaron a su víctima del carro y la llevaron a una caverna que se abría en un valle cercano.

La desventurada víctima de tan inmerecida persecución no disfrutó durante mucho tiempo del olvido que le privaba del conocimiento de su situación horrible. Despertó; y vencido por un excesivo terror, se agitó violentamente entre los brazos

del rufián.

Penetraron en la caverna y Verezzi se apoyó en un fragmento rocoso que sobresalía de la pared.

—La resistencia es inútil —exclamó Zastrozzi—. Sólo siguiéndonos en sumiso silencio podrás mitigar ligeramente tu castigo.

Verezzi les siguió tan rápidamente como se lo permitió su cuerpo, debilitado por el sueño artificial y por una enfermedad reciente; sin embargo, no creyendo apenas que estuviera despierto, y no hallándose totalmente convencido de la realidad de la escena que tenía ante él, lo miraba todo con esa especie de horror inexplicable que acostumbra a provocar un sueño terrible.

Cuando llevaban algún tiempo descendiendo por la abrupta pendiente, llegaron junto a una puerta de hierro que a primera vista parecía formar parte de la propia roca. Hasta entonces, todo había estado cubierto por una oscuridad total, y Verezzi pudo ver ahora, por primera vez, los rostros enmascarados de sus perseguidores, visibles gracias a una antorcha que trajo Bernardo.

Se abrió la enorme puerta.

Las antorchas del exterior volvieron todavía más horrible la oscuridad que reinaba allí dentro. Verezzi contempló el interior de aquella caverna como un lugar del que nunca podría salir: como su tumba. Luchó de nuevo con sus captores, pero su debilitado cuerpo no pudo ayudarle en su lucha contra el fuerte y nervudo Ugo, y entregándose, se dejó caer desvanecido en sus brazos.

Triunfante, su perseguidor le arrojó en la celda húmeda y lo encadenó al muro. Una cadena de hierro le rodeaba la cintura; sus miembros, de los que ni la distancia de una pequeña paja le separaba de la roca, estaban fijados al suelo silíceo por unas inmensas argollas; sólo le dejaron en libertad una mano para que pudiera tomar la magra pitanza de pan y agua que le daban diariamente.

Se lo negaron todo salvo el pensamiento, el cual, permitiéndole comparar el presente con el pasado, se convirtió en el mayor de sus tormentos.

Ugo entraba en la celda todas las mañanas y noches para llevarle un pan ordinario y una jarra de agua. Algunas veces, aunque no con mucha frecuencia, le acompañaba Zastrozzi.

En vano imploró merced, piedad, incluso la muerte: inútiles fueron todas sus preguntas acerca de la causa de su bárbara prisión; su implacable carcelero mantenía un rígido silencio.

Languideciendo en su dolorosa cautividad, Verezzi pasaba los días y las noches, que le parecían innumerables, en la misma uniformidad monótona del horror y la desesperación. Apenas se estremecía ya cuando un lagarto viscoso cruzaba sobre sus miembros desnudos e inmóviles. Los grandes gusanos de tierra que se enroscaban entre sus cabellos largos y enmarañados casi habían dejado ya de provocarle sensaciones de horror.

Los días y las noches no podían distinguirse unos de otros; y el período que había

pasado allí, en realidad sólo de unas semanas, su imaginación perturbada lo había alargado convirtiéndolo en varios años. A veces le costaba suponer que sus tormentos fueran terrenos, pero aquel Ugo, cuyo semblante le asemejaba a un demonio, era el furor que hacía saltar en pedazos sus esperanzas reanimadas. También confundía sus ideas la misteriosa desaparición de la posada cercana a Munich, y nunca podía llegar con el pensamiento a conclusión alguna con respecto al tema que le ocupaba.

Una noche, vencido por la larga vigilia, se sumergió en un sueño profundo, casi por primera vez desde su confinamiento, hasta que le despertó un fuerte estampido que parecía haber estallado encima de la caverna. Escuchó atentamente... incluso tuvo esperanzas, aunque éstas casi habían muerto ya dentro de su pecho. Volvió a escuchar y de nuevo oyó el mismo ruido... era una tormenta violenta provocada arriba por los agitados elementos.

Convencido de la locura de tener esperanzas, dirigió una plegaria a su Creador, a Aquél que escucha a un suplicante que se encuentre en el interior de la tierra. Sus pensamientos se elevaron más allá de los gozos terrestres... y en comparación con ellos sus sufrimientos se hundieron en la nada.

Mientras empleaba sus pensamientos de este modo sacudió la caverna un estampido todavía más violento. Una llama centelleante cayó como una flecha desde el techo hasta el suelo, y casi al mismo instante aquél se vino abajo.

Un fragmento grande de la roca quedó atravesado en la caverna; uno de los extremos estaba empotrado en la pared sólida, y el otro casi llegaba a abrir, con su impulso, la enorme puerta de hierro.

Verezzi estaba encadenado a un trozo de roca que permaneció inmóvil. Pasó la violencia de la tormenta, pero rápidamente comenzó a granizar, y cada guijarro helado hería sus miembros desnudos. Los relámpagos, aunque ahora estaban ya distantes, deslumbraban sus ojos, deshabitados como habían estado al menor rayo de luz.

La tormenta cesó por fin, los truenos estrepitosos se fueron convirtiendo en vagos murmullos; y los relámpagos eran ya demasiado débiles para resultar visibles. Al llegar el día sin que nadie se presentara en la caverna, Verezzi llegó a la conclusión de que o bien habían decidido hacerle perecer por hambre o bien sus captores habían sufrido algún infortunio. Y por tanto, de la manera más solemne, se preparó para la muerte, convencido plenamente de que esta se aproximaba.

Uno de los fragmentos de roca había roto al caer la jarra de agua, y de sus escasas provisiones sólo le quedaba un pequeño mendrugo de pan.

Una fiebre ardiente recorría sus venas y, delirando por la desesperada enfermedad, arrojó lejos de él el mendrugo, lo único que podía retrasar el avance rápido de la muerte.

¡Ay! ¡Qué estragos causaron los esfuerzos combinados de la enfermedad y el sufrimiento en la figura varonil y hermosa de Verezzi! Casi se le veían los huesos a través de la piel; los ojos los tenía hundidos en las cuencas; y los cabellos,

enmarañados por la humedad, colgaban como formando cordeles sobre sus mejillas empalidecidas. Pasó el día, como había pasado la mañana, teniendo la muerte ante sus ojos a cada instante... sintió la proximidad de una muerte lenta por hambre: y llegó la noche, pero sin traer con ella cambio alguno. Escuchó un ruido al otro lado de la puerta de hierro; era la hora en la que Ugo solía traerle provisiones. El ruido se fue haciendo menor y al final cesó totalmente; cesando con él toda esperanza de vida en el pecho de Verezzi. Un temblor frío invadió sus miembros; sólo débilmente los ojos transmitían a su imaginación la caverna en minas, y se dejó caer, en la medida en que se lo permitían las cadenas que le rodeaban la cintura, sobre el pavimento silíceo. Pero en la crisis de fiebre que se produjo entonces predominaron su juventud y buena constitución.

Capítulo II

Entretanto, Ugo, que había recibido de Zastrozzi la orden de no permitir la muerte de Verezzi, acudió a llevarle provisiones a la hora habitual, pero al descubrir que en la tormenta de la noche anterior la roca había sido golpeada por el rayo, llegó a la conclusión de que Verezzi había perdido la vida entre las ruinas, y se fue a darle la noticia a Zastrozzi. Éste, que por razones inexplicables deseaba que Verezzi no muriera, envió a Ugo y Bernardo en su busca.

Tras un prolongado rastreo encontraron a su desventurada víctima. Verezzi estaba encadenado a la roca junto a la que le habían dejado, pero en las condiciones de agotamiento a las que lo habían reducido la falta de alimento y una fiebre violenta.

Le quitaron las cadenas, le subieron a un carro y tras cuatro horas de veloz viaje condujeron a Verezzi, que había perdido el sentido, a una casa de campo habitada por una anciana. La casa se encontraba en medio de un gran desierto, solitario, desolado y apartado de cualquier otra morada humana.

Zastrozzi aguardaba con impaciencia la llegada de sus hombres: ansiosamente salió al encuentro de éstos, y con una sonrisa demoníaca contempló los rasgos agónicos de su presa, que yacía insensible sobre los hombros de Ugo.

—Su vida no debe perderse —exclamó Zastrozzi—; la necesito. Decidle a Bianca que prepare una cama.

Ugo obedeció esa orden y Bernardo le siguió portando al demacrado Verezzi. Fueron en busca de un médico que afirmó que, habiendo pasado la crisis de fiebre, podía recuperarse con los cuidados apropiados; pero que como el trastorno había atacado a su cerebro, para su recuperación era absolutamente necesaria la tranquilidad de la mente.

Zastrozzi, para quien era esencial la vida de Verezzi, aunque no su felicidad, comprendió que su fuerte deseo de venganza había ido demasiado lejos. Se dio cuenta de que necesitaba algún engaño; por ello, instruyó a la anciana para que cuando Verezzi despertara le dijera que se hallaba allí porque el médico había afirmado que necesitaba el aire del campo para recuperarse de una fiebre que le había atacado.

Pasó mucho tiempo antes de que Verezzi se recuperara; languideció largamente en una insensibilidad durante la cual su alma pareció abrirse camino a regiones más felices.

Terminó, sin embargo, por recuperarse, y nada más recobrar el sentido lo primero que hizo fue querer saber dónde estaba.

La anciana le contó la historia que Zastrozzi le había transmitido.

—¿Quién ordenó entonces que me encadenaran en esa desolada y oscura caverna donde he estado tantos años sufriendo los tormentos más insoportables? —preguntó

Verezzi.

—¡Qué el Señor me bendiga! —exclamó la anciana—. ¡Qué cosas tan extrañas dice, barón! Empiezo a temer que vuelva a perder el sentido en el momento mismo en el que debería dar gracias a Dios por haber dejado que lo recupere. ¿Qué es eso de estar encadenado en una caverna? Sólo pensar en ello me atemoriza: le ruego, señor, que se sosiegue.

Verezzi quedó perplejo ante las palabras de la anciana. Le resultaba imposible pensar que Julia le hubiera enviado a una pobre casucha abandonándolo a continuación.

Pero el relato de la anciana parecía tan coherente, y lo contaba con tal aire de simplicidad que no podía dejar de creerla.

Mas era imposible dudar de la evidencia de sus sentidos y de la prueba irrefutable de su prisión: las marcas profundas que habían dejado las cadenas.

De no haber tenido esas señales, habría podido pensar que los acontecimientos horribles que le habían conducido hasta allí sólo habían sido sueños de su imaginación perturbada. Consideró, sin embargo, que sería mejor dar a entender que la creía, pues como Ugo y Bernardo le ayudaban en los breves paseos que era capaz de dar, la huida resultaba imposible y el mero intento de ponerla en práctica haría que su situación se volviera más desagradable.

Expresó a menudo su deseo de escribir a Julia, pero la anciana le contestaba que tenía órdenes de no permitirle escribir ni recibir cartas, con el pretexto de no agitar su mente; y para evitar las consecuencias de la desesperación, le impedían tener acceso a los cuchillos.

Cuando Verezzi se recuperó y su mente obtuvo ese tono firme que poseía habitualmente, comprendió que lo que le detenía en aquella casa era un engaño de sus enemigos, por lo que todos sus pensamientos se dirigieron desde entonces a la búsqueda de la manera de escapar.

Una tarde, a última hora, tentado por la belleza peculiar y la temperatura que hacía, Verezzi caminó hasta más allá de los límites habituales, asistido por Ugo y Bernardo, quienes vigilaban de cerca todos sus movimientos. Inmerso en sus pensamientos, siguió avanzando hasta llegar a un promontorio arbolado cuya belleza le impulsó a descansar un poco en un asiento tallado en el costado de un antiguo roble. Olvidado de su situación infeliz y dependiente, permaneció sentado allí algún tiempo hasta que Ugo le dijo que era hora de regresar.

En ausencia de éstos, Zastrozzi había llegado a la casa preguntando con impaciencia por Verezzi.

—El barón acostumbra a pasear todas las tardes —respondió Bianca—. Espero que regrese pronto.

Y Verezzi llegó.

No conocía a Zastrozzi, pero al verle dio un respingo por la semejanza que tenía éste con uno de los hombres que había visto en la caverna.

Estaba convencido ahora de que todos los sufrimientos padecidos en aquella horrible morada de desgracia no eran imaginarios, y que en ese instante se encontraba en poder de su más acerbo enemigo.

Zastrozzi tenía sus ojos fijos en él con una expresión demasiado manifiesta como para ser malinterpretada; y con un semblante en el que se esforzaba por disfrazar la malevolencia natural de su corazón dijo que esperaba que la salud de Verezzi no se hubiera visto afectada por el aire de la tarde.

Enfurecido más allá de toda medida ante la hipocresía de un hombre que, de eso ya no le cabía duda, era el causante de todas sus desgracias, no pudo evitar el preguntar con qué propósito le había llevado hasta allí, ni el pedirle que le liberara al instante.

Las mejillas de Zastrozzi palidecieron por la pasión, sus labios se estremecieron, sus ojos lanzaron miradas vengativas y le habló así:

—Retírate a tu cámara, joven loco, el lugar más adecuado para que reflexiones, arrepintiéndote, sobre la insolencia mostrada ante alguien muy superior a ti.

—Nada temo de tus vanas amenazas y de tu vacía denuncia de venganza —le interrumpió Verezzi—. ¡Cielos, os pido justicia! Estáis de mi parte y acabaré por triunfar.

¿Qué mayor prueba puede existir de la superioridad de la virtud que el hecho de que el terrible e intrépido Zastrozzi se pusiera a temblar? Pues así sucedió, y vencido por las emociones del momento recorrió la estrecha habitación con pasos desiguales. Por un instante se encogió dentro de sí mismo; pensó en su vida pasada y la conciencia que despertaba reflejó imágenes de horror. Mas la venganza volvió a sofocar la voz de la virtud: nuevamente la pasión oscureció la luz de la razón y su alma de hierro persistió en el plan.

Mientras estaba todavía pensativo, entró Ugo, y Zastrozzi, sofocando su conciencia hiriente, le dijo que le siguiera hasta el erial. Y Ugo obedeció.

Capítulo III

Zastrozzi y Ugo pasearon por el erial que rodeaba la casa. Verezzi se apoyó en el ventano y una voz baja, que flotaba en murmullos vagos en el silencio de la tarde, llegó a sus oídos. Escuchó atentamente, miró hacia la oscuridad y vio la forma altanera de Zastrozzi y de Ugo, cuya manera de andar torpe y rufianesca no podía provocar engaño. No pudo escuchar lo que hablaban, salvo algunas palabras aisladas que llegaron a sus oídos. Parecían ser acusaciones coléricas; después empezaron a hablar en tono bajo dando la impresión de que hubieran apaciguado una disputa que había surgido entre ellos. Finalmente, sus voces se perdieron en la distancia.

Bernardo salía entonces de la habitación en el momento mismo en que entraba Bianca, aunque Verezzi escuchó claramente que aquél se quedaba junto a la puerta.

La anciana permaneció sentada en silencio en una esquina de la habitación. Era la hora de la cena, y Verezzi le pidió a Bianca que se la trajera. Ésta obedeció y le presentó un plato de uvas pasas. Verezzi se sorprendió al ver que también le traía un cuchillo; indulgencia que imputó a un descuido de la anciana. Un pensamiento cruzó al instante por su mente: era el momento de escapar.

Cogió el cuchillo, miró expresivamente a la anciana y ésta tembló. Avanzó desde el ventano hasta la puerta: llamó a Bernardo, entró éste y Verezzi, levantando el brazo, apuntó con el cuchillo al corazón del villano. Bernardo se apartó de un salto y el cuchillo quedó firmemente clavado en el marco de la puerta. Verezzi se esforzó por sacarlo, pero en vano. Bianca, con toda la rapidez que le permitían sus piernas vacilantes, se apresuró a salir por la puerta de atrás y llamó con voz fuerte a Zastrozzi.

Verezzi intentó salir por la puerta abierta, pero Bernardo se le enfrentó. Se produjo una lucha larga y violenta y la fuerza superior de Bernardo estaba ya a punto de vencer a Verezzi cuando éste, con un golpe hábil, le precipitó hacia abajo por la empinada y estrecha escalera.

Sin aguardar a ver las consecuencias de su victoria, salió presurosamente por la otra puerta y, al no encontrar oposición, echó a correr velozmente a través del brezal.

La luna, con majestuosa tranquilidad, estaba ya alta en el cielo, mostrando ante él la inmensidad de la llanura. Siguió avanzando con rapidez hasta que, muy pronto, dejó de ver la casa. Le parecía que cada ráfaga de viento le traía la voz de Zastrozzi. Dándose la vuelta, pensó ver los ojos de éste fijos en sus espaldas. Pero aunque Bianca hubiera tomado el camino adecuado, encontrando al villano, la velocidad de Verezzi habría burlado a sus perseguidores.

Recorrió a la carrera varios kilómetros y seguía teniendo ante él la terrible extensión del brezal; no aparecía todavía casa de campo alguna en la que pudiera buscar refugio. Se dejó caer un instante junto a la orilla de un regato que descendía

lentamente por el brezal. La luz de la luna jugueteaba en su superficie y Verezzi se sobresaltó al ver su propia imagen reflejada; pensó que el viento del oeste traía voces con él, y fortalecido nuevamente prosiguió su carrera a través de la llanura.

La luna había alcanzado ya el cénit antes de que Verezzi volviera a detenerse. En un pequeño promontorio se erguían dos pinos de extraordinario tamaño: se subió a uno de ellos encontrando acomodo conveniente sobre sus inmensas ramas.

Fatigado, se sumergió en un profundo sueño.

Dos horas llevaba ya reposando y olvidado de todo cuando le despertó un ruido. Pensó que se trataba sólo del ulular de un cuervo nocturno.

No había aparecido aún el día, pero unas débiles vetas presagiaban por oriente la llegada de la mañana. Verezzi escuchó el ruido de unos cascos. ¡Cuál fue su horror al ver que los jinetes eran Zastrozzi, Bernardo y Ugo! Abrumado por el terror, se aferró a la áspera rama. Sus perseguidores avanzaron hasta allí y se detuvieron bajo el árbol sobre el que él se encontraba.

—¡Maldito sea Verezzi eternamente! —exclamó Zastrozzi—. Juro que no descansaré hasta encontrarlo y que entonces llevaré a cabo el propósito de mi alma. Pero vamos, Ugo, Bernardo: prosigamos.

—Señor —respondió Ugo—: permita que nos detengamos aquí para recuperamos nosotros y nuestros caballos. A vos quizás no os sirva este pino como colchón, pero yo subiré pues creo haber visto un lecho excelente allí arriba.

—No, no —le interrumpió Zastrozzi—. ¿No dije que no descansaría hasta haber encontrado a Verezzi? Monta, villano, o muere.

Hoscamente, Ugo obedeció. Partieron al galope y pronto habían desaparecido de la vista.

Verezzi volvió a dar gracias al cielo por haber escapado; pues creyó que la vista de Ugo se había encontrado con la suya en el momento en que el villano señalaba las ramas donde él reposaba.

Había ya amanecido. Verezzi contempló el brezal y creyó ver edificaciones en la distancia. Avanzó durante una media hora y se dio cuenta de que por fin había llegado a su término.

El campo había asumido un aspecto nuevo y el número de casas de campo y de villas le demostraba que estaba cerca de alguna ciudad. Entró en una carretera ancha que le confirmó su opinión. Vio dos campesinos y les preguntó dónde llevaba el camino.

—A Passau —fue la respuesta.

Era todavía de mañana muy temprano cuando entró caminando en la calle principal de Passau^[4]. Se sentía muy débil por sus esfuerzos recientes y desacostumbrados; vencido por el desfallecimiento, se dejó caer sobre unos elevados escalones de piedra que conducían a una magnífica mansión, y reposando la cabeza sobre un brazo, se quedó dormido rápidamente.

Llevaba allí casi una hora cuando le despertó una anciana. En una cesta que le

colgaba del brazo llevaba flores, pues todos los días de mercado acostumbraba a llevarlas a Passau. Sin darse cuenta apenas de dónde estaba, respondió a las preguntas de la anciana de una manera vaga y poco satisfactoria. Poco a poco, sin embargo, se fueron conociendo mejor, y como Verezzi no tenía dinero, ni medio alguno de conseguirlo, aceptó la oferta que le hizo Claudine (pues ése era el nombre de la anciana) de trabajar para ella y compartir su casa de campo, que con un pequeño huerto era lo único que ella podía llamar suyo. Claudine vendió rápidamente las flores y ella y Verezzi llegaron pronto a una casita de campo cercana a Passau. Estaba situada en una zona agradable y cultivada; al pie del pequeño promontorio sobre el que estaba fluía el majestuoso Danubio, y al otro lado había un bosque perteneciente al Barón de Schwepper, de quien Claudine era vasalla.

Su casita de campo estaba extremadamente limpia; y gracias a la caridad del Barón no le faltaba ninguna de esas pequeñas comodidades que necesita la vejez.

Verezzi pensó que en un lugar tan retirado podría pasar el tiempo tranquilamente y eludir a Zastrozzi.

—¿Qué te indujo a hacerme esa oferta esta mañana? —preguntó a Claudine cuando al anochecer se sentaron junto a la puerta de la casa.

—¡Ay! —contestó la anciana—. La semana pasada perdí a mi querido hijo, que lo era todo para mí: murió de una fiebre que cogió por los grandes esfuerzos que hacía para que yo pudiera vivir; y ayer fui al mercado por vez primera desde la muerte de mi hijo esperando encontrar algún campesino que ocupara su lugar, cuando el azar te puso en mi camino.

»Tenía la esperanza de que él me sobreviviera, pues me acerco rápidamente a la tumba, a la que espero como si se tratara de la llegada de un amigo que me alivie de estas preocupaciones que, ¡ay!, no hacen más que aumentar con los años.

El corazón de Verezzi se sintió conmovido por la desamparada situación de Claudine. Tiernamente le dijo que no se separaría de ella; y que si tenía alguna oportunidad de mejorar su situación, ella dejaría de vivir en la pobreza.

Capítulo IV

Pero volvamos a Zastrozzi: había paseado con Ugo por el brezal regresando tarde. Se sorprendió de no ver luz en la casa. Fue hasta la puerta, llamó con violencia y nadie respondió.

—¡Qué extraño! —exclamó Zastrozzi mientras abría la puerta de una patada. Entró pero no encontró a nadie. Buscó y por fin vio a Bernardo en el suelo, aparentemente sin vida, al pie de la escalera. Zastrozzi fue hacia él y le levantó del suelo: sólo había estado en trance y se recuperó inmediatamente.

En cuanto se disipó su asombro le contó a Zastrozzi lo que había sucedido.

—¿Cómo? —exclamó Zastrozzi interrumpiéndole—. ¿Verezzi ha escapado? ¡Por el infierno y las furias! Villano, mereces que te dé muerte al instante; pero por el momento tu vida me es necesaria. Levanta, ve inmediatamente a Rosenheim y trae de la posada tres de mis caballos... ¡Apresúrate! ¡Largo!

Tembloroso, Bernardo se levantó y, obedeciendo las órdenes de Zastrozzi, cruzó el brezal rápidamente en dirección a Rosenheim^[5], un pueblo que se encontraba hacia el norte, a media legua de distancia.

Cuando aquél se hubo ido, Zastrozzi, agitado por las pasiones, apenas sabía qué hacer. Recorrió la casa con zancadas presurosas. A veces hablaba en voz baja para sí mismo. Los sentimientos de su alma le centelleaban en los ojos y fruncía terriblemente el ceño.

—¡Ojalá, señor, tuviera su corazón en la punta de mi daga! —exclamó Ugo—. Matadle cuando le cojáis, que estoy seguro será muy pronto.

—Ugo —respondió Zastrozzi—: eres mi amigo; y me aconsejas bien. ¡Pero no! No debe morir. ¡Ay! Con qué horribles grilletes estoy encadenado... qué estúpido fui... ¡Ugo! Morirá... morirá con los tormentos más infernales. Me entrego al destino; saborearé la venganza, que es más dulce que la vida. Y aunque tenga que morir yo con él, y como castigo de mi crimen me arrojen al instante a los tormentos eternos, saborearé la alegría superior de recordar el dulce momento de su destrucción. ¡Ay, si esa destrucción pudiera ser eterna!

Se escuchó el ruido de unos cascos y Zastrozzi fue interrumpido por la llegada de Bernardo. Montaron a caballo al instante y los animosos corceles les condujeron rápidamente a través del brezal.

Durante algún tiempo, Zastrozzi y sus compañeros cruzaron rápidamente la llanura. Tomaron el mismo camino que había seguido Verezzi. Pasaron junto a los pinos donde éste descansaba y siguieron adelante.

Los caballos, fatigados, apenas eran ya capaces de soportar sus cargas culpables. Desde que se alejaron de los pinos, ninguno había hablado.

El caballo de Bernardo se vino abajo vencido por la fatiga excesiva; el de Zastrozzi apenas parecía encontrarse en mejores condiciones. Se detuvieron.

—¿Cómo? —exclamó Zastrozzi—. ¿Debemos abandonar la búsqueda? ¡Ay! Me temo que habremos de hacerlo; nuestros caballos ya no pueden seguir... malditos caballos.

»Pues seguiremos a pie... Verezzi no escapará de nada retrasará ahora la culminación de mi justa venganza.

Mientras así hablaba, los ojos de Zastrozzi brillaban de venganza impaciente, y con pasos rápidos se dirigió hacia el sur del brezal.

La luz del día apareció por fin, pero los esfuerzos de los villanos por encontrar a Verezzi seguían sin dar frutos. El hambre, la sed y la fatiga conspiraban para hacerles abandonar la búsqueda; a intervalos se echaban sobre el suelo pedregoso.

—Es éste un incómodo colchón, señor —murmuró Ugo.

Zastrozzi, cuyos pensamientos estaban totalmente concentrados en su afán vengativo, no le respondió, sino que se reanimó de nuevo por la impaciencia de la venganza, se levantó del suelo y, murmurando maldiciones sobre el objeto inocente de su odio, siguió avanzando. Pasó el día como lo había hecho la mañana y la noche anterior. Su hambre apenas se veía ya aliviada por las bayas silvestres que crecían entre los matorrales leñosos; y su sed no hacía más que aumentar con el agua de los charcos salobres, los únicos que podían encontrar. A lo lejos vieron un bosque.

—Ése es un lugar probable en el que Verezzi puede haberse retirado, pues el día es caluroso y debe necesitar reposo, lo mismo que nosotros —dijo Bernardo.

—Cierto —contestó Zastrozzi dirigiéndose hacia allí. Llegaron rápidamente al borde del bosque, pero no se trataba de un simple bosquecillo, sino de un bosque inmenso que se extendía en dirección al sur hasta Schaffhausen^[6]. Penetraron en él.

Los altos árboles, que se elevaban por encima de sus cabezas, detenían el sol meridiano; abajo el suelo musgoso invitaba al reposo; pero Zastrozzi, al que le preocupaba muy poco un escenario tan hermoso, escudriñaba velozmente todo receptáculo que pudiera ofrecer asilo a Verezzi.

Fueron inútiles todas sus búsquedas... vanos sus esfuerzos: pero aunque debilitado por el hambre y agotado por el esfuerzo, seguía sin dejarse caer sobre la hierba. Su mente era superior a su fatiga corporal; pues animada por el deseo de venganza resultaba infatigable.

Ugo y Bernardo, vencidos por la fatiga extrema que habían padecido, y aunque eran unos asesinos fuertes, cayeron desmayados sobre el suelo.

El sol empezaba a declinar; finalmente se hundió bajo la montaña occidental y la parte superior del bosque se vio teñida por sus últimos rayos. Las sombras de la noche espesaron rápidamente.

Zastrozzi se sentó un rato sobre el tronco podrido de un roble caído.

El cielo estaba sereno; el éter azul se adornaba con innumerables miríadas de estrellas: las copas de los elevados árboles se mecían tristemente con el viento de la

noche; y mientras ellos avanzaban la luz de luna penetraba a intervalos, a través de las enmarañadas ramas, arrojando sombras dudosas sobre los oscuros matorrales.

Vencidos por un desfallecimiento irresistible, Ugo y Bernardo se echaron a descansar sobre la húmeda hierba. Una escena tan hermosa, una escena tan adecuada para aquellos que pueden reflexionar con placer sobre su pasado y anticipar el futuro con el entusiasmo de la inocencia, se adecuaba mal al alma feroz de Zastrozzi, que a veces agitada por la venganza, y otras veces por un remordimiento agónico, o por las pasiones enfrentadas, ni podía extraer placer del pasado ni anticipar felicidad en el futuro.

Zastrozzi permaneció algún tiempo sentado y sumergido en contemplaciones que le desgarraban el corazón; pero aunque durante un tiempo su conciencia reflexionó sobre la vida pasada con imágenes de horror, de nuevo el corazón se le volvió insensible por la venganza más violenta; y estimulado por las imágenes de la venganza no satisfecha, se levantó rápidamente y, tras despertar a Ugo y a Bernardo, prosiguió su camino.

La noche era tranquila y serena; ni una nube oscurecía el brillo azulado de la bóveda celeste y estrellada... ni un viento agitaba la tranquilidad de la atmósfera sobre la tierra.

Zastrozzi, Ugo y Bernardo avanzaron por el bosque. Desde hacía algún tiempo no habían probado otro alimento que las bayas silvestres del bosque, por lo que estaban ansiosos por llegar a alguna casa de campo en la que pudieran procurarse un refrigerio. Durante un rato no interrumpieron el profundo silencio que reinaba entre ellos.

—¿Qué es aquello? —exclamó Zastrozzi al contemplar un edificio grande y magnífico cuyas almenas se elevaban por encima de los altos árboles. Estaba construido en estilo gótico y parecía deshabitado.

Sus ventanas puntiagudas se elevaban hacia el cielo; sus ornamentos los volvía de plata la clara luz de la luna, formándose un contraste sorprendente con los tonos oscuros de los arcos inferiores. Sobresalía un amplio pórtico y se dirigieron hacia él, tratando Zastrozzi de abrir la puerta. Una ventana abierta a un lado de una puerta llamó la atención de Zastrozzi.

—Entremos por ahí —dijo.

Así lo hicieron y llegaron a un amplio salón con muchas ventanas. En el interior todo estaba dispuesto con una magnificencia principesca. Cuatro sofás antiguos e inmensos invitaban al reposo.

Cerca de una de las ventanas había una mesa con un escritorio encima, y en el suelo, muy cerca, había un papel.

Al pasar junto a él, descuidadamente, Zastrozzi lo cogió. Se aproximó a la ventana pensando que los sentidos le habían engañado cuando leyó escrito en él «la Contessa di Laurentini»; pero no era así, pues el nombre de la Contessa di Laurentini seguía escrito sobre el papel. Lo abrió rápidamente, y la carta, aunque no era de

importancia, le convenció de que ése debió de ser el lugar al que dijo Matilda que se había ido a vivir.

Ugo y Bernardo yacían dormidos en los sofás. Zastrozzi los dejó allí y abrió una puerta situada en el otro extremo que conducía a un salón abovedado; un amplio tramo de escaleras se elevaba desde el lado opuesto, y subió por ellas. Avanzó por un largo corredor y en el otro extremo encontró a una mujer vestida con una túnica blanca, a cuyo lado, en la balaustrada, ardía una lámpara. Estaba en una actitud reclinada y no se había dado cuenta de la llegada de Zastrozzi. Éste reconoció en ella a Matilda. Se acercó, y ésta, cuando Zastrozzi se plantó ante ella, retrocedió con sorpresa. Durante un tiempo permaneció observándole en silencio, hasta que por fin exclamó:

—¡Zastrozzi! ¡Ay! ¿Nos hemos vengado de Julia? ¿Soy feliz? Respóndeme, rápido. En tu silencio percibo que nuestros planes se han puesto en marcha. ¡Excelente, Zastrozzi! Acepta mi más ferviente agradecimiento, mi gratitud eterna.

—¡Matilda! —la interrumpió Zastrozzi—. ¡Bien podría decirte que fuéramos felices! ¡Pero, ay! Sólo la desgracia y la decepción provocan esta inesperada visita mía. Nada sé de la Marchesa de Strobazzo... y menos todavía de Verezzi. Temo que haya de esperar hasta que la edad haya aflojado mis energías, ahora tan fervientes; y cuando el tiempo haya amortiguado tu pasión, quizás puedas obtener el amor de Verezzi. Julia ha regresado a Italia... ahora está en Nápoles; y segura en la inmensidad de sus posesiones, se ríe de nuestra insignificante venganza. Pero no siempre será así —siguió diciendo Zastrozzi con unos ojos que centelleaban con brillo inexpresable—. Lograré mi propósito; y el tuyo, Matilda, se verá también satisfecho. Pero vamos, no he probado bocado en estos dos días.

—¡Ah! Abajo hay cena preparada —dijo Matilda. Sentados junto a la mesa de la cena, la conversación, estimulada por el vino, tomó un giro animado. Tras charlar de algunos temas irrelevantes para esta historia, Matilda añadió—: ¡Ah! Me olvidé de decirte que he hecho algunas cosas buenas. He encerrado al diabólico Paulo, el criado de Julia, que tan gran servicio le prestaba, el que al enterarse de nuestros planes es posible que frustrara nuestro gran designio. Lo he encerrado en la caverna inferior de los calabozos que hay bajo este edificio... ¿quieres ir a verle?

Zastrozzi respondió afirmativamente y, tomando una lámpara que ardía en un receptáculo de la sala, siguió a Matilda.

Los rayos de la lámpara sólo disipaban parcialmente la oscuridad conforme la pareja avanzaba por los anticuados pasillos. Llegaron a una puerta, Matilda la abrió y cruzaron rápidamente un patio en el que crecía la hierba.

La hierba que brotaba sobre las elevadas almenas se meció lastimosamente al levantarse una ráfaga en el momento en el que Matilda y Zastrozzi cruzaban un oscuro y estrecho marco de una puerta. Descendieron precavidamente los escalones escarpados y resbaladizos. Mientras avanzaban, la lámpara, oscurecida por los vapores, apenas ardía. Llegaron al pie de la escalera.

—¡Zastrozzi! —exclamó Matilda. Éste se dio la vuelta rápidamente y, viendo una puerta, obedeció la orden de Matilda.

Sobre un lecho de paja, encadenado al muro, yacía Paulo.

—¡Piedad, desconocido, piedad! —exclamó el desgraciado Paulo.

Zastrozzi no le dio ninguna respuesta, salvo una expresiva sonrisa de burla. Subieron de nuevo por la estrecha escalera y, tras pasar el patio, llegaron al cenador.

—¿Pero de qué te sirve ese Paulo en el calabozo? —preguntó Zastrozzi mientras volvía a sentarse—. ¿Por qué lo tienes ahí?

—¡Ah! —respondió Matilda—. No lo sé; pero si deseas...

Se detuvo en la mitad de la frase, aunque la terminó con la expresión de su rrisada.

Zastrozzi sirvió una copa rebosante de vino. Llamó a Ugo y a Bernardo.

—Tomad —dijo Matilda enseñándoles una llave. Uno de los villanos la cogió y poco después regresó con el infortunado Paulo.

—¡Paulo! —exclamó Zastrozzi en voz alta—. He convencido a La Contessa para que te devuelva la libertad: toma esto —añadió—: brindo por tu felicidad futura.

Paulo hizo una reverencia y bebió hasta la última gota la copa envenenada; después, sobrecogido por una debilidad repentina e irresistible, cayó a los pies de Zastrozzi. Las convulsiones sacudieron su cuerpo, le temblaron los labios, los ojos giraron en sus órbitas de una manera horrible y, tras pronunciar un gemido agónico y prolongado, murió.

—¡Ugo! ¡Bernardo! Llevaos el cuerpo y enterradlo inmediatamente —gritó Zastrozzi—. Matilda, de esta manera tiene que morir Julia: ya ves que los venenos que poseo son rápidos en su efecto.

Se produjo entonces una pausa durante la cual las almas culpables de Zastrozzi y Matilda se hablaron con la mirada.

Matilda interrumpió el silencio. Sin sentirse conmovida por la terrible atrocidad que se había cometido, le dijo a Zastrozzi que la acompañara hasta el bosque, pues tenía algo que decirle en privado.

—Matilda —dijo Zastrozzi mientras caminaban por el bosque—: no debo quedarme aquí y perder en la inactividad un tiempo que podría emplear más útilmente. Tendré que abandonarte mañana... tengo que destruir a Julia.

—Zastrozzi —le contestó Matilda—: tan lejos estoy de desear que emplees aquí tu tiempo en una ociosidad innoble que yo misma me uniré a tu búsqueda. Irás a Italia, a Nápoles, observarás todos los movimientos de Julia, seguirás todos sus pasos y, disfrazado como un amigo, la destruirás. Pero ten cuidado, mientras asumes la gentileza de la paloma, de no olvidarte de la astucia de la serpiente. De ti dependo para destruirla a ella y con mi propio esfuerzo encontraré a Verezzi; yo misma me ganaré su amor... Julia debe morir y expiar con su sangre odiosa el crimen de haberse atrevido a enfrentarse a mí.

Mientras así conversaban, mientras así preparaban aquellos horribles planes de

destrucción, fue pasando la noche.

La luna lanzaba sus rayos oblicuos a través de unas nubes descendentes que amenazaban con la inminencia de una tormenta. El cielo cárdeno se tiñó de un brillo amarillento; las copas de los árboles se agitaban con la tempestad creciente; cayeron gruesas gotas de lluvia, vieron el relámpago de un rayo y, un instante después, el trueno sobrecogió de terror instantáneo el pecho de Matilda. Sin embargo, lo venció inmediatamente y, contemplando con indiferencia la batalla de los elementos, prosiguió su discurso con Zastrozzi.

Pasaron la noche realizando muchos planes visionarios para el futuro, y de vez en cuando una punzada de remordimiento asaltaba el corazón de Matilda. Descuidados de la tormenta, permanecieron en el bosque hasta muy tarde. Alentados por la perversidad, buscaron finalmente la cama, pero el sueño desertó de la almohada.

Con todo el lujo de una imaginación extravagante, Matilda se representaba la forma simétrica y el semblante expresivo de Verezzi; y Zastrozzi, que interpretaba un doble papel, anticipaba con ferocidad exultante los tormentos que aquel a quien ella amaba acabaría por soportar, pero alteró sus planes cuando se le ocurrió un modo de venganza más sublime.

Matilda pasó una noche de inquietud y agitación: su mente se vio acosada por pasiones enfrentadas, y con toda su alma preparó actos horrorosos y perversos. Cuando se encontró con él en el comedor, a la hora del desayuno, el semblante de Zastrozzi tenía una expresión rígida y decidida de venganza.

—¡Casi me estremezco ante el mar de perversidad en el que voy a embarcarme! —exclamó Matilda—. Pero en cuanto a Verezzi... ¡ay! Por él pierdo mis esperanzas de felicidad eterna. En la dulce idea de llamarlo mío, ningún escrúpulo delicado ni ningún equívoco miedo supersticioso me impedirán merecerlo con actos osados... ¡no! Estoy decidida —siguió diciendo Matilda, pues al acordarse de las formas gráciles de Verezzi un terrible amor asaltaba su alma.

—También yo estoy decidido —la interrumpió Zastrozzi—. Estoy decidido a la venganza: mi venganza será satisfecha. Julia morirá, y Verezzi...

Zastrozzi se detuvo; sus ojos brillaron con una expresión peculiar y Matilda pensó que no lo había dicho todo. Elevó su mirada y se encontró con la de él.

Las mejillas de Zastrozzi, oscurecidas por la culpa, se tiñeron con un enrojecimiento momentáneo, pero desapareció rápidamente y su semblante recuperó la expresión firme y decidida.

—¡Zastrozzi! —exclamó Matilda—. Si fueras falso... si trataras de engañarme... pero no; es imposible. Perdóname, amigo mío... no quise decir eso, mi pensamiento ha enloquecido...

—No importa —respondió Zastrozzi altaneramente.

—¿Pero me perdonarás mis dudas momentáneas y sin sentido? —preguntó Matilda fijando la mirada en los ojos de Zastrozzi.

—No debemos fijarnos en las expresiones vanas y sin sentido que no dicta el

alma —replicó Zastrozzi—. Yo te pido que me perdones a mí por haber provocado la agitación con expresiones ambiguas: créeme, Matilda, no nos abandonaremos el uno al otro; tu causa es la mía; la desconfianza entre nosotros es locura. Pero despedámonos por el momento; he de ordenar a Bernardo que vaya a Passau para comprar caballos.

Transcurrió el día mientras cada uno aguardaba con impaciencia la llegada de Bernardo.

—Adiós, Matilda —exclamó Zastrozzi montando en el caballo que había traído Bernardo; y tomando el camino de Italia, partió al galope.

Capítulo V

Con el alma entera ocupada en una sola idea, la culpable Matilda entró presurosa en un carruaje que aguardaba en la puerta y ordenó partir hacia Passau.

Cuando su mente pudo reflexionar en soledad, volvió hacia el objeto más querido de su corazón: Verezzi.

Un fuego ardiente e inextinguible le quemaba el pecho; y mientras pensaba en él, llegó a estremecerse por la intensidad de sus sentimientos.

«Me amaré... será mío... mío para siempre...», pronunciaba mentalmente Matilda.

Las calles de Passau resonaron con el eco del carruaje de la Contessa di Laurentini antes de que, despertada de su ensoñación, se encontrara en el lugar de su destino. Y estaba sentada ya en su hotel, en esa ciudad, antes de que pudiera haber ordenado sus ideas turbulentas. Llamó a Ferdinand, un criado fiel, a quien le confiaba todo.

—Ferdinand —le dijo—: tienes todo el derecho a mi gratitud. Nunca he tenido motivo de reprocharte infidelidad en la ejecución de mis órdenes... pero habrás de añadir otra deuda a la que ya tengo contigo: si antes de tres días has encontrado a Il Comte Verezzi, serás mi mejor amigo.

Ferdinand hizo una reverencia y se dispuso a cumplir sus órdenes. Pasaron dos días durante los que Matilda no dejó de investigar personalmente, incluso en los suburbios de Passau.

Sintiéndose alternativamente deprimida por el miedo y reanimada por la esperanza, durante tres días la mente de Matilda se encontró en un estado de fluctuación y perturbación. Llegó la tarde del tercer día, en el que Ferdinand debía regresar. La mente de Matilda, llevada hasta el extremo de la impaciencia, era escenario de pasiones conflictivas que le hacían recorrer a paso rápido la habitación. Entró un criado que anunció la cena.

—¿Ha regresado Ferdinand? —preguntó presurosamente Matilda.

El criado respondió negativamente y ella lanzó un suspiro profundo y se golpeó la frente.

Se oyeron unos pasos en la antecámara exterior.

—¡Ahí está Ferdinand! —exclamó Matilda exultante en el momento mismo en que aquél entraba—. ¡Bien, bien! ¿Has encontrado a Verezzi? ¡Ah! ¡Habla, rápido! Libérame de este horrible suspense.

—¡Señora! —contestó el criado—. Mucho me apena verme obligado a declarar que a pesar de todos mis esfuerzos no he podido encontrar al Comte Verezzi...

—¡Ay, locura! ¡Locura! —exclamó Matilda—. ¿Por esto me he sumergido en el abismo oscuro del crimen? ¿Es por esto que he despreciado la delicadeza de mi sexo,

y atreviéndome a enfrentarme a las consecuencias he ofrecido mi amor a aquel que me desprecia... aquel que me evita, como hace el bárbaro Verezzi? Pero si está en Passau, si está en el entorno de la ciudad, lo encontraré.

Diciendo esto, rechazando las protestas de los criados y perdiendo todo sentido del decoro se precipitó a las calles de Passau. Un silencio ominoso reinaba en las calles de la ciudad; era ya más de la medianoche y todos los habitantes parecían sumergidos en el sueño... un sueño que a Matilda le era ya casi extraño. Sus ropas blancas flotaban en el aire de la noche; sus cabellos sombríos y desgredados le caían sobre el cuerpo, de manera que al pasar por el puente debió dar a los remeros que había abajo la idea de una forma sobrenatural y etérea.

Cruzó el puente con rapidez y entró en los campos de la Zona derecha. El Danubio, cuya corriente plácida apenas agitaba el viento, reflejó su forma simétrica, mientras Matilda, sin saber apenas qué dirección tomar, se apresuraba por la orilla. El horror repentino y la desesperación insalvable acosaban su cerebro, enloquecido por su amor sin esperanza.

—¿Qué puedo hacer en este mundo, cuando mi idea más querida se ha agostado y mi esperanza más amada se ha vuelto fútil? —exclamaba frenética Matilda en el momento en que, llegando a la cumbre más alta de la desesperación intentó lanzarse al río.

Pero la vida prosiguió, pues Matilda, cogida por el brazo de un desconocido, no pudo cometer el acto desesperado.

Vencida por el horror, se desmayó.

Estuvo algún tiempo tumbada en un estado de torpe insensibilidad hasta que el desconocido, llenando su copa de agua y rociando con ella el pálido semblante de la mujer, volvió a la vida a la desgraciada Matilda.

Cuál sería su sorpresa, qué combinación de emociones de duda y embeleso, cuando la luz de la luna reveló ante ella la cara de Verezzi, quien con ansiosa solicitud se inclinaba sobre las elegantes y proporcionadas formas de la mujer.

—¿A qué azar debo el ver aquí a la Contessa di Laurentini? —exclamó el sorprendido Verezzi—. ¿No te había dejado en tu castillo italiano? Tenía la esperanza de que hubieras dejado de perseguirme desde que te dije que yo era irrevocablemente de otra.

—¡Ay, Verezzi! —exclamó Matilda arrojándose a sus pies—. Te adoro hasta la locura... te amo hasta el frenesí. Si te queda algo de compasión, no permitas que te suplique en vano: no rechaces a aquella a la que le es imposible vencer la pasión fatal e irresistible que la consume.

—Levantaos, señora —replicó Verezzi—. Levantaos; este discurso es impropio: no conviene a la dignidad de tu rango, ni a la delicadeza de tu sexo: pero permíteme que te conduzca hasta aquella casa de campo donde quizás te dignes a refrescarte o pasar la noche.

La luz de la luna jugueteaba sobre las aguas tranquilas del Danubio mientras

Verezzi, en silencio, conducía a la hermosa Matilda hasta la morada humilde en la que residía.

Claudine aguardaba en la puerta y había empezado a temer que le hubiera sucedido alguna desdicha a Verezzi, pues cuando llegó éste hasta la puerta de la casa hacía ya mucho que había pasado la hora a la que el joven acostumbraba regresar.

En las horas en las que el crepúsculo refresca el aire, Verezzi acostumbraba a pasear por el hermoso paisaje de los alrededores, pero raramente prolongaba el paseo hasta medianoche.

Mientras avanzaba hacia Claudine servía de apoyo al cuerpo debilitado de Matilda. Últimamente a la anciana, por su edad extrema, le fallaba la vista, por lo que hasta que Verezzi la llamó no vio que éste llegaba acompañado por la Contessa di Laurentini.

—Claudine, tengo otra petición que hacer a tu amabilidad —dijo Verezzi—; esta dama, que se ha perdido por campos que desconocía, honrará nuestra casa pasando aquí la noche. Si preparas para ella el jergón que yo suelo ocupar, esta noche reposaré sobre la hierba, y ahora prepararemos la cena. Señora —siguió diciendo, dirigiéndose entonces a Matilda—: pienso que un poco de vino refrescará tu espíritu; permíteme que te sirva una copa.

Matilda aceptó en silencio la oferta y las miradas de ambos se encontraron. La de Matilda era centelleante y estaba llena de significado.

—¡Verezzi! —exclamó Matilda—. Hace sólo cuatro días que he llegado a Passau y te he buscado ansiosamente... ¡Ay! ¡Con cuánta ansiedad! ¿Me acompañarás mañana hasta Passau?

—Claro —contestó Verezzi, aunque con cierta vacilación.

Claudine se unió pronto a ellos. Matilda se sentía exultante por el éxito de sus planes y, estando presente Claudine, la conversación versó sobre temas generales. Lo tardío de la hora les indicó finalmente que debían separarse.

Verezzi, abandonado a la soledad y sus propias reflexiones, se acostó sobre la hierba que se extendía hacia abajo hasta el Danubio. Ideas de la naturaleza más lóbrega tomaron posesión de su alma; y durante la noche vio los cimientos de los infortunios más amargos.

No podía amar a Matilda; y aunque nunca la había visto salvo bajo la luz más amigable, le era imposible sentir nada hacia ella, salvo una fría estima. Nunca había observado en ella esas sombras oscuras del carácter que, si se desarrollaran, podrían provocar horror y repugnancia; la consideraba una mujer de pasiones fuertes que, habiéndose resistido a ellas con toda su voluntad, finalmente se había dejado arrastrar por la corriente... cuyas virtudes brillantes había oscurecido una sola falta... y como tal sintió piedad por ella: pero no podía evitar la comparación entre ella y Julia, cuya delicadeza femenina la alejaba de la más ligera sospecha de falta de decoro. Su forma frágil, su semblante ligero y celestial, fue contrastado, con toda la parcialidad que da el amor, con los ojos centelleantes, el semblante autoritario y la mirada audaz y

expresiva de Matilda.

Al día siguiente debía acompañarla hasta Passau. Decidió observar durante el camino un silencio estricto; o en todo caso no arriesgarse a ninguna expresión equívoca que pudiera convertirse en lo que no era.

Pasó la noche; llegó la mañana y las cumbres de las lejanas montañas adquirieron un tono dorado con el sol naciente.

Exultante por el éxito de sus planes, incapaz casi de disfrazar los sentimientos vivos de su corazón, la astuta Matilda simuló una tristeza que estaba lejos de sentir cuando descendió a primera hora a la estrecha habitación en la que Claudine había preparado un desayuno sencillo.

Una expresión inequívoca de ternura inocente y dulce caracterizaban sus maneras hacia Verezzi: Matilda tenía los ojos fijos en el suelo y todos sus movimientos transmitían humildad y sensibilidad.

Finalmente, terminado el desayuno, llegó el momento en el que Matilda siguió el curso del río, acompañada por Verezzi, rehaciendo sus pasos hasta Passau. Durante un tiempo predominó un silencio sombrío hasta que finalmente lo rompió Matilda:

—¡Duro Verezzi! ¿Es así cómo me despreciarás siempre? ¿Es por esto que he dejado a un lado la delicadeza de mi sexo sintiendo por ti una pasión demasiado violenta para quedar oculta...? ¡Ay! ¡Ten al menos piedad de mí! Te amo: ¡Ay! ¡Te adoro hasta la locura!

Guardó silencio, pero la expresión peculiar que brillaba en sus ojos oscuros hablaba de los deseos tumultuosos de su pecho.

—No te entristezcas ni me aflijas con estas protestas que de nada valen —dijo Verezzi—. ¿Te corresponde a ti, a Matilda, hablar de amor a quien ama a Julia? —siguió diciendo mientras su semblante asumía una sonrisa del más acerbo desprecio.

Las lágrimas cayeron rápidamente por las mejillas de Matilda. Suspiró y el suspiro pareció desgarrar lo más profundo de su pecho.

Esa inesperada respuesta venció a Verezzi, quien se había preparado para soportar reproches, pero cuyos sentimientos no podían soportar las lágrimas de Matilda.

—¡Ay! Perdóname, Matilda, si mi cerebro, enloquecido por la decepción, dicta palabras que mi corazón no pretende —exclamó Verezzi.

—No —replicó a su vez Matilda—, si soy yo la equivocada: impulsada por la violencia de mi pasión he pronunciado palabras cuyo simple recuerdo me llena de horror. ¡No! Perdóname, perdona a una mujer desgraciada cuyo único error es el de amarte demasiado.

Mientras así hablaban entraron en las calles abarrotadas de Passau y, avanzando rápidamente, llegaron pronto al hotel de la Contessa di Laurentini.

Capítulo VI

Ha quedado ya bastante manifiesto el carácter de Matilda como para que sea necesario detenemos más en él. Baste con decir que los cantos de sirena y las zalamerías adecuadamente espaciadas de ella tuvieron un efecto tan grande sobre la imaginación de Verezzi que la decisión que había tomado de regresar a la casa de Claudine antes del anochecer se iba debilitando a cada instante.

—¿Y vas a dejarme así? —exclamó Matilda con una voz que transmitía la angustia más amarga cuando Verezzi se dispuso a partir—. ¿Vas a dejar así sin atender a aquella que, sólo por ti, dejando a un lado el orgullo de la alta cuna, ha deambulado desconocida por climas extrajeros? ¡Ay! Si impulsada por mi amor hacia ti he traspasado los límites de la modestia, no permitas, ay, no permitas que otros me hieran impunemente. Te ruego, Verezzi, que te quedes, si aún guarda tu pecho una chispa de compasión... quédate y defiéndeme de aquellos que vanamente buscan a quien es irrevocablemente tuya.

Con palabras como éstas influyó la astuta Matilda sobre la pasión generosa de Verezzi. El alma tierna de éste fue vencida por las emociones de la piedad y la compasión hacia aquella cuya única falta, suponía él, era la de amarle.

—¡Ay, Matilda! —exclamó—. Aunque no pueda amarte, aunque mi alma sea irrevocablemente de otra, créeme sin embargo que te estimo, te admiro; y me apena que un corazón adornado de tantas y tan brillantes virtudes se haya fijado en aquél que es incapaz de apreciar su valor.

Fue pasando el tiempo y cada nueva aparición del sol seguía viendo a Verezzi en Passau, todavía bajo el techo de Matilda. Aquella suavidad, aquella ternura fundente que también sabía ella fingir, empezaron a convencer a Verezzi de la injusticia del odio involuntario que había llenado su alma contra ella. Matilda adornaba su conversación con ideas razonables y elegantes. Jugaba con él en el frescor del atardecer y a menudo, tras el crepúsculo, paseaban por los bellos paisajes y verdes prados que riega el Danubio.

Claudine no había sido olvidada, pues recordándola Matilda enseguida la colocó en una situación de independencia que añadió un nuevo punto a la gratitud de Verezzi.

De esta manera pasaron tres semanas. Todos los días, Matilda practicaba nuevas artes, empleaba nuevas zalamerías para retener bajo su techo al fascinado Verezzi.

Cuando Matilda comprendía que el recuerdo agitaba el espíritu de Verezzi, lo llevaba a las fiestas más selectas de Passau, donde los diversos movimientos revoloteaban en la más exquisita armonía.

Cuando éste parecía preferir la soledad, Matilda le proponía un paseo junto al Danubio bajo la luz de la luna; O con dedos hábiles sacaba de su arpa los sonidos de

la melodía más encantadora y conmovedora. Su conducta hacia él era amable, tierna y tranquila, y parecía corresponder más al amor suave y sereno de una amiga o una hermana que al fuego ardiente e inextinguible que ardía, aunque oculto, en el pecho de Matilda.

Una noche tranquila Matilda y Verezzi estaban sentados en un salón posterior desde el que se veían deslizarse las aguas del Danubio. Él escuchaba con el entusiasmo de un embeleso silencioso una tonadilla suave que cantaba Matilda cuando le sobrecogió un fuerte golpe en la puerta del salón. Entró un criado que dijo a Matilda que un desconocido quería hablar con ella de asuntos particulares.

—¡Ah! —exclamó Matilda—. Ahora no puedo atenderle; dile que espere.

Pero el desconocido se mostraba impaciente y no podía dejar de recibirlo.

—Que entre entonces —dijo Matilda.

El criado se apresuró a obedecer su orden. Verezzi se levantó para salir de la habitación.

—No —gritó Matilda—. Quédate sentado; enseguida me desharé de él; además, no guardo secretos para ti.

Verezzi volvió a ocupar su asiento y las amplias puertas plegables que daban al pasillo se abrieron.

Verezzi observó que Matilda se puso pálida al mirar entre ellas.

No pudo ver la causa, pues estaba sentado en un sofá en el otro extremo del salón.

Ella dio de pronto un salto en su silla; todo su cuerpo pareció convulsionado por la agitación y corrió hacia la puerta. Verezzi la oyó exclamar con voz agitada:

—¡Vete! ¡Vete...! ¡Mañana por la mañana!

Matilda regresó y volvió a sentarse junto al arpa que había dejado abandonada intentando recuperar la compostura; pero su esfuerzo fue vano porque estaba muy agitada.

Cuando intentó cantar de nuevo, su voz se negó a seguirla; y las manos húmedas temblaban violentamente al recorrer las cuerdas del arpa.

—Matilda, ¿qué te ha agitado? —le preguntó Verezzi con tono de simpatía—. Hazme el depositario de tus penas: si es posible, quisiera aliviarlas.

—Oh, no —respondió ella simulando despreocupación—. No es nada... no ha pasado nada. Ni siquiera yo me di cuenta de que pareciera agitada.

Verezzi simuló creerla y asumió una serenidad que no tenía. La conversación cambió de tema y Matilda recuperó su porte habitual. Lo tardío de la hora les indicó que era el momento de separarse.

Cuanto más pensaba Verezzi en lo que había sucedido, más se fortalecía en su mente la convicción, que ni siquiera podía explicarse, de que la agitación de Matilda tenía su origen en algo importante. Sabía que la mente de ella era superior a circunstancias comunes y casualidades fortuitas que habrían agitado a un alma inferior. Además, las palabras que le había oído pronunciar... «¡Vete! ¡Vete...! ¡Mañana por la mañana...!». Y aunque decidió disfrazar sus verdaderos sentimientos

y dar la apariencia de que abandonaba el tema, tomó la decisión de vigilar estrechamente la conducta de Matilda; y, sobre todo, averiguar lo que iba a suceder a la mañana siguiente. El presentimiento indefinible de que iba a producirse algo horrible ocupó la mente de Verezzi. Después tuvo lugar un largo encadenamiento de pensamientos retrospectivos... no podía olvidar las horas felices que había pasado con Julia; su atractiva amabilidad y sus formas etéreas presionaban sobre sus doloridos sentimientos.

A pesar de ello, sintió que su alma se ablandaba irresistiblemente con respecto a Matilda: que el amor que sentía ella por él halagaba su vanidad; y aunque no podía sentir hacia ella un afecto recíproco, la amabilidad que había tenido al rescatarlo de su anterior situación degradada, el cambio en su actitud hacia él, y sus esfuerzos permanentes por complacerle y alegrarle en todo fortalecieron su más cálida y sincera gratitud.

Llegó la mañana y Verezzi se levantó de la cama sin haber dormido, descendiendo al comedor donde encontró a Matilda.

Se esforzó por aparentar ser el mismo de siempre, pero en vano; pues en sus rasgos resultaba evidente una expresión de reserva y escrutinio.

Matilda se dio cuenta de ello y, avergonzada, evitó su mirada.

El desayuno transcurrió en silencio.

—Excúsame durante una o dos horas —dijo por fin, aunque tartamudeando, Matilda—. Tengo unas cuentas que revisar con mi administrador —añadió antes de abandonar el apartamento.

A Verezzi no le cupo duda de que el desconocido que había provocado, el día anterior, la agitación de Matilda, había regresado ahora para culminar sus asuntos. Se dirigió hacia la puerta, con intención de seguirla, pero se detuvo.

«¿Qué derecho tengo de espiar los secretos de otro?», pensó Verezzi. «Además, posiblemente los asuntos que el desconocido tenga que tratar con Matilda no me conciernen a mí».

Aun así, seguía sintiéndose impulsado, podríamos decir que por una fascinación irresistible, a descubrir lo que le parecía un asunto tan misterioso. Se esforzó por creer lo que ella había dicho; se esforzó por sosegar: tomó un libro, pero sus ojos lo recorrieron insensibles.

Por tres veces vaciló... por tres veces cerró la puerta del aposento; hasta que por fin una curiosidad que ni él mismo podía explicarse le obligó a buscar a Matilda.

Recorrió el pasillo mecánicamente. Encontró a uno de los criados y le preguntó por Matilda.

—Está en el salón grande —le respondió.

Se dirigió hacia allí con pasos temblorosos. Las puertas plegables estaban abiertas. Vio a Matilda y al desconocido de pie en el otro extremo de la sala.

La figura del desconocido, elevada y majestuosa, resultaba todavía más sorprendente ante las formas elegantes y proporcionadas de Matilda, apoyada en una

mesa de mármol cercana; y los gestos de ella en su conversación manifestaban la impaciencia más ansiosa y el interés más profundo.

Desde tan lejos, Verezzi no podía oír la conversación; pero los bajos murmullos que llegaban de vez en cuando a sus oídos le permitieron darse cuenta de que, con independencia de cuál fuera el tema, les interesaba a ambos por igual.

Los contempló durante algún tiempo con una mezcla de sorpresa y curiosidad, tratando de ordenar los murmullos confusos de las voces que flotaban por el inmenso y abovedado apartamento, pero sin que llegara a sus oídos ningún sonido articulado.

Finalmente Matilda tomó la mano del desconocido: se la llevó a sus labios con un gesto ansioso y apasionado y le condujo hacia la otra puerta del salón.

De pronto el desconocido se volvió, pero con la misma rapidez recuperó su posición anterior y se marchó por la puerta. Sin embargo, la rapidez no fue tanta como para evitar que, viendo por un instante al desconocido, Verezzi no reconociera en él a aquel que le había declarado enemistad eterna en la casa de campo del brezal.

Sin darse apenas cuenta de dónde estaba, o qué creer, por unos momentos Verezzi permaneció en pie perplejo, incapaz de ordenar la confusión de ideas que flotaban en su cerebro y asaltaban su imaginación sobrecogida por el terror. No sabía qué creer... ¿qué fantasma podría ser ése que había tomado la forma de Zastrozzi, llenando de infamias sus forzados globos oculares! ¿Podría tratarse realmente de Zastrozzi? ¿Era posible que su más rencoroso y acerbo enemigo tuviera así el amor y la confianza de la pérfida Matilda?

Permaneció unos momentos en pie, dudando qué resolución tomar. Hubo un momento en el que decidió reprochar a Matilda su traición y bajeza, confundiéndola en mitad de su acto perverso; pero finalmente concluyó que sería más cortés disfrazar y someter sus emociones, por lo que fue hasta el comedor de donde había partido y se sentó como si no hubiera sucedido nada frente a un dibujo que había dejado inacabado.

Además, quizá Matilda no fuera culpable... quizás estuviera siendo engañada; y aunque se estuviera preparando para él un plan de villanía y destrucción, quizá fuera ella también la víctima de Zastrozzi, y no su compañera. La idea de que era inocente le tranquilizó; pues deseaba compensar, en su propia mente, la injusticia con respecto a ella de la que se sentía culpable: y aunque no pudo vencer aquellas ideas desagradables, aquella repugnancia inexplicable que sentía a menudo, a pesar de sí mismo, hacia ella, deseaba superar lo que consideraba sólo era una ilusión de su imaginación, y pagar con el justo tributo de la estima lo que la virtud de ella exigía.

Matilda volvió a entrar en el salón mientras estas ideas, aunque confusas y desconectadas, pasaban por la mente de Verezzi.

En el semblante de la condesa podían verse graves indicios de agitación, y sus ojos oscuros estaban cargados de un significado confuso e inexpresable, mientras dirigió alguna pregunta trivial a Verezzi, con acento presuroso, dejándose caer en una silla junto a él.

—¡Verezzi! —exclamó Matilda tras una pausa que resultó igualmente dolorosa para ambos—. ¡Verezzi! Me duele profundamente ser la mensajera de malas noticias... me gustaría no ser yo la que te diera a conocer esta verdad fatal; pero quizá no estuvieras preparado para escucharla por otro conducto. Tengo algo terrible que relatarte. ¿Podrás soportarlo?

Los dedos desfallecientes de Verezzi dejaron caer el lápiz; tomó la mano de Matilda y con un acento casi desarticulado por el terror la conjuró a que le explicara sus horribles profecías.

—¡Ay! ¡Amigo mío! ¡Mi hermana! —exclamó Matilda mientras unas lágrimas bien fingidas bajaban por sus mejillas—. ¡Ay! ¡Ella está...!

—¡Cuenta! ¡Cuenta! —la interrumpió Verezzi, pues la idea de que le había sucedido algo a su adorada Julia llenó de terror su cerebro enloquecido: pues a menudo Matilda había declarado que como ella no podía convertirse en su esposa, aceptaría ser su amiga, e incluso había dicho que Julia era su hermana.

—¡Ay! —exclamó Matilda ocultando el rostro entre las manos—. Julia... Julia... a quien tú amas, ha muerto.

Incapaz de separar sus facultades del horror repentino y frío que las acosaba, Verezzi se hundió hacia delante y, desmayado, cayó a los pies de Matilda. Durante algún tiempo hicieron todo lo posible, pero en vano, para que se recobrara.

Durante mucho tiempo de nada valió todo lo que le dieron para que se recuperara; finalmente abrió los labios... dio la impresión de que se le aliviaba la respiración... se movió y, lentamente, abrió los ojos.

Capítulo VII

Había dejado reposar la cabeza sobre el pecho de Matilda; se apartó de él violentamente, como si le hubiera picado un escorpión, y cayó al suelo. Los ojos giraban horriblemente y parecía como si fueran a salirse de sus cuencas.

—¿Entonces está muerta...? ¿Julia está muerta? —exclamó Verezzi con un acento apenas articulado—. ¡Ay, Matilda! ¿Fuiste tú, pues, quien la destruyó? ¿Ha bajado a la tumba por tu mano celosa...? ¡Ay, Matilda! ¡Matilda! ¡Dime que todavía vive! ¡Ay de mí! ¿Qué me queda por hacer en un mundo sin Julia...? ¡Un vacío sin nada que merezca la pena!

Cada palabra pronunciada por el desconsolado Verezzi era como una daga para la agitada Matilda.

Vencido otra vez por la agudeza de sus sensaciones, cayó al suelo y, con violentas convulsiones, quedó desprovisto de sus sentidos.

Matilda volvió a levantarlo... volvió a colocar sobre su pecho la cabeza palpitante de Verezzi. Y de nuevo, cuando al recuperarse el desafortunado Verezzi comprendió su situación, vencido por sus dolorosas reflexiones volvió a caer en la insensibilidad.

Un ataque fue seguido rápidamente por otro, hasta que al final, en un estado de delirio desbocado, lo llevaron a la cama. Matilda se dio cuenta de que una impaciencia excesiva la había llevado demasiado lejos. Se había preparado a sí misma para una pena violenta, pero no para el paroxismo de locura que realmente parecía haber atacado el cerebro de su amado Verezzi.

Mandó buscar un médico, y cuando llegó su opinión sobre el peligro de Verezzi llevó casi a la desesperación a la desdichada Matilda.

Agotada por las pasiones conflictivas, se dejó caer en un sofá y pensó en todo lo que había hecho para ganar el amor de Verezzi; consideró que si su propósito se veía derrotado en el instante mismo en que su imaginación calenturienta había marcado como el inicio de su triunfo, si toda la perversidad, todos los crímenes con los que se había manchado no servían de nada... esta idea, más que el remordimiento por sus enormidades, la afectaba.

Permaneció un tiempo sentada, absorbida en una confusión de pensamientos conflictivos: su mente era el escenario de la anarquía y el horror; hasta que por fin, agotada por su propia violencia, dejó que una calma profunda y desesperada tomara posesión de sus facultades. Se levantó del sofá y, enloquecida por la idea del peligro que corría Verezzi, fue a la habitación de éste.

Verezzi yacía en un lecho.

Una gruesa película se extendía sobre sus ojos y parecía hundido en la insensibilidad.

Matilda se acercó a él y apretó sus labios ardientes contra los del hombre. Le

cogió la mano; estaba fría y a intervalos las convulsiones la agitaban ligeramente.

En ese instante un suspiro profundo salió de los labios de Verezzi... un rubor momentáneo enrojeció sus mejillas mientras el desgraciado trataba de levantarse.

Matilda, aunque demasiado agitada para controlar sus emociones, se arrojó en una silla que había tras la cortina y se dispuso a observar sus movimientos.

—¡Julia! ¡Julia! —exclamó él levantándose de la cama y fijando inconscientemente en la agitada Matilda su mirada flamígera—. ¿Dónde estás? ¡Ay! ¡Tu hermoso cuerpo se consume ahora en el oscuro sepulcro! ¡Ojalá estuviera a tu lado! ¡Eres ahora un espíritu etéreo! —y entonces, con un tono que parecía de triunfo, añadió—: ¡Pero no pasará mucho antes de que busque tu alma inmaculada... antes de que vuelva a abrazar a mi perdida Julia!

Vencido por el delirio irresistible, guardó silencio unos instantes; sus ojos parecían seguir alguna forma que la imaginación había dibujado en el vacío. Chocó la cabeza contra la pared e, insensible, cayó al suelo.

Acostumbrada como estaba a las escenas de horror, y aunque su alma era firme y osada, a Matilda aquello le resultó excesivo para contemplarlo con serenidad. Corrió hacia él y le levantó del suelo. En un delirio de terror gritó pidiendo ayuda. Inconsciente de todo lo que la rodeaba, temió que Verezzi se hubiera destruido. Lo abrazó contra su pecho y aterrada pronunció su nombre.

Los criados, alarmados por sus exclamaciones, entraron corriendo. Volvieron a levantar al insensible Verezzi hasta dejarlo en la cama. Parecía haberse extinguido ya toda chispa de vida; pues el paroxismo de horror que había desgarrado su alma resultaba excesivo para ser soportado. De nuevo fueron a buscar un médico, y Matilda, enloquecida por la desesperación, en un tono casi inarticulado por el terror, le pidió a éste esperanza o desesperación.

El médico, hombre de buen sentido, declaró su opinión, según la cual Verezzi se recuperaría rápidamente, aunque desconocía el acontecimiento que se podría producir en la crisis del trastorno, que se aproximaba ahora rápidamente.

Las protestas de quienes la rodeaban no sirvieron para que Matilda se apartara del lecho de Verezzi.

Se quedó sentada allí, presa de una pasión decepcionada, silenciosa, observando cada movimiento en el semblante del infortunado Verezzi, quien privado de los sentidos yacía sobre la cama delante de ella.

Había desaparecido la animación que acostumbraba a iluminar sus ojos centelleantes: el color sonrosado que había teñido sus mejillas había dado paso a una palidez cenicienta... Verezzi estaba insensible a todo lo que le rodeaba. Matilda permaneció sentada allí el día entero, administrando silenciosamente al inconsciente Verezzi las medicinas que iba requiriendo la ocasión.

Hacia la noche volvió a visitarlo el médico. Cuando éste entró en el dormitorio, Matilda tenía la cabeza pensativamente apoyada en su propio brazo.

—¡Ay! ¿Qué esperanzas tengo? ¿Hay esperanzas? —exclamó con voz salvaje.

El médico la tranquilizó y le rogó que no desesperara: luego, observando su semblante pálido dijo que creía que ella necesitaba de sus habilidades tanto como el paciente.

—¡Oh! ¡No repare en mí! —exclamó—. Pero ¿cómo está Verezzi? ¿Vivirá o morirá?

El médico avanzó hasta situarse junto al demacrado Verezzi, y le cogió la mano.

Una fiebre ardiente corría por sus venas.

—¿Cómo está? —exclamó Matilda pues, observando ansiosamente el semblante del médico, creyó que por los rasgos de éste se extendía una sombra apenada—. Dígame rápidamente cuál es mi destino. Estoy dispuesta a oír lo peor... dispuesta a oír que ya está muerto.

Mientras así hablaba, una especie de desesperada serenidad cubrió sus rasgos; cogió el brazo del médico y le miró fijamente a la cara, y entonces, como si se viera vencida por un esfuerzo al que no estaba acostumbrada, cayó desmayada a sus pies.

El médico la levantó y consiguió enseguida que recuperará sus facultades perdidas.

Vencida por su propia violencia, se suavizó la desesperación de Matilda, y las palabras del médico actuaron como un bálsamo para su alma y le devolvieron la esperanza.

Volvió a sentarse y aguardó con oculta impaciencia el momento de la crisis decisiva, que el médico ya no era capaz de ocultar más.

Apretó entre las suyas la mano ardiente de su amado y aguardó, con aparente serenidad, a que dieran las once.

Las horas pasaron lentamente; el reloj de Passau iba anunciando cada cuarto y apresurándose hacia el momento designado cuando la puerta de la cámara de Verezzi fue abierta lentamente por Ferdinand.

—¡Cómo! ¿Por qué me interrumpes ahora? —exclamó Matilda, a quien la entrada de Ferdinand había despertado de una profunda ensoñación.

—¡Señora! —susurró Ferdinand—. El señor Zastrozzi la aguarda abajo: desea verla allí.

—¡Ah! —dijo Matilda pensativamente—. Conducélo hasta aquí. Ferdinand marchó a obedecerla; se escucharon unos pasos en el pasillo e inmediatamente después Zastrozzi estaba ante Matilda.

—¡Matilda! —exclamó—. ¿Por qué he de verte aquí? ¿Qué accidente ha ocurrido que te encierra en esta cámara?

—¡Ay! —contestó Matilda en voz muy baja—. Mira en esa cama... ¡Contempla a Verezzi! Demacrado y con los sentidos perdidos... quizás en un cuarto de hora toda animación habrá huido... ¡huido para siempre! —siguió diciendo ella mientras la expresión de desesperanza más profunda oscurecía sus hermosos rasgos.

Zastrozzi avanzó hasta el pie de la cama. Allí yacía Verezzi, como si estuviera muerto, ante sus ojos; por el tono ceniciento de sus labios, y su mirada inexpresiva y

hundida, parecía casi como si su espíritu hubiera huido.

Zastrozzi lo contempló con una vaga expresión de venganza no satisfecha... vaga para Matilda, quien contemplaba a su vez el rostro expresivo de su ayudante en el crimen.

—¡Matilda! Quiero que bajes conmigo al salón; tengo que hablarte de algo —dijo Zastrozzi.

—¡Ay! aunque concerniera a la felicidad eterna de mi alma, no podría atenderte ahora —exclamó Matilda con energía—. Quizás en menos de un cuarto de hora lo único que me es querido en esta tierra estará muerto; y con él toda esperanza, todo deseo, todo vínculo que me une a la tierra. ¡Ay, mira qué pálido está! —exclamó con una voz que asumía un tono de horror extremo.

Zastrozzi se despidió de Matilda y se marchó.

El médico seguía vigilando en silencio el semblante de Verezzi: éste mantenía todavía su expresión inmutable de desesperación.

Matilda lo contemplaba aguardando con la mayor ansia, pero con impaciencia sometida, que pasaran los escasos minutos que todavía quedaban... seguía mirándole fijamente.

Los rasgos del rostro de Verezzi se convulsionaron ligeramente.

El reloj dio las once.

Verezzi abrió los labios y Matilda palideció por el terror; pero muda, y absorbida en su expectación, permaneció clavada en su silla.

Matilda levantó los ojos y recuperó de nuevo la esperanza al ver que en el rostro del médico se encendía un rayo de placer.

No pudo contenerse más, y en un éxtasis de placer, tan excesivo como violentos habían sido antes el horror y la pena, con tono rápido y presuroso cuestionó al médico. Éste, con una sonrisa expresiva, se llevó un dedo a los labios. Matilda comprendió el movimiento y aunque su corazón se dilataba por el placer repentino y excesivo, suavizó su alegría, como lo había hecho antes con su pena, y miró con emoción embelesada el rostro de Verezzi, en el que, ante los ojos expectantes de la mujer, un enrojecimiento de animación teñía su semblante pálido hasta entonces.

Matilda le cogió la mano; el pulso latía con violencia enfebrecida. Le miró el rostro: había desaparecido la película que cubría antes sus ojos; sus órbitas volvían a tener expresión, aunque fuera la expresión de una pena profunda.

El médico le indicó por señas a Matilda que se retirara.

Ella cerró la cortina y, con ansiosa expectativa, aguardó el acontecimiento.

Por fin salió del pecho de Verezzi un suspiro profundo y prolongado. Se incorporó; pareció seguir con los ojos alguna forma que la imaginación había dibujado en la oscuridad remota de la habitación, pues las sombras de la noche sólo estaban parcialmente disipadas por una lámpara que ardía en una mesa situada más atrás. Levantó el brazo, casi sin fuerzas, y lo pasó por los ojos, como para convencerse de que lo que estaba viendo no era una ilusión de su imaginación.

Miró al médico, que estaba sentado allí cerca, en silencio, junto a la cama, vigilando pacientemente cualquier acontecimiento que pudiera producirse. Verezzi se levantó lentamente y exclamó con violencia:

—¡Julia! ¡Julia! ¡Mi querida y perdida Julia, ven! —y entonces, más sosegado, añadió en tono lastimero—: ¡Ay, no! ¡Estás muerta, perdida, perdida para siempre!

Se dio la vuelta y vio al médico, pues Matilda seguía oculta.

—¿Dónde estoy? —preguntó Verezzi al médico.

—A salvo, a salvo —respondió aquél—. Sosiéguese; todo irá bien.

—¿Pero y Julia? —preguntó Verezzi con un tono tan expresivo de la desesperación que amenazaba con el regreso del delirio.

—¡Ah! Sosiéguese —dijo el médico—: ha estado muy enfermo; sólo es una ilusión de la imaginación; y me temo que todavía actúa bajo ese delirio que acompaña a la fiebre cerebral.

El cuerpo sin fuerza de Verezzi volvió a hundirse en la cama; todavía tenía abiertos los ojos, fijos en el vacío; parecía estar tratando de ordenar la confusión de ideas que presionaban su cerebro.

Matilda descorrió la cortina, pero al encontrarse con la mirada del médico éste le dijo que volviera a colocarla como antes.

Mientras pensó en los acontecimientos del día, su corazón se dilató con las emociones tumultuosas pero placenteras. Conjeturó que si Verezzi se recuperaba, de lo que ahora apenas dudaba, podría borrar fácilmente de su corazón la pasión juvenil que antes le había poseído; podría convencerle de la locura de suponer que una primera unión está destinada a durar eternamente; y complaciéndole asidua y permanentemente, con atenciones tranquilas y amables, y con una sensibilidad emocionada, podría finalmente lograr su objetivo, el que su pecho ansiaba desde hacía tanto tiempo, y tan ardientemente.

Tranquilizada con estas ideas, y deseando escuchar de boca del médico una afirmación más explícita de la curación de Verezzi que la que había dado a entender su apariencia, Matilda se levantó, por primera vez desde la enfermedad de su amado, y sin que éste la viera se acercó al médico.

—Sígueme hasta el salón —dijo Matilda.

El médico obedeció y con su ferviente seguridad de la rápida recuperación de Verezzi confirmó las fluctuantes esperanzas de Matilda.

—Pero aunque mi paciente se recuperará si no se agita su mente —añadió el médico—, no respondo de su restablecimiento si la viera, pues su trastorno, debiéndose totalmente a la mente, es posible que aumentara si...

El médico se detuvo y dejó que Matilda terminara la frase; era un hombre de intuición y juicio y había llegado a la conclusión de que alguna emoción repentina y violenta, de la que ella era la causa, ocasionó la enfermedad de su paciente. Esa conjetura se convirtió en certeza cuando, al concluir, observó que el rostro de Matilda adoptaba una palidez cenicienta.

—¿Pero no puedo vigilarle... atenderle? —preguntó Matilda implorante.

—No —respondió el médico—. En el estado de debilidad en el que se encuentra ahora verla podría causar una disolución inmediata.

Matilda dio un respingo, como sobrecogida por el horror de la idea, y prometió obedecer sus órdenes.

Llegó la mañana. Matilda se levantó sin haber dormido y con esperanzas, todavía no confirmadas, acudió al dormitorio de Verezzi.

Se quedó en pie junto a la puerta, escuchando. Al oír la respiración de Verezzi su corazón latió con una violencia tremenda; cada sonido del interior la alarmaba. Finalmente, abrió con lentitud la puerta y, aunque estaba dispuesta a seguir las instrucciones del médico para que Verezzi no sufriera al verla, no pudo negarse a sí misma el placer de observarle, ni el de ocuparse en las pequeñas tareas que exigía el mantenimiento del dormitorio.

Escuchó a Verezzi interrogar sosegadamente al criado, pero como una persona que ignoraba dónde estaba, y desconocía los acontecimientos que habían precedido a su presente estado.

Luego se hundió en un sueño profundo. Fue entonces cuando Matilda se atrevió a mirarle: el color que había enrojecido sus mejillas había desaparecido, pero el tono ceniciento de sus labios había dado lugar a un bermellón brillante. Observó su rostro con intensidad.

Una sonrisa celestial, aunque lánguida, cruzaba el semblante del enfermo; movió la mano ligeramente.

Matilda volvió a ocultarse temiendo que despertara. Pero se había equivocado, pues al mirar de nuevo vio que seguía durmiendo.

Permaneció allí mirándole el rostro. Las visiones del sueño del enfermo habían cambiado, pues las lágrimas brotaban rápidas de sus ojos y un suspiro profundo salió de su pecho.

Transcurrieron así varios días: Matilda seguía vigilante, con la asiduidad más afectuosa, junto al lecho del inconsciente Verezzi.

El médico afirmó que la mente de su paciente se hallaba todavía en un estado demasiado irritable como para que pudiera ver a Matilda, pero que era ya un convaleciente.

Una noche se sentó junto a su cama y mirando sus rasgos mientras dormía Matilda sintió que una amabilidad inusual se apoderaba de su alma... una emoción indefinible y tumultuosa sacudía su pecho... todo su cuerpo se estremecía de éxtasis y, tomando la mano de Verezzi, que yacía inmóvil junto a ella, le dio mil besos ardientes.

—¡Ah, Julia! ¡Julia! ¿Eres tú? —exclamó Verezzi incorporando su debilitado cuerpo; pero al darse cuenta de su error, viendo a Matilda, se dejó caer hacia atrás y se desmayó.

Matilda se apresuró a suministrarle analépticos consiguiendo así que Verezzi

recuperara enseguida las facultades perdidas.

Capítulo VIII

*¿Acaso te atemoriza
ser igual en tus actos y valor
que lo eres en tus deseos? ¿Tendrás eso
que estimas como el ornamento de la vida,
o vivirás como un cobarde para ti mismo,
dejando que el no me atrevo aguarde a que se pronuncie el lo haría?*

Macbeth

Pues el amor es cielo, y el cielo es amor.

Balada del last minstrel

El alma de Verezzi se sintió llena de una repugnancia irresistible cuando, al recuperarse, se encontró en los brazos de Matilda. Todo su cuerpo tembló de horror frío y apenas pudo evitar volver a desmayarse. Fijó los ojos en el semblante de ella, cruzaron las miradas y un fuego ardiente, mezclado con una suavidad conmovedora, llenó sus órbitas.

Con un tono precipitado, casi desarticulado, reprochó a Matilda la perfidia, la bajeza, incluso el asesinato. El color sonrosado que había teñido las mejillas de Matilda dio paso a otro ceniciento; la animación que había centelleado en sus ojos se convirtió en una confusa expresión de aprensión, como si el casi delirante Verezzi estuviera pronunciando acusaciones cuyo significado desconocía; pues su cerebro, enloquecido por la idea de la muerte de Julia, giraba en un éxtasis de terror.

Matilda parecía haber sosegado todas sus pasiones; una serenidad forzada cubría sus rasgos, como si tratara, con un tono de simpatía y ternura, de calmar las emociones del convaleciente, y tras darle un compuesto medicinal, le dejó a solas.

Bajó hasta el salón.

—¡Ay! Todavía me desprecia... incluso me odia —exclamó Matilda—. Una irresistible antipatía hacia mí ha tomado posesión de su alma, me temo que tan irresistible como ardiente es mi amor hacia él. ¡Ay! ¡Qué ser tan miserable e indefenso soy! Condenada a ver cómo se marchitan mis más queridas esperanzas, mis más brillantes perspectivas.

Matilda, que estaba viviendo al mismo tiempo la tortura de la desesperación y la ilusión de la esperanza, se encontraba ahora en el punto agónico de la desesperación y recorría el salón con pasos impacientes.

Recordando las expresiones cariñosas de Verezzi, su mente se inflamó con una violentísima emoción de odio hacia Julia: decidió, sin embargo, que si Verezzi no era suyo, no sería nunca de Julia.

Mientras así pensaba, entró Zastrozzi. La conversación giró en torno a Verezzi.

—¡Ay! ¿Cómo obtendré su amor, Zastrozzi? —exclamó Matilda—. Renovaré todo acto tierno, él me observará día y noche y, no cesando en mis atenciones, conseguiré suavizar su alma, dura como la roca. ¡Pero ay de mí! Hace muy poco que se separó de mis brazos con horror, y con tono desesperado me acusó de perfidia... de asesinato. ¿Puedo ser pérfida para Verezzi? Mi corazón, que arde con un fuego tan ferviente, afirma que es imposible, y en cuanto al asesinato...

Matilda se detuvo.

—¿Podrías decir que eres culpable, o incluso cómplice, si el corazón de Julia de Strobazzo estuviera ante la punta de mi daga? —preguntó Zastrozzi con ojos centelleantes de ferocidad y decepción.

—Fervientemente me uno a ese deseo, mi buen Zastrozzi —respondió Matilda—. ¡Pero ay! ¿De qué valen los deseos... de qué valen las inútiles protestas de venganza, mientras Julia siga viviendo? Y vive, quizás para obtener de nuevo a Verezzi... para abrazarle contra su pecho... y quizás... ¡Ay, horror! Quizás para...

Matilda se detuvo, llevada al borde de la locura por la imagen que su fantasía le estaba representando.

Su pecho palpitaba; y mientras describía el éxito de su rival, su alma belicosa brilló certeramente en sus ojos centelleantes.

Zastrozzi permanecía entretanto recogido en sí mismo; y sin prestar apenas atención a la violencia de Matilda, esperó a que dejara de hablar.

Le rogó que se calmara, para evitar que tan violentas emociones le impidieran llevar a buen fin sus más queridas esperanzas.

—¿Te mantienes firme? —preguntó Zastrozzi.

—¡Sí!

—¿Estás decidida? ¿Temes que las otras pasiones conmuevan tu alma?

—No, no... este corazón no conoce el miedo... este pecho no se encoge —exclamó Matilda con firmeza.

—Sé fría entonces, sosiégate —replicó Zastrozzi—, y tu propósito se verá cumplido.

Aunque en aquellas palabras hubiera muy poco que fortaleciera la esperanza, el alma susceptible de Matilda vibró de placer anticipado con el discurso de Zastrozzi.

—Durante toda mi vida —continuó diciendo Zastrozzi—, mi máxima ha sido que donde quiera que esté, cualquiera que sean las pasiones que agitan mi alma interiormente, al menos *he de parecer calmado*. Y generalmente así sucede; pues no permitiendo que me perturben los acontecimientos comunes ni las casualidades del azar, mi alma ha resistido las pruebas más duras. Tengo un espíritu tan ardiente e impetuoso como el tuyo; pero el conocimiento del mundo me ha inducido a ocultarlo, aunque siga ardiendo dentro de mi pecho. Créeme, estoy lejos de desear persuadirte para que te alejes de tu propósito. No, cualquier objetivo buscado con ardor, y emprendido con perseverancia, se verá finalmente coronado por el éxito. El amor es

digno de cualquier riesgo; y yo lo sentí una vez, pero la venganza ha terminado con cualquier otro sentimiento de mi alma: no vivo más que para la venganza. Pero aunque deseara persuadirte para que te alejaras del objetivo que se ha fijado tu corazón, no diría que sea un error intentarlo; pues cualquier cosa que nos procura placer es acertada, y está en consonancia con la dignidad del hombre, que no fue creado más que para obtener felicidad. Por otra parte, ¿para qué se nos han dado las pasiones?, ¿para qué ha implantando en nosotros la naturaleza esas emociones que agitan mi pecho y enloquecen mi mente? Y en cuanto a la confusa esperanza de un estado futuro, ¿por qué privamos de sus placeres, aunque haya que comprarlos con lo que la equivocada multitud llama inmoralidad?

Así argumentó Zastrozzi, sofisticadamente. Su alma, apagada por el crimen, sólo podía tener ideas confusas acerca de la felicidad inmortal; pues en la misma proporción en la que la naturaleza humana se aparta de la virtud, se aleja también de la capacidad de contemplar con claridad el funcionamiento y los caminos maravillosos de la Providencia.

Zastrozzi argumentaba con frialdad y calma: comunicaba sus sentimientos con el tono de aquél que está plenamente convencido de la verdad de aquello que dice; una convicción que disiparían las pruebas que evitan.

Mientras así hablaba Zastrozzi, Matilda permaneció en silencio, inmóvil. Pensó, mirándole fijamente al rostro, que debía estar convencido de la verdad de su razonamiento. Su expresión de firmeza y convicción se mantenía inalterable.

—¡Ay, Zastrozzi! —dijo Matilda—. Tus palabras son un bálsamo para mi alma. Nunca conocí tus sentimientos verdaderos con respecto a este tema; pero respóndeme, ¿crees que el alma se marchita con el cuerpo?, y si no lo crees, cuando esta forma percedera se mezcla con la madre tierra, ¿adónde va el alma que impulsa ahora sus movimientos? Quizás malgaste sus energías fervientes en una insípida apatía, o en tormentos permanentes.

—No pienses así, Matilda —replicó Zastrozzi—. Supón más bien que por su propio esfuerzo innato y enérgico este alma debe durar eternamente, que ningún suceso fortuito ni acontecimiento contingente pueden afectar a su felicidad; sino que atreviéndose con audacia, esforzándose por apartarse del camino trillado, aunque atrapada todavía en la cadena de la mortalidad, obtendrá ventajas superiores en un estado futuro.

—¡Pero ay, Zastrozzi, la religión...!

—Creí que tu alma era osada —contestó Zastrozzi—. Pensé que tu mente era altanera; ¿acaso me equivoqué al juzgar de modo equivocado tu carácter? No te entregues, Matilda, a esos prejuicios vulgares, locos y falsos... pero dejémoslo por el momento, adiós.

Y diciendo eso, Zastrozzi se marchó.

De aquella manera, apelando habilidosamente a sus pasiones, Zastrozzi extinguió la débil chispa de religión que ardía todavía en el pecho de Matilda.

Y conforme su creencia en un Poder Omnipotente, y en consecuencia sus esperanzas de salvación eterna, declinaban, aumentaba su pasión ardiente e inextinguible por Verezzi, y un delirio de amor culpable llenaba su alma.

«¿Llegaré a llamarlo mío para siempre?», se preguntaba Matilda. «¿La pasión que me consume ahora poseerá mi alma eternamente? ¡Ay! Bien sé que así será; y cuando emancipada de este cuerpo terrestre parta mi alma, seguirá viviendo su energía ferviente, y en la unión del alma con el alma probará el éxtasis celestial».

Un éxtasis de placer confuso y tumultuoso se precipitaba por sus venas; permaneció algún tiempo en pie, sumida en sus pensamientos. Agitada por las emociones de su alma, la conmoción sacudió sus miembros, casi se estremeció al reflexionar en ello; sin embargo, quedó convencida por la forma tranquila y fría con la que él había hablado. Pensó en sus consejos, y fortaleciendo el alma reprimió toda emoción, adquiriendo ahora esa frialdad que tan necesaria le era para el logro de sus deseos.

No pensando en ninguna otra cosa, no viviendo para otra idea que no fuera Verezzi, el semblante de Matilda asumió una plácida serenidad: incluso tranquilizó su alma, le ordenó refrenar sus emociones, sosegando esa pasión que últimamente con tanta ferocidad había luchado en su pecho. Regresó a la habitación de Verezzi, pero al acercarse se sintió confundida por el miedo vago de que él hubiera conseguido conocer sus planes: mas se convenció al contemplar los ojos suavemente alegres del enfermo de que las expresiones terribles que antes le había dicho eran, simplemente, el efecto de un delirio temporal.

—¡Ah, Matilda! —exclamó Verezzi—. ¿Dónde has estado?

Cuando Verezzi se dirigió a ella, el alma de Matilda, en la que al mismo tiempo vivían la desesperación y la esperanza, se llenó momentáneamente de placer; pero el odio amargo y el amor despechado torturaron nuevamente su pecho cuando él añadió con un tono que mostraba el dolor de su corazón:

—¡Ay! ¡Julia, mi querida y perdida Julia! Matilda —añadió—, amiga mía, adiós; siento que me estoy muriendo, pero al mismo tiempo siento placer... un tremendo placer, por la idea de que pronto me reuniré con mi Julia. Matilda —añadió con acento suave—: adiós para siempre.

Matilda se estremeció, incapaz apenas de contener las emociones que la sola idea de la muerte de Verezzi le provocaba, aunque sabía que la crisis del trastorno de su amado se había resuelto favorablemente; un odio más amargo y rencoroso que nunca se levantó en su pecho contra Julia al oír a Verezzi hablar de ella con una ternura que subyugaba su alma, pero que al mismo tiempo elevaba el alma de Matilda a la más alta cumbre de venganza incontrolada. El pecho le latía violentamente, sus ojos oscuros indicaban, con miradas expresivas, la ferocidad de su pasión; sin embargo, consciente de la necesidad de controlar sus emociones, apoyó la cabeza en la mano y al responder a Verezzi una tranquila expresión de pena se extendió por sus rasgos. De la manera más tierna y en los términos más amables le rogó que se sosegara, y que

recordara que, aunque Julia se hubiera ido para siempre, todavía había alguien en el mundo, una tierna amiga, que haría que la carga de la vida le resultara menos insoportable.

—¡Ah, Matilda! —exclamó Verezzi—. No me hables de comodidad, ni de felicidad. Todo lo que constituía mi consuelo, todo lo que esperaba con la anticipación embelesada de la felicidad, ha huido... se ha ido para siempre.

Matilda vigilaba a Verezzi sin cesar, junto a su lecho; la ternura de la voz de su amado, la expresión melancólica e interesada de su semblante, sólo añadía combustible a la llama que la consumía a ella: el alma de Matilda estaba absorbida por una sola idea. Toda pasión extraña había sido conquistada e impulsada en la dirección de la ejecución de su propósito más querido; una aparente tranquilidad cubría su mente, pero no esa tranquilidad que es consecuencia de la inocencia consciente y los placeres temperados, sino aquella que calma durante un tiempo toda emoción tumultuosa; cuando el alma se afirma en un propósito determinado, las pasiones se detienen, pero para estallar después con una violencia más irresistible. Entretanto, la fuerte constitución de Verezzi le fue permitiendo superar la malignidad de su trastorno, devolviendo la fuerza a sus nervios y permitiéndole descender al salón.

La pena violenta de Verezzi había disminuido hasta convertirse en una melancolía profunda y constante; ahora podía hablar de su Julia, en realidad era su tema constante: hablaba de sus virtudes, su cuerpo celestial, su sensibilidad, y con sus ardientes profesiones de guardar fidelidad eterna a su memoria, sin darse cuenta estaba llevando a Matilda casi hasta la desesperación. En una ocasión preguntó a Matilda por la manera en que Julia había muerto, pues el día en el que el conocimiento de ese hecho llegó a su cerebro no aguardó a escuchar los detalles particulares, pues el hecho en sí le produjo la locura instantánea.

La pregunta cogió a Matilda por sorpresa, pero la invención rápida ocupó el lugar de una historia previamente meditada.

—¡Ay, amigo mío! —dijo tiernamente—. A duras penas soy capaz de decírtelo, pues por ti murió; la decepción en el amor, como un gusano en el capullo, destruyó a la infeliz Julia; infructíferos fueron todos sus esfuerzos por encontrarte, hasta que al final, creyendo que te había perdido para siempre, la consumió poco a poco una melancolía profunda que, suavemente, la llevó a la tumba: se hundió sin un gemido en los brazos de la muerte.

—Y hasta allí la seguiré pronto —exclamó Verezzi sintiendo que el más grave dolor atravesaba su alma—. Fui yo quien causó su muerte, yo, para quien su vida me era muchísimo más querida que la mía propia. Pero ahora todo ha terminado, mis esperanzas de felicidad en este mundo han volado, volado para siempre.

Mientras decía esto su pecho se elevó por un suspiro convulso y las lágrimas rodaron silenciosamente por sus mejillas. Durante algún tiempo fueron vanos los esfuerzos de Matilda por calmarle, hasta que por fin, suavizada por el tiempo y

vencida por la reflexión, su pena violenta y feroz se redujo hasta convertirse en una melancolía constante. Matilda le atendía sin cesar satisfaciendo todos sus deseos: ella, comprendiendo que la soledad podía ser nociva para él, con frecuencia organizaba fiestas y trataba de vencer su aflicción con la alegría; pero si la compañía y el esparcimiento elevaban el espíritu de Verezzi, al hallarse de nuevo en soledad se hundía otra vez, y una melancolía más profunda y una pena más severa poseían su pecho por haberse permitido interesarse, aunque fuera momentáneamente, por algo distinto al recuerdo de su Julia; pues sentía la emoción de una pena suave y tierna cuando la retrospectiva le representaba la época bendita, largo tiempo desaparecida, en la que, feliz en la compañía de ella, a quien idolatraba, pensaba que nunca sería de otra manera, disfrutando los placeres dulces y serenos de verse acompañado por una mente que congeniaba con la de él, y ahora se divertía a menudo rehaciendo con su lápiz, de memoria, escenas que no habían tenido importancia estando en compañía de Julia, pero que ahora el recuerdo de ella santificaban: pues siempre había asociado la idea de Julia con el recuerdo de aquellos paisajes que ella había admirado a menudo, y por los que con tanta frecuencia había paseado en su compañía.

Entretanto, Matilda perseveraba firmemente en el propósito de su alma: calmaba su mente, y aunque a veces se veía sobrecogida por emociones casi sobrehumanas, delante de Verezzi sus maneras estaban marcadas por una imperturbable serenidad, una sensibilidad bien fingida y una abatida ternura. La pena, la melancolía, una constante y tranquila depresión de su espíritu, parecían calmar todo sentimiento más violento cuando hablaba con Verezzi de su perdida Julia: pero aunque subyugados por el momento, la venganza, el odio y el fervor del amor decepcionado quemaban su alma.

A menudo, cuando se había ido del lado de Verezzi, después de que éste hubiera hablado con ternura de Julia, tal como acostumbraba, mostrando una perdurable fidelidad a su memoria, el alma de Matilda se sentía torturada por la desesperación más cruel.

Un día en el que estaba conversando con él acerca de Julia, se aventuró a sugerir, aunque remotamente, su propio sentimiento fiel y ardiente.

—¿Acaso piensas que porque el espíritu de mi Julia ya no está dentro de su forma terrena soy menos devoto e irrevocablemente suyo? —contestó Verezzi—. ¡No! ¡No! Fui suyo, soy suyo, y lo seguiré siendo por toda la eternidad: y cuando mi alma, separada de la mortalidad, parta hacia el otro mundo, incluso en medio de la destrucción de la naturaleza, atraído por la congenialidad del sentimiento buscaré el espíritu inmaculado de mi idolatrada Julia... ¡Ay, Matilda! Tu atención, tu amabilidad, exigen mi más cálida gratitud; tu virtud demanda mi estima más sincera: pero entregado al recuerdo de Julia, no puedo amar a otra que a ella.

El cuerpo entero de Matilda tembló con una emoción invencible cuando él, con tanta determinación, la rechazó; pero calmando las pasiones más violentas, cayó de sus ojos un diluvio de lágrimas; y al apoyarse en el respaldo del sofá en el que estaba

reclinada, sus sollozos fueron audibles.

El alma de Verezzi se suavizó ante ella: levantó a la humillada Matilda, y le rogó que se consolara, pues era consciente de que su ternura hacia él no merecía un pago tan desatento.

—¡Ay! ¡Perdóname, perdóname! —exclamó Matilda con bien fingida humildad—: no sabía lo que decía.

Y entonces, abruptamente, abandonó el salón. Al llegar a su dormitorio, Matilda se dejó caer al suelo en una agonía mental imposible de describir. Aquellas pasiones violentas que había reprimido en presencia de Verezzi agitaban ahora su alma con un terror inconcebible. Sacudida por las emociones repentinas e irresistibles, dio salida entonces a su desesperación.

—¿Dónde está, entonces, la tan alabada piedad de Dios, si permite que sus criaturas sufran un dolor como éste? —exclamó Matilda frenética—. ¿O dónde su sabiduría, si implanta en el corazón pasiones tan furiosas e incontrolables como la mía, destinadas a destruir su felicidad?

El orgullo ultrajado, el amor decepcionado y la venganza furiosa recorrían su pecho. La venganza, que exigía sangre inocente: la sangre de la infortunada Julia.

Sus pasiones habían llegado ya a la cumbre más alta de la desesperación. En un indescriptible estado de agonía mental, estrelló la cabeza contra el suelo y lanzó mil maldiciones contra Julia, jurando venganza eterna.

Las pasiones belicosas acabaron por remitir, agotadas por su propia violencia; la calma tomó posesión de su alma y volvió a pensar en el consejo de Zastrozzi. ¿Estaba ahora fría? ¿Se sentía sosegada?

Se vio inmersa en una cadena de pensamientos; la serenidad que había logrado era inexplicable incluso para ella misma.

Capítulo IX

Perseverando en la realización de sus designios, el tiempo pasaba lentamente para Matilda, pues el cuerpo de Verezzi, cada día más desgastado, amenazaba para su alarmada imaginación con acercarse a la disolución. Y también pasaba lentamente para Verezzi, pues aguardaba con impaciencia la llegada de la muerte, ya que en este mundo sólo la desgracia le aguardaba.

Sería inútil tratar de enumerar los conflictos que se representaban en el alma de Matilda: baste con decir que eran muchos, y que su violencia aumentaba progresivamente.

La enfermedad de Verezzi asumió finalmente una apariencia tan peligrosa que Matilda, alarmada, mandó llamar a un médico.

El médico que había atendido anteriormente a Verezzi no estaba en su casa, pero llegó otro, muy hábil en su profesión, que afirmó que sólo un clima más cálido podría restaurar la salud del enfermo.

Matilda le propuso ir a una casa retirada y pintoresca que poseía en la región veneciana. Verezzi consintió, pues aguardaba su rápida disolución y pensaba que ninguna importancia tendría el lugar de su muerte; y además, porque no quería turbar con su rechazo a alguien tan amable como Matilda.

Decidieron viajar al día siguiente.

Llegó la mañana y tuvieron que transportar a Verezzi hasta el carruaje, pues estaba extremadamente débil y extenuado.

Durante el viaje, Matilda intentó ahuyentar la melancolía de Verezzi prestándole todo tipo de cuidados, y una atención amable y llena de simpatía, persuadida de que recuperaría rápidamente la salud si podía liberarle de la carga que soportaba su espíritu. ¡Pero no! Era imposible. Aunque se sentía agradecido por la atención de Matilda, una sombra melancólica todavía más profunda se extendía por sus rasgos; una languidez y una inanición más hondas minaban su vida. Él se daba cuenta de que los objetos le producían un desagrado profundo; objetos que quizás anteriormente le habían interesado. La grandeza formidable de los Alpes, la catarata que al precipitarse espumeaba a sus pies, ya no provocaban esos sentimientos de temor que anteriormente solían inspirarle. Los elevados pinares no producían ya una melancolía adicional, ni alegraban su alma mortecina los valles florecientes del Piamonte, ni los aromáticos naranjales que perfumaban el aire.

Prosiguieron el viaje hasta que entraron poco después en la región veneciana, en la que en algún lugar sombrío y remoto se erguía el Castella di Laurentini.

Estaba situado en un bosque oscuro, rodeado de elevadas montañas que levantaban hacia el cielo sus cimas ambiciosas y escarpadas.

Las montañas estaban revestidas hasta la mitad por antiguos pinos y plátanos

silvestres que extendían hasta muy lejos sus ramas inmensas; y más arriba se encontraban las desnudas rocas graníticas sobre las que podía verse, ocasionalmente, algún alerce que elevaba sus formas gigantescas y deformes.

En el centro de un anfiteatro formado por esas montañas, rodeado de bosques, se encontraba el Castilla di Laurentini, cuyas torretas grises y almenas gastadas por el tiempo se elevaban por encima de los gigantescos árboles.

Matilda condujo a Verezzi a aquella triste mansión. El único sentimiento que tenía éste era el de la sorpresa por lo prolongado de su existencia. Mientras avanzaba hacia el castillo, apoyándose en un criado y en Matilda, el alma de ésta, absorbida por una sola idea, confundida por sus pasiones inextinguibles, no sentía ese éxtasis, ese placer tranquilo y sereno que sólo experimenta el inocente y que provoca el regreso a un lugar en el que hemos pasado nuestra infancia.

No: no era eso lo que sentía; la única emoción placentera que le producía el regreso a aquel remoto castillo era la esperanza de que, apartada del tumulto y la proximidad del mundo, quizás tuviera menos interrupciones en el logro de los planes que le había dictado la locura.

Si bien el viaje había aumentado, más que otra cosa, la melancolía de Verezzi, su salud mejoró visiblemente con este cambio progresivo del aire y con la variación del paisaje, lo que a veces alivia momentáneamente las penas más profundas; pero en cuanto volvió a establecerse en un lugar, en cuanto volvió a quedar entregado a la soledad y a sus dolorosas reflexiones, la mente de Verezzi volvió a su pérdida y adorada Julia. Pensaba en ella en todo momento; hablaba de ella inconscientemente; y con sus embelesadas exclamaciones llevaba a veces a Matilda hasta la desesperación.

Pasaron así varios días. La pasión de Matilda, que amortiguada por el tiempo y abstraída por la variedad de objetos y las prisas del viaje había relajado su violencia, ahora, como una corriente contenida, estalló por todas partes.

Una noche, enloquecida por las tiernas afirmaciones de fidelidad eterna a la memoria de Julia que pronunciaba Verezzi, Matilda estuvo a punto de perder la razón.

Su alma tumultuosa, agitada por las emociones enfrentadas, centelleaba en sus ojos. Incapaz de disfrazar la violencia extrema de sus sensaciones, en un éxtasis de amor desesperado, salió corriendo de la habitación en la que había dejado a Verezzi y se fue a pasear sola por el bosque para tranquilizar sus emociones y concertar mejores planes de venganza: pues en presencia de Verezzi apenas se atrevía a pensar.

Su alma enfurecida ardía con la más feroz de las venganzas: deambuló por el bosque sin senderos y, sabiendo que nadie la observaba, dio rienda suelta a sus sentimientos con las exclamaciones más desmesuradas.

—¡Ay, Julia! ¡Odiada Julia! Las palabras no bastan para expresar cómo te detesto. Tú has destruido a Verezzi. Al permanecer en su corazón, tu imagen maldita ha destruido para siempre mi felicidad; pero antes de que yo muera conoceré el sabor de la venganza: ¡Ay! ¡La exquisita venganza! —se detuvo pensando en la pasión que la

consumía—. Quizás otra no menos violenta ha inducido a Julia a ser mi rival — siguió diciendo, y de nuevo la idea de la enfermedad de Verezzi, quizás su muerte, le llenó de furia el alma. La piedad huyó de ella, acosada por la venganza y la pasión decepcionada—. ¿Dije que tenía piedad de ti? Detestada Julia, mis palabras falseaban los sentimientos del alma. No... no: no escaparás de ¡tener piedad de ti!

Inmersa de nuevo en unos pensamientos corrosivos, no se dio cuenta de la hora que era hasta que, levantando la vista, vio que las sombras de la noche bajaban velozmente sobre la tierra. El atardecer era tranquilo y sereno: agitados suavemente por el céfiro nocturno, los elevados pinos suspiraban lastimeramente. Lejos, por el oeste, apareció la estrella de la noche, brillando débilmente en el crepúsculo. La escena tenía una tranquilidad solemne que no se adecuaba al alma de Matilda. En el viento del sur parecía flotar la música más suave y melancólica. Matilda escuchó: eran las monjas del convento que cantaban un réquiem por el alma de una hermana fallecida.

—¡Quizás haya ido al cielo! —exclamó Matilda mientras su alma culpable, afectada por el contraste, tembló. Una cadena de pensamientos horribles y atormentadores presionó su alma; e incapaz de soportar la potencia de sus sensaciones, se apresuró a regresar al castillo.

Así pasaba el tiempo Matilda, marcado sólo por los diversos grados de paroxismo de las pasiones que la consumían: su cerebro estaba confuso, su mente se encontraba agitada por el fracaso de sus planes, y su espíritu, en otro tiempo tan ligero y animado, se encontraba ahora deprimido por la decepción de sus esperanzas.

—¿Y que haré ahora? —se preguntó en voz baja Matilda—. ¡Ay! No lo sé.

De repente pensó en Zastrozzi y se sobresaltó.

—¡Ah! Me había olvidado de Zastrozzi —exclamó Matilda al tiempo que un nuevo rayo de esperanza cruzaba su alma—. Pero ahora está en Nápoles y pasará algún tiempo antes de que vuelva a verlo. ¡Ay, Zastrozzi, Zastrozzi! ¡Ojalá estuvieras aquí!

En cuanto hubo tomado una resolución, lo que hasta entonces no había podido hacer porque la confundía su propia ansiedad, mandó llamar a Ferdinand, de cuya fidelidad se atrevía a depender, y le ordenó que fuera velozmente a Nápoles con una carta que debía confiar a Zastrozzi.

Entretanto la salud de Verezzi, tal como había predicho el médico, mejoró tanto con el clima cálido y el aire puro del Castella di Laurentini que, aunque seguía estando extremadamente débil y demacrado, conforme mejoró el tiempo y se hicieron tranquilos los atardeceres del verano pudo dar paseos por los alrededores, acompañado de Matilda.

En esta soledad triste, en la que salvo las visitas ocasionales e infrecuentes de un padre confesor no sucedía nada que perturbara el curso uniforme de su vida, Verezzi lo era todo para Matilda: pensaba siempre en él; por la noche, en sueños, se representaba su imagen ante su imaginación embelesada. Salvo en presencia de él, se

sentía inquieta; y su alma, agitada por el paroxismo de la pasión que la consumía, se veía transportada por inexpresables éxtasis de delirio y de amor enloquecido.

El gusto de Matilda por la música era exquisito; tenía una voz de celestial dulzura, y su habilidad para extraer del arpa sonidos de melodías conmovedoras conducía la mente hacia el placer melancólico.

La expresión afectuosa de su voz, suavizada como estaba por la ternura que brotaba a veces de su alma, producía el éxtasis en los oídos de Verezzi.

Sin embargo, tras recuperarse del alivio temporal que provocaban los seductores halagos de Matilda, pensaba en Julia. Al recordar su cuerpo etéreo, su modestia y su dulzura sin afectación, asaltaba su pecho una punzada más violenta y profunda de lamento y pena, por haberse permitido interesarse, aunque fuera un solo instante, por Matilda.

Las horas y los días pasaban lentamente. Al atardecer paseaban por los alrededores del castillo, por los extensos bosques oscuros y sombríos, bajo las montañas cubiertas de nubes que elevaban hacia los cielos sus gigantescas cumbres; y junto a las espumeantes cataratas que, brotando entre las rocas, con un curso repentino e impetuoso buscaban el valle inferior.

La astuta Matilda solía conducir a su víctima hasta este paisaje.

Una noche, cuando la luna, elevándose por encima del perfil gigantesco de la montaña, plateaba una lejana catarata, Matilda y Verezzi se metieron en el bosque.

Durante un rato permanecieron en silencio; nada lo interrumpía salvo los suspiros de Matilda, que indicaban las emociones violentas y reprimidas que torturaban su pecho.

Recorrieron el bosque silenciosamente. El cielo azul se fue cubriendo de estrellas, ni una brisa agitaba el aire tranquilo, ni una nube oscurecía la concavidad brillante del cielo. Subieron a un promontorio en el que unos árboles elevados formaban una especie de anfiteatro. Abajo, tras una suave ascensión, una abertura mostraba una extensión inmensa de bosque, apenas visible a la luz de la luna que estaba suspendida sobre la montaña situada frente a ellos. Sus alturas melladas sí podían verse con claridad al estar perfiladas por haces plateados de la luna.

Verezzi se dejó caer sobre la hierba.

—¡Qué paisaje tan hermoso, Matilda! —exclamó.

—Ciertamente que lo es —replicó ella—. Siempre lo he admirado, y te he traído aquí, esta noche, para descubrir si piensas lo mismo que yo de la obra de la naturaleza.

—¡Ay! Fervorosamente admiro esto —exclamó Verezzi embelesado por el paisaje que se abría ante él.

—Permíteme que me retire unos minutos —dijo Matilda.

Sin aguardar la respuesta de Verezzi, se perdió entre un pequeño grupo de árboles. Verezzi la miró sorprendido; pero enseguida la brisa nocturna trajo con ella los sonidos de una melodía embriagadora, hasta el punto que Verezzi pensó que algún

espíritu solitario había hecho audible la música etérea para los oídos mortales.

Siguió escuchando y la música pareció desaparecer para resurgir de nuevo con mayor fuerza y encanto.

La música iba al unísono con el paisaje... al unísono con el alma de Verezzi. A este respecto, el éxito del artificio de Matilda superó sus expectativas más desbocadas.

Él siguió escuchando, cesó la música y apareció de entre el bosque el cuerpo simétrico de Matilda, despertando a Verezzi de su visión.

La miró: el encanto y la gracia de Matilda afectaron forzosamente a sus sentidos; la sensibilidad de la mujer, la admiración que ésta sentía por los mismos objetos que a él le encantaban, le halagó; y su juiciosa preparación de la música le hizo pensar que, puesto que ella experimentaba las mismas sensaciones, los sentimientos de su alma no le eran desconocidos a Matilda.

Hasta el momento, todo había salido según los deseos de Matilda. Conmover los sentimientos de Verezzi había sido su objetivo constante; si pudiera encontrar algo que a él le interesara, algo que le apartara de su melancolía, o si pudiera conseguir borrar a la otra de su mente, no le cabía duda de que Verezzi caería rápida y voluntariamente en sus brazos.

Simulando coincidir con él en todo, fingiendo que poseía esa igualdad de sentimientos y esa unión de ideas que él consideraba algo tan necesario para la existencia del amor, no dudaba de que conseguiría pronto su propósito.

Pero la simpatía y la igualdad de sentimientos, aunque necesarias para ese amor que calma toda emoción turbulenta llenan el alma de una gran ternura y la poseen continuamente sin turbarla, no concordaban en absoluto con las emociones feroces ni con la pasión invencible y ardiente que recorrían las venas de Matilda.

Aunque gozaba de la compañía de aquel a quien amaba, ni el placer tranquilo ni la serenidad imperturbable poseían su alma. Sucedió más bien que, no prestando atención a ningún objeto que no fuera él, incluso su proximidad la agitaba con una emoción casi incontrolable.

Mientras observaba la mirada de Verezzi, el pulso de Matilda latía con una violencia inusitada, su pecho palpitaba, e inconsciente de sí misma un fuego ardiente y voluptuoso brotaba de sus ojos.

Su pasión, aunque controlada en presencia de Verezzi, agitaba su alma con un fervor cada vez mayor. Nutrida por la soledad, y llevada quizás más allá de lo que hubiera sido capaz de soportar cualquier otra alma, a veces casi llegaba a enloquecer.

Sin embargo, sorprendida de su propia paciencia, aunque se daba cuenta claramente de la necesidad de tenerla, no volvió a hablarle a Verezzi de su pasión.

Capítulo X

Llegó finalmente el día en el que Matilda esperaba el regreso de Ferdinand. Éste acudió, puntual en esta ocasión, y le dijo a Matilda que de momento Zastrozzi se había ido a vivir a una casa de campo no lejana de allí, donde la aguardaba.

Matilda se sorprendió mucho de que Zastrozzi prefiriera una casa de campo a su castillo; pero apartando ese hecho de su mente, se dispuso rápidamente a ir a verle.

Llegó pronto a la casa. Zastrozzi la esperaba y se dirigió rápidamente hacia ella.

—¿Y bien, Zastrozzi? —exclamó Matilda inquisitiva.

—¡Ah! —respondió éste—. Nuestros planes todavía no han tenido éxito. Julia sigue viviendo, y rodeada por el poder y la riqueza desafía nuestra venganza. Estaba planeando su destrucción cuando, obedeciendo tus órdenes, vine aquí.

—¡Ay de mí! —exclamó Matilda—. Me temo que siempre será así: pero Zastrozzi, tengo gran necesidad de tu consejo... de tu ayuda. He languidecido durante mucho tiempo de un amor sin esperanza; con frecuencia he tenido expectativas, pero con la misma frecuencia mi ansiedad se veía herida por la decepción.

Un suspiro profundo de impaciencia brotó del pecho de Matilda cuando dejó de hablar, pues era incapaz de seguir haciéndolo.

—Sólo es la imagen de esa maldita Julia, que sigue viviendo en su pecho, lo que le impide ser tuyo al instante —contestó Zastrozzi—. ¡Si pudieras borrarla!

—Ojalá pudiera hacerlo, pues entonces la amistad que existe ahora entre nosotros maduraría rápidamente convirtiéndose en amor, y yo sería feliz para siempre —contestó Matilda—. Pero Zastrozzi, ¿cómo puedo lograrlo? Aunque antes de pensar en la felicidad tenemos que preocuparnos de nuestra seguridad: debemos destruir a Julia, quien por todos los medios intenta conocer el destino de Verezzi. Pero estando rodeada por la riqueza y el poder, ¿cómo lograrlo? Ningún valiente napolitano se atrevería a atentar contra su vida: ninguna recompensa, por grande que fuera, podría tentar al más abandonado de los hombres a enfrentarse, destruyéndola a ella, a su propia e instantánea destrucción; y si lo intentáramos *nosotros*, las torturas más horribles de la Inquisición, la muerte desgraciada, y todo ello sin lograr nuestro deseo, serían las consecuencias.

—No pienses así, Matilda —respondió Zastrozzi—. No pienses que porque posee riqueza a Julia le puede acometer menos la daga de alguien tan ansioso de venganza como yo; o que porque vive en Nápoles en el esplendor no puede enviarla a la tumba, marchita y convulsa, una copa envenenada preparada por tu mano, la mano de una rival despechada. No, no; ella puede morir, sin que nosotros tengamos que retorceremos bajo el tormento.

—¡Ah! —le interrumpió Matilda—. No me preocupa si, retorciéndome de dolor en las prisiones de la Inquisición, sufro el tormento más terrible; no me importa si, expuesta a la vista pública, sufro la más ignominiosa y vergonzosa de las muertes, con tal de que, antes de morir, antes de que este espíritu busque el otro mundo,

consiga lograr mis designios, disfrutando de una felicidad inexpresable e inconcebible.

Llegó la noche y, obligados a separarse por lo tardío de la hora, Matilda y Zastrozzi se despidieron.

Zastrozzi se dirigió a la casa de campo y Matilda, perdida en profundas meditaciones, rehízo sus pasos hasta el castillo.

El viento era fresco y bastante tempestuoso: las nubes ligeras cruzaban rápidamente el cielo azul oscuro. La luna, en majestad plateada, estaba ya muy alta en el éter oriental y volvía transparentes, como un espíritu celestial, las nubes oscuras que a intervalos cruzaban su órbita y, a veces, se desvanecía como una visión en la oscuridad del aire distante. Sobre este escenario, cuando una cadena de confusos pensamientos tomó posesión de su alma, contempló Matilda sus crímenes, su vida pasada, que le presentaba su imaginación, sobrecogida por el terror. Seguía recorriendo todas sus venas un amor ardiente, una pasión invencible e irreprimible: sus sentidos, delirantes por el deseo culpable, giraban como un torbellino en un éxtasis inexpresable de placer anticipado... placer del que no estaba exenta su aprensión confusa.

Permaneció así en pie, con los brazos cruzados, como contemplando la concavidad estrellada del cielo.

Era ya tarde, más tarde de la hora habitual de regreso, y Verezzi había salido a su encuentro.

—¿Cómo, Matilda, sumida en tus pensamientos? —exclamó Verezzi burlonamente.

Mientras él así le hablaba, las mejillas de Matilda enrojecieron momentáneamente; sin embargo, se rehízo enseguida y contestó:

—Estaba gozando de la serenidad de la noche, la belleza del sol poniente, y entonces el crepúsculo, congeniando conmigo, me indujo a alejarme más de lo habitual.

Como Verezzi nada sospechaba, no observó nada peculiar en las maneras de Matilda; pero dándose cuenta de que el aire de la noche era frío, la llevó de regreso hasta el castillo. Para asegurarse a su víctima, Matilda no dejó ningún artificio sin probar, no omitió ningún halago. Simulaba admirar todo lo que a él le gustaba: todo sentimiento expresado por Verezzi lo anticipaba, siempre observadora, la atenta Matilda; pero a la larga todo era en vano... a la larga todo intento de obtener su amor resultaba inútil.

A menudo, cuando ella tocaba el arpa extrayendo de su cuerda sonidos de melodías encantadoras, con su cuerpo de forma celestial inclinado sobre ella, la mirada de Verezzi parecía embelesada, y olvidado de todo lo demás se entregaba al tumultuoso olvido del placer, escuchando la música como si estuviera en trance.

Pero todo el arte de Matilda no podía apartar a Julia de la memoria de Verezzi; hacia Matilda, se sentía muy afectuoso; sentía estima, la estima más tierna... pero

todavía no era amor.

Así pasaba el tiempo. Con frecuencia la desesperación, y la idea de que Verezzi nunca la amaría, agitaba a Matilda con el dolor más violento. La belleza de la naturaleza que rodeaba el castillo no tenía ya poder para interesarla; alejada en sus pensamientos, a menudo en la soledad de su propia estancia, su espíritu se alejaba volando en las alas de la fantasía. Otras veces la imaginación le representaba las imágenes más horribles para el futuro; el odio de Verezzi, quizás que la abandonara totalmente y se uniera con Julia, presionaban su cerebro volviéndola casi distraída, pues sólo Verezzi llenaba todos sus pensamientos; nutrida por inquietas ensoñaciones, la anticipación más terrible acosaba a la hermosa Matilda. Pero otras veces un brillo juicioso cruzaba su alma: engañada por las visiones de una felicidad irreal, adquiría un valor nuevo y renovadas anticipaciones de placer de un haz que pronto apartaba sus rayos; pues hundida habitualmente en la tristeza, mantenía fijos en el suelo sus ojos afligidos; aunque otras veces centelleaba en sus órbitas encendidas una expresión ardiente provocada por la anticipación de un deseo satisfecho.

A menudo, mientras estaba así espoleada por emociones en conflicto, su alma se agitaba, y desconocedora de sus intenciones no sabía cuál era el plan preferible salvo el de buscar a Zastrozzi: en él, aunque inconscientemente, confiaba en gran manera: sus palabras eran las de la experiencia y la reflexión tranquila; y su retórica, convencíendola de que no existe un ser superior que pueda controlar nuestras acciones, llevaba paz a su mente... ¡una paz a la que seguía la convicción horrible e irresistible de la falsedad de los argumentos de su cómplice! Pero aún así, la tranquilizaba; y dirigiéndose al mismo tiempo a su razón y a sus pasiones, la privaba de la capacidad de beneficiarse de ninguna de ellas.

Entretanto, la salud de Verezzi mejoraba lentamente. Sin embargo su mente, agitada por una prueba tan violenta como la que había sufrido, no recuperaba el vigor, aunque su pena, amortiguada por el tiempo, por violenta e irresistible que hubiera sido al principio se había convertido ahora en una melancolía permanente que se manifestaba en sus rasgos, era evidente en todos sus actos, y con su resistencia multiplicaba e inflamaba la pasión de Matilda.

La ternura conmovedora de la voz de Verezzi y la suave y afligida expresión de su mirada conmovían el alma de Matilda con emociones tumultuosas, aunque más leves. En su presencia se sentía tranquila; y aquellas pasiones que, estando en soledad, eran demasiado crueles para poder soportarlas, estando con él se suavizaban transformándose en un placer tierno aunque confuso.

Una noche en la que Matilda y Zastrozzi no se habían citado previamente, aquélla, vencida por la pasión despechada, buscó la soledad del bosque.

El cielo estaba inusualmente oscuro, el sol se había ocultado tras las montañas del oeste y con sus últimos rayos teñía las pesadas nubes de un resplandor rojizo. Se levantó un viento racheado que susurraba entre los altos pinos, que se elevaban muy por encima de la cabeza de Matilda: el trueno distante, ronco como los murmullos de

los bosques, se mezclaba en ecos vagos con la brisa; el rayo centelleante destellaba sin cesar en su camino mientras Matilda, despreocupada de la tormenta, avanzaba por el bosque sin seguir sendero alguno.

La tormenta rugía ahora enloquecida, los rayos caían formando una amplia curva y a intervalos, entre la oscuridad circundante, dejaban ver un alerce herido que, marchito ya por las tormentas frecuentes, levantaba su copa desnuda.

Matilda se sentó sobre una roca granítica y contempló la tormenta que bramaba a su alrededor. La calma portentosa que se producía a veces entre el trueno reverberante, presagiando una tempestad más violenta, se asemejaba a la serenidad de la mente de Matilda... una serenidad a la que seguiría un paroxismo de pasión todavía más violento.

Capítulo XI

Matilda seguía sentada en la roca contemplando la tempestad que bramaba a su alrededor.

Los elementos en batalla se detuvieron: se produjo un silencio ininterrumpido, profundo, temible como el silencio de la tumba. Matilda escuchó un ruido... oyó unos pasos y, al mirar hacia arriba, el relámpago de un rayo reveló la forma de Zastrozzi.

Su figura gigantesca volvió a verse envuelta en la oscuridad en cuanto cesó el relámpago. El estrépito del trueno volvió a bramar enloquecidamente sobre el cénit y un destello centelleante iluminó a Zastrozzi, que se encontraba en pie delante de Matilda.

Ésta, se sorprendió por su acercamiento, se sobresaltó cuando él la habló y sintió un temor indescriptible al reflexionar sobre la maravillosa casualidad que les había conducido al mismo lugar en aquella hora terrible y tempestuosa.

«Sin duda sus sentimientos son tan violentos e irresistibles como los míos: quizás ellos le condujeron a encontrarse conmigo aquí», pensó.

Se estremeció con ese pensamiento; pero disfrazando la sensación de alarma que había sufrido al verse sorprendida, le preguntó por el motivo que le había llevado hasta el bosque.

—El mismo que te trajo a ti aquí, Matilda —respondió Zastrozzi—. La misma influencia que actúa sobre ambos ha inspirado sin duda el hecho de que, con esta tormenta terrible, ambos hayamos convenido en llegar al mismo lugar.

—¡Ay! —exclamó Matilda—. ¿Cómo podré conmover el alma endurecida de Verezzi? Sigue despreciándome... afirma estar entregado al recuerdo de su Julia, y que aunque ésta esté muerta sigue sin embargo entregado a ella. ¿Qué puede hacerse?

Matilda se detuvo y, con gran agitación, aguardó la respuesta de Zastrozzi.

Entretanto éste seguía allí en pie, tranquilo, y firme como la montaña rocosa que elevaba su cumbre a los cielos.

—Matilda, mañana por la noche prepararemos el camino a la felicidad que durante tanto tiempo ha buscado tu alma, si el acontecimiento que entonces se producirá no quiebra completamente a Verezzi —respondió él—. Pero la violencia de la tempestad aumenta... busquemos un refugio.

—¡Ah! No te preocupes de la tempestad —le interrumpió Matilda, cuyas esperanzas se habían elevado hasta el extremo de la impaciencia merced a las oscuras sugerencias de Zastrozzi—. No te preocupes por la tempestad y sigue hablándome, si no deseas verme expirar a tus pies.

—No tienes miedo de los elementos tumultuosos... como tampoco yo lo tengo —contestó Zastrozzi—. Vuelvo a asegurarte que si mañana por la noche traes a Verezzi

hasta aquí, y si en el acontecimiento que aquí se producirá muestras esa presencia de ánimo que estoy seguro que posees, Verezzi es tuyo.

—¡Ay! ¿Qué dices, Zastrozzi, que Verezzi será mío? —preguntó Matilda al tiempo que la esperanza de esa felicidad inconcebible dilataba su alma con un placer repentino y excesivo.

—Vuelvo a repetirte, Matilda, que si te atreves a enfrentarte a la punta de la daga... si haces que Verezzi te deba la vida...

Zastrozzi se detuvo y Matilda intuyó su plan, que en su fantasía arrebatada se representaba como la base de su felicidad.

«¿Podía él rechazarla insensible, después de que ella, poniendo en peligro su propia vida, le hubiera salvado la suya? ¿Podrían sufrir tal cosa sus nobles sentimientos, que ni siquiera los mayores infortunios habían sido capaces de extinguir...? No», meditó Matilda.

Matilda regresó al castillo con la mente llena de esas ideas, confusa por la anticipación embriagadora de la felicidad. La violencia de la tormenta había pasado; el trueno, en ecos bajos y confusos, sonaba ahora entre la cadena de montañas que se extendía hacia el norte; el azul del cielo, y el éter casi sin nubes, estaba tachonado por innumerables estrellas cuando Matilda entró en el castillo y, como la hora era tardía, se dirigió a sus aposentos.

El sueño no huyó de su cama, tal como acostumbraba, pues vencida por una pesadez excesiva se durmió muy pronto.

Flotaron por su imaginación unos sueños confusos en los que a veces suponía que había ganado a Verezzi; y otras veces que, arrebatado de su ardiente abrazo, era transportado por un poder invisible por encima de las montañas rocosas, O por desiertos inmensos y desconocidos por el hombre, y ella, en un vano intento de seguirle, se perdía en un desierto sin camino.

Se incorporó nada más despertar de esos sueños turbulentos e inconexos.

Las emociones más tumultuosas de exultación llenaron su alma cuando vio a su víctima, sentado en una ventana desde la que se dominaba el ondulante bosque.

Matilda se sentó junto a él y conmocionó su alma en un éxtasis de melancolía extrayendo con sus dedos la música de arpa más encantadora y melancólica; las lágrimas cayeron rápidamente por las mejillas de Verezzi; unos suspiros profundos, pero suaves, alzaban su pecho: sus ojos inocentes quedaron fijos en Matilda y contempló con compasión a aquella cuyo único deseo era la gratificación de su amor desordenado, destruyendo las perspectivas de felicidad que a él se le abrían.

Ella contemplaba a su víctima con un placer feroz; sin embargo, venciendo las pasiones de su alma, su mirada baja transmitía humildad y una sensibilidad bien fingida.

Aguardó que llegara la noche con la impaciencia reprimida de las expectativas: Zastrozzi había afirmado que entonces tendría una base firme para su felicidad.

Sin sentir el menor espanto, decidió enfrentarse a la punta de la daga: resolvió

estar dispuesta a ser apuñalada; y aunque su vida se le fuera por la herida, se atrevería a ello.

La noche llegó por fin; el vapor oscurecía la atmósfera y el aire estaba más frío que de costumbre; pero atendiendo a la solicitud de Matilda, Verezzi la acompañó al bosque.

Conforme se acercaban al lugar elegido, el pecho de Matilda se estremecía ante esa felicidad inconcebible; sus piernas, temblorosas por el éxtasis, se negaban casi a sostenerla. Agitaba en su pecho unas sensaciones insólitas, que nunca antes había percibido; pero fortaleciendo el alma, y convenciéndose de que la recompensa a la firmeza sería un arrobamiento celestial, avanzó sin miedo.

Los altos pinos ondeaban bajo el viento borrascoso; las sombras del crepúsculo se adueñaban rápidamente del bosque oscuro; el viento desapareció y reinó un silencio profundo y tenebroso.

Llegaron entonces al lugar que Zastrozzi había afirmado sería el escenario de un acontecimiento que podría sentar las bases de la felicidad de Matilda.

Ésta se sentía agitada por emociones tan violentas que le temblaban las piernas, y Verezzi le preguntó tiernamente por la razón de su alarma.

—¡Ah, no es nada, nada! —contestó Matilda; pero como el tono tierno de Verezzi acendró la anticipación del éxtasis, todo el cuerpo le tembló por un aumento de su agitación y el pecho se le llenó del arrobamiento más invencible.

A la derecha, la espesura de los árboles del bosque volvía invisible a cualquiera que pudiera ocultarse *allí*; a la izquierda se abría un temible precipicio, en cuya base una catarata ensordecedora se precipitaba con tumultuosa violencia entre masas rocosas enormes e informes; y más allá, una montaña gigantesca y negruzca levantaba hacia el cielo su cumbre mellada.

Se dirigieron hacia el precipicio. Matilda permaneció en pie sintiendo el vértigo de la altura; casi le fallaron los sentidos y se cogió a la rama de un pino enorme que colgaba encima del abismo.

—¡Qué profundidad tan temible! —exclamó Matilda.

—Cierto que lo es —respondió Verezzi mientras contemplaba pensativamente la terrible profundidad que se abría abajo.

Permanecieron algún tiempo en pie, contemplando la escena en silencio.

Se oyeron unos pasos; el pecho de Matilda se estremeció con una sensación en la que se combinaba el placer y la aprensión, pero haciendo acopio de toda su fortaleza se dio la vuelta. Un hombre avanzaba hacia ellos.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Verezzi.

—¡Venganza! —replicó el villano levantando una daga y tratando de hundirla en el pecho de Verezzi; pero Matilda elevó su brazo y la daga, traspasándolo, no tocó a Verezzi. Éste saltó hacia delante y cayó a tierra, y al instante el rufián se perdió en la espesura.

El brazo níveo de Matilda se tiñó de una sangre púrpura: la herida era dolorosa,

pero en sus ojos destelló una expresión de triunfo y el enorme placer dilató su pecho: la sangre fluía rápidamente por su brazo, cubriendo con una mancha púrpura la roca sobre la que estaban en pie. Desde el suelo, Verezzi se sobresaltó al ver la sangre que corría por las prendas de Matilda y le preguntó, con voz aterrada, que dónde había sido herida.

—¡Ah! No pienses en eso —exclamó—. Pero dime... ¡Ay! Dime —añadió con fingida voz de alarma—: ¿Te han herido mortalmente? ¡Ay! Qué sensación de terror me sobrecoge al pensar que la punta de la daga, tras traspasarme el brazo, se hubiera embriagado con la sangre que te da la vida.

—No estoy herido —respondió Verezzi—. Pero volvamos rápido al castillo.

Tras decir aquello, se desgarró parte de la ropa y vendó con él el brazo de Matilda. Con lentitud, se dirigieron al castillo.

—Verezzi —dijo Matilda—: ¿Qué villano envidioso de mi felicidad atentó contra tu vida, por la que estaría dispuesta a sacrificar diez mil veces la mía? ¡Ay! ¡Verezzi, cómo agradezco a Dios que apartara la daga fatal de tu corazón!

Verezzi no respondió, pero su corazón y sentimientos se vieron irresistiblemente conmovidos por la conducta de Matilda. Ese noble desprecio del peligro, esa pasión tan ardiente para poner en riesgo la vida a fin de preservar la suya, le llenó el pecho de ternura hacia Matilda; y comprendió que ahora no podía negarle nada, ni siquiera el sacrificio de los pobres restos de su felicidad, si ella se lo pedía.

Entretanto el pecho de Matilda se había llenado de sensaciones inexpresables de placer: su alma, sustentándose en las alas de la felicidad anticipada, lanzó miradas triunfales desde sus ojos ardientes. Apenas podía evitar el estrechar a Verezzi en sus brazos, reivindicándolo como suyo; pero se lo impidió la prudencia y el miedo a cómo podría ser recibida una prematura declaración amorosa.

Llegaron al castillo y Verezzi mandó buscar a un cirujano de un convento próximo.

Éste llegó pronto, examinó el brazo de Matilda y afirmó que de la herida no se derivarían consecuencias desagradables. Tras retirarse a sus aposentos, los arrebatos que antes había reprimido por la presencia de Verezzi y que entonces se liberaron, llevaron los sentidos de Matilda a un éxtasis de placer.

Se arrojó sobre la cama y, con todos los colores exagerados de la imaginación, se representó el arrobamiento al que la había abierto el artificio de Zastrozzi.

Durante toda la noche flotaron visiones de un éxtasis irreal por su fantasía desordenada; sus sentidos giraban en éxtasis alternos de felicidad y desesperación, mientras sueños que eran casi palpables acosaban su turbado cerebro.

En una ocasión imaginó que Verezzi consentía en su unión y le entregaba su mano: al tocarla la carne se deshacía y huía de su vista un espectro que lanzaba chillidos; de nuevo las nubes plateadas volvieron a flotar por delante de su vista y turbulentas e inconexas visiones le ocuparon la mente hasta la llegada de la mañana.

Verezzi se mostró inusualmente tierno y amable en su trato cuando se encontró

con Matilda a la mañana siguiente; con voz solícita, le preguntó por su salud.

La pregunta parecía innecesaria por el rosado rubor que tenían sus mejillas y la triunfante mirada de animación que bailaba en sus ojos centelleantes.

Cuando con una expresión de tumultuoso pero reprimido embeleso miró al desamparado Verezzi, una humedad como de rocío llenó los ojos de Matilda. Pero para que su triunfo fuera más cierto se había propuesto retrasar la hora de la victoria, por lo que dejando sola a su víctima se fue al bosque en busca de Zastrozzi. Cuando llegó a la casa de campo se enteró de que él acababa de salir a dar un paseo, y le siguió hasta que, enseguida, se encontró con él.

—¡Ay! ¡Zastrozzi... mi buen Zastrozzi! —exclamó Matilda—. ¡Qué enorme fuente de placer me has abierto! Verezzi es mío... ¡Ay! ¡Embriagador pensamiento! Verezzi será mío para siempre. Ese trato distante que solía afectar hacia mí se ha transformado en una dulce y bendita expresión de ternura. ¡Ay! Zastrozzi, recibe mi mejor y más ferviente agradecimiento.

—Entonces Julia no tiene que morir —afirmó Zastrozzi con un murmullo—. Una vez que poseas a Verezzi, su destrucción es de escasa importancia.

En ese momento pasó por la mente de Zastrozzi el más horrible plan de venganza.

—¡Ah! Julia tiene que morir o yo nunca estaré a salvo —replicó Matilda—. Es tal la influencia que posee su imagen sobre la mente de Verezzi que estoy convencida de que si él se enterara de que ella vive la consecuencia sería que se apartaría de mí. ¡Vamos! Rápido, dime que está muerta. No podré gozar jamás de una felicidad permanente hasta que ella haya desaparecido.

—Lo que acabas de pronunciar es la sentencia de muerte de Julia —dijo Zastrozzi e inmediatamente desapareció entre los gruesos árboles.

Matilda regresó al castillo. Verezzi le expresó a su regreso una tierna queja, diciéndole que estando así herida se podría haber hecho daño en el paseo; pero Matilda acalló sus miedos y le introdujo en una interesante conversación que no parecía tener otro objetivo que el de conseguir su afecto; aunque las ideas que transmitían las expresiones de Matilda estaban tan habilidosamente relacionadas, y se dirigían de forma tan firme hacia los sentimientos de Verezzi, convenciéndole de que debía amarla a ella, éste sentía que dentro de sí mismo, y a pesar de la razón, a pesar de la reflexión, sabía que eso era imposible.

Capítulo XII

*La sonrisa seductora, la mirada de apariencia recatada,
bajo cuyos hermosos rayos, cielo engañoso,
habita invisible la astucia, la crueldad y la muerte.*

Thomson

Los halagos de Matilda y su atención incesante inspiraron en Verezzi una amable ternura. Pensaba en ella como aquella que le había salvado la vida poniendo en peligro la suya propia; quien le amaba con un afecto ardiente, afecto que probablemente sería duradero: y aunque no podía considerarla con esa ternura entusiasta con la que adoraba todavía el recuerdo de su Julia, podía sin embargo estimarla, estimarla fielmente, y no consideraba ya, tal como había hecho antes, que fuera un horror unirse a ella. Pero volvía una y otra vez a su mente una conversación que había sostenido con Julia: se acordaba bien de que cuando habían hablado ambos de casarse rápidamente ella había expresado la idea de que una unión en esta vida podría durar toda la eternidad; y que al haber elegido ella el corazón de Verezzi en la tierra, por congenialidad de sentimiento, podría significar que estuvieran unidos en el cielo.

La idea había sido santificada por el recuerdo de su Julia; pero al apartarla de su mente, como si fuera una visión irreal, volvió a predominar su elevado sentimiento de gratitud.

Perdido en estas ideas, sumergido en una cadena de pensamientos, y sin darse cuenta de adónde le conducían sus pasos, abandonó el castillo. Su ensoñación se vio interrumpida por un murmullo bajo que parecía flotar en el silencio del bosque; apenas era audible, pero Verezzi sintió un indefinible deseo de averiguar su procedencia. Cuando se aproximó más, se dio cuenta de que era la voz de Matilda.

Verezzi se acercó y pudo captar el tono quejoso de la voz. Escuchó atentamente. Los sollozos volvían casi inaudibles las palabras que brotaban, en forma de exclamaciones apasionadas, de los labios de Matilda. Siguió escuchando y fue testigo de una pausa en la tempestuosa pena que agitaba el alma de Matilda.

—¡Ay! ¡Verezzi... cruel e insensible Verezzi! —exclamó Matilda al tiempo que un paroxismo pasional se adueñaba de su mente—. ¿Permitirás que aquélla que te adora permanezca en un amor sin esperanza, y serás testigo del dolor terrible de aquella que, como yo, te idolatra hasta la locura?

Mientras así hablaba, terminó la frase con un largo suspiro.

La mente de Verezzi se vio agitada por emociones diversas; finalmente, se precipitó hacia ella, la cogió en sus brazos e intentó consolarla tiernamente.

Matilda se sobresaltó al acercase él y no le prestó atención a sus palabras, sino que, vencida aparentemente por la vergüenza, se arrojó a sus pies ocultando el rostro

entre su túnica.

Él la levantó con ternura y la convenció con sus expresiones de que iba a cosechar ahora la recompensa de toda su ansiedad.

La más triunfal anticipación de la felicidad llenó el pecho de Matilda; pero sabiendo que era necesario disimular, sabiendo que la petición desvergonzada de su afecto disgustaría a Verezzi, dijo:

—¡Ay, Verezzi, perdóname! Creyéndome sola, creyendo que nadie escuchaba la manifestación de los secretos de mi alma, con los que créeme que nunca intenté importunarte, esos sentimientos desvergonzados, incluso en la soledad, no hubiera querido expresarlos. Más no puedo ya ocultar que la pasión con la que te adoro es invencible e irresistible: pero te ruego que no pienses en lo que, para mi desventaja, has oído en estos momentos; no desprecies a un ser desgraciado y débil a quien le es imposible vencer la pasión fatal que le consume.

»Nunca más volveré a expresar mi amor, ni siquiera en la soledad... nunca más los importunos secretos de la desventurada Matilda llegarán a tus oídos. Pero vencer una pasión ferviente y tierna como la mía es imposible.

Mientras así hablaba, Matilda, con la apariencia de estar dominada por la vergüenza, se dejó caer sobre la yerba.

Un sentimiento más fuerte que la gratitud, más ardiente que la estima y más tierno que la admiración ablandó el corazón de Verezzi cuando levantó a Matilda. Ante la fantasía calenturienta de Verezzi, el cuerpo simétrico de Matilda brillaba con un atractivo multiplicado; inspirado de un cariño repentino, él mismo se arrojó a sus pies.

Un letargo leteico se deslizó por sus sentidos, y mientras estaba allí postrado ante Matilda cubrió su cerebro vertiginoso un olvido total de todos los acontecimientos anteriores de su vida. Con exclamaciones apasionadas le manifestó un amor ilimitado.

—¡Ay, Matilda! ¡Mi queridísima y angelical Matilda! —exclamó Verezzi—. Ni siquiera ahora me doy cuenta de qué era lo que me cegaba... ¡Lo que me impedía reconocer que te adoro! Una adoración que nunca cambiarán las circunstancias... que nunca será borrada por el tiempo.

El fuego de un amor voluptuoso y enloquecedor le quemaba en las venas cuando cogió en sus brazos a la embelesada Matilda, y con un acento casi desarticulado por la pasión, le juró fidelidad eterna.

—Acepta mi juramento de lealtad eterna, adorado Verezzi —exclamó a su vez Matilda—. Acepta mis votos de un amor eterno e indisoluble.

El cuerpo entero de Verezzi se veía agitado por unas emociones ardientes e inusuales. Llamó esposa a Matilda, con el delirio de un cariño repentino, y la abrazó contra su pecho.

—Y aunque un amor como el nuestro no quiera los vínculos vanos de las leyes humanas —exclamó el amoroso Verezzi—, aunque no necesite la sanción que pueda

dársele, ordenemos inmediatamente la celebración de nuestra unión.

Matilda consintió exultante; nunca había experimentado sensaciones tan placenteras: los sentimientos de su alma salían de sus ojos ardientes en forma de miradas de alegría suprema. El triunfo embelesador y vehemente llenó su alma mientras contemplaba a su víctima, cuyos ojos radiantes se caracterizaban ahora por una expresión voluptuosa. El corazón le latía con fuerza a Matilda y cuando entraron ambos en el castillo las emociones de su pecho eran tantas que les resultaba imposible expresarlas.

Loca de pasión, apretó a Verezzi contra su pecho palpitante; y vencida por el éxtasis de la pasión delirante, sus sentidos comenzaron a girar en una delicia confusa e inexpresable. Una pasión nueva y fogosa recorría también el pecho de Verezzi: le devolvió el abrazo con ardor y la apretó con fogoso embeleso.

Pero la adoración con la que contemplaba ahora a Matilda era un sentimiento distinto de la emoción casta y suave que había caracterizado a su amor por Julia: aquella pasión que había supuesto sólo terminaría con su vida se había borrado por las artes de otra mujer.

Ya se había logrado el propósito de Matilda: el día siguiente sería testigo de su boda... el día siguiente contemplaría el logro de su más querido propósito.

Con la mayor impaciencia y la más vehemente anticipación del placer, aguardó a que llegara.

El día transcurrió lentamente y lentamente el reloj fue dando cada una de las horas.

Pero finalmente llegó la mañana: Matilda se levantó sin haber dormido, abrazó a su víctima y al hacerlo centelleó en sus ojos el triunfo violento. Verezzi le devolvió el abrazo y la llamó su querida y amada esposa; y con todo el embeleso del amor enloquecedor, declaró su impaciencia por la llegada del monje que iba a unirlos. Matilda puso en práctica aquel día todo halago, todo aquello que pudiera evitar la reflexión.

El monje llegó por fin: se llevó a cabo la ceremonia fatal... fatal para la paz de Verezzi.

Previamente se había organizado una fiesta magnífica; todas las carnes lujosas y todos los vinos caros que pudieran contribuir a resaltar el triunfo de Matilda estaban presentes en abundancia.

El gozo de Matilda, su triunfo, era demasiado grande como para poder expresarlo... demasiado grande para ocultarlo. La alegría que sentía en lo más recóndito de su alma la transmitía en las miradas expresivas de sus ojos centelleantes... expresivas de un gozo intenso e inexpresable.

Animada por tan excesivo placer, se levantó de la mesa y, tomando la mano de Verezzi, embelesada por la felicidad inconcebible, le condujo con movimientos divertidos y variados siguiendo el sonido de una melodía conmovedora.

—Vamos, Matilda mía —exclamó finalmente Verezzi—. Vamos, vámonos, estoy

fatigado de tanto embeleso, enfermo por el exceso de placer: retirémonos y repitamos en sueños los placeres del día.

Poco sabía Verezzi que aquel día sería la base de su desgracia futura; poco pensaba que, entre las rosas del éxito y la voluptuosidad licenciosa surgirían la lamentación, el horror y la desesperación, haciendo desaparecer unas perspectivas que, habiendo sido olvidada Julia, parecían tan hermosas y llenas de éxtasis.

Llegó la mañana. Unas emociones inconcebibles para aquél que nunca las ha sentido dilataron el alma de Matilda con un éxtasis inexpressable: había caído toda barrera que se opusiera a su pasión; toda oposición había sido vencida. Pero su pecho seguía siendo escenario de pasiones crueles y conflictivas.

Aunque en posesión de todo lo que su fantasía le había hecho representarse con excesivo gozo, estaba lejos de sentir ese placer inocente y tranquilo que calma el alma, y al tranquilizar toda emoción violenta, la llena de serena felicidad. No, su cerebro daba vueltas por el paroxismo; el paroxismo violento y confuso de la felicidad visionaria e irreal. Aunque todos sus latidos y nervios jadeaban con la delicia del deseo gratificado y expectante, seguía sin ser feliz. No disfrutaba de aquella tranquilidad que es necesaria para la existencia de la felicidad.

Con este estado mental dejó a Verezzi por un breve período, pues se había citado con su cómplice en la perversidad.

Se encontró pronto con él.

—No necesito preguntar, pues bien lo veo en esas miradas de triunfo, que Verezzi es tuyo —exclamó Zastrozzi—; que el plan que concertamos en nuestro último encuentro te ha conducido a la posesión de aquello que ansiaba tu alma.

—¡Ay! ¡Zastrozzi! —contestó Matilda—. Mi buen y excelente Zastrozzi, ¿qué palabras pueden expresar la gratitud que siento hacia ti... qué palabras pueden expresar la bendición exquisita y celestial que debo a tu consejo? Sin embargo, entre las rosas del éxito del amor, entre el éxtasis de la voluptuosidad arrobadora, el miedo, el esterilizante y frío miedo, empaña mis esperanzas de felicidad. Julia, la odiosa y maldita imagen de Julia, es el fantasma que hiere mi por otra parte confianza cierta en un placer eterno: ¿Se puede hacer otra cosa con ella que lanzarla a la destrucción... algún otro artificio de mi amigo puede borrarla del número de los seres vivos?

—Basta de esto, Matilda —la interrumpió Zastrozzi—, basta. Dentro de seis días te encontrarás de nuevo conmigo en este lugar; entretanto, no permitas que ninguna anticipación corrosiva destruya tu felicidad presente: no te atemorices; espera más bien, cuando llegue tu fiel Zastrozzi, que se cumpla para siempre la felicidad que deseas gozar.

Y tras hablar así, Zastrozzi se marchó y Matilda regresó al castillo.

Entre el placer y el éxtasis que durante tanto tiempo había anhelado su alma, entre los abrazos de aquél que ella había supuesto constituía toda la felicidad terrestre, los pensamientos corrosivos y atormentadores poseyeron el pecho de Matilda.

Meditando profundamente los planes de su placer futuro, un placer establecido

por la satisfacción de la venganza más diabólica, Matilda avanzaba por el bosque con los ojos fijos en el suelo e inconsciente del camino que seguía.

Una voz la sacó de su ensueño: era la de Verezzi, ese tono bien conocido y tiernamente adorado sacudió sus sentidos. Se sobresaltó, y dirigiéndose presurosa hacia él acalló enseguida aquellos miedos que la ausencia había provocado en el corazón cariñoso de la esposa, y que a él le habían hecho abandonar ansiosamente el castillo con el fin de buscarla.

Durante seis días, en el pecho de Matilda reinaron el gozo y la felicidad embelesada, sin que se vieran teñidos por el miedo ni manchados por la reflexión.

Pasaron cinco días, llegó el sexto, y con la noche Matilda buscó el bosque con pasos ansiosos e impacientes.

La noche era sombría y densos vapores se extendían por el aire; el viento, bajo y profundo, suspiraba lastimeramente en los gigantescos pinares y se extendía en bajos silbidos entre los matorrales marchitos que crecían en los promontorios rocosos.

Matilda aguardó con impaciencia la llegada de Zastrozzi. Por fin, su cuerpo elevado surgió de un intersticio entre las rocas.

Avanzó hacia ella.

—¡Éxito! ¡Victoria! Matilda mía —exclamó Zastrozzi con tono exultante—. Julia está...

—No necesitas añadir nada más —le interrumpió Matilda—. Amable y excelente Zastrozzi, te doy las gracias; pero dime cómo la destruiste... dime qué tormentos terribles lanzaron su alma a la eternidad. ¿Pereció frente a la punta de la daga? ¿O acaso los tormentos del veneno la enviaron, estremeciéndose por el dolor, a la tumba?

—Así es —contestó Zastrozzi—. Cayó a mis pies vencida por irresistibles convulsiones. ¿Quién más dispuesto que yo mismo a restaurar los sentidos perdidos por la marquesa? ¿Quién más dispuesto que yo mismo a dar razón de su desfallecimiento, comentando que el calor producido por la multitud la había vencido momentáneamente? Pero lo cierto era que los sentidos de Julia habían huido para siempre; y no fue hasta que la góndola más veloz de Venecia me llevó lejos, trayéndome a tu castillo, que el *consiglio di dieci*^[7] buscó, sin descubrirlo, al criminal.

»Y aquí debo quedarme; pues si fuera descubierto las consecuencias fatales para nosotros resultan evidentes. Por el momento, adiós —añadió—. Y entretanto, que seas feliz, pero no vayas a Venecia.

—¿Dónde has estado hasta tan tarde, amor mío? —le preguntó tiernamente Verezzi cuando ella regresó—. Temo que el aire de la noche, particularmente en una tan húmeda como ésta, pueda afectar a tu salud.

—No, no, queridísimo Verezzi, no será así —respondió vacilante Matilda.

—Matilda mía, pareces pensativa y melancólica. Ábreme tu corazón. Temo que algo que yo ignoro se ha posesionado de tu pecho. ¿Acaso es la soledad de este castillo remoto la que reprime la alegría natural de tu alma? ¿Quieres que vayamos a

Venecia?

—¡Ah! ¡No, no! —le interrumpió presurosa Matilda—. A Venecia no; no debemos ir a Venecia.

Verezzi se sorprendió ligeramente de aquello, pero achacando sus maneras a una indisposición, lo dejó pasar.

Transcurrió un mes sin acontecimientos importantes. La pasión de Matilda, que la saciedad no había aliviado ni el tiempo había vencido, seguía ardiendo con su violencia anterior: todo placer terreno seguía centrado en Verezzi; y en las visiones que su imaginación trazaba en el aire, pensaba que esa felicidad duraría eternamente.

Una noche en la que Matilda y Verezzi estaban sentados y felices con su compañía mutua, entró un criado y le entregó a ella un sobre sellado.

Su contenido decía así: «Matilda, Contessa di Laurentini, es convocada por la Santa Inquisición a presentarse ante su tribunal inmediatamente después de haber recibido esta convocatoria».

Al leer aquello, las mejillas de Matilda palidieron de terror. La citación, la citación fatal a la que no podía resistirse, le produjo un temor frío. Trató de ocultarlo en su pecho, pero como no le fue posible, intentó salir del aposento, pero en vano: sus piernas temblorosas se negaron a sustentarla y cayó desmayada al suelo.

Verezzi la levantó y le ayudó a recuperar el sentido; se arrojó a sus pies y con el tono más tierno y patético le preguntó por el motivo de su alarma.

—Si acaso se trata de algo de lo que inconscientemente soy culpable, si ha habido algo en mi conducta que te haya ofendido... ¡Ay! Rápida y sinceramente me arrepiento. Queridísima Matilda, te adoro hasta la locura: dímelo entonces rápidamente, confía en alguien que te ama como yo lo hago.

—Levántate, Verezzi —exclamó Matilda con un tono que expresaba bien su sereno horror—. Y puesto que la verdad no puede ya ocultarse, lee esta carta.

Le entregó la citación fatal. Él la cogió ansiosamente y, jadeando de impaciencia, la abrió. ¿Con qué palabras expresar la consternación del espantado Verezzi cuando sus ojos se fijaron en la citación, para él misteriosa e inexplicable? Por un instante se sumió silenciosamente en sus dolorosos pensamientos. Finalmente, con la serenidad forzada de la desesperación, preguntó lo que podía hacerse.

Matilda no respondió, pues en ese instante su alma, transportada por las alas de la anticipación, se estaba representando la disolución ignominiosa y dolorida.

—¿Qué podemos hacer? —volvió a preguntar Verezzi, aunque en un tono de más profunda desesperanza.

—Hemos de acudir al instante a Venecia —respondió Matilda recuperando las facultades—. Hemos de ir a Venecia; creo que allí podemos estar a salvo. Aunque por el momento habremos de fijar nuestra residencia en alguna remota esquina de la ciudad; hemos de aceptar reducir nuestro modo de vida; y por encima de todo, hemos de evitar las peculiaridades. ¿Estará dispuesto mi Verezzi a bajar del nivel de vida en el que lo colocó la cuna y abandonar la grandeza siguiendo la fortuna de la proscrita

Matilda?

—¡Matilda! ¡Mi queridísima Matilda! —exclamó Verezzi—. No hables así: sabes que soy siempre tuyo; sabes que te amo y que contigo una casita de campo me parecería un Elíseo.

Los ojos de Matilda centellearon por el triunfo mientras así hablaba Verezzi, en medio del alarmante peligro que la amenazaba: bajo la persecución de la Inquisición, cuyos motivos son inescrutables, cuyos decretos no tienen apelación, su alma, en posesión de todo lo que le era querido en la tierra, segura del afecto de Verezzi, se estremeció por el placer de la emoción, aunque no sin algo de alarma.

Se dispuso entonces a marcharse. Llevándose de todos los criados tan sólo al fiel Ferdinand, Matilda, acompañada por Verezzi, subió a un carruaje aunque la noche estaba ya avanzada, y sin decir a nadie del castillo cuáles eran sus intenciones tomó la carretera del bosque que llevaba hasta Venecia.

La campana del convento, casi inaudible en la distancia, dio las diez en el momento en el que el carruaje ascendía lentamente una empinada cuesta.

—¿Pero cómo crees posible, Matilda mía, que podamos escaparnos a la vigilancia de la Inquisición?

—¡Ah! No tenemos que presentarnos con nuestra verdadera personalidad... la disfrazaremos.

—¿Pero qué crimen supones que alega la Inquisición contra ti?

—Imagino que herejía. Ya sabes que un enemigo no necesita hacer otra cosa que acusar de herejía a cualquier persona inocente y desdichada, y la víctima expira con torturas horribles o permanece el resto de su vida en una celda oscura y solitaria.

Un suspiro convulso agitó el pecho de Verezzi.

—¿Y ése va a ser entonces el destino de mi Matilda? —exclamó horrorizado—. No: el Cielo no permitirá nunca que ser tan excelente sufra.

Entretanto habían llegado al Brenta^[8]. La corriente del Brenta se deslizaba silenciosamente bajo la brisa de la medianoche hacia el Adriático.

Unos altos álamos que elevaban sus formas espirales en la orilla arrojaban una oscura sombra sobre las olas plácidas.

Matilda y Verezzi subieron a una góndola y los tonos grisáceos de la cercana mañana veteaban el aire del este antes de que entraran en el Gran Canal de Venecia; y pasando el Rialto, avanzaron hasta una mansión pequeña, pero no carente de elegancia, situada en el barrio oriental.

Allí todo era cómodo, aunque no grande; y cuando entraron Verezzi expresó su aprobación por el hecho de vivir allí retirado.

Aparentemente seguros de la vigilancia de la Inquisición, Matilda y Verezzi pasaron algunos días de felicidad ininterrumpida.

Pero finalmente, una noche, Verezzi, fatigado incluso de la monotonía del éxtasis, propuso a Matilda que tomaran una góndola y fueran a una fiesta que iba a celebrarse en la plaza de San Marcos.

Capítulo XIII

La noche era serena. Unas nubes aborregadas flotaban en el horizonte; el orbe completo de la luna, en la majestad de un cielo claro, estaba suspendido a gran altura y se reflejaba con un brillo plateado en todas las olas del Adriático, las cuales, agitadas suavemente por la brisa nocturna, chocaban contra las innumerables góndolas que se amontonaban en la Laguna.

Una armonía exquisita, transmitida por las alas del tranquilo aire, flotaba en diversos murmullos; a veces desaparecía, y luego volvía a hacerse más fuerte, en ondulaciones melódicas, suavizándose hasta complacer cualquier oído que le prestara atención.

Todo ojo que contemplara la hermosa escena brillaba de placer; una alegría irreprimible llenaba todos los corazones salvo el de Julia, quien con una mirada vacía, sin dejarse conmover por los sentimientos de placer ni agitar por la alegría que llenaba todas las otras almas, contemplaba el variado paisaje. Una góndola magnífica conducía a la Marchesa di Strobazzo; y las innumerables antorchas que ardían a su alrededor rivalizaban con el sol del mediodía.

En la melancólica y pensativa Julia, que sumergida en sus pensamientos se encontraba sentada e inconsciente de todo objeto externo, se había detenido la mirada fiera de Matilda, con una altanera expresión de sorpresa y venganza. El fuego oscuro que destellaba en su mirada expresaba bien a las claras los sentimientos de su alma cuando se fijó en su rival; y de haber tenido el poder del basilisco, Julia habría quedado muerta allí mismo.

Lo primero que captó la atención de la mirada de Verezzi fue la forma etérea de Julia, a quien ya había olvidado. Por un instante, contempló sorprendido su figura simétrica, e iba a señalársela a Matilda cuando, en el semblante abatido de aquella encantadora mujer reconoció a su perdida Julia.

Es imposible describir los sentimientos de Verezzi cuando Julia levantó la cabeza de la actitud en la que se mantenía fija y reveló ante él ese semblante que antes había contemplado con éxtasis, el exponente de aquel alma a la que él había jurado fidelidad eterna.

La languidez leteica, por así llamarla, que antes le había entumecido, el encantamiento que le había unido a Matilda, quedó disuelto.

Todas las visiones de placer construidas en el aire y que sólo un momento antes flotaban en alegre variedad ante su imaginación embelesada, se desvanecieron, ocupando su lugar el lamento, el horror y el desesperado arrepentimiento, que levantaron la cabeza entre las rosas de la voluptuosidad momentánea.

Seguía contemplándola como en trance, pero la góndola de Julia, indistinta en la distancia, se burlaba de la tensión de sus ojos.

Durante algún tiempo ninguno de ellos dijo nada. La góndola avanzó rápidamente mientras Matilda y Verezzi, sumergidos en sus pensamientos, ni siquiera se daban cuenta de su rapidez.

Habían llegado a la plaza de San Marcos y la voz del gondolero al anunciarlo fue la primera interrupción de ese silencio.

Se estremecieron. Verezzi salió por primera vez de su ensoñación de horror, vio que la escena que tenía ante él era real, y que había roto los juramentos de fidelidad que con tanta frecuencia y fervor había hecho a Julia.

El extremo del horror se apoderó de su cerebro: la heladora languidez de la desesperación congeló todos los sentidos y sus ojos siguieron mirando fijamente hacia el vacío.

—¡Vuelva... regrese al instante! —contestó impacientemente Matilda a la pregunta del gondolero.

Éste la obedeció, sorprendido, y regresaron.

El espacioso canal estaba abarrotado de góndolas; la alegría y el esplendor reinaban por todas partes, una maravillosa armonía cubría la escena; pero sin escuchar la música ni prestar atención al esplendor, Matilda permanecía sentada, perdida en sus pensamientos laberínticos.

Recorrió su pecho el deseo de la venganza más cruel y decidió mentalmente un propósito horrible.

Entretanto, la hora se había hecho tardía y la luna había llegado al cenit, derramando sus haces verticalmente sobre el tranquilo Adriático cuando la góndola se detuvo ante la mansión de Matilda.

Habían dispuesto para su regreso una cena suntuosa. Matilda entró en silencio, y calladamente la siguió Verezzi.

Ella se sentó sin hablar ante la mesa; Verezzi, con aire descuidado, se dejó caer en una silla a su lado.

Ninguno de ellos habló durante un rato hasta que finalmente, tartamudeando, Verezzi se dirigió a ella:

—Esta noche no estás bien. ¿Qué te ha turbado?

—¿Turbado? —contestó Matilda repitiendo la pregunta—. ¿Por qué supones que algo me ha turbado?

El cerebro de Verezzi se vio vencido en ese momento por el más violento paroxismo del horror. Se llevó la mano a su frente ardiente; la agonía de su mente era demasiado grande como para poder ocultarla, pues la forma de Julia, tal como la había visto por última vez, flotaba en su imaginación y, vencido por las ideas terribles que le acosaron, perdió el sentido: pronunció débilmente el nombre de Julia, se dejó caer hacia delante y reclinó sobre la mesa sus sienes palpitantes.

—¡Levanta! ¡Despierta! ¡Prostrado y perjuro Verezzi, despierta! —exclamó la furiosa Matilda con un tono de horror tenebroso.

Verezzi se incorporó y miró sorprendido el semblante de Matilda, que

convulsionada por la pasión destellaba desesperación y venganza.

—Es evidente —decía Matilda tristemente—. Es evidente que no me amas.

La confusión de emociones conflictivas batallaba en el pecho de Verezzi: su voto matrimonial, su fe prometida a Matilda, convulsionaban su alma con una agonía indescriptible.

Sin embargo ella seguía poseyendo un gran control sobre el alma de Verezzi... el ceño de Matilda era terrible, y el desdichado Verezzi seguía temblando ante los tonos de su voz cuando ella, en un frenesí de pasión desesperada, le pidió que se marchara para siempre, y añadió:

—Ve, revela el escondite de la proscrita Matilda a sus enemigos; entrégame a la Inquisición, que la unión con quien tú detestas no te detenga más.

Matilda dejó de hablar agotada por la agitación y la falta de aliento: las pasiones de su alma destellaban de sus ojos; diez mil emociones conflictivas batallaban en el pecho de Verezzi. Apenas sabía qué hacer, pero cediendo al impulso del momento se arrojó a los pies de Matilda y gimió profundamente.

—Soy tuyo, y siempre lo seré —se escapó finalmente de sus labios.

Matilda permaneció un tiempo inmóvil. Después, miró a Verezzi; bajó la cabeza y contempló su figura majestuosa y juvenil; contempló su semblante, que le iluminaba el alma, y un potentísimo amor asaltó su alma. Le alzó del suelo; con un delirio de repentino cariño lo abrazó contra su pecho y, con expresiones presurosas y descontroladas, reafirmó su derecho al amor de Verezzi.

El pecho de Matilda palpitaba con las más violentas emociones. Unió sus labios ardientes a los de Verezzi y las sensaciones más fervientes y voluptuosas de éxtasis le recorrieron el pecho.

Verezzi se sintió contagiado y en un instante de olvido se disolvió todo juramento de fidelidad que había hecho a la otra, como si fuera una nube sin base; un torpor leteico se deslizó por sus sentidos; se olvidó de Julia, o la recordó sólo como una visión incierta que flotaba ante su imaginación, más como un ser ideal de otro mundo, a quien podría adorar allí cuando llegara, que como una mujer encantadora y con quien él congeniaba y a la que le había hecho su juramento de fidelidad eterna.

Matilda, vencida por el embeleso inexpresable de haber recuperado la felicidad, se apartó de su abrazo, le tomó de la mano y su rostro se iluminó cuando se la llevó a los labios.

—¿Y eres entonces mío... mío para siempre? —exclamó embelesada Matilda).

—¡Oh! Soy tuyo... para toda la eternidad —respondió Verezzi ciegamente enamorado—. Ningún poder terrenal nos separará; unidos por la semejanza del alma, unidos por un vínculo del que pongo por testigo al propio Dios.

Volvió a abrazarla y de nuevo, como prenda de fidelidad, imprimió un beso ferviente en la ardiente mejilla de la mujer; e impulsado por las violentas emociones del momento, juró que ni el cielo ni el infierno cancelarían nunca la unión que allí, de manera solemne e inequívoca, renovaba.

Verezzi llenó hasta el borde una copa.

—¿Me amas? —preguntó Matilda.

—¡Que los rayos del cielo me consuman si no te adoro hasta olvidarme de mí mismo! ¡Que me sumerja en tormentos interminables si mi amor por ti, celestial Matilda, no es eterno!

Los ojos de Matilda expresaron el mayor de los triunfos; los exultantes y deliciosos sentimientos de su alma eran tan fuertes que podía expresarlo, y por ello no habló, sino que permaneció mirando fijamente el semblante de Verezzi.

Capítulo XIV

*Que ningún contrito visitante de la naturaleza
Conmueva mi cruel propósito, ni haga la paz
Entre éste y su efecto. Venid a mis pechos de mujer,
Y bebed de su leche de hiel, ministros asesinos,
Allí donde, en vuestra invisible sustancia,
Aguardáis los males de la naturaleza.*

Macbeth

Verezzi levantó la copa que acababa de llenar y exclamó con tono apasionado:

—¡Mi adorada Matilda! No por tu felicidad sino por todos tus deseos; y si tengo un solo pensamiento que no se centre en ti, que las más horribles torturas que envenenaron nunca la paz del hombre me conduzcan al instante a la confusión. ¡Dios de los cielos! ¡Sé testigo tú de mi juramento y escríbelo con letras que nunca puedan borrarse! ¡Atended espíritus oficiantes que vigiláis la felicidad de los mortales! ¡Pues aquí y ahora juro fidelidad eterna y afecto indisoluble e inalterable a Matilda!

Tras decir esto, levantó los ojos hacia el cielo y miró luego a Matilda. Al encontrarse las miradas, la de ella brillaba con una triunfante expresión de amor ilimitado.

Verezzi se llevó la copa a los labios, pero en ese mismo instante la arrojó al suelo y todo su cuerpo se vio sacudido por convulsiones horribles; sus ojos brillantes giraban locamente como saliéndosele de las órbitas: atacado por una locura repentina, sacó una daga de su cinto y la elevó hacia lo alto con la más cruel de las intenciones.

¿Qué fantasma había atacado los ojos de Verezzi? ¿Cuál fue la causa de que el apasionado amante lanzara la copa al suelo, cuando iba a beberla como promesa de amor eterno hacia aquella que su alma había elegido? ¿Y por qué él, furioso, cuando un instante antes imaginaba que los brazos de Matilda eran el paraíso eterno, intentó acudir sin preparación ante la presencia de su Creador...? Fueron los ojos suaves de la encantadora pero olvidada Julia que llenaron de reproches el alma de Verezzi... fue su semblante celestial, ensombrecido por los bucles desgreñados, los que clavaban dagas en el falso; pues cuando había levantado la copa para llevársela a los labios, cuando sublimado por el fuego enloquecedor de la voluptuosidad hasta las cumbres de la pasión entusiasta, juraba fidelidad indisoluble a otra... ¡Julia se presentó ante él!

La locura, la locura más cruel, atacó su cerebro. Levantó bien alto el puñal, pero Julia corrió hacia delante y con acento distinguido y una voz tierna y alarmada le suplicó que se perdonara a sí mismo, que la perdonara a ella, pues todavía todo podía ir bien.

—¡Ay! ¡Nunca, nunca! —exclamó Verezzi frenético—. Para mí no hay más paz que la tumba... estoy... estoy... casado con Matilda.

Tras decir esto, cayó hacia atrás sobre un sofá presa de fuertes convulsiones, pero sujetando todavía en la mano el puñal fatal.

Entretanto, Matilda contemplaba inmóvil la escena. La pasión más cruel introducía la rabia en su pecho: venganza, amor despechado... despechado en el instante mismo en que había supuesto que la felicidad sería suya para siempre, convertían su alma en el escenario de la más salvaje anarquía.

Pero no dijo nada, ni se movió. Recogida en sí misma permaneció en pie aguardando el desenlace de aquel acto que, tan inesperadamente, disolvió sus visiones de éxtasis.

Serenándose y pasando de la desesperación a la firmeza, Julia, con una atención constante, le proporcionó a Verezzi todo lo que pudiera servir para que se recuperara. Y al fin lo hizo. Lentamente se levantó, se incorporó del sofá en donde yacía, con los ojos girando como un torbellino y el cuerpo entero convulso por la más violenta agitación, levantó la daga que todavía tenía en la mano y, con una sonrisa amarga de exultación, la hundió en su pecho. Su alma escapó sin un gemido y su cuerpo cayó al suelo, bañándolo con una sangre oscura.

Enloquecida por este golpe mortal a toda la felicidad que había anticipado, las facultades de Matilda giraron en terrible confusión: apenas sabía dónde estaba.

Finalmente una calma terrorífica y ominosa se extendió por su alma. La venganza, la venganza más horrible, venció a todos los otros sentimientos. Sus ojos centelleaban con una expresión demoníaca. Avanzó hacia el cadáver sin vida de Verezzi, le sacó la daga del pecho, teñida con la sangre de su vida, que goteo rápidamente desde la punta hasta el suelo. La levantó en lo alto e impíamente pidió al Dios de la naturaleza que la condenara a tormentos eternos si Julia sobrevivía a su venganza.

Avanzó hacia su víctima, que yacía en el suelo desprovista de sentido: la sacudió con rudeza y cogiendo un mechón de su desgredado cabello la levantó del suelo.

—¿Me conoces? —exclamó Matilda con pasión frenética—. ¿Conoces a la herida Laurentini? Contempla esta daga, que gotea la sangre de mi esposo... contempla ese cadáver pálido en cuyo pecho, ahora frío, habitaba tu maldita imagen obligándome a cometer el acto que me priva de la felicidad para siempre.

Julia recuperó el sentido reavivada por la violencia de Matilda. Miró hacia arriba, con una expresión tímida de aprensión, y contempló a la furiosa Matilda, convulsionada por la más violenta de las pasiones, y una daga teñida de sangre que se levantaba amenazándola con la muerte instantánea.

—¡Muere, detestable y miserable! —exclamó Matilda en un paroxismo rabioso mientras con violencia trataba de bañar el puñal en la sangre vital de su rival; pero Julia se hizo a un lado y el arma sólo la hirió ligeramente en el cuello, manchando su pecho de alabastro con un chorro de sangre.

Cayó al suelo, se levantó inmediatamente y trató de escapar de su perseguidora, sedienta de sangre.

Enfurecida de nuevo por ese intento vano de escapar a su venganza, la feroz Matilda cogió a Julia por sus cabellos flotantes y sujetándola por detrás con una fuerza demoníaca la acuchilló en mil lugares; y con un placer exultante enterró una y otra vez la daga hasta la empuñadura en el cuerpo de Julia, incluso después de que todo resto de vida hubiera desaparecido.

Por fin la pasión de Matilda, agotada por su propia violencia, decayó hasta convertirse en una calma mortal; arrojó con fuerza la daga lejos de ella y contempló la terrible escena que tenía delante con una mirada sombría.

Delante de ella, en los brazos de la muerte, yacía aquél sobre quien sus esperanzas de felicidad parecían haber formado una base tan firme.

Y delante de ella estaba su rival, cubierta de innumerables heridas, con la cabeza reclinada en el pecho de Verezzi, y con los rasgos angélicos cubiertos, incluso en la muerte, por una sonrisa de afecto.

Y ella estaba allí en pie, un ser humano culpable y aislado. La venció entonces un paroxismo pasional todavía más violento: en una agonía de horror demasiado grande para poder describirse, se arrancó el pelo a mechones, blasfemó del poder que le había dado el ser y rogó tormentos eternos para la madre que la había engendrado.

—¿Y es para esto, para este horror, para tormentos como éstos que Él, de quien los monjes dicen lleno de piedad, me ha creado?

Cogió el puñal que estaba en el suelo.

—Ay, amigable puñal —exclamó en una voz de horror demoníaco—: ¡Que tu golpe produzca la aniquilación! ¡Con qué placer te llevaría hasta mi corazón!

Levantó la daga en lo alto, la miró y la sangre todavía caliente de la inocente Julia goteó desde su punta.

La culpable Matilda tuvo miedo de la muerte, dejó caer el puñal desde lo alto, su alma captó un vislumbre de la desgracia que aguarda al perverso y, a pesar de su desprecio de la religión, a pesar de que hasta entonces había dependido con firmeza de las doctrinas del ateísmo, tembló por su futuro; y una voz interior que le susurraba «¡No morirás nunca!» fue como un puñal clavado en el alma de Matilda.

Mientras estaba así, entró en un delirio de desesperación, la noche acabó y el criado que la atendía, sorprendido por la hora inusual hasta la que habían prolongado el banquete, fue a anunciar lo tardío de la hora; pero al abrir la puerta y ver el vestido de Matilda teñido de sangre, retrocedió aterrado, sin tener conciencia plena del grado de horror que contenía aquella cámara, y avisó a los demás criados de que Matilda había sido acuchillada.

Todos acudieron a la puerta en tropel, pero retrocedieron aterrados cuando vieron a Verezzi y Julia tendidos sin vida sobre el suelo.

Sacando fuerzas de la desesperación, Matilda les llamó en voz alta para que regresaran, pero el miedo y el horror fueron más fuertes que sus órdenes, y locos de terror salieron precipitadamente de la cámara, salvo Ferdinand, que se acercó a Matilda pidiéndole una explicación.

Matilda se la dio con palabras escasas y presurosas.

Ferdinand salió de nuevo de la estancia y contó a los crédulos criados que una mujer desconocida había sorprendido a Verezzi y Matilda; que había acuchillado a Verezzi y luego se había suicidado.

Los criados escucharon con un terror mudo el relato de Ferdinand y no dudaron de que fuera verdad. Una y otra vez pidieron una explicación del misterioso asunto, empleando su ingenio para conjeturar cuál podría ser la causa: pero cuanto más conjeturaban, más perplejos se sentían; hasta que por fin, un criado listo llamado Pietro, que odiaba a Ferdinand por la superior confianza con la que lo trataba su señora, y suponía que en este asunto había quedado mucho oculto, informó a la justicia, y antes de que llegara la mañana la morada de Matilda había sido rodeada por una partida de oficiales pertenecientes al *consejo de los diez*.

Fuertes gritos rasgaron el aire cuando los oficiales intentaron entrar. Matilda seguía todavía en el aposento en el que durante la noche se había producido tan sangrienta tragedia; horrorizada y sin habla todavía, estaba tumbada en el sofá cuando un fuerte golpe en la puerta despertó a la infeliz del horroroso trance en el que se hallaba. Se incorporó con la más desbocada perturbación y escuchó atentamente. Volvió a repetirse el sonido y entraron precipitadamente los oficiales.

Buscaron por todos los aposentos y entraron finalmente en aquél en el que se encontraba Matilda, inmóvil por la desesperación.

Incluso aquellos rígidos oficiales, duros e insensibles como eran, retrocedieron momentáneamente horrorizados al contemplar el hermoso semblante de la asesinada Julia; era bella incluso en la muerte, y con el cuerpo desfigurado por terribles e innumerables heridas.

—Esto no puede ser suicidio —murmuró uno que por su porte superior parecía el jefe, mientras levantaba del suelo el cuerpo frágil de Julia, y la sangre, que apenas estaba todavía fría, goteó de sus vestidos.

—Ejecuten las órdenes —añadió.

Dos oficiales avanzaron hacia Matilda, quien apartándose con aparente tranquilidad les aguardó.

—¿Qué quieren de mí? —preguntó Matilda en tono soberbio.

Los oficiales no contestaron, pero el jefe, sacando de la bolsa un documento que contenía una orden de detención para Matilda, Contessa di Laurentini, se la entregó.

Ella palideció y sin resistencia obedeció la orden, siguiendo en silencio a los oficiales hasta el canal, donde aguardaba una góndola que en poco tiempo la llevó hasta las tenebrosas prisiones *del consejo de los diez*.

Un poco de paja fue el lecho de la altiva Laurentini; una jarra de agua y pan fue su sustento; lo tenebroso, el horror y la desesperación invadieron su alma; todos los placeres que había degustado hasta ayer mismo; todas las bendiciones que su alma entusiasta se había representado para el futuro, como la visión irreal de un sueño, se desvanecieron; y confinada en una celda húmeda y estrecha, Matilda vio que todas

sus esperanzas de un futuro feliz terminaban en una disolución rápida e ignominiosa.

El tiempo transcurría lentamente, lentamente el reloj de San Marcos marcaba las horas que iban pasando con languidez.

Llegó la noche y la medianoche le pareció a ella que era como un toque de muertos.

Escuchó un ruido en el pasillo que conducía a la prisión.

Matilda levantó la cabeza, que tenía reclinada sobre el muro y escuchó atentamente, como esperando un acontecimiento que sellaría su destino futuro. Estaba mirando todavía cuando quitaron las cadenas de la puerta. Al abrirse ésta, chirrió sobre sus goznes y entraron dos oficiales.

—Seguidnos —fue el mandato lacónico que saludó a su oído sobrecogido por el terror.

Temblorosa, Matilda se levantó: sus piernas, rígidas por el confinamiento, se negaron casi a sostenerla; pero sacando fuerzas de la desesperación, siguió en silencio a los implacables oficiales.

Uno de ellos llevaba una lámpara cuyos rayos, lanzando columnas inciertas, mostraban con fuertes contrastes de luz y sombra la mole enorme de los pasillos.

Arriba, el friso gótico estaba trabajado con arte; y los caballetes, de formas variadas y grotescas, sobresalían de la parte superior de las pilastras agrupadas.

Se detuvieron ante una puerta. Salían voces de su interior: los tonos huecos llenaron el alma de Matilda de invencibles temblores. Pero reunió toda su capacidad de resolución, y decidió mantenerse tranquila durante el juicio; y aunque fuera condenada a muerte, se enfrentaría a su destino con fortaleza, para que al contemplar la ejecución el populacho no pudiera exclamar:

—La pobre Laurentini no se atrevía a morir.

Estos pensamientos pasaron por su mente durante la espera ocasionada por la conversación que estaban sosteniendo los oficiales con otro a quien tenían allí.

Finalmente dejaron de hablar y reinó un silencio ininterrumpido: se abrieron las inmensas puertas plegables y Matilda pudo ver una estancia amplia y de elevados techos. En el centro había una mesa que iluminaba una lámpara suspendida desde el centro, y sentados junto a ella había dos hombres de aspecto rígido vestidos con túnicas negras.

La mesa estaba cubierta por unos papeles esparcidos sobre los que parecían atarearse los hombres de negro.

Dos oficiales condujeron a Matilda junto a la mesa ante la que ellos estaban sentados y, retirándose, la dejaron allí.

Capítulo XV

*El miedo tienen como azote los villanos mediocres;
tú eres el torturador de los valientes.*

Marmion

Uno de los inquisidores levantó la vista, puso a un lado los papeles que estaba examinando y con tono solemne le preguntó su nombre.

—Mi nombre es Matilda; mi título, Contessa di Laurentini —contestó con soberbia—. Y no sé cuál es el motivo de esta investigación, salvo el de disfrutar con mis desgracias, que supongo no les serán desconocidas.

—No pierda su tiempo —exclamó adustamente el inquisidor— en hacer ociosas conjeturas sobre nuestra conducta. ¿Sabe por qué se le ha citado aquí?

—No —contestó Matilda.

—Jure que no sabe por qué crimen está encarcelada aquí —insistió el inquisidor.

Matilda realizó el juramento requerido. Mientras hablaba, el sudor caía de su frente y las piernas se le convulsionaron por el horror extremo, pero no alteró la expresión de su semblante.

—¿Qué crimen ha cometido que pueda haberla traído ante este tribunal? —preguntó él con firme determinación en la voz.

Matilda no dio ninguna respuesta salvo una sonrisa de exultante desprecio. Fijó la mirada en el inquisidor: sus ojos oscuros destellaron violentamente, pero no dijo nada.

—Respóndame, pues la confesión podría ahorrarnos a ambos problemas innecesarios —exclamó él.

Matilda no respondió y siguió mirando en silencio a la cara del inquisidor.

Éste dio tres golpes y entraron cuatro oficiales que permanecieron en pie a cierta distancia de Matilda.

—No deseo tratar con indignidad a una mujer de alta cuna —afirmó el inquisidor—. Pero si no confiesa al instante mi deber no me permitirá retirar la pregunta.

Una expresión del más profundo desprecio oscureció el bello rostro de Matilda: frunció el ceño, pero no contestó.

—¿Persistirá en esta loca obstinación? —preguntó el inquisidor—. Oficiales, cumplan su deber.

Al instante los cuatro que habían permanecido hasta entonces de pie al fondo se abalanzaron hacia delante: cogieron a Matilda y la llevaron hasta la zona oscura de la habitación.

Sus bucles despeinados flotaban en negligente abundancia sobre su pecho de alabastro: los ojos, la mirada despreciativa que dejaba entrever ahora una confusa expresión de alarma, estaban casi cerrados; y su forma simétrica parecía encantadora

cuando era arrastrada por los cuatro oficiales.

El otro inquisidor, que hasta ese momento había permanecido enfrascado en los papeles que tenía delante, sin haber prestado atención al examen de Matilda, levantó la mirada y al ver la forma de una mujer pidió a los oficiales con tono de voz autoritario que se detuvieran.

Éstos obedecieron sumisamente la orden. Matilda, liberada de las manos bárbaras de aquellos implacables ministros de la justicia, se dirigió hacia la mesa.

Su belleza extrema suavizó al inquisidor que acababa de hablar. Poco comprendía éste que, bajo una forma tan celestial y atrayente, habitaba un corazón depravado y cruel como el de un demonio.

Por eso se dirigió a ella con suavidad; le informó de que en algún día futuro se renovarían su interrogatorio y la entregó al cuidado de los oficiales con órdenes de que la condujeran a una estancia más conveniente a su rango.

La cámara a la que la condujeron era espaciosa y estaba bien amueblada, pero unas grandes barras de hierro, imposibles de forzar, cerraban las altas ventanas.

Abandonada de nuevo a la soledad, volvió a sus tristes pensamientos: su retrospectiva sobre el horror y la desesperación, su nula esperanza de futuro, sus múltiples y horribles miedos... es más fácil conjeturar la situación de Matilda que describirla.

Las ideas que, flotando en desbocada confusión, le presentaba su imaginación eran demasiado horribles como para poder soportarlas.

Privada como estaba de toda felicidad terrenal, y a pesar de lo violenta que había sido su pasión por Verezzi, con la consiguiente decepción que causaba en su cerebro el más furioso delirio de horror implacable, la infortunada Matilda seguía acobardándose ante la muerte... acobardándose ante el castigo de aquellos crímenes, por los que no había tenido remordimiento alguno al perpetrarlos, pero de los que ni siquiera ahora se arrepentía, aunque la hubieran privado de sus placeres terrenales.

Pensó en el futuro. Pensó en los argumentos de Zastrozzi contra la existencia de una Deidad: lo más recóndito de su alma reconocía ahora la falsedad, y se estremecía al reflexionar en el hecho de que su condición era irreparable.

Un horror al que no podía resistirse ocupaba su pecho: por la intensidad de los atormentadores pensamientos, recorría la estancia a pasos rápidos; al final, agotada, se dejó caer en un sofá.

Remitieron por fin las pasiones tumultuosas, agotadas por su propia violencia: cesó la tormenta que hasta hacía muy poco había agitado el alma de Matilda, y le siguió una tranquilidad serena que permitió que el sueño venciera rápidamente sus facultades.

Mientras estaba bajo la influencia del sueño, visiones confusas revolotearon por su imaginación; pero terminaron por asumir una forma estable.

Unas nubes extrañamente brillantes y plateadas parecían revolotear ante su vista: una música celestial, tan atrayente como la armonía de las esferas, serenó el alma de

Matilda, y por un instante, olvidándose de su situación, yació como si estuviera en trance.

De pronto la música cesó; la concavidad azul de los cielos pareció abrirse por el cénit y descendió un ser cuyo semblante se iluminaba con una bondad inexpresable.

Parecía ir vestido con una túnica transparente de plata líquida: en sus ojos centelleaba un brillo sobrehumano, mientras el sueño, que imitaba la realidad casi con exactitud, provocó que Matilda, como si estuviera en trance, creyera que se dirigía a ella con estas palabras:

—¡Pobre pecadora Matilda! Arrepiéntete, pues no es demasiado tarde. La piedad de Dios es ilimitada. ¡Arrepiéntete para que puedas ser salvada!

Estas palabras repiqueteaban todavía en los oídos de Matilda; todavía tenía los ojos elevados hacia el cielo, como si estuviera siguiendo al fantasma visionario que se había dirigido a ella en el sueño, cuando con gran confusión se levantó del sofá.

Un sueño tan semejante a la realidad provocó una fuerte impresión en su alma.

Las feroces pasiones que con tanta dureza habían batallado últimamente en su pecho se calmaron: levantó los ojos al cielo e irradiaron una expresión de la más sincera penitencia; pues la penitencia más sincera en ese momento causaba dolor en el alma de Matilda, pero al mismo tiempo la calmaba.

—¡Dios de la piedad! ¡Dios del cielo! —exclamó Matilda—. Mis pecados son muchos y horribles, pero me arrepiento.

Matilda no sabía cómo rezar; pero Dios, que desde las alturas del cielo penetra en los pensamientos más recónditos de los corazones terrenales, escuchó a la pecadora proscrita cuando, con lágrimas de auténtico y dolorido arrepentimiento, se arrodilló ante Él.

Ya no desesperó más. Confió en la bondad de su Creador, y en la hora de la adversidad, cuando hasta el corazón más firme tiembla ante su poder, no digamos ya un pecador endurecido, solicitó piedad. Y el Todo Benevolente de los cielos nunca niega la piedad a aquellos que se la piden humildemente pero confiando en su bondad.

El alma de Matilda se llenó de una tranquilidad celestial. Permaneció de rodillas, con pensamientos mudos y fervientes: oró; y temblorosa pidió perdón a su Creador.

La agonía de la desesperación dejó de torturar su pecho. Ciertamente que se sentía mal, que el remordimiento por sus crímenes la afectaba profundamente; y aunque sus esperanzas de salvación eran grandes como firmes eran su creencia en Dios y en un estado futuro, los fuertes suspiros que brotaban de su pecho indicaban que las flechas del arrepentimiento se habían clavado profundamente.

Transcurrieron varios días durante los cuales las pasiones conflictivas del alma de Matilda, vencidas por la penitencia, se amortiguaron transformándose en una depresión permanente pero tranquila.

Capítulo XVI

*Sifractus illabatur Orbis,
Impavidunt ferient ruinae.*

Horacio

L legó por fin el día en el que, expuesta a un juicio público, Matilda fue conducida ante el tribunal del *consejo de los diez*.

Los inquisidores ya no estaban, como la otra vez, en una mesa situada en el centro del aposento; se había levantado una especie de trono en un extremo sobre el que se sentaba un hombre de aspecto adusto al que nunca antes había visto: un gran número de venecianos se había reunido llenando todos los lados de la estancia.

Muchos hombres vestidos de negro se habían colocado tras el trono del superior; entre ellos Matilda reconoció a aquellos que la habían interrogado antes.

Conducida por dos oficiales, con pasos titubeantes, mejillas pálidas y mirada baja, Matilda avanzó hacia la zona de la sala en la que estaba sentado el superior.

Los bucles despeinados de sus cabellos caían flotando libremente sobre sus hombros: su cuerpo simétrico y elegante estaba envuelto por una delgada túnica blanca.

La expresión de sus ojos centelleantes era humilde y sumisa; pero aparentemente sin dejarse conmover por la escena que tenía ante ella, permaneció en silencio ante el tribunal.

Todos, al contemplar el atractivo de la hermosa culpable, vieron cómo se fortalecía en ellos la curiosidad y la piedad.

—¿Quién es? ¿Quién es? —se preguntaban unos a otros en susurros por toda la sala. Pero nadie podía responder.

Reinó de nuevo un silencio profundo y ni un murmullo interrumpió aquella aterradora calma.

Finalmente, habló con voz adusta y solemne el superior:

—Matilda, Contessa di Laurentini, ha sido traída aquí por el asesinato de la Marchesa di Strobazzo, ¿puede negarlo?, ¿puede demostrar lo contrario? Mis oídos están abiertos. ¿Nadie habla por la acusada?

Dejó de hablar ahí y reinó un silencio ininterrumpido. De nuevo iba a hablar... de nuevo, con una mirada de odio y horror, había fijado sus ojos penetrantes en la temblorosa Matilda, y había abierto la boca para pronunciar la sentencia fatal, cuando llamó su atención un hombre que se apartó rápidamente de la multitud y exclamó con tono presuroso:

—La Contessa di Laurentini es inocente.

—¿Quién es el que se atreve a afirmar tal cosa? —exclamó el superior con tono vacilante.

—Soy Ferdinand Zeilnitz, alemán, criado de la Contessa di Laurentini, y me atrevo a afirmar que es inocente.

—Presente las pruebas —exclamó el superior frunciendo severamente el ceño.

—Era ya tarde cuando entré en el aposento y contemple a dos cuerpos sangrantes y a la Contessa di Laurentini, que yacía en el sofá privada del sentido.

—¡Alto! —exclamó el superior.

Ferdinand obedeció.

El superior murmuró algo a uno que iba vestido de negro y enseguida entraron cuatro oficiales llevando sobre los hombros un ataúd abierto.

El superior señaló hacia el suelo y los oficiales depositaron la carga, dejando ante los ojos aterrados de la multitud a Julia, la encantadora Julia, cubierta de innumerables y terribles heridas. Todos los presentes lanzaron un grito de terror...

Todos se sobresaltaron, sobrecogidos y sorprendidos, ante la horrible visión; pero algunos, recuperándose, contemplaron el encanto celestial de la pobre víctima de la venganza, la cual, no habiendo sido sometida por la muerte, brillaba todavía en sus rasgos plácidos.

Un suspiro profundo levantó el pecho de Matilda; las lágrimas acudieron a sus ojos a pesar de su firmeza; casi llegó a desmayarse por el horror, pero superándolo y haciendo acopio de toda su fortaleza avanzó hacia el cadáver de su rival y vio, en las numerosas heridas que lo cubrían, el mandato de su futuro destino.

Permaneció quieta mirándolo, mientras reinaba un silencio profundo, pues ninguno de los espectadores decía una sola palabra, de tan interesados que estaban, y ni un solo murmullo se oyó en la espaciosa sala.

—¡Apártate, mujer implacable y manchada por la culpa! —exclamó fieramente el superior—. ¿No te basta haber perseguido durante toda la vida a la infortunada mujer que yace ante ti, a la que tú has asesinado? Deja por ello de mirarla como si tu venganza estuviera todavía insatisfecha. Retírate, perversa: oficiales, tomadla en vuestra custodia; y ahora, traed al otro prisionero.

Se adelantaron dos oficiales que llevaron a Matilda a cierta distancia del tribunal. Entraron otros cuatro conduciendo a un hombre de elevada estatura y figura mayestática. Al avanzar resonaban las pesadas cadenas con las que llevaba atadas las piernas.

Matilda levantó la mirada y vio a Zastrozzi ante ella.

Quiso adelantarse hacia él, pero los oficiales que la sujetaban se mantuvieron quietos.

—¡Ay, Zastrozzi! Terrible y perverso ha sido el curso de nuestras vidas; bajo e ignominioso será su final: al menos arrepintámonos, pues crueles y horribles pueden ser los tormentos eternos que nos aguardan antes de que hayan pasado veinticuatro horas. Arrepiéntete pues, Zastrozzi. ¡Arrepiéntete! Y lo mismo que has sido mi compañero en la apostasía de la virtud, sígueme también en el abandono de la perversidad tenaz y decidida.

Pronunció todo esto con voz baja y titubeante.

—Matilda —respondió Zastrozzi mientras una sonrisa de despreciativo ateísmo se extendía por sus rasgos—. No tengas miedo, Matilda: el destino nos lleva a la muerte y quiero recibirla, enfrentarme a la aniquilación, con tranquilidad. ¿Acaso no estoy convencido de la no existencia de una Deidad? ¿No estoy convencido de que la muerte volverá esta alma más libre y menos sojuzgada? ¿Por qué entonces voy a estremecerme ante ella? ¿Por qué necesita alguien cuya mente se ha elevado por encima de las cadenas de los prejuicios los errores de una superstición falsa e injuriosa?

Allí intervino el superior afirmando que no toleraría más conversaciones privadas.

Por ello Zastrozzi, abandonando a Matilda y sin espantarse por la terrible escena que tenía ante él, sin conmoverse por la proximidad de la dolorosa muerte, que ahora estaba plenamente convencido que iba a sufrir, avanzó hacia el trono del superior.

Todos contemplaron la elevada estatura de Zastrozzi y admiraron su porte digno y su compostura impávida todavía más de lo que habían admirado la belleza de Matilda.

Todos miraban en silencio esperando que se hiciera contra él alguna acusación extraordinaria.

Ya el nombre de Zastrozzi, pronunciado por el superior, había roto el silencio cuando el culpable, mirando desdeñosamente a su juez, le dijo que guardara silencio porque iba a ahorrarle muchos problemas innecesarios.

—Soy un asesino —exclamó—. No lo niego: enterré mi puñal en el corazón de aquél que me hirió; pero los motivos que me condujeron a ser un asesino fueron en un tiempo excelentes y meritorios: pues juré, en el lecho de muerte de mi amada madre, vengar la falsedad de quien la había traicionado.

»¿Piensa que mientras perpetraba ese hecho tenía miedo del castigo? ¿O que mientras vengaba una causa paternal los tormentos fútiles que estoy condenado a sufrir aquí pesaron algo en mi determinación? No... no. Si el vil mentiroso que llevó a mi inmaculada madre a una tumba de desgracia cayó bajo el puñal de quien juró vengarla, si envié al otro mundo a quien destruyó la paz de quien yo amaba más que a mí mismo en éste, ¿he de ser culpado por ello?

Zastrozzi calló y con una expresión de triunfo burlón cruzó los brazos.

—¡Siga! —exclamó el superior.

—¡Siga! ¡Siga! —se oía en todas las esquinas de la inmensa sala.

Miró a su alrededor. Sus maneras producían respeto en la tumultuosa multitud; y en el silencio ininterrumpido los espectadores contemplaban a Zastrozzi, quien sin acobardarse, y elevándose como un semidiós, permanecía en el centro.

—¿He sido llamado entonces para revelar cosas que traen dolorosos recuerdos a mi mente? —preguntó entonces—. ¡Ay, qué doloroso! Pero no importa; conocerá el nombre de aquel que cayó bajo este brazo: conocerá a aquel cuya memoria detesto, todavía hoy, más de lo que soy capaz de expresar. No me importa que se conozcan

mis actos, pues estoy convencido, como lo estaré durante toda la eternidad, de que son rectos. Por ello ha de saber que Olivia Zastrozzi era mi madre, una mujer en la que creo firmemente se centraban todas las virtudes y todas las cualidades amables y excelentes.

»El padre de aquél que por mis artes se suicidó hace seis días en la mansión de la Contessa di Laurentini se aprovechó de un momento de debilidad y llevó la desgracia a aquella que me tuvo como hijo. Con los más sagrados juramentos prometió casarse con ella: pero mintió.

»Mi madre me trajo pronto a este mundo, el seductor se casó con otra; y cuando la destituida Olivia suplicó una ración para no morir de hambre, su orgulloso traidor la arrojó de su puerta y, ofensivamente, le ordenó que practicara su profesión. «¡El crimen que contigo he cometido, perjuro!», exclamó mi madre al irse de su puerta, «será el último». ¡Y por los cielos que actuó noblemente! Como víctima de la falsedad, acudió pronto a la tumba; y antes de tener treinta años murió y su alma inmaculada voló a la felicidad eterna. Aunque sólo tenía catorce años cuando ella murió, jamás olvidaré su última voluntad: «Hijo mío, mi Pietrino, venga mis errores... véngalos en el perjuro Verezzi... ¡Véngalos en sus descendientes!».

»¡Y por los cielos que creo haberlos vengado! Antes de cumplir yo los veinticuatro años, el falso villano, aunque rodeado por una grandeza aparentemente impenetrable, aunque olvidado de la ofensa que este brazo mío estaba impulsado a castigar, cayó bajo mi daga. Pero sólo destruí su *cuerpo* —añadió Zastrozzi con una terrible mirada de venganza insatisfecha—: El tiempo me ha enseñado algo mejor: el *alma* de su hijo está condenada al infierno para toda la eternidad: él acabó con su propia vida; aunque fueran mis maquinaciones, invisibles, la causa de su destrucción.

»¡Matilda di Laurentini! ¡Ay! ¿Por qué te estremeces? Cuando con repetidas cuchilladas destruiste a aquella que yace ahora sin vida ante ti, en su ataúd, ¿no pensaste en cuál iba a ser tu destino? Habías disfrutado de aquél a quien adorabas, incluso te habías casado con él, y durante más de un mes gozaste de placeres inexpresables; ¿y sin embargo no estás dispuesta a pagar el precio de tu felicidad...? ¡Por los cielos que yo sí! —añadió lanzando una risotada salvaje—. Ay, pobre y loca Matilda, ¿pensaste que era por amistad que te instruí para que ganaras el corazón de Verezzi? No, no... fue la venganza la que me indujo a participar activamente en tus planes; la que me indujo a llevar a aquella cuyo cuerpo sin vida yace ante ti a tu casa, previendo el efecto que tendría sobre la poderosa pasión de tu marido.

»Y ahora —añadió Zastrozzi—, ya he sido sincero. Juez, dicta tu sentencia... aunque conozco mi destino; y en lugar de horror experimento cierta satisfacción ante la llegada de la muerte, puesto que todo lo que tenía que hacer en esta tierra se ha completado.

Zastrozzi dejó de hablar y sin abatirse fijó su mirada expresiva en el superior.

Sorprendido por la firmeza de Zastrozzi, y conmovido por los crímenes de los que tan inequívoca confesión había hecho, el superior apartó la mirada con horror.

Zastrozzi permaneció inmóvil, aguardando sin miedo el mandato de su destino.

El superior susurró a uno de los que iban vestidos de negro, y tras ello cuatro oficiales se apresuraron a colocar a Zastrozzi sobre el potro.

Incluso cuando estiraron sus nervios y se sacudía bajo la agonía de la tortura casi insoportable, no le falló la firmeza a Zastrozzi; y en su semblante que le iluminaba el alma se vio una sonrisa del más desdeñoso desprecio... y con una convulsa y salvaje risa de venganza exultante, murió.

Notas

[1] El pasaje siguiente es ajeno a la cuestión que nos incumbe, sin embargo es excusable en un inglés que está dispuesto a pensar que las severas críticas de un escritor tan magistral como Voltaire contra nuestro compatriota inmortal pueden haber sido más las efusiones del ingenio y la precipitación que el resultado del juicio y la atención. ¿Acaso no puede ser tan incorrecta e incompetente su capacidad crítica acerca de la fortaleza y el poder de nuestro idioma como su falta de conocimiento de nuestra historia? De lo último, su pluma ha dejado caer una evidencia deslumbrante. En su prefacio a *El Conde de Essex*, de Corneille, *monsieur* Voltaire admite que la verdad histórica ha sido grotescamente desfigurada en esa obra. Como excusa sostiene que cuando Corneille la escribió, la nobleza de Francia era muy poco leída en historia inglesa; pero ahora, dice nuestro comentador, que la estudian, no se tolerarían esas falsas presentaciones; empero, olvidándose de que ha pasado la etapa de ignorancia y que ya no es tan necesario instruir a los educados, emprende con el vasto material de sus propias lecturas, la tarea de dar a la nobleza de su país un detalle de los favoritos de la reina Isabel, de quienes dice que Robert Dudley fue el primero, y el conde de Leicester, el segundo. ¿Podría haber creído uno que se iba a hacer necesario informar al mismísimo *monsieur* de Voltaire que Robert Dudley y el conde de Leicester eran la misma persona? <<

[2] Ahí se ve una mezcla de lo serio y lo chistoso, de lo cómico y lo conmovedor; con frecuencia una misma aventura produce todos estos contrastes. Nada es más corriente que un hogar donde el padre reniegue; la hija, concentrada en su pasión, llore; el hijo se burle de ambos, y algunos parientes tomen parte de modo diferente en la escena, etc. No deducimos de aquí que toda comedia deba tener escenas de bufonería y escenas de ternura: hay multitud de buenas obras en las cuales no reina más que la alegría; otras completamente serias; otras una mezcla; otras donde el elemento enternecedor puede llegar hasta las lágrimas: no hay por qué excluir ningún género: y si me preguntan qué género es el mejor, responderé que es el mejor tratado. <<

[3] Todos estos rasgos son ingenuos; todos son adecuados a los que usted introduce en la escena, y a las costumbres que les atribuye. Esas familiaridades, creo yo, habrían sido bien recibidas en Atenas, pero París y nuestro público quieren otra clase de simplicidad. <<

[4] *Passau*: una ciudad fluvial portuaria de la Baja Baviera situada en la frontera austro-alemana, en el punto en el que se le une al Danubio su tributario el río Inn, a unos ciento cuarenta kilómetros al este-noreste de Munich. Passau está asociada históricamente con la leyenda de los Nibelungos y todavía se la conoce con frecuencia como la Ciudad Nibelunga. (N. del T.) <<

[5] *Rosenheim*: ciudad Bávara situada junto al río Inn, a unos ciento veinte kilómetros corriente arriba (SO) de Passau, y cuarenta kilómetros al sureste de Munich. Rosenheim era ya un importante centro comercial en la Edad Media. (N. del T.) <<

[6] *Schafhausen*: ciudad del norte de Suiza, situada en la orilla derecha del Rin, a unos treinta kilómetros al norte de Zurich y treinta kilómetros al oeste del Bodensee. (N. del T.) <<

[7] *il consiglio di dieci*: el consejo de los diez, posiblemente un consejo asesor de la Inquisición. (N. del T.) <<

[8] *El Brenta*: el río Brenta fluye hacia el sur desde los Alpes hasta el Mar Adriático. En vida de Shelley el río entraba en la laguna de Venecia, pero en 1896 se cambió su desembocadura. (N. del T.) <<